







#### Moderadora:

Melii

#### **Traductoras:**

macasolci Mel Cipriano Monikgv Noely Munieca Elle Marie.Ang Cris\_Eire Majo\_Smile Nico Robin Chachii Amy Nats CrisCras Danny\_McFly Juli Aileen

#### **Correctoras:**

Melii Maarlopez maria sirio Innogen D. Findareasontosmile Alaska Young Violet~ Elle karew Zafiro Juli val\_mar Marie.Ang itxi

### Recopilación y Revisión Final:

Juli & Elle

#### Diseño:

Jazmín♥



- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Próximo libro
- Agradecimientos
- Sobre la autora



urante dieciséis años, Alyssa Gardner ha vivido con el estigma de ser la descendiente de Alice Liddell —la inspiración real para la famosa novela de Lewis Carroll, Alice en el País de las Maravillas. Pero las bromas crueles sobre lirones y fiestas de té no se pueden comparar con el hecho de que Alyssa escucha los susurros de los insectos y las flores... la misma peculiaridad que envió a su madre a una institución mental años atrás.

Cuando su madre da un cambio para peor, y los susurros se vuelven demasiado fuertes como para que Alyssa pueda soportarlos, busca los orígenes de la maldición de su familia. Un conjunto de reliquias y una polilla vinculada a un inusual sitio web, conducen a Alyssa y a su maravilloso mejor amigo/amor secreto, Jeb, por el agujero del conejo al verdadero País de las Maravillas, un lugar más retorcido y misterioso de lo que Lewis Carroll nunca llegó a entender.

Allí, los espeluznantes homólogos del reparto original del cuento de hadas revelan el propósito del viaje de Alyssa, y a menos que resuelva los problemas que su tatara-tatara-tatara abuela, Alice, dejó en el País de las Maravillas, le cortarán la cabeza.



A mi esposo y héroe de la vida real, Vince, y a mis dos preciosos hijos, Nicole y Ryan. Ustedes aceptaron mi sueño como propio y me dieron el coraje para seguir volando hasta atrapar esa hermosa estrella fugaz.

### Un boleto de ida al Submundo

Traducido por macasolci & Mel Cipriano Corregido por Melii

e estado coleccionando insectos desde que tenía diez años; es la única manera en la que puedo detener sus susurros. Clavarle un alfiler en los intestinos a un bicho lo calla todo rápidamente.

Algunas de mis víctimas están alineadas en las paredes en cajas de sombra, mientras que otras se clasifican en tarros de cristal y están ubicados en un estante para usos posteriores. Grillos, escarabajos, arañas... abejas y mariposas. No soy exigente. Una vez que se ponen charlatanas, son presa fácil.

Son lo suficientemente fáciles de atrapar. Todo lo que necesitas es un cubo plástico sellado y lleno de arena para gatos y unas cáscaras de bananas esparcidas por ahí. Tallas un agujero en el tapón, deslizas un caño de plástico, y tienes una trampa para insectos. Las cáscaras de frutas los atraen, el tapón los atrapa, y el amoníaco de la basura los sofoca y preserva.

Los insectos no mueren en vano. Los uso en mi arte, organizando sus cadáveres en contornos y formas. Flores secas, hojas, y pedazos de vidrio añaden color y textura a los patrones formados por fondos de yeso. Estas son mis obras maestras... mis mosaicos morbosos.

La escuela terminó hoy al mediodía para los alumnos del segundo ciclo. He estado pasando la última hora trabajando en mi proyecto más reciente. Un jarrón de arañas se encuentra entre las herramientas de arte que atestan mi escritorio.

El dulce aroma del Solidago<sup>1</sup> llega a través de la ventana de mi cuarto. Hay un campo de plantas al lado de mi dúplex, que atrae a un

Solidago, en el original "vara de oro", es una planta de flores amarfillas.

género de araña-cangrejo que cambia de color —como camaleones de ocho patas— para poder moverse sin ser detectado a través de las flores amarillas o blancas.

Torciendo la tapa del jarro, saco treinta y cinco pequeños arácnidos blancos con largas pinzas, con cuidado de no apretar sus abdómenes o romper sus piernas. Con diminutos alfileres, los aseguro a un fondo de yeso teñido de negro que ya está cubierto con escarabajos seleccionados por su tornasolado brillo del cielo nocturno. Lo que estoy imaginando no es un típico salpicón de estrellas; es una constelación que se enrolla como relámpagos emplumados. Tengo cientos de escenas retorcidas como ésta llenando mi cabeza y no tengo idea de dónde vienen. Mis mosaicos son la única manera de sacarlas.

Recostándome en la silla, estudio la pieza. Una vez que el yeso se seque, los insectos estarán permanentemente en su lugar, por lo que si algún ajuste necesita ser hecho, tiene que ser rápido.

Observando el reloj digital al lado de mi cama, me muerdo el labio inferior. Tengo menos de dos horas antes de tener que encontrarme con papá en el manicomio. Ha sido una tradición de viernes desde el jardín de infantes, comprar helado de chocolate y tarta de queso en el Scoopin' Stop² y llevarlo para compartir con Alison.

Que se me congele el cerebro y el corazón no son mi idea de diversión, pero papá insiste en que es terapia para todos. Tal vez cree que por ver a mi mamá, por sentarnos allí donde puede que yo viva algún día, de alguna manera venceré las probabilidades.

Lo malo es que está equivocado.

Al menos una cosa buena ha salido de mi locura hereditaria. Sin las ilusiones, puede que jamás hubiera encontrado mi medio artístico.

\*\*\*\*

Mi obsesión con los insectos comenzó un viernes en quinto grado. Había sido un día complicado. Taelor Tremont les dijo a todos que yo era familia de Alice Liddell, la chica que inspiró a Lewis Carroll en su novela Las Aventuras de Alice en el País de las Maravillas.

Como Alice era, de hecho, mi tatara tatara tatara abuela, mis compañeros de clase se burlaron de mí durante el recreo sobre lirones y fiestas de té. Pensé que las cosas no se podrían poner mucho peor hasta que sentí algo en mis vaqueros y me di cuenta, mortificada, que me había llegado mi período por primera vez y estaba totalmente desprevenida. Al

Es como un local de 24 h, al estilo "Shop&Go".

TETO S

borde de las lágrimas, me llevé un suéter de la pila de objetos perdidos justo en la entrada principal y lo envolví alrededor de mi cintura para el corto camino hasta la oficina. Mantuve la cabeza gacha, incapaz de encontrarme con la mirada de nadie.

Fingí estar enferma y llamaron a mi papá para que me recogiera. Mientras lo esperaba en la oficina de la enfermera, imaginé una discusión acalorada entre el florero en su escritorio y el abejorro que zumbaba cerca de él. Fue una ilusión poderosa, porque realmente la *escuché*, tan segura como que podía oír el pasar de los estudiantes de una clase a la siguiente al otro lado de la puerta cerrada.

Alison me había advertido del día en que me "convertiría en mujer". De las voces que le seguirían. Simplemente había asumido que era su inestabilidad mental la que le hacía decir eso...

Los susurros eran imposibles de ignorar, al igual que los sollozos que se construían en mi garganta. Hice lo único que pude: negué lo que estaba pasando dentro de mí. Enrollando un cartel de los cuatro grupos básicos alimenticios en un cilindro, golpeé a la abeja lo suficiente para aturdirla. Luego saqué las flores del agua y las presioné entre las páginas de un cuaderno, efectivamente silenciando sus pétalos charlatanes.

Cuando llegamos a casa, el pobre e ignorante de papá se ofreció a hacer algo de sopa de pollo. Le resté importancia y fui a mi habitación.

—¿Crees que te sentirás lo suficientemente bien como para visitar a mamá esta noche? —me preguntó desde el pasillo, siempre reacio a alterar el delicado sentido de la rutina de Alison.

Cerré la puerta sin responder. Las manos me temblaban y la sangre se sentía nerviosa en mis venas. Tenía que haber una explicación para lo que había pasado en la oficina de la enfermera. Estaba estresada por las bromas sobre El País de las Maravillas, y cuando mis hormonas dieron la patada, me había dado un ataque de pánico. Sí. Eso tenía sentido.

Pero sabía muy dentro de mí que me estaba mintiendo, y el último lugar que quería visitar era el manicomio. Unos minutos más tarde, volví a la sala de estar.

Papá estaba sentado en su sillón favorito: un bulto de pana usado cubierto de apliques de margaritas. En uno de sus "hechizos", Alison había cosido todas las flores allí. Ahora él jamás se separaría de la silla.

—¿Te sientes mejor, Mariposa? —preguntó, levantando la mirada de su revista de pesca.

La humedad mohosa del aire acondicionado estalló en mi cara mientras me inclinaba contra la pared de paneles de madera más cercana. Nuestro dúplex de dos habitaciones jamás había ofrecido mucha privacidad, y ese día se sintió más pequeño que nunca. Las ondas de su

cabello oscuro se movieron, sacudidas por las ráfagas de aire.

Arrastré los pies. Esta era la parte que odiaba de ser hija única: no tener a nadie más en quien confiar que papá.

1. Co

—Necesito algunas cosas más. Sólo nos dieron una muestra.

Sus ojos se pusieron en blanco, grandes como platos.

—La charla especial que nos dan en la escuela —dije, mi estómago hecho un nudo—. ¿Esa a la que los varones no están invitados? —Le mostré rápidamente el folleto púrpura que nos habían entregado a todas las chicas en tercer grado. Estaba arrugado porque lo había metido a él y a la toalla sanitaria bajo mis calcetines en una gaveta.

Luego de una pausa incómoda, el rostro de papá se puso rojo.

- —Oh. Así que es por eso... —De repente se preocupó con un colorido arreglo de avíos de pesca. O bien estaba avergonzado o preocupado o ambos, porque no había agua salada en un radio de ochocientos kilómetros de Pleasance, Texas.
- —Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —presioné—. Alison me dará otra vez el discurso de la pubertad.

El rubor se extendió por su cara hasta sus orejas. Pasó un par de páginas, observando sin expresión las fotos.

—Bueno, ¿quién mejor para contarte sobre las flores y las abejas que tu mamá, verdad?

Una respuesta silenciosa hizo eco en mi cabeza: ¿Quién mejor que las mismas abejas?

Me aclaré la garganta.

—No ese discurso, papá. El loco. El discurso del "No se puede detener. No puedes escapar de las voces más de lo que yo pude. La tatara tatara abuela no debería haber bajado por ese hoyo de conejo jamás".

Después de todo no importaba que Alison pudiera tener razón sobre las voces. No estaba lista para admitirle eso a papá o a mí misma.

Él se sentó rígido, como si el aire acondicionado le hubiera congelado la columna.

Estudié las cicatrices entrecruzadas de mis palmas. Ambos sabíamos que era menos lo que diría Alison de lo que podría hacer. Si tenía otra crisis, la meterían en el chaleco de fuerza por las malas.

Aprendí pronto por qué se escribe *estrecho*<sup>3</sup>. Esa escritura en particular significa *ajustado*. Lo suficientemente ajustado que la sangre se te acumula en los codos y las manos se entumecen. Lo suficientemente

ajustado que no hay escapatoria, sin importar lo fuerte que grite el paciente. Lo suficientemente ajustado, que ahoga los corazones de los seres queridos del usuario.

Mis ojos se sintieron hinchados, como si pudieran estallar en otra fuga. —Mira, papá, ya he tenido un día realmente apestoso. ¿Podemos por favor no ir esta noche? ¿Sólo por esta vez?

Papá suspiró.

—Llamaré al Manicomio de las Almas y les haré saber que iremos a visitar a mamá mañana. Pero tendrás que decirle eventualmente. Es importante para ella, ¿sabes? Mantenerse involucrada en tu vida.

Asentí. Puede que tuviera que decirle sobre el convertirme en mujer, pero no quería tener que decirle sobre convertirme en *ella*.

Enganchando un dedo en la bufanda fucsia atada alrededor de mis shorts vaqueros, observé mis pies. Uñas color rosa brillante reflejaban la luz del atardecer que se colaba por la ventana. El rosa siempre había sido el color favorito de Alison. Por eso lo usaba.

- —Papá —murmuré lo suficientemente alto para que escuchara—. ¿Qué pasa si Alison tiene razón? Hoy he notado algunas cosas. Cosas que no son... normales. *Yo* no soy normal.
- —Normal. —Sus labios se curvaron en un rizo de Elvis. Una vez me dijo que su sonrisa se ganó a Alison. Yo creo que fue su amabilidad y su sentido del humor, porque esas dos cosas evitaban que yo llorara cada noche luego de que ella fuera internada por primera vez.

Enrollando su revista, la metió en el sofá entre el almohadón del asiento y el brazo. Se levantó, su altura de metro ochenta y cinco cerniéndose sobre mí mientras daba golpecitos en el hoyuelo de mi barbilla —la única parte que le correspondía a él en lugar de Alison.

- —Ahora escucha, Alyssa Victoria Gardner. *Normal* es subjetivo. Jamás dejes que nadie te diga que no eres normal. Porque lo eres para mí. Y en mi opinión eso es todo lo que importa. ¿Entendido?
  - -Entendido -susurré.
- —Bien. —Me apretó el hombro, sus dedos cálidos y fuertes. Una lástima que el tic en su párpado izquierdo lo delatara. Estaba preocupado, y ni siquiera sabía la mitad de las cosas.

Me la pasé dando vueltas en la cama esa noche. Una vez que finalmente me quedé dormida, tuve la pesadilla de Alice por primera vez, y ha estado persiguiendo mis sueños desde entonces.

En ella, tropiezo a través del tablero de ajedrez en el País de las Maravillas, tropezando con cuadrados recortados de blanco y negro. Sólo que no soy yo. Soy Alice en un vestido azul y un delantal de encaje.

intentando escapar del tic tac del reloj de bolsillo del Conejo Blanco. Luce como si hubiera sido despellejado vivo, nada más que huesos y orejas de conejo.

La Reina de Corazones ha demandado que me corten la cabeza y la metan en un frasco de formaldehído. Me he robado la espada real y estoy a la fuga, desesperada por encontrar a la Oruga y al Gato de Cheshire. Son los únicos aliados que me quedan.

Agachándome en el bosque, corto con la espada las vides que cuelgan en mi camino. Una maraña de espinas brota de la tierra. Se enganchan a mi delantal y rasgan mi piel como garras furiosas. Árboles de Diente de León se alzan en todas las direcciones. Soy del tamaño de un grillo, junto con todos los demás.

Debe haber sido algo que comimos...

Muy cerca, el reloj de bolsillo del Conejo Blanco suena más fuerte, audible incluso por encima de la marcha de cientos de naipes militares. Ahogándome en una nube de polvo, me sumerjo en la guarida de la Oruga, donde los hongos se ciernen con tapas del tamaño de neumáticos para camiones. Es un callejón sin salida.

Una mirada al hongo más alto y el corazón me da un vuelco. El lugar donde estuvo alguna vez la Oruga sentada para ofrecer consejos y amistad es una masa de tela blanca y espesa. Algo se mueve en el centro, un rostro presionado contra las paredes de una caja transparente, moviéndose lo suficiente como para que pueda distinguir las formas del rostro, pero no los detalles con claridad. Me acerco, desesperada por identificar quién o qué hay dentro... pero la sonrisa del Gato de Cheshire flota alrededor, gritando que ha perdido su cuerpo, y me distrae.

El ejército de cartas aparece. En un instante, estoy rodeada. Revoleo la espada a ciegas, pero la Reina de Corazones da un paso al frente y la arrebata en el aire. Cayendo a los pies del ejército, ruego por mi vida.

No tiene sentido. Las cartas no tienen oídos. Y yo ya no tengo cabeza.

\*\*\*

Luego de cubrir mi mosaico estrellado de araña con una tela protectora mientas se seca el yeso, tomo un rápido almuerzo de nachos y me dirijo al parque de patinaje subterráneo de Pleasance para matar algo de tiempo antes de encontrarme con papá en el manicomio.

Siempre me he sentido en casa aquí, en las sombras. El parque está ubicado en una vieja cúpula abandonada; una enorme cueva subterránea con un techo que alcanza los catorce metros de altura en algunas par es

Antes de la conversión, el domo había sido usado para almacena productos de una base militar.

Los nuevos dueños quitaron la iluminación tradicional y, con algo de pintura fosforescente y la adición de luces negras, la transformaron en la fantasía de todo adolescente: un parque oscuro y ultravioleta atmosféricamente, completado con un área de patinaje, un mini golf que brilla en la oscuridad, una galería de juegos y un café.

Con su trabajo de pintura de neón, el enorme cuenco de cemento para patinadores se destaca como un faro verde. Todos los patinadores deben firmar un formulario y poner cinta naranja fosforescente en las cubiertas de sus patinetas para evitar choques en la oscuridad. Desde la distancia, parece como si estuviéramos montando luciérnagas a través de la aurora boreal, barriendo dentro y fuera de los chorros de luz brillante que cada uno genera.

Comencé a patinar cuando tenía catorce. Necesitaba un deporte que pudiera hacer usando mi iPod y auriculares para amortiguar los susurros de los bichos callejeros y las flores. En su mayor parte, he aprendido a ignorar mis ilusiones. Las cosas que escucho son usualmente sin sentido y al azar, y se mezclan en crujidos y zumbidos como la estática del radio. La mayor parte del tiempo puedo convencerme a mí misma de que no es nada más que sonido blanco.

Aun así, hay momentos cuando un insecto o flor dice algo más fuerte que los demás —algo puntual, personal o relevante— y me saca de mi juego. Así que cuando estoy durmiendo o involucrada en cualquier cosa que requiera intensa concentración, mi iPod es crucial.

En el parque de patinaje, todo, desde la música de los ochenta hasta el rock alternativo explota desde los altavoces y bloquea mis posibles distracciones. Ni siquiera tengo que ponerme los auriculares. El único inconveniente es que la familia de Taelor Tremont es la dueña del lugar.

Hace dos años, ella llamó antes de la gran inauguración. —Pensé que estarías interesada en cómo llamaremos al centro —dijo, su voz chorreando sarcasmo.

—Sí, ¿y eso por qué? —Intentaba ser civilizada porque su padre, el señor Tremont, había contratado a la tienda de artículos deportivos de mi papá para que fuera el único proveedor del megacentro. Era una cosa buena también, teniendo en cuenta que habíamos estado al borde de la bancarrota debido a las facturas médicas de Alison. Además, como ventaja adicional, tenía una membresía gratis de por vida.

—Bueno... —Taelor rió suavemente. Oí a sus amigos riendo en el fondo. Debo haber estado en el altavoz—. Papá quiere llamarlo "El País de las Maravillas". —Risitas burbujearon a través de la línea—. Pensé que te

encantaria, sabie<mark>ndo lo</mark> orgullosa que estás del conejo de tu tatara-tatara tatarabuela.

La burla dolía más de lo que debería. Debo de haber estado en silencio durante demasiado tiempo, porque la risa de Taelor se desvaneció.

—En realidad —tosió en medio de la palabra—, estoy pensando que es algo excesivo. "Submundo" es mejor. Tú sabes, ya que es subterráneo. ¿Qué te parece, Alyssa?

Hoy recuerdo esa rara pizca de pesar en Taelor mientras voy a todo pique por el medio la pista de patinaje, bajo el letrero de neón brillante de "Submundo" que cuelga del techo. Es bueno recordar que ella tiene un lado humano. Una canción de rock suena a través de los altavoces. Cuando llego hasta la mitad inferior de la pista del patinaje, siluetas oscuras bajan en picada a mi alrededor contra el contexto de neón.

Balanceando el pie de nuevo en la cola de la tabla, me dispongo a levantar la parte delantera. Un intento de ollie<sup>4</sup> hace unas semanas me ganó un coxis magullado. Ahora tengo un miedo mortal al movimiento, pero algo dentro de mí no me permite abandonar.

Tengo que seguir intentando o nunca voy a tener aire suficiente para aprender los trucos de verdad, pero mi determinación es mucho más profunda. Es visceral, un aleteo que mezcla mis pensamientos y nervios hasta que están convencidos de que no estoy asustada. A veces pienso que no estoy sola en mi propia cabeza, que hay una parte de alguien flotando allí, alguien que me obliga a esforzarme más allá de mis límites.

Abrazando la oleada de adrenalina, me lanzo. Curiosa por la cantidad de aire que estoy rebasando, abro los ojos. Estoy a medio salto, el cemento se acerca con rapidez bajo mis pies. Mi columna vertebral hormiguea. Pierdo el valor y mi pie delantero resbala, mandándome al suelo con un ruido fuerte.

Mi pierna y brazo izquierdos hacen el primer contacto. Siento sacudidas de dolor a través de todos los huesos. El impacto me saca el aire de los pulmones y patino hasta detenerme en el centro de la pista. Mi tabla rueda tras de mí como una mascota fiel, deteniéndose para golpearme las costillas.

Jadeando, doy la vuelta sobre la espalda. Cada nervio de mi rodilla y tobillo arde. Mi correa se rompe, dejando un desgarrón en los leggings negros que llevo bajo mis pantalones cortos de bicicleta color púrpura. Contra la pendiente inclinada de color verde neón, veo una mancha oscura. Sangre...

15

## PINDERED

Intento atraer mi rodilla herida, inhalando con fuerza. Segundos después de mi accidente de aterrizaje, tres empleados silban y patinan a través de las líneas de patinadores, desacelerando. Los trabajadores usan gorras mineras, con una luz en la parte delantera, pero son más como salvavidas, destinados para un fácil acceso y certificados en los fundamentos de primeros auxilios.

A.Co th

Forman una barrera visible con sus brillantes chalecos para disuadir a otros huéspedes de no tropezar con nosotros mientras me vendan y limpian la sangre del cemento con desinfectante.

Un cuarto empleado baja con el chaleco de gerente. De todas las personas, tenía que ser Jebediah Holt.

- —No debería haberlo hecho —murmuro a regañadientes.
- —¿Estás bromeando? Nadie podría haber visto venir ese golpe a tiempo. —Su voz profunda se tranquiliza mientras se arrodilla a mi lado—. Y me alegra ver que me estás hablando de nuevo. —Lleva pantalones cortos y una camiseta oscura bajo el chaleco. Las luces negras se deslizan sobre su piel, resaltando sus brazos tonificados con destellos azulados.

Tiro de las correas del casco por debajo de mi barbilla. Su haz minero me señala como un centro de atención. —¿Me ayudas a quitarme esto? —pregunto.

Jeb se curva más cerca para oírme por sobre las ruidosas voces. Su colonia, una mezcla de chocolate y lavanda, junto con su sudor, es un olor tan familiar y atrayente como el algodón de azúcar para un niño en la feria.

Sus dedos se doblan bajo mi barbilla y desabrocha la hebilla. Cuando me ayuda a empujar el casco, su pulgar roza el lóbulo de mi oreja, por lo que siento un hormigueo. El resplandor de su lámpara está sobre mí. Sólo puedo distinguir la barba oscura en su mandíbula, los dientes blancos y rectos (con la excepción del incisivo izquierdo que se inclina ligeramente a través de su diente frontal), y el pequeño pico de hierro centrado debajo de su labio inferior.

Taelor lo volvió loco por su piercing, pero él se niega a deshacerse de él, lo que me gusta aún más. Ella sólo ha sido su novia durante un par de meses. No tiene ningún derecho sobre lo que él hace.

La callosa palma de Jeb acuna mi codo. —¿Puedes levantarte?

—Por supuesto que puedo —digo con brusquedad, no de forma intencionalmente cruel, sólo que no soy adepta a ser el centro de atención.

En el momento en que pongo peso sobre la pierna, un pinchazo se dispara a través de mi tobillo y me doblo. Un empleado me sostiene por detrás mientras Jeb se sienta para quitarse sus patines y medias. Antes de saber lo que está haciendo, me levanta y me lleva fuera de la pista.

Jeb, quiero caminar. —Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello para mantener el equilibrio. Puedo sentir las sonrisas de los otros patinadores a nuestro paso, incluso si no los puedo ver en la oscuridad. Nunca me permitirán olvidar que me dejé llevar como una diva.

Jeb me acuna con más fuerza, lo que hace que sea dificil no darse cuenta de lo cerca que estamos: mis manos cerradas alrededor de su cuello, su pecho frotándose contra mis costillas... esos bíceps estrechándose contra mi hombro y mi rodilla.

Renuncio a luchar cuando él sale del cemento hacia el suelo de madera.

Al principio creo que nos dirigimos a la cafetería, pero pasamos la galería de juegos y giramos a la derecha hacia la rampa de entrada, siguiendo el arco de luz trazado por el casco. La cadera de Jeb empuja las puertas de estilo gimnasio. Parpadeo, tratando de adaptarme a la luminosidad exterior. Ráfagas de viento caliente hacen que mi cabello golpee alrededor de mi cara.

Me posa suavemente sobre el cemento quemado por el sol, luego cae a mi lado y se quita el casco, sacudiéndose el cabello. No lo ha cortado en un par de semanas, y es el tiempo suficiente para que roce sus hombros. Un grueso flequillo baja en un telón negro que toca su nariz. Se afloja el pañuelo rojo y azul marino de alrededor de su muslo y lo envuelve en la cabeza, asegurándolo con un nudo en la nuca para hacer retroceder a las líneas de su cara.

Aquellos oscuros ojos verdes estudian la venda donde gotea sangre de mi rodilla. —Te dije que reemplazaras tu equipo. Tu correa ha estado soltándose por semanas.

Aquí vamos. Ya está en el modo de hermano-mayor-sustituto, a pesar de ser sólo dos años y medio mayor y estar un grado delante de mí.

—Has estado hablando con mi padre otra vez, ¿verdad?

Una expresión tensa cruza su rostro cuando empieza a jugar con sus rodilleras. Sigo su ejemplo y me quito la que me queda.

—De hecho —le digo, mentalmente regañándome por no tener el valor de caer de nuevo en mi burbuja de silencio—, debería agradecerles a ti y a papá por permitirme venir aquí en absoluto. Viendo como está muy oscuro, y todo ese tipo de cosas que dan miedo, cosas malas le pueden pasar a mi pequeño cuerpo indefenso.

Un músculo se sacude en la mandíbula de Jeb, un signo seguro de que he tocado una fibra sensible.

—Esto no tiene nada que ver con tu padre. Aparte del hecho de que es dueño de una tienda de artículos deportivos, lo que significa que no tienes excusa para no mantener tu equipo. Patinar puede ser peligroso.

- A.G. HOWARI
- —Sí. Al igual que Londres es peligroso, ¿cierto? —Miro a través de los coches relucientes en el estacionamiento, alisando las arrugas del diseño de mi camiseta roja: un corazón sangrante envuelto en alambre de púas. Bien podría ser una radiografía de mi pecho.
- —Fantástico. —Arroja sus rodilleras a un lado—. No lo has superado.
- —¿Qué hay que superar? En lugar de dar la cara por mí, te pusiste de su lado. Ahora no puedo ir hasta que me gradúe. ¿Por qué debería estar molesta? —Me arranco las guantillas para suprimir la mordedura ácida de la ira ardiente en mi lengua.
- —Por lo menos, quedándote en casa, *te graduarás*. —Jeb se quita sus coderas y arranca el velcro, remarcando su punto.
  - —Allí también me hubiera graduado.

Resopla.

No deberíamos estar discutiendo esto. La decepción es muy fresca. Estaba muy emocionada sobre el programa de estudios en el extranjero que permitía a los de último año terminar la escuela secundaria en Londres al obtener créditos universitarios de una de las mejores universidades de arte de allí. La misma universidad a la que Jeb irá.

Dado que ya ha recibido su beca y planes de mudarse a Londres a finales de este verano, papá lo invitó a cenar hace un par de semanas para hablar sobre el programa. Pensé que era una gran idea, que con Jeb en mi esquina ya estaba en el avión. Y luego, juntos, decidieron que no era el momento adecuado de que me fuera. *Ellos* lo decidieron.

Papá se preocupa porque Alison le tiene aversión a Inglaterra, mucha historia de la familia Liddell, también. Él piensa que mi ida le provocaría una recaída. Ya la han pinchado con más agujas que a la mayoría de adictos en la calle.

Al menos sus razones tenían sentido. Todavía no he descubierto por qué Jeb vetó la idea. Pero ¿qué importa a estas alturas? La fecha límite de inscripción fue el viernes pasado, por lo que las cosas ahora no van a cambiar.

—Traidor —murmuro.

Pone la cabeza hacia abajo, obligándome a mirarlo. —Estoy tratando de ser tu amigo. No estás lista para irte tan lejos de tu padre... No tendrás a nadie que te cuide.

- —Vas a estar allí.
- —Pero yo no puedo estar contigo cada segundo. Mi horario será una locura.
  - –Yo no nec<mark>esito a</mark> alguien conmigo cada segundo<mark>. No s</mark>oy una **n**iñ**a**

ião Dana na Calabara de Calaba

—Nunca dije que fueras una niña. Pero no siempre tomas la mejores decisiones. Como ahora.

Aprieta mi espinilla, rasgando los leggings con un chasquido.

Una sacudida de excitación recorre mi pierna. Frunzo el ceño, convenciéndome de que tengo cosquillas.

- -Así que, ¿no estoy autorizada a cometer algunos errores?
- -No errores que pueden hacerte daño.

Niego con la cabeza. —Como si estar atrapada aquí no me hiciera daño. En una escuela que no soporto, con compañeros cuya idea de diversión es hacer bromas sobre la cola de conejo blanco que estoy escondiendo. Gracias por eso, Jeb.

Suspira y se sienta. —Así es. Todo es mi culpa. Supongo que tú, comiendo cemento ahí dentro, también es mi culpa.

La presión detrás su voz le da un tirón a mi corazón. —Bueno, el golpe fue un *poco* culpa tuya. —Mi voz se suaviza, un esfuerzo consciente para aliviar la tensión entre nosotros—. Ya hubiera logrado hacer un ollie si aún enseñaras en las clases de monopatín.

Los labios se Jeb se contraen. —Así que, el nuevo maestro, Hitch... ¿no lo está logrando?

Le doy un puñetazo, liberando un poco de frustración acumulada. — No, no lo está *logrando*.

Jeb falsea una mueca de dolor. —Sí que le gustaría. Pero yo le dije que patearía su...

—Como si tuvieras algo que decir. —Hitch tiene diecinueve años y es el rey de documentos de identidad falsos y las drogas recreativas. Es una pena de prisión en esperar. Sé que no debería enredarme con él, pero esa es mi decisión.

Jeb me lanza una mirada. Siento que viene una charla acerca de los males de salir con jugadores.

Espanto al saltamontes de mi pierna con una uña azul, negándome a dejar que sus susurros hagan el momento más incómodo de lo que ya es.

Gracias a Dios, las puertas dobles se abren por detrás. Jeb se escabulle lejos para dejar pasar a un par de chicas. Una nube de polvo y bocanadas de perfume caen sobre nosotros a medida que pasan y saludan a Jeb. Él asiente con la cabeza en respuesta. Las vemos subir a un automóvil y salir del estacionamiento.

—Oye —dice Jeb—. Es viernes. ¿No se supone que tienes que visitar tu mamá?

Salto por el cambio de tema. —Veré a papá allí. Y luego le prometia Jen que tomaría las dos últimas horas de su turno. —Después de mirar mis ropas rasgadas, miro hacia el cielo, el mismo color azul llamativo de los ojos de Alison—. Espero tener tiempo para ir casa y cambiarme antes de ir al trabajo.

Jeb se para. —Déjame fichar la salida —dice—. Voy a buscar tu tabla y tu mochila, y te llevaré al Manicomio.

Esa es la última cosa que necesito.

Ni Jeb ni su hermana, Jenara, han conocido Alison, sólo han visto fotos de ella. Ellos ni siquiera saben la verdad sobre mis cicatrices o por qué me pongo los guantes. Todos mis amigos piensan que estuve en un accidente de coche con mi madre cuando era una niña y que el parabrisas estropeó mis manos e hirió su cerebro. A papá no le gusta la mentira, pero la realidad es tan bizarra, que él me permite embellecerla.

—¿Qué pasa con tu motocicleta? —Me estoy agarrando a un clavo ardiendo, teniendo en cuenta que la equipada y antigua Honda CT70 de Jeb no está en ningún sitio del estacionamiento.

—Se prevé lluvia, así que Jen me dejó aquí —responde—. Tu papá te puede llevar a trabajar más tarde, y yo llevaré tu auto a casa. No es como que no me haga camino.

La familia de Jeb comparte el otro lado de nuestro dúplex. Papá y yo fuimos a presentarnos una mañana de verano después de su primer traslado. Jeb, Jenara y yo nos volvimos cercanos antes de empezar el sexto grado el siguiente otoño, lo suficientemente cercanos como para que el primer día de escuela, Jeb le diera una paliza a un chico en el corredor por llamarme la esclava amante del Sombrerero Loco.

Jeb se pone unas gafas de sol y se acomoda el nudo del pañuelo en la parte posterior de la cabeza. La luz del sol golpea las cicatrices brillantes y redondas, salpicadas a lo largo de sus antebrazos.

Me dirijo a los coches en el aparcamiento. Gizmo —mi Gremlin de 1975, nombrado así por un personaje de una película de los ochenta a la que papá llevó a Alison en su primera cita— está sólo un par de metros de distancia. Existe la posibilidad de que Alison me esté esperando en la sala de estar con papá. Si no puedo contar con Jeb para que me respalde sobre Londres, no puedo confiar en él para que conozca a la mayor loca que ha caído de mi árbol genealógico.

—Uh-uh —dice Jeb—. Veo esa mirada. De ninguna manera puedes conducir con un tobillo torcido. —Me extiende una mano—. Dámelas.

Empuja sus gafas de sol hacia el pañuelo. —Espera aquí y te llevo

Poniendo los ojos en blanco, suelto las llaves en su mano.

SPICINDERED A.G. HOWARI

Una ráfaga de aire acondicionado me golpea el rostro cuando la puerta se cierra detrás de él. Hay un cosquilleo en mi pierna. Esta vez, no quito al saltamontes, y escucho su susurro alto y claro—: *Perdida*.

—Sí —le susurro en respuesta, acariciando sus alas veteadas y rindiéndome a mis delirios—. Todo terminará una vez que Jeb conozca a Alison.

## Alambre de púas y alas negras

Traducido por Monikgv Corregido por Melii

I Manicomio de las Almas está a veinticinco minutos fuera de los límites de la ciudad. El sol de la tarde brilla con fuerza, deslumbrando el capó del auto. Una vez que pasas los edificios, centros comerciales y casas, no hay mucho paisaje en Pleasance. Sólo llanuras secas con crecimientos dispersos de arbustos y árboles delgados.

Cada vez que Jeb comienza a hablar, yo murmuro una respuesta monosilábica, luego subo el volumen del recién instalado reproductor de discos compactos. Por último, una canción suena —una acústica y temperamental que he escuchado que Jeb escucha cuando pinta— y él maneja en contemplación silenciosa. La bolsa con hielo que trajo para mi tobillo hinchado se ha derretido, y muevo el pie para dejar que ruede.

Lucho contra la somnolencia, sabiendo lo que ne espera del otro lado del sueño. No necesito volver a visitar mi pesadilla de Alice a media tarde. Cuando era adolescente, la mamá de Alison, Alicia, pintó a los personajes del País de las Maravillas en cada pared de su casa, insistiendo en que ellos eran reales y que le hablaban en sueños. Años más tarde, Alicia dio un salto, volando por la ventana de su habitación en el segundo piso del hospital para probar sus "alas", sólo unas horas después de dar a luz a mi mamá. Aterrizó en un rosal y se rompió el cuello. Algunos dicen que cometió suicidio por la depresión postparto y dolor por la pérdida de su marido meses antes en el accidente en la fábrica. Otros dicen que debía haber sido encerrada mucho antes de tener un hijo.

Después de la muerte de su madre, Alison fue dejada para ser criada por una larga fila de padres adoptivos. Papá piensa que su inestabilidad contribuyó a su enfermedad. Yo sé que es algo más, algo hereditario, debido a mi pesadilla recurrente y los bichos y las plantas. Y luego está la presencia que siento dentro. La que vibra y me ensombrece cuando estoy asustada o vacilante, empujándome a presionar mis límites. He

investigado sobre la esquizofrenia. Dicen que uno de los síntomas es escuchar voces, no unas alas golpeando en el cráneo. Por otra parte, si tuviera que contar los susurros de las flores y los bichos, escucho muchas voces. Por cualquiera de esas medidas, estoy enferma. Mi garganta se hincha en un bulto y me lo trago.

El disco compacto cambia de canción y me concentro en la melodía, tratando de olvidar todo lo demás. El polvo golpea contra el auto mientras Jeb cambia de velocidad. Miro de reojo su perfil. Hay algo de italiano en algún lugar de su linaje, y realmente tiene una complexión genial —tono oliva y claro, suave al tacto.

Inclina la cabeza en mi dirección. Me vuelvo hacia el espejo retrovisor y miro el ambientador del auto colgando. Hoy es el primer día en que lo había puesto en su lugar.

En eBay hay una tienda que vende ambientadores personalizados por diez dólares cada uno. Sólo envías por correo electrónico una foto, y ellos lo imprimen en una tarjeta perfumada, luego te envían por correo el producto final. Hace un par de semanas, usé un poco del dinero de cumpleaños y compré dos, uno para mí y uno para papá —que aún tiene que colgarlo en su camioneta. Lo tiene metido en la billetera; me pregunto si siempre estará escondido allí, demasiado doloroso para él verlo todos los días.

- —Resultó bien —dice Jeb, refiriéndose al ambientador.
- —Sí —murmuro—. Es una foto de Alison, así que no podía ser de otro modo. —Jeb asiente, su entendimiento tácito es más reconfortante que las palabras bien intencionadas de otras personas.

Miro fijamente la foto. Es una imagen de una enorme polilla de alas negras, proviene de uno de los álbumes viejos de Alison. La foto es increíble, la forma en las que las alas están extendidas sobre una flor entre la inclinación del sol y la sombra, vacilando entre dos mundos. Alison solía capturar cosas que muchas personas no notarían, momentos en el tiempo cuando los opuestos colisionan para luego fusionarse en uno solo. Me hace preguntarme cuán exitosa habría sido si no hubiera perdido la cabeza.

Toco el ambientador, siguiendo su vaivén.

El bicho siempre me ha parecido familiar, inquietantemente fascinante y al mismo tiempo tranquilizador.

Se me ocurre que no sé su historia, a qué especie pertenece, dónde vive. Si lo averiguaba, sabría donde habría estado Alison cuando tomó la foto y podría sentirla más cerca de alguna forma, pero no puedo preguntar. Ella es muy sensible sobre sus álbumes.

Alcanzo detrás del asiento, saco el iPhone de la mochila, y hago una pusqueda de *polilla brillante*.

Después más de veinte páginas de tatuajes, logotipos, anuncios de Linesta y diseños de vestuarios, un dibujo de una polilla me llama la

Al hacer clic en la imagen la pantalla se pone en blanco. Estoy a punto de reiniciar el navegador cuando un flash de color rojo brillante me detiene. La pantalla palpita como si estuviera mirando el latido de un corazón. El aire parece pulsar a mi alrededor en sincronía.

atención. No coincide perfectamente con la de Alison, pero el cuerpo es de un azul brillante y las alas poseen un débil resplandor negro, así que se

Una página Web parpadea con vida. Fuente blanca y gráficos coloridos destacan vivamente sobre el fondo negro. La primera cosa que me llama la atención es el título: *Habitantes del Inframundo —moradores del reino-inferior*.

A continuación sigue una definición: Una raza oscura y retorcida de seres sobrenaturales, autóctonos de un mundo escondido en lo profundo del corazón de la tierra. Muchos usan su magia para hacer travesuras y provocar venganzas, aunque unos pocos tienen una inclinación hacia la bondad y el coraje.

Me desplazo por las imágenes igual de violentas y hermosas que los dibujos de Jeb: luminosas criaturas con piel de arco iris y ojos saltones, con brillantes alas sedosas y portan cuchillos y espadas; duendes horribles y desnudos con cadenas, que se arrastran en cuatro patas, tienen colas en espiral y pies hendidos, como los cerdos; seres que parecen duendes plateados atrapados en jaulas y llorando lágrimas negras y aceitosas.

Según el texto, en sus formas más auténticas, los habitantes del Inframundo pueden verse casi como cualquier cosa, pueden ser tan pequeños como un capullo de rosa o tan grandes como un hombre. Algunos pueden incluso emular a los mortales, asumiendo la semejanza de los humanos existentes para engañar a las personas a su alrededor.

Un nudo incómodo se forma en mi pecho con la siguiente línea de texto: Mientras causan estragos en el mundo mortal, los habitantes del Inframundo permanecen conectados a su raza usando plantas e insectos como conductos al reino-inferior. Mi respiración se corta. Las palabras bailan a mi alrededor; un vertiginoso ascenso y caída de lógica rota. Si esto era cierto y no sólo la fantasía de un rarito de la Web, significaría que Alison y yo compartimos los rasgos de unas criaturas místicas y espeluznantes. Pero eso ni siquiera es posible.

El auto rebota en un bache y se me cae el celular. Cuando lo levanto, he perdido el sitio Web y la señal. —¡Mierda!

—Nop. Bache. —Cambiando de velocidad, Jeb mira sigilosamente en mi dirección, el Sr. Genial detrás de esos lentes.

Lo fulmino con la mirada. —Probablemente deberías mantener los ojos en la carretera en caso de que hayan más, genio.

Cambia de tercera a cuarta velocidad, sonriendo. —¿Feroz juego de solitario?

—Búsqueda de bichos. Dobla a la derecha aquí. —Dejé el teléfono en mi mochila. Estoy tan tensa por la visita al manicomio, que probablemente leí mal las palabras. Aunque estoy casi convencida de ello, el nudo en mi estómago no afloja.

Jeb dobla en un camino largo y zigzagueante. Pasamos un letrero descolorido: MANICOMIO DE LAS ALMAS: OFRECIENDO PAZ Y DESCANSO A LA MENTE CANSADA DESDE 1942.

Paz. Sí, claro. Más como catatonia inducida por drogas.

Bajo la ventana y dejo entrar una brisa cálida. Gizmo está en neutro mientras esperamos para que las puertas automáticas de hierro forjado respondan. Abriendo de un tirón la guantera, saco una pequeña bolsa de cosméticos junto con las extensiones de cabello que Jenara me ayudó a hacer con hilo azul brillante. Están unidas y sujeta para dar un efecto de rastas.

Nos movemos hacia el edificio de ladrillo de cuatro pisos que se ve al fondo; se destaca en color rojo sangre contra el cielo claro. Pudo haber sido una mansión de pan de jengibre, pero las tejas blancas en el techo a dos aguas parecen más bien dientes afilados que glaseado.

Jeb encuentra un espacio de aparcamiento junto a la camioneta Ford de mi papá y apaga el auto. El motor se para en seco estrepitosamente.

—¿Hace mucho que el coche está sonando así? —Lanza sus lentes en sobre el salpicadero y se concentra en el panel detrás del volante, revisando relojes y números.

Levanto mi trenza sobre el hombro, deslizando la banda elástica desde el final. —Cerca de una semana. —El cabello me cuelga sobre el pecho en ondas de color platino justo como las de Alison. Por petición de mi padre, no lo tiño ni lo corto porque le recuerda al de ella. Así que tuve que encontrar otras maneras creativas de resaltar mi estilo.

Me inclino hasta la cintura hasta que mi cabello fluye como un torrente sobre mis rodillas. Una vez que los rastas se sienten seguros, vuelvo a subir la cabeza y encuentro a Jeb mirándome.

Él aparta su mirada de vuelta hacia el salpicadero. —Si no estuvieras ignorando mis llamadas, ya le habría echado un vistazo a tu motor. No deberías manejar esto hasta que esté reparado.

—Gizmo está bien. Sólo está un poco ronco. Quizá necesite un poco agua con sal para hacer gárgaras.

Esto no es una broma. ¿Qué vas a hacer si te quedas atascada en el medio de la nada?

Giro un mechón de pelo alrededor de mi dedo. —Mmm. ¿Mostrarle un poco de escote a algún camionero que pase?

Jeb aprieta la mandíbula. —Eso no es gracioso.

Me río. —Oh, vamos. Estoy bromeando. Todo lo que realmente tomaría es un poco de pierna.

Sus labios se curvaron ligeramente, pero la sonrisa se desaparece en un abrir y cerrar de ojos. —Esto de una chica que ni siquiera ha tenido su primer beso.

Él siempre me ha molestado con que soy una mezcla entre patinadora glamorosa y novia americana. Parece que acabo de ser degradada a mojigata.

Hago un gruñido. No serviría de nada negarlo. —Bien. Llamaría a alguien por teléfono, esperaría segura dentro del auto con todas las ventanas cerradas y Mace<sup>5</sup> en la mano hasta que llegara la ayuda. Ahí lo tienes, ¿me gané una galleta?

Golpea su dedo contra el salpicadero. —Vendré a verlo más tarde. Puedes quedarte conmigo en el garaje. Justo como solíamos hacerlo.

Saco un poco de sombra para ojos de la bolsa de cosméticos. —Me gustaría eso.

Su sonrisa hace una total aparición —hoyuelos y todo— un vistazo del viejo, juguetón y burlón Jeb. Mi pulso se acelera ante la visión de él.

—Genial —dice—. ¿Qué tal esta noche?

Yo refunfuño. —Claro. A Taelor le daría un ataque si dejas el baile temprano para jugar con mi auto.

Deja caer la cabeza sobre el volante. —Ugh. Me olvidé del baile. Aún tengo que recoger mi esmoquin. —Mira el reloj en el tablero—. Jen dijo que un chico te invitó pero no quisiste ir. ¿Por qué no?

Me encojo de hombros. —¿Tengo este defecto de personaje? ¿Llamado dignidad?

Resopla y toma una botella de agua con sabor a frambuesa encajada entre el freno de emergencia y la consola y bebe lo que queda.

Abro el espejo compacto y aplico un poco de sombra de ojos kohl encima de lo que ya hay, luego alargo la esquina exterior como un ojo de gato. Una vez que termino ambos ojos con un barrido a lo largo de mis

pestañas inferiores, mis iris azules destacan contra el negro como una camisa fluorescente bajo la luz ultravioleta en el Submundo.

Jeb se inclina hacia atrás en su asiento. —Buen trabajo. Has logrado destruir cualquier parecido con tu mamá.

Me congelo. —No estoy tratando...

—Vamos, Al. Soy yo. —Extiende su mano para golpear el ambientador. La polilla gira, recodándome el sitio Web. El pellizco en mi esternón se aprieta.

Dejo la sombra de ojos en la bolsa y saco un brillo labial plateado para extenderlo sobre mis labios, luego guardo la bolsa de nuevo en la guantera.

La mano de Jeb está apoyada junto a mi codo en la consola, su calor filtrándose hacia mí. —Tienes miedo de que si te pareces a ella, serás como ella. Y terminarás aquí también.

Estoy sin palabras. Él siempre ha sido capaz de leerme. Pero esto... es como si estuviera arrastrándose dentro de mi cabeza.

Dios no lo quiera.

Mi garganta se seca, y me quedo mirando a la botella de agua vacía entre nosotros.

—No es fácil vivir a la sombra de alguien. —Su cara se oscurece.

Él lo sabría. Ha tenido las cicatrices para probarlo, más profundas que las quemaduras de cigarrillos en su torso y brazos. Aún recuerdo cuando ellos se mudaron: los gritos escalofriantes en la casa de al lado a las dos de la mañana mientras trataba de proteger a su hermana y a su mamá de su papá ebrio. Lo mejor que le sucedió a la familia de Jeb fue cuando el Sr. Holt golpeó su camioneta contra un árbol una noche hace tres años. Su nivel de alcohol en sangre era de 0.3.

Afortunadamente, Jeb nunca se mete con esas cosas. Sus estados de ánimo oscuros no combinan bien con el alcohol. Se dio cuenta hace un par de años, después de casi matar a un tipo en una pelea. El tribunal envió a Jeb a un centro de detención juvenil por un año, razón por la cual se graduó con diecinueve años. Perdió doce meses de su vida pero ganó un futuro, porque en el centro una psicóloga lo ayudó a controlar su amargura a través del arte y le enseñó que tener estructura y balance era la mejor manera de contener su ira.

—Sólo recuerda —dice, entrelazando nuestros dedos—. Contigo no es hereditario. Tu mamá tuvo un accidente.

Nuestras palmas se tocan con sólo mis guantes tejidos entre nosotros, y presiona mi antebrazo con el suyo para alinear las arrugas de sus cicatrices contra mi piel. Estás equivocado, quiero decir Soy

exactamente como tú. Pero no puedo. El hecho es que, los alcohólicos tienen programas, pasos que tomar para poder encajar en la sociedad y funcionar. Locos como Alison, todo lo que tienen son celdas acolchadas y utensilios romos. Esa es su normalidad.

Nuestra normalidad.

Mirando hacia abajo, noto sangre que se ha filtrado y secado en el vendaje en mi rodilla. Paso una mano sobre ella, preocupada por Alison. Enloquece a la vista de la sangre.

—Toma. —Sin que le dijera una palabra, Jeb se quita el pañuelo de la cabeza. Inclinándose, ata la tela alrededor de mi rodilla para ocultar el vendaje sucio. Cuando ha terminado, en vez de moverse de nuevo a su lado del auto, coloca su codo sobre la consola y pasa un dedo a lo largo del azul que cae de mi cabello. O son las vibras de nuestros problemas no resueltos o de nuestra conversación íntima, pero su expresión es seria.

—Esas rastas están increíblemente apretadas. —Su voz es baja y aterciopelada, llenando mi estómago de nudos—. Sabes, en serio deberías ir al baile. Preséntate con esto y sorpréndelos a todos. Te garantizo que aún tendrás tu dignidad.

Estudia mi cara con una expresión que sólo he visto cuando dibuja. Intensa. Abstraída. Como si estuviera considerando la pintura desde cada ángulo. A *mí* desde cada ángulo. Está tan cerca, huelo las frambuesas en su aliento cálido. Su mirada se desplaza hacia el hoyuelo en mi barbilla y mis mejillas arden.

En la parte trasera de mi cabeza, esa sensación sombría despierta, no tanto como una voz, sino una presencia, como un estremecimiento de alas ascendiendo en mis entrañas... instándome a tocar la perforación bajo su labio inferior. Instintivamente, me acerco. Él ni siquiera parpadea cuando trazo la punta plateada.

El metal es cálido, y su barba cosquillea la yema de mi dedo a cada lado. Golpeada por toda la intimidad de mi acción, comienzo a alejarme. Él toma mi mano y sostiene mi dedo contra sus labios. Sus ojos se oscurecen, sus gruesas pestañas entrecerrándose. —Al —susurra.

—¡Mariposa! —El grito de papá pasa a través de la ventana. Salto, y Jeb se lanza a su lado del auto. Papá baja por el césped inmaculado hacia Gizmo, usando sus pantalones de color caqui con un polo de color azul marino bordado con *Materiales Deportivos de Tom* en hilo plateado. Calmo mi pulso acelerado con unas cuantas respiraciones profundas.

Papá se inclina para mirar a través de la ventana. —Hola, Jebediah. Jeb se aclara la garganta. —Hola, Sr. Gardner.



—Mmm. Tal vez deberías por fin empezar a llamarme Thomas. Sonríe papá, con el brazo apoyado en el borde de la ventana—. Después de todo, te graduaste anoche.

Jeb sonrie, orgulloso y juvenil. Él se pone así alrededor de mi papá.

El Sr. Holt solía decirle que nunca llegaría a nada, lo presionaba para que abandonara la escuela y trabajara en el garaje a tiempo completo, pero mi papá siempre alentó a Jeb a seguir en la escuela. Si no estuviera aún molesta por cómo se unieron contra mí sobre lo de Londres, podría en realidad disfrutar de este momento.

- —Entonces, ¿mi chica te tomó para ser su chofer? —preguntó papá, lanzándome una mirada burlona.
- —Sip. Incluso se torció un tobillo para salirse con la suya —dijo Jeb. ¿Cómo puede su voz sonar tan firme, cuando yo siento como si un huracán hubiera sido desatado en mi pecho? ¿No está, aunque sea, un poco nervioso por lo que pasó entre nosotros hace dos segundos?

Extiende la mano por el asiento de atrás y tira de las agarraderas de unas muletas de madera que tomó prestadas de la habitación de suministros médicos de Submundo.

—¿Qué hiciste? —Papá abre la puerta del auto con preocupación evidente en su rostro.

Moví las piernas lentamente, apretando los dientes por el dolor mientras la sangre corre a mi tobillo. —Lo usual. El skateboarding es de prueba y error, ¿sabes? —Miro a Jeb mientras viene al lado del pasajero, mentalmente prohibiéndole decirle a papá sobre la rodillera desgastada.

Jeb sacude la cabeza, y por un segundo, creo que me va a traicionar de nuevo. En vez de eso, nuestras miradas se cruzan y mis entrañas se hacen un nudo. ¿Qué me hizo tocarlo así antes? Las cosas ya son lo suficientemente extrañas entre nosotros.

Papá me ayuda a levantarme y se agacha para ver mi tobillo. — Interesante. Tu mamá estaba convencida de que algo pasó. Dijo que te habías lastimado a ti misma. —Se levanta, una pulgada más bajito que Jeb—. Supongo que sólo asume lo peor cada vez que llegas tarde. Debiste haber llamado. —Toma mi codo mientras posiciono las muletas bajo mis brazos.

- —Lo siento.
- —Está bien. Vamos a entrar antes de que ella haga algo... —Papá se detiene en respuesta a mi mirada suplicante—. Uh, antes de que nuestro helado se convierta en sopa de pastel de queso.

Nos dirigimos hacia la acera alineada con peonías. Los bichos bailan sobre las flores y el ruido blanco crece en torno a mí, haciéndome descar el cener mis audífonos y iPod.

-Claro que sí -responde la voz de Jeb-. Oye, chica patinadora...

Me detengo detrás de papá y giro sobre el pie bueno, con los dedos apretados alrededor de las empuñaduras acolchadas de las muletas, mientras estudio la expresión de Jeb en la distancia. Se ve tan confundido como yo me siento.

-¿Cuándo trabajas mañana? - pregunta.

Me quedo allí como un maniquí sin cerebro. —Um... Jen y yo estamos en el turno de mediodía.

—Está bien. Viaja con ella. Yo pasaré luego a revisar el motor de Gizmo.

Mi corazón se hunde. Ahí va eso de pasar el rato como en los viejos tiempos. Parece que ahora *me* evitará. —Claro. Seguro. —Me muerdo la decepción y me doy vuelta para cojear con papá por el sendero.

Él llama mi atención. —¿Todo bien entre ustedes dos? No puedo recordar un momento que no pasaran juntos en el garaje.

Me encojo de hombros mientras él abre la puerta de vidrio. —Tal vez estamos apartándonos. —Duele decirlo, más de lo que admitiría alguna vez en voz alta.

- —Siempre ha sido un buen amigo —dice papá—. Deberían arreglarlo.
- —Un amigo no intenta dirigir tu vida. Para eso están los papás. Levanto la ceja para remarcar mi punto, cojeo dentro del edificio con aire acondicionado. Él entra detrás de mí, en silencio.

Me estremezco. Los pasillos aquí me perturban con sus tramos largos y vacíos y luces amarillas parpadeantes. Azulejos blancos magnifican los sonidos, y las enfermeras con sus trajes color menta a rayas desenfocan mi visión periférica. Los uniformes las hacen verse más como voluntarias que como profesionales certificados del cuidado de la salud.

Contando las púas pintadas en mi camiseta, espero que papá hable con la enfermera detrás del escritorio principal. Una mosca se posa en mi brazo y yo trato de aplastarla. Se abalanza alrededor de mi cabeza con un fuerte zumbido que casi suena como: —Él está aquí —antes de irse por el pasillo.

Papá se detiene junto a mí mientras miro a la mosca. —¿Seguro que stás bien?

Asiento, sacudiendo la ilusión. —Es sólo que no sé qué esperar hoy. Es una mentira a medias. Alison se distrae demasiado alrededor de las plantas y los insectos como para salir a menudo, pero ha estado suplicando por aire fresco, y papá habló con su doctor para intentarlo. ¿Quién sabe qué puede resultar de ello?

—Sí. Espero que esto no la desequilibre demasiado... —Su voz se apaga y sus hombros se caen, como si toda la tristeza de los últimos once años cayera sobre ellos—. Desearía que la recordaras cómo era antes. — Coloca una mano en mi nuca mientras nos dirigimos hacia el patio—. Era tan sensata. Tan cabal. *Tan parecida a ti.* —Susurra la última parte, tal vez con la esperanza de que yo no escuche.

Pero lo hago, y el alambre de púas se aprieta una vez más, hasta que mi corazón está estrangulado y roto.

# La araña y la mosca

Traducido por noely Corregido por MaarLopez

parte de Alison, su enfermera, y un par de jardineros, el patio está desierto. Alison se sienta en una de las mesas de hierro negro fundido puestas en un patio de cemento que ha sido estampado para asemejarse a adoquines. Incluso la decoración debe ser elegida con cuidado en un lugar como este. No hay vidrio por ninguna parte, sólo un globo de plata reflectante asegurado firmemente sobre un pedestal.

Debido a que algunos pacientes son conocidos por tomar sillas o mesas y arrojarlas, las patas de los muebles están atornilladas en el cemento. Un parasol de lunares blancos y rojos brota desde el centro de la mesa como un hongo gigante, ensombreciendo la mitad de la cara de Alison. Tazas de té y platos de plata brillan en la luz del sol.

Tres juegos: uno para mí, uno para papá y otro para ella.

Trajimos el servicio de té desde casa años atrás, cuando ella se registró por primera vez. Es un lujo que el asilo proporciona a fin de mantenerla con vida. Alison no comerá nada —ya sea carne o pastel de frutas— a menos que sea en una taza de té.

Nuestro litro de helado de chocolate y torta de queso espera en una estera, listo para ser servido. La condensación rueda por el embalaje de cartón.

Las trenzas de platino de Alison oscilan sobre su silla, casi tocando el suelo. Tiene su flequillo escondido bajo una diadema de cinta negra. Usa un vestido azul con un delantal largo para mantener su ropa limpia, se parece más a Alice en la fiesta del té del Sombrerero Loco que la mayoría de las ilustraciones que he visto.



Al principio creo que está hablando con la enfermera hasta que la mujer se acerca a saludarnos, suavizando su uniforme menta. Alison ho se da cuenta, demasiado concentrada en el florero de metal con claveles delante de ella.

Mi náusea se intensifica cuando oigo que los claveles hablan por encima del zumbido de ruido blanco de fondo. Están diciendo lo doloroso que es ser cortado con tijeras en los tallos, se quejan de la calidad del agua en la que está nadando, pidiendo que los pongan de nuevo en la tierra para poder morir en paz.

Eso es lo que oigo, de todos modos. Tengo que preguntarme qué es lo Alison cree que están diciendo en su propia mente retorcida. El médico no puede obtener detalles y yo nunca he sacado el tema porque significaría admitir que heredé su enfermedad.

Papá espera a la enfermera, pero su mirada, cargada de nostalgia y decepción, se mantiene fija en Alison.

Una ligera presión sobre mi brazo derecho desplaza mi atención del rostro extrañamente bronceado de la enfermera Mary Jenkins. El olor que irradia de ella es una mezcla de pan tostado quemado y talco. Su cabello castaño está recogido en un moño, y una blanca sonrisa de alto voltaje casi chamusca mi visión.

—Hola, hola —canta. Como de costumbre, su personalidad burbujeante está por todo por lo alto, como la de Mary Poppins. Estudia mis muletas—¡Caramba! ¿Te has hecho daño, gota de miel?

No. Me han brotado apéndices de madera.

- —Skateboard —le respondo, decidida a mostrar mi mejor comportamiento por el bien de mi padre, a pesar de que el parloteo de las flores en la mesa se haya metido bajo mi piel.
- —¿Sigues en ello? Un pasatiempo interesante. —Su mirada compasiva implica "para una chica" mejor de lo que podrían hacerlo las palabras. Estudia mis rastas azules y el espeso maquillaje de ojos con una expresión sombría en su rostro—. Tienes que tener en cuenta que un desastre como este puede alterar a tu madre.

No estoy segura de si está hablando acerca de mis lesiones o de mi sentido de la moda.

La enfermera mira por encima del hombro hacia Alison, quien todavía está susurrando a las flores, ajena a nosotros. —Ya está un poco excitada hoy. Debería darle algo. —La enfermera "Inyecta Cosas" empieza a sacar una jeringa del arsenal en su bolsillo. Una de las muchas cosas que detesto de ella: parece disfrutar poniéndole inyecciones a sus pacientes.

Con los años, los médicos han descubierto que los sedantes funcionan mejor para controlar los ataques de Alison. Sin embargo la

convierten en un zombi babeante, incapaz de darse cuenta de nada a su alrededor. Prefiero verla alerta y conversando con una cucaracha que así

Frunzo el ceño a mi papá, pero él no se da cuenta porque está ocupado arrugando su propio ceño.

- —No —dice, y el borde profundo y disciplinario de voz hace que las cejas pintadas de la enfermera se enarquen—. La mandaré a buscar con Alyssa si las cosas se ponen dificiles. Y tenemos a los jardineros de allí como mano de obra si la necesitamos. —Hace un gesto a los dos hombres corpulentos a lo lejos que están podando algunas ramas de un arbusto. Podrían ser gemelos con sus bigotes enormes y en forma de morsa, semejantes a monos de osos peluche de color marrón.
- —Muy bien. Estaré en la recepción cuando me necesiten. —Con otra falsa sonrisa deslumbrante, rebota hacia el edificio, dejándonos a los tres en soledad. O a los ocho, si contamos a los claveles. Al menos han dejado de hablar.

En el minuto en que la sombra de papá se desliza sobre el jarrón, Alison mira hacia arriba. Da vistazo a mis muletas y se lanza desde su asiento, haciendo tintinear el juego de té. —¡Él tenía razón!

- —¿Quién tenía razón, cariño? —pregunta papá, suavizando los pelos sueltos que enmarcan sus sienes. Incluso después de tantos años de decepción, todavía no puede resistirse a tocarla.
- —El saltamontes... —Los ojos azules de Alison brillan con una mezcla de ansiedad y excitación mientras señala hacia una gruesa telaraña en los alambres de la sombrilla. Una araña de jardín plateada del tamaño de un dólar se escabulle a través de ella, asegurando un capullo blanco contra las ráfagas de viento; sin duda se trata de su cena—. Antes que la araña la envolviera, el saltamontes gritó algo. —Las manos de Alison se aprietan en el frente de su cintura—. El saltamontes dijo que habías sido herida, Allie. Te vio afuera del lugar de patinaje.

Me quedo mirando al bulto momificado en la tela de araña. Ahí estaba ese insecto que seguía subiendo por mi pierna en Submundo. ¿Qué? ¿Tomó un aventón en el coche?

Mi estómago se retuerce. De ninguna manera. No hay manera de que sea el mismo bicho. Alison debió escucharnos hablar con la enfermera sobre mi caída. A veces creo que finge su inconsciencia porque es más fácil que enfrentarse a lo que le pasó o a lo que le ha hecho a nuestra familia.

Aprieta tanto sus manos, que sus nudillos palidecen. Desde el día en que me hizo daño, evita todo contacto físico entre nosotras. Piensa que me voy a romper. Esa es una de las razones por las que uso guantes, para que no vea las cicatrices y recuerde.



A.G. HOWY

Papá separa sus manos y entrelaza sus dedos con los de ella. La atención de Alison se posa sobre él y la caótica intensidad se derrite.

- —Hola, Tommy-deditos —dice, su voz es suave y firme.
- -Hola, Ali-osita.
- —Trajiste helado. ¿Esto es una cita?
- —Sí. —Él le besa los nudillos, mostrando su mejor sonrisa de Elvis—. Y Alyssa está aquí para ayudarnos a celebrar.
- —Perfecto. —Le devuelve la sonrisa, sus ojos bailando. No es de extrañar que papá todavía esté irremediablemente enamorado de ella. Es lo suficientemente bonita como para ser un hada.

Papá la ayuda a volver a su silla. le pone una servilleta de tela en el regazo, entonces sirve helado en una taza de té. Poniendo la taza en un plato, se lo pasa junto con una cuchara de plásticoo.

- *—Il tuo gelato, signora bella*<sup>6</sup> *—*dice.
- —¡Grazie albóndiga! —exclama, en un raro momento de frivolidad.

Papá se ríe y ella también, un sonido tintineante que me hace pensar en las campanas de plata que tenemos sobre la puerta de atrás en nuestra casa. Por primera vez en mucho tiempo, se *siente* como en casa. Empiezo a pensar que esta será una de nuestras buenas visitas. Con todo lo que pasa en mi vida últimamente, seguro sería bueno tener un momento de estabilidad.

Me siento y papá toma mis muletas, poniéndolas en el suelo, entonces me ayuda a colocar el tobillo en una silla vacía entre Alison y yo. Me da palmaditas en el hombro y se sienta en el lado opuesto.

Durante varios minutos, nos reímos y sorbemos la sopa de queso pegajoso de nuestras tazas de té. Hablamos de cosas normales: el fin del año escolar, el baile de esta noche, la graduación de anoche y la tienda de artículos deportivos. Es como si estuviera en una familia normal.

Entonces papá lo arruina. Saca su billetera para mostrarle a Alison las instantáneas de mis mosaicos que ganaron premios en la feria del condado. Las tres fotos están fijas en fundas de plástico junto con una variedad de tarjetas de crédito y recibos.

En primer lugar es *Claro De Luna Asesino*, todo en tonos azules: mariposas azules, flores azules y pedazos de vidrio azul. Luego *El Último Aliento Del Otoño*, un torbellino de colores del otoño formado por las polillas marrones y pétalos de flores de color naranja, amarillo y rojo. *Latidos de corazón del invierno*, mi orgullo, es una maraña caótica de la respiración un bebé y cuentas plateadas de cristal dispuestas en la imagen

de un arbol. Bayas de invierno secas salpican el final de cada rama, como si el árbol estuviera sangrando. Grillos de color negro azabache forman el telón de fondo. A pesar de sonar morboso, la mezcla de lo extraño y lo natural de alguna manera crea belleza.

Alison se retuerce en su silla como si estuviera molesta. —¿Qué pasa con la música? ¿Sigue practicando su violonchelo?

Papá me mira de reojo. Alison ha tenido muy poco que ver con mi educación. Pero una cosa en la que siempre ha insistido es en mi participación en una orquesta, quizá porque ella misma solía tocar el violonchelo. Lo dejé este año, sólo tenía tiempo para una electiva. No lo hemos mencionado, porque parece muy importante para ella que yo continúe.

- —Podemos hablar de eso más tarde —dice papá, apretándole la mano—. Quería que vieras su ojo para el detalle. Al igual que tú con tus fotografías.
- —Las fotografías cuentan una historia —murmura Alison—. Pero la gente se olvida de leer entre líneas. —Alejando la mano de mi padre, se sume en un silencio sepulcral.

Con los ojos llenos de tristeza, papá está a punto de cerrar la billetera cuando Alison descubre el ambientador con la imagen de la polilla... el que aún no ha colgado en su camioneta.

Con las manos temblorosas, ella lo agarra.

- —¿Por qué llevas esto contigo?
- —Mamá... —Mi lengua se congela en el esfuerzo por formar la palabra, antinatural y rígida, como intentar hacerle un nudo a un tallo de cereza—. Lo mandé hacer para él. Es una manera de mantener una parte de ti con nosotros.

Con la mandíbula apretada, se vuelve a papá. —Te dije que mantuvieras oculto ese álbum. ¿No es así? No se suponía que lo viera. Ahora es sólo cuestión de tiempo...

¿Ahora es sólo cuestión de tiempo hasta qué? ¿Hasta que terminé aquí como ella? ¿Acaso piensa que las fotografías la volvieron loca?

Frunciendo el ceño, lanza el ambientador a través de la mesa. Su lengua chasquea a un ritmo constante. El sonido se ajusta dentro de mí, como si alguien estuviera arrancando mis intestinos con una púa de guitarra. Sus episodios más violentos siempre comienzan con el cloqueo de lengua.

Papá endurece sus dedos alrededor del ambientador de aire, cauteloso.

Una mosca se posa en mi cuello, haciéndome cosquillas. Cuando la empujo lejos, aterriza en los dedos de Alison. Ella frota sus pequeñas piernas juntas. —Él está aquí. Él está aquí.

Sus susurros se elevan por encima del viento y del resto del ruido blanco, por encima del cloqueo de la lengua de Alison y las respiraciones cautelosas de papá.

Alison se inclina. —No, él no puede estar aquí.

-¿Quién no puede estar aquí, Ali-osita? -pregunta papá.

Miro fijamente, preguntándome si es posible. ¿Las personas locas comparten delirios? Porque esa es la única explicación para que Alison y yo escuchemos lo mismo.

A menos que la mosca realmente hablara.

—El viaja en el viento —susurra una vez más y luego revolotea fuera del patio.

Alison posa su mirada frenética en mí.

Me tenso, aturdida.

- —Cariño, ¿qué pasa? —Papá está ahora a su lado, con su mano en el hombro.
- —¿Qué significa eso de "Él viaja en el viento"? ¿Quién? —le pregunto a Alison, ya sin preocuparme por revelarle mi secreto.

Me mira intensamente y en silencio

Papá nos mira a ambas, más pálido a cada segundo.

—¿Papá? —Me apoyo sobre la pierna y tiro de mi calcetín—. ¿Podrías conseguir un poco de hielo para mi pie? Está latiendo.

Frunce el ceño. —¿No puedes esperar un segundo, Alyssa?

- —Por favor. Me duele.
- —Sí, le duele. —Alison se acerca y me toca el tobillo. El gesto es chocante por su naturalidad, helándome la sangre y los huesos. Alison me está tocando, *por primera vez en once años*.

El monumental evento golpea tanto a papá, que se va sin decir una palabra. El movimiento nervioso en su párpado izquierdo me dice que traerá consigo a la enfermera "Inyecta Cosas".

Alison y yo no tenemos mucho tiempo.

En el momento en que desaparece por la puerta, tiro mi pierna de la silla, haciendo una mueca por la punzada de dolor en el tobillo.

—La mosca. Las dos escuchamos lo mismo, ¿verdad?

Las mejillas de Alison palidecen. —¿Cuánto tiempo has escuchado voces?

Light I

- —¿Qué diferencia hace?
- —Toda la diferencia. Yo podría haberte dicho cosas... cosas que te impidan tomar la decisión equivocada
  - —Dime ahora.

Ella niega con la cabeza.

Tal vez no está convencida de que escucho las mismas voces que ella. —Los claveles. Debemos honrar su última petición. —Cojo una cuchara de plástico y los claveles en la mano, salto en una muleta hasta el borde del patio de cemento donde el comienza el césped. La tierra huele húmeda y fresca. Los aspersores han estado funcionando recientemente. Alison me sigue de cerca.

No veo más a los jardineros morsa. A lo lejos, la puerta del cobertizo está abierta. Los hombres tienen que estar dentro. Bien, no hay nadie que nos interrumpa.

Alison toma las flores y la cuchara y cae de rodillas. Usa la cuchara para excavar en la tierra blanda. Cuando el plástico se rompe, ecava con sus dedos hasta que hay una tumba poco profunda.

Pone dentro los capullos y rastrilla tierra encima. La expresión de su rostro es como un cielo lleno de nubes agitadas, indecisas de si deben provocar una tormenta o disiparse.

Mis piernas vacilan. Durante muchos años, las mujeres de nuestra familia han sido catalogadas como locas, pero no lo somos. Podemos oír cosas que otros no pueden. Esa es la única manera de que las dos pudiéramos escuchar a la mosca y a los claveles decir lo mismo. El truco es no responderle a los insectos y a las flores frente a la gente normal, porque entonces parece que estamos locas.

No estamos locas. Debería estar aliviada.

Pero algo más está sucediendo, algo increíble.

Si las voces son reales, aún no tiene ningún sentido que Alison insista en vestirse como Alice. Por qué chasquea la lengua. Por qué se enfurece por nada. Esas cosas que la hacen lucir más loca que cualquier otra cosa. Hay tantas preguntas que quiero hacerle. Las aparto, porque hay otra pregunta que es la más importante de todas.

—¿Por qué nuestra familia? —pregunto—. ¿Por qué nos sigue pasando esto a nosotras?

La cara de Alison se agría. —Es una maldición.



¿Una maldición? ¿Es posible? Pienso en la extraña página web que ercontré cuando busqué la polilla. ¿Estamos malditos con poderes místicos, como esos Habitantes del Inframundo? ¿Es por eso que mi abuela Alicia intentó volar? ¿Para poner a prueba la teoría?

- —Está bien —le digo, haciendo un esfuerzo para creer en lo imposible. ¿Quién soy yo para discutir? He estado charlando con dientes de león e insectos durante los últimos seis años. La magia real debe ser mejor que ser esquizofrénica. —Si es una maldición, hay una manera de romperla.
  - —Sí —la respuesta de Alison es un graznido de miseria.

El viento se levanta y su trenza repica a su alrededor como un látigo.

-¿Qué es, entonces? -pregunto-. ¿Por qué no lo hemos hecho ya?

Los ojos de Alison están vidriosos. Está sumida en algún lugar dentro de sí misma, un lugar en el que se esconde cuando está asustada.

—¡Alison! —Me inclino para agarrar sus hombros.

Ella se vuelve a enfocar. —Porque tendríamos que ir por el hoyo del conejo.

Ni siquiera pregunto si la madriguera es real. —Entonces voy a encontrarla. ¿Tal vez alguien en tu familia pueda ayudar?

Es una suposición. Ninguno de los Liddell británicos sabe de nosotros. Uno de los hijos de Alice tuvo una relación secreta con una mujer antes de que él se marchara a la Primera Guerra Mundial y muriera en el campo de batalla. La mujer quedó embarazada y llegó a Estados Unidos para criar a su hijo. El niño creció y tuvo una hija, mi abuela, Alicia. No hemos estado en contacto con ninguno de ellos... nunca.

—No —dice Alison—, mantenlos fuera de esto, Allie. Ellos no saben más de lo que sabemos nosotras, o no estaríamos metidas en este lío.

La determinación detrás de su expresión apaga cualquier duda que su declaración críptica podría plantear.

- —Está bien. Sabemos que el agujero del conejo está en Inglaterra, ¿verdad? ¿Existe un mapa? ¿Algún tipo de instrucciones por escrito? ¿Dónde busco?
  - —No lo haces.

Salto mientras me baja el calcetín para exponer la marca de nacimiento sobre mi hinchado tobillo izquierdo. Ella tiene una idéntica en el interior de su muñeca. La marca es como un laberinto hecho de líneas muy anguladas que se pueden ver en un libro de crucigramas.

—Hay mucho más en esta historia de lo que nadie conoce —dice—.

os tesoros que te lo mostrarán.

**₹**Tesoros?

Presiona su marca de nacimiento contra la mía, y una calida sensación se precipita entre los puntos de contacto.

—Lee entre líneas —susurra. Lo mismo que dijo antes sobre las fotografías—. No puedes perder la cabeza, Allie. Promete que dejarás pasar esto.

Me arden los ojos. —Pero yo quiero que vuelvas a casa...

Se aparta bruscamente de mi tobillo. -iNo! Yo no hice todo esto para nada... -Su voz se quiebra y se ve tan pequeña y frágil a mis pies.

Me duele preguntar lo que quiere decir, pero más aún, sólo quiero abrazarla. Me dejo caer de rodillas, sin hacer caso de la herida detrás del pañuelo de Jeb, me inclino. Es el cielo, sentir sus brazos a mi alrededor. Oler su champú mientras entierro mi nariz en su sien.

No dura. Ella se pone rígida y me empuja lejos. Un pinchazo familiar de rechazo choca contra mi pecho. Entonces recuerdo: papá y la enfermera estarán de vuelta en cualquier momento.

—La polilla —digo—. Desempeña un papel en esto, ¿verdad? Encontré un sitio web. La imagen de la polilla de color negro y azul me llevó hasta él.

Arriba, las nubes oscurecen la luz del sol en una neblina grisácea, y la piel de Alison refleja el cambio. El terror agudiza su mirada. —Lo has hecho ahora. —Levanta sus manos temblorosas—. Ahora que has ido en su busca, no faltará a su palabra. No técnicamente. Tú eres juego limpio.

Entrelazo mis dedos con los suyos, tratando de entenderla. —Me estás asustando loca. ¿De quién estás hablando?

- —Él vendrá por ti. Atravesará tus sueños o el espejo... ¡Aléjate del espejo, Allie! ¿Entiendes?
- —¿Espejos? —pregunto, incrédula—. ¿Quieres que me mantenga alejada de los espejos?

Se levanta con prisa y me esfuerzo por mantener el equilibrio sobre la muleta. —Los espejos rotos cortan más que piel. Destrozarán tu identidad.

Como si fuera una señal, el pañuelo de Jeb se desliza por mi rodilla, dejando al descubierto el vendaje ensangrentado. Un grito pequeño sale de su boca. No hay un chasquido de lengua para avisarme antes de que se lance. Mi espalda choca contra el piso, el aire escapa de mis pulmones y el dolor explota entre mis omóplatos.

Alison se monta a horcajadas sobre mí, quitándome los guantes mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas.

-¡Me obligo a hacerte daño! —Solloza—. ¡No dejaré que suceda off:

A.Co I

La he oído decir esas palabras antes, y en un instante, estoy de vuelta al pasado. Una niña de cinco años de edad —inocente— observa cómo una tormenta de primavera se forma más allá de la puerta mosquitera. El olor de la lluvia y la tierra mojada me rodea, haciendo mi boca agua. Justo frente a mi nariz, aterriza en la pantalla una mariposa del tamaño de un cuervo, con un cuerpo luminoso y alas como de raso negro. Yo le chillo y se echa a volar, flotando, burlándose de mí, invitándome a jugar.

Un rayo cae, un torrente de luz. Mami siempre me dijo que no era seguro salir cuando hay tormenta... pero la polilla revoloteaba, hermosa, burlona, prometiendo que todo estaría bien. Apilo unos libros para llegar a la cerradura y ruedo fuera para bailar con el bicho en los macizos de flores, aplastando el barro entre los dedos de los pies. El grito de mamá me hace mirar hacia arriba. Ella sale corriendo hacia nosotros con unas tijeras de podar.

—¡Córtenle la cabeza! —gritó, y de un tijeretazo cortó todas las flores donde se posó la polilla, separando los pétalos de sus tallos.

Yo seguí, hipnotizada por su energía mientras llovía a cántaros y los relámpagos incendiaban el cielo. Pensé que ella estaba bailando y alcé mis brazos al aire, siguiéndola. Entonces me tropecé. Los pétalos blancos sangraban en el suelo. Papá salió corriendo de la casa. Le dije que necesitábamos curitas para los narcisos. Se quedó sin aliento ante la visión. Yo era demasiado joven para entender que las flores no sangran.

De alguna manera me había metido en la línea de fuego y las tijeras de podar rebanaron la piel desde las palmas hasta mis muñecas. El médico dijo que no sentí el dolor a causa del shock. Esa fue la última vez que Alison vivió en casa y la última vez que la llamé mami.

Un trueno me trae de nuevo al presente. El corazón me martillea el esternón. Me había olvidado de la polilla. Ese bicho había sido mi mascota secreta cuando niña y el catalizador para mis cicatrices. No es de extrañar que su fotografía me pareciera familiar. No es de extrañar que enloqueciera a Alison con solo verla.

Ella gime, sosteniendo mis manos desnudas a la luz tenue. -¡Lo siento tanto! Él me usó y te he fallado. Estás destinada para mucho más que esto. Todos lo estamos.

Me suelta y desentierra los claveles. La suciedad se desprende de los tallos. —¡Él no puede tenerla! Dile eso... —Alison aprieta los pétalos entre los puños, como si tratara de estrangularlos. Luego echa a un lado las flores hechas jirones y tropieza va dando tumbos hacia el globo,

intentando tirarlo de su base. Cuando no se mueve, lo golpea con los puños.

Agarro sus codos, preocupada porque puede lastimarse. —Por favor, para —ruego.

—¿Me escuchas? —grita hacia el globo de plata, zafándose de mi agarre—. ¡No la puedes tener! —Algo se mueve en el reflejo, un contorno borroso. Pero un segundo vistazo solo muestra el reflejo de Alison, gritando con tanta fuerza, que las venas de su cuello se hinchan.

Lo que sucede después es como un sueño. Las nubes se arremolinan y la lluvia comienza a caer con fuerza. Observo a través del aguacero —en cámara lenta— cómo el viento azota su trenza alrededor de su cuello.

Una tos seca sacude su garganta y ella se dobla, con los dedos apretados alrededor de la trenza para aflojarla.

—¡Alison! —Me lanzo hacia ella. Apenas registro que ya no me duele el tobillo.

Alison cae en la tierra lodosa, jadeando. La lluvia arrecia, como si alguien nos arrojara piedras. Sus uñas sucias se aferran a la cuerda platino que la estrangula. En su desesperación, se arranca algo de piel de su cuello. La sangre sale a lo largo de los ribetes. Sus ojos saltan, moviéndose con energía mientras lucha por inhalar. Sus zapatillas golpean el barro una y otra vez.

—Alyssss —sisea, incapaz de hablar.

Estoy llorando tanto, que no me veo los dedos mientras lucho contra la trenza. Los rayos caen en la distancia... una vez... dos veces... a continuación, los cables trenzados se aprietan alrededor de mis dedos y me enredan, con una presión tan intensa, que temo que me rompa los nudillos. Abro los dedos contra mi voluntad y aprieto su cuello.

¡Algo está tratando de hacerme matar a mi mamá!

La náusea, caliente y viciosa, rasga a través de mi estómago.

- —No... —Mientras más me esfuerzo para liberarnos, más profundamente nos entrelazamos. Mis rastas se aferran a mi cuello como un trapeador húmedo. Lluvia y lágrimas se mezclan con mi sombra de ojos, y las gotas negras manchan el delantal de Alison—. ¡Suéltate! —le grito a su pelo.
- —Detente... Allie... —Su ruego es hueco y siseante, como el aire que se escapa de un neumático.

La trenza me aprieta los dedos otra vez.

daño...

—Lo siento —susurro, sollozando—. No estoy tratando de hacerte

Un trueno resuena en mis huesos, la risa burlona de un demonio oscuro. No importa lo mucho que tire, las hebras se me incrustan profundas y aprietan alrededor de su cuello. Sus manos se relajan. Ella se vuelve azul, ojos fijos hasta que los irises desaparecen.

—¡Que alguien me ayude! —El grito me desgarra los pulmones.

Los jardineros vienen corriendo. Dos pares de manos carnosas se me enrollan por detrás y solo así la trenza se libera.

Alison toma una respiración profunda, ronca, llenando sus pulmones y tose. Voy cojeando mientras uno de los jardineros me sostiene.

La enfermera Jenkins aparece, jeringa en la mano. Papá está justo detrás y me desplomo en sus brazos.

- -Yo n-n-no -tartamudeo-. Yo nunca, jamás...
- —Lo sé. —Papá me abraza—. Estabas tratando de evitar que se hiciera daño.

Su abrazo hace que mis ropas empapadas se adhieran a mi piel.

- —Pero no era Alison —murmuro.
- —Por supuesto que no —susurra papá contra mi cabeza—. No era ella. Tu madre no ha sido ella misma durante años.

Reprimo las ganas de vomitar. Él no lo entiende. Ella no estaba tratando de estrangularse, el viento controló su trenza. ¿Pero quién en su sano juicio creería eso?

Justo antes de que Alison cierre los ojos, murmura algo con un balbuceo ebrio: —Las margaritas... esconden tesoros. Un tesoro enterrado.

Entonces se sume en la inconsciencia... un zombi babeante.

Y yo me quedo sola para enfrentar la tormenta.

## Hilos de Mariposa

Traducido por Elle y macasolci Corregido por Maarlopez

arda demasiado el instalar a Alison en el manicomio, papá tiene que llevarme directo al trabajo. Paramos en el único sitio de ropa de segunda mano en todo Pleasance. Se encuentra en una popular franja de comercios a lo largo del centro, un café a un lado de la tienda y una joyería en el otro. Tom's Sporting Goods está en el medio.

—Recuerda, estaré en el trabajo. Solo una llamada rápida, y te llevo a casa. —Cuando arruga el ceño, se forman líneas en los bordes de su boca.

Estoy adormecida, todavía preguntándome si me lo imaginé todo. Pasamos el escaparate de ladrillos rosa y hierro forjado, mi mirada oscila en las curvilíneas letras sobre la puerta: hilos de mariposa. Sostengo el ambientador frente a mi nariz. La esencia me recuerda a la primavera, paseos al aire libre y familias felices. Pero el invierno es todo lo que siento en mi interior, y mi familia está más jodida de lo que hemos estado antes. Quiero decirle todo a papá, pero a sus ojos, admitir que los delirios de Alison son reales, sería prueba de mi fragmentada sensatez.

- —No tienes que hacer esto —dice, tomando mi otra mano. Aun a través de los guantes, su toque se siente helado.
- —Son solo dos horas —digo con voz ronca por todo el griterío en el patio—. Jen no puede conseguir a nadie que cubra su turno en tan poco tiempo, y Perséfone no está en la ciudad.

El viernes es el día de búsqueda para nuestra jefa Perséfone, cuando viaja a las ciudades vecinas para rondar por las ventas estatales y de garaje en buscar de mercancías. Contrario a lo que papá piensa, no estoy siendo una mártir. Desde las tres hasta las cinco de la tarde es hora muerta en el trabajo; dificilmente se aparezca algún cliente antes de la hora punta. Planeo emplear ese tiempo para navegar por el sitio web de la folilla.

Abro la guantera para guardar el ambientador y una avalancha de papeles cae a mis pies. Un panfleto me llama la atención. El fondo es de un rosa pacífico con una fuente genérica en blanco sobre el frente: *TEC—Por qué la Terapia Electroconvulsiva es adecuada para usted y su persona amada.* 

Lo recojo. —¿Qué es esto?

Papá se inclina sobre el asiento para guardar los otros papeles. — Hablaremos de eso luego.

—Papá, por favor.

Él asiente.

Se tensa y mira por su ventana. —Tuvieron que darle otra dosis de sedantes cuando estabas en la sala de descanso.

Las palabras me golpean. Estaba demasiado acobardada para seguir cuando llevaron a Alison en silla de ruedas hasta la celda acolchada. Me escabullí hacia un sillón en la sala de descanso, tirando de mis rastas como un robot mientras miraba un estúpido reality en la televisión.

Realidad... ya ni siquiera sé qué es eso.

—¿Me oíste, Allie? Dos dosis en menos de una hora. Todos estos años la han estado drogando hasta el olvido. —Aprieta el volante—. Aun así, solo empeora. Estaba gritando sobre huecos de conejo y polillas... y gente perdiendo la cabeza. Las drogas no están funcionando. Así que los doctores me ofrecieron esta opción.

Mi lengua absorbe la saliva como una esponja.

- —Si miras en el primer párrafo —apunta hacia algún número en el panfleto—, la práctica está volviéndose popular otra vez desde que...
- —Usaban anguilas ¿lo sabías? —Interrumpo un poco demasiado alto—. Antiguamente las envolvían alrededor de la cabeza del paciente. Un turbante eléctrico.

Las palabras son insensibles, reflejando como me siento. En todo lo que puedo pensar es en mis mascotas en casa. Aprendí muy temprano que no podía tener al tradicional perro o gato. No es que los animales me hablen; solo los insectos y plantas están en mi frecuencia. Pero cada vez que el gato de Jenara atrapaba una cucaracha y la roía hasta la muerte, me provocaban náuseas los gritos del bicho. Así que me decidí por anguilas. Son elegantes, místicas y usan descargas eléctricas para atontar a su presa. Es una muerte tranquila y digna, similar a la de los bichos muriendo de asfixia en mis trampas. Aun así, no toco su agua sin un par de guantes de goma. No puedo imaginar lo que podrían hacerle al cerebro de una persona.

—Allie, esto no es lo mismo que hacían hace setenta años. Se hace con electrodos mientras el paciente está anestesiado. Los relajantes musculares los mantienen inconscientes al dolor.

- —El daño cerebral es todavía un efecto secundario.
- —No. —Lee el texto en voz alta—. "Casi todos los pacientes de TEC experimentarán confusión, incapacidad para concentrarse y pérdida de memoria a corto plazo, pero los beneficios compensan las molestias temporales. —Nuestros ojos se encuentran, su ojo izquierdo se mueve nerviosamente—. Pérdida de memoria a corto plazo es una molestia, no es daño cerebral.
- —Es una *forma* de daño cerebral. —No he sido la hija de una enferma mental por los últimos once años por gusto, he aprendido las definiciones y niveles de las anomalías mentales.
- —Bueno, tal vez eso sea una bendición, considerando que las memorias más recientes de tu mamá consisten en nada más que recuerdos del manicomio y una interminable procesión de fármacos y evaluaciones psiquiátricas. —Las profundas líneas de su boca lucen como si fueran a abrirse camino a través de su cráneo. Lo que daría ahora mismo por ver esa sonrisa de satisfacción a lo Elvis en su rostro.

Mi garganta se cierra. —¿Quién eres tú para decidir esto por ella? — Sus labios se tensan hacia esa expresión reservada para cuando me paso de la raya.

- —Soy un hombre que ama a su esposa e hija. Un hombre que está cansado hasta los huesos. —La mezcla de defensa y resignación en sus ojos marrones hace que quiera acurrucarme y llorar—. Intentó matarse frente a ti. Incluso si es fisicamente imposible para ella asfixiarse, no importa. Los medicamentos no están funcionando. Tenemos que dar el siguiente paso.
- —Y si esto no funciona... ¿entonces qué? ¿Una lobotomía con un abrelatas? —Lanzo el panfleto a través del asiento, golpeándole el muslo.
  - —¡Allie! —Su voz se agudiza.

Veo a través de él. Está desesperado por recuperar a Alison, pero no por mí. Todos estos años ha estado sufriendo por ella, la mujer a la que solía llevar al autocine... la que solía caminar con él por los charcos de agua después de llover... quien bebía limonada en el columpio del portal y compartía sueños de un futuro feliz.

Si hace esto, puede que ella no sea esa mujer otra vez.

Abro la puerta y bajo a la acera. Aun cuando el sol de la tarde se abrió paso a través de las nubes, un frío recorre todo mi cuerpo.

—Al menos déjame alcanzarte las muletas. —Papá comienza debuscar detrás del asiento del pasajero.

—Noticias de última hora papá... Jeb no siempre tiene la razón. — Tiro de la banda que cubre mi vendaje. Mi tobillo no ha dolido desde que Alison presionó su marca de nacimiento contra la mía. De hecho, mi rodilla arañada también parece mejor. Agrégaselo a más rarezas inexplicables. No tengo tiempo para preguntarme por ello, tengo problemas más grandes.

Papá mira a la distancia, su mandíbula está tensa. —Mariposa...

—No me llames así —digo de golpe.

–Pero Jeb dijo que te torciste...

Baja el rostro al mismo tiempo que dos compradoras pasan. Lo último que quiero es hacerle daño; se quedó junto a Alison por años, por no mencionar que me ha criado él solo.

—Lo siento. —Me inclino para mirarlo mejor—. Investiguemos un poco más, ¿de acuerdo?

Suspira. —Firmé los papeles antes de irnos.

Mi máscara de entendimiento se cae, la ira se filtra por los bordes. — ¿Por qué harías eso?

—Los doctores ofrecieron esto como opción hace meses. He estado investigándolo por un tiempo. Al principio ni siquiera podía contemplar la idea. Pero ahora... comienzan el lunes. Después puedes ir a visitarla conmigo.

Un calor desagradable se desliza por mi cuello. La humedad de la tormenta y el sonido de los bichos circundantes solo lo empeoran.

- —Por favor, intenta comprender lo mucho que la necesito en casa otra vez —dice papá.
  - —Yo también la necesito.
  - -¿Entonces no harás lo que sea necesario para que suceda?

En mi interior, la sombra aleteante vuelve a la vida. Me reta a que diga exactamente lo que estoy pensando. —Sí. Incluso me lanzaría por el agujero de un conejo. —Tiro la puerta.

Papá suena el claxon, sin duda quiere una explicación para mi comentario. Me apuro a entrar a la tienda sin mirar atrás.

La campana automática de la puerta gorjea y una ráfaga de viento hace sonar al candelabro de lágrimas de cristal que está en el centro del techo. Me detengo ahí, aturdida, mientras el aire acondicionado congela mis ropas mojadas. La rica esencia de coco de las velas en los candelabros junto a los muros tranquiliza los rizos en mi estómago.

—¿Eres tú Al? —La voz amortiguada de Jenara me llega desde la puerta abierta del depósito.

Me aclaro la garganta y agarro el refrescador ambiental. En mi apuro por escapar, olvidé devolverlo. —Uh-huh.

—¿Viste mi vestido de graduación? Está en la percha de la mercancía nueva.

Levanto el único gancho de la percha. El plástico trasparente que lo cubre se arruga. Jen compró dos vestidos en Hilos de Mariposa meses atrás. Los cortó y rebanó para crear una entallada parte superior color lima que se ensancha en una combinación de estampado animal de cebra y una malla rosada. Lentejuelas iridiscentes cosidas a mano reflejan la luz mientras lo cuelgo en la percha.

—Lindo —digo. De hecho es increíble, y bajo circunstancias normales, estaría mucho más entusiasmada por sus creaciones de moda. Pero hoy no puedo encontrar la fuerza.

Tiro el ambientador bajo la caja registradora junto a la bolsa de maquillaje de Jenara. Aterriza sobre los tomos de mitología de Perséfone.

Un sentimiento de que alguien me observa se desliza por mis huesos y miro sobre mi hombro hacia el póster de la pared. Es de una película llamada *El Cuervo*.

Perséfone está enamorada de su héroe: cuero negro, cara blanca, maquillaje de ojos negro y perpetuo y siniestro ceño fruncido. Había cierto misterio rodeando al actor. Murió en el set mientras se filmaba la película. Siempre he estado atraída hacia ese poster. Aún en un pedazo de papel, el tipo tiene los más conmovedores ojos, ojos que parecen conocer, justo como yo los conozco a ellos. Aunque nunca he visto la película, me es familiar, al punto en que casi puedo oler el cuero que envuelve su cuerpo... sentir su habilidad contra mi mejilla.

Él está aquí... Doy un salto mientras las palabras se apuran en mis oídos, las mismas que dijo antes la mosca. Solo que esta vez no es un susurro, tampoco el sonido blanco al que estoy acostumbrada. Es el profundo acento cockney<sup>7</sup> de un hombre.

Los espejos se alinean en los muros de la tienda, y un borrón corre por ellos. Cuando miro de cerca, el reflejo no muestra nada excepto mi imagen. Él se esconde en el viento. Zumba la voz en mi sangre. Una ráfaga de aire frío sale de la nada y apaga las velas, dejando solamente la luz de la tarde y el candelabro sobre mi cabeza.

Me apuro hasta el mostrador. Los ojos sin fondo del póster siguen cada uno de mis movimientos, como si fuera él quien me habla en la

cabeza y comanda el viento. Un frío hormigueo recorre mi columna vertebral.

—¡Al! —El grito de Jen rompe el hechizo—. ¿Puedes ayudarme a cargar algunas cosas? Necesitamos montar la exhibición de Dark Angel antes de irme.

Me obligo a romper la hipnótica mirada del póster y me dirijo al depósito. El aire acondicionado se apaga. La ráfaga debe haber venido de los conductos.

Río nerviosamente. Estoy cansada, hambrienta y conmocionada. Mis locuras son reales y mi familia está maldita. Eso es todo. Debería ser fácil de aceptar, ¿verdad?

Mentira.

Mis zapatillas empapadas chapotean con cada paso que doy a lo largo del piso de baldosas blancas y negras. Jenara se encuentra conmigo en el umbral, lleva un montón de ropa y accesorios tan alto que no puede verme.

- —Bueno ¿mi vestido es *lindo*? —Su pregunta sale de atrás del montón—. Qué manera de sacar todas las luces rojas para el ego de tu mejor amiga.
- —Es increíble. A Bret le encantará. —Sintiendo todavía los ojos del póster, me muevo de puntillas y tomo del bulto la peluca azul y la máquina en miniatura de hacer niebla.
- —Como si importara —dice, aún detrás del montón—. ¿Te dije que Jeb amenazó a Bret con convertirlo en pulpa de calabaza si no llego a casa a la medianoche? Cogiendo un cuento de hadas como el de Cenicienta y convirtiéndolo en una amenaza de muerte. Eso sí que es retorcido.
  - —Seh, últimamente se ha tomado su rol muy en serio.

Todo comienza a caerse de su torre. Agarro varios accesorios de la cima, revelando su cara.

Sus fuertemente delineados ojos verdes saltan cuando me ve.

- —Ohsantamierda. Luces como si te hubieras pegado a palos con Pie Grande. ¿Tú y Jeb arreglaron las cosas en un charco de lodo?
- —¡Ja! —Guiando el camino hacia el expositor, dejo caer mis cosas en la ventana junto a Window Waif, el maniquí de Perséfone.

Jenara pone unas plumas negras como el hollín en la cima del montón de accesorios. Brillan con lentejuelas negras.

—En serio, ¿qué pasó? Pensé que ibas a visitar a tu mamá. Oye — Jen me toca el brazo—. ¿Pasó algo malo?

Varios mechones de oscuro cabello rosa caen de su despeinado estilo. Las hebras se enroscan como llamas rosadas sobre su vestido negro de tubo, trayendo a mi cabeza el recuerdo de lo que le hicieron a Alison en el pelo en el manicomio.

—Se volvió loca —suelto—. Me atacó.

Los otros detalles se atoran en mi garganta: cómo le afeitaron la cabeza para que no intentara ahorcarse otra vez —aunque ahora sospecho que era en vista a su tratamiento de electroshock. Cómo siguieron limpiando la baba de los costados de su boca y le pusieron pañales de adulto, porque cuando estás sedado fuertemente, no tienes control sobre tus habilidades. Lo peor de todo, cómo se la llevaron a la celda acolchada en una silla de ruedas, encorvada y atada en una chaqueta de fuerza como una marchita mujer vieja. Por eso no había podido seguirlos y decir adiós. Había visto demasiado.

- —Oh, Al. —La voz de Jen era suave y baja. Tira de mí en un abrazo. La esencia de cítrico y goma de mascar de su cabello me reconforta—. Yo misma me maquillo y todo eso. Vete a casa.
- —No puedo. —Tiro de ella más cerca—. No quiero estar cerca de las cosas que me recuerdan a ella. Todavía no.
  - —Pero no deberías estar sola.

La campana de la puerta gorjea y tres damas se aventuran dentro. Jen y yo nos separamos.

—No estaré sola —respondo—. No durante las horas de trabajo.

Jen ladea la cabeza, midiéndome con la vista. —Mira, puedo quedarme por otra media hora. Ve a arreglarte. Me haré cargo de los clientes.

## -¿Segura?

Le da vueltas a una de las marañas de mi pelo. —Absolutamente. No puedo dejarte a cargo del lugar luciendo como un payaso de circo rechazado. ¿Y si entra un chico sexy?

Intento una sonrisa.

—Toma mi bolsa de maquillaje —dice—. Tengo más extensiones que puedes usar.

Escojo entre mis cosas en el depósito y agarro un par de botas de plataforma, ropa y luego me escabullo al pequeño baño que está a la izquierda. El conducto de ventilación sobre el lavabo sopla aire congelado sobre mi piel. Un brillo fluorescente de la diminuta luz distorsiona mi reflejo. Me cepillo el cabello enredado y me pongo las rastas púrpuras de Jenara.

A.G. HOWARI

Casi todo mi maquillaje ha sido lavado por las lágrimas y la lluvia de ando rastros de manchas en mi cara. Ahora todo lo que veo es a Alison, pero si miro con profundidad, soy yo usando la camisa de fuerza y el turbante de anguila, haciendo muecas como el Gato de Cheshire mientras sorbo asado de una taza de té.

¿Cuánto tiempo me queda antes de que la maldición se presente?

Me recuesto al lavabo, desato la banda de Jeb e inspiro su aroma. Antes de esta tarde, todo lo que quería era ir a Londres, pasar tiempo con él y ganar crédito para la universidad. Es increíble la diferencia que pueden hacer unas horas.

Si no hallo el camino a Inglaterra para buscar el agujero del conejo, freirán el cerebro de Alison y yo terminaré donde está ella en un par de años. No hay manera en que pueda conseguir dinero suficiente para el boleto antes del lunes. Por no hablar de un pasaporte.

Rechinando los dientes, me quito el rasgado leotardo y el vendaje. La herida en la rodilla casi está curada y no hay ni siquiera costra. Estoy demasiado cansada para adivinar por qué. Abro el grifo de agua fría y me lavo los recordatorios físicos de lo que sucedió, secándome la piel y la ropa interior con el secador de mano.

Una vez que me delineo los ojos con algunos toques de verde y me pongo unas medias a cuadros púrpuras y verdes, me pongo una minifalda sobre unas mullidas enaguas rojas. Una camiseta de mangas raglán bajo un bustier rojo —con un par de guantes púrpura sin dedos— y estoy lista para enfrentar a los clientes.

Le doy una última mirada al espejo. Algo se mueve detrás de mi imagen, brillante y negro como las alas de plumas en la pila de accesorios. Las deformadas advertencias de Alison se escabullen a través de mí. "Él vendrá por ti. Se meterá a través de tus sueños. O del espejo... mantente alejada del espejo". Aullando, me doy la vuelta.

No hay nada más que mi sombra. La habitación parece encogerse, pequeña y fuera de equilibrio, como si estuviera atrapada dentro de una caja cayendo y dando vueltas por una colina. Mi estómago da un vuelco.

Me meto en el oscuro almacén y casi tropiezo con los cordones de mis botas en una carrera de pánico para volver a Jen.

Ella se apresura para encontrarse conmigo.

—Dios. —Me lleva al taburete de la barra detrás de la encimera de la caja registradora—. Luces como si te fuera a estallar la cabeza. ¿Has comido algo?

—Helado derretido —murmuro, aliviada de que los clientes ya se fueron y no vieron mi entrada. Estoy temblando muchísimo.

Jen toca mi frente.

A.G. HOWARI

No tienes fiebre. Tal vez el azúcar de tu sangre está loca. Voy etraerte algo del restaurante.

- —No te vayas. —Agarro su brazo.
- —¿Por qué no? Ya vuelvo.

Dándome cuenta de lo loca que soné, cambio de táctica.

- —La vidriera. Tenemos que... —La explicación muere en mi lengua cuando me doy cuenta que ella ya lo terminó—. Oh.
- —Sí, oh. —Jen saca mis dedos de su manga—. Volví a encender las velas, también. ¿Por qué las apagaste? Necesitas todas las vibras relajantes que puedas recibir. Voy a traerte un cruasán y una bebida algo descafeinada. Jamás te vi así de alarmada. —Está al otro lado de la habitación antes de que pueda responderle.

La puerta se cierra detrás de ella, dejándome sola con su vidriera. Una peluca azul y un ceñido disfraz de ángel negro abrazan la forma de la esquelética de la vidriera. Las enormes alas están agarradas a su lugar alrededor de los hombros del maniquí con un arnés de cuero a juego. Lentejuelas negras brillan en las plumas, y el humo sale de la máquina de niebla miniatura, serpenteando alrededor de la macabra escena.

De alguna manera, esas alas y el humo están hechos el uno para el otro.

Pienso en mi amiga la polilla. ¿Por qué estaba persiguiéndola Alison con las tijeras? ¿Sólo porque me atrajo a la tormenta de afuera? Tenía que ser algo más profundo, algún tipo de resentimiento regular, pero apenas puedo asimilarlo.

A regañadientes, me doy la vuelta para enfrentarme al cartel. Sus ojos oscuros me miran, perforándome. —Tú lo sabes, ¿verdad? — susurro—. Tú tienes las respuestas.

Silencio...

Resoplo, un sonido vacío y solitario. Oficialmente estoy perdiendo la cabeza. Bichos y flores susurrantes ya son suficientes. ¿Esperar que un cartel me responda? Eso me hace merecedora del manicomio.

Temblando, me muevo hacia la computadora al otro lado de la caja registradora y encuentro el sitio de antes. Bajo todo lo que ya he visto, intentando encontrar una conexión a los delirios de Alison.

Hay otro grupo de fotos; un conejo blanco, lo suficientemente flaco como para ser un esqueleto; flores decoradas con brazos, piernas y bocas empapadas en sangre; una morsa con algo saliendo de su parte baja como raíces de árbol. Es la banda del País de las Maravillas luego de una fuerte dosis de veneno radioactivo. También es una conexión: de alguna manera, la polilla y estos seres de un reino inferior están ligados al cuento de Lewis

## PUNDERED

Carroll. No es de extrañar que la abuela Alicia siguiera pintando los personajes de la historia en sus paredes.

Desde Alice, mi familia ha estado loca. Puede que ella realmente se hubiera caído por una madriguera de conejo y volviera para contar la historia, pero jamás fue la misma luego de la experiencia. Quiero decir, ¿quién lo sería?

Los pelos de mi cuerpo se erizan como si una corriente pasara a través de mí. Luego del último gráfico, hay una hiedra antigua y una frontera de flores a ambos lados del fondo negro, y un poema centrado en una sofisticada letra blanca.

Era la asadura y los flexicosos telatirzones girosquijaban y agujemechitaban en el praban; Muy endeblerables estaban los zarrapastrojones y los perdirrutados chanvertes bufisilbondaban.<sup>8</sup>

He visto el enigma en el libro original de Carroll. Con el block de notas en mano, escribo *País de las Maravillas* en la parte superior y anoto el poema, palabra por palabra.

Abro una nueva ventana de búsqueda para buscar interpretaciones. Un sitio tiene cuatro significados posibles diferentes. ¿Qué pasa si están todos mal? Paso a través de dos hasta que el tercero llama mi atención.

Hay ilustraciones a través de las palabras —criaturas con largas narices, florituras cavando agujeros debajo de un reloj de sol. Una sensación de reconocimiento se apodera de mí y cierro los ojos. Los niños jugando en la pantalla de mis párpados. Un niño con alas y una niña rubia se meten en un agujero debajo de una estatua de un niño que balancea un reloj de sol en su cabeza.

No sé de dónde vienen las imágenes. Debo haberlas visto en una película —pero no puedo recordar cuál. Parecen tan reales y tan familiares.

Anoto las definiciones de esa interpretación del poema. De acuerdo a quien sea que lo haya escrito, asadura son las cuatro de la tarde; los telatirzones son criaturas míticas —una mezcla entre un tejón y una lagartija con una nariz en forma de tirabuzón. Son conocidos por cavar sus hoyos debajo de relojes de sol. Girosquijar y agujemechitar son verbos que significan cavar en la tierra como un tornillo gigante, sacando barro hasta que se forma un profundo túnel. En el contexto del poema, el agujero está siendo cavado en una locación distintiva, considerando que el praban es la parcela de pasto debajo del reloj de sol.

Es un fragmento de la obra "Jabberwocky" de Lewis Carroll, un poema sin sentido escrito en inglés. Esta es una de las muchas versiones del poema en español.



Las demás palabras no están definidas, pero es un comienzo. De acuerdo al poema y a las imágenes en mi mente, pareciera que el hoyo de conejo podría estar debajo de esa estatua de reloj de sol del niño.

Ahora sólo tengo que encontrarla.

Vuelvo al sitio de habitantes del inframundo y bajo para ver si hay algún detalle que me haya perdido. Abajo de todo hay una enorme cantidad de espacio negro hasta el final. No hay más texto, no más fotos, aunque hay un montón de lugar para ellas. Puede que el administrador del sitio estuviera guardando el espacio para más adelante.

Estoy a punto de salir de la página y buscar acerca de relojes de sol en Inglaterra con la esperanza de encontrar una ciudad y una dirección, cuando un movimiento en el fondo negro llama mi atención. Es como ver a un grillo nadar en tinta. Pero en lugar de un grillo, una simulada polilla revolotea a través de la pantalla, justo como la de mi pasado.

Estoy empezando a pensar que la polilla está relacionada con todo: el niño y la niña que vi en el reloj de sol, la maldición muy cierta de mi familia. Si tan sólo pudiera recordar más acerca del insecto. Pero mis recuerdos son borrosos y brumosos, como bajar la mirada a través de las nubes desde alturas vertiginosas.

La animación atrapa mi atención otra vez. Comienza arriba de todo del espacio vacío. Cuando llega a un cuarto del camino hacia abajo, un texto brillante de color azul aparece bajo la fricción de las alas de la polilla.

Encuentra el tesoro. Leo y vuelvo a leer hasta que mis ojos queman, sorprendida por la similitud a lo que dijo Alison. "Las margaritas esconden tesoros. Tesoros enterrados".

Papá aró el jardín de flores luego de que ella fuera internada por primera vez hace años, lo destruyó. No había nada enterrado allí. Entonces, ¿a qué podía referirse?

Otra línea de texto aparece en la pantalla. Si deseas salvar a tu madre, usa la llave.

Me alejo de la computadora, con el corazón palpitando y las palmas de las manos sudando en mis guantes. No imaginé eso. Las palabras están devolviéndome la mirada, parpadeando.

¿Cómo me está hablando alguien?

¿Cómo podría saber sobre Alison, y cómo me encontró?

Miro alrededor en la tienda vacía.

Debería decirle a alguien. Papá está fuera de cuestionamiento; me alistaría en terapia de shock, seguro. Jenara pensará que es sólo uno de mis tormentos de la escuela jugándome una broma enfermiza.

Pero Jeb. A pesar de lo raro entre nosotros, sé que él siempre estara alli para mí. Le mostraré el sitio. El sólo pensar en su sonrisa tranquilizadora —la que dice que él me llega de una manera que nadie más logra— me convence de llegar al borde del terror.

Ante el sonido del timbre en la puerta, levanto la mirada. La cara de Taelor está allí y casi gimo en voz alta. Su elegante cabello hasta los hombros destella como oro en el sol. Las palabras *Ostentosa y Destellosa y Con Estilo* están escritas en letras relucientes a través del bolso que lleva.

Me vuelvo hacia la computadora otra vez. La pantalla se pone en blanco y un mensaje de error aparece.

—Hola, Alyssa. —Taelor estudia detenidamente el estante de joyería camino al mostrador—. ¿Alguna buena oferta hoy? —Sostiene en alto un broche de calavera de diamantes con colgantes huesos cruzados—. Preferiblemente algo que no huela como a una casa funeraria.

Ignorándola, busco la dirección del sitio. El mensaje de error vuelve. Agito el ratón. Si no puedo encontrar el sitio otra vez, jamás seré capaz de convencer a Jeb de que lo que vi era real.

Taelor se acerca más. Una de las correas en su bolso de diseñador se desliza de un hombro bronceado por el sol.

—Supongo que no importa. A la gente como tú no le importa quién ha estado usando estas cosas o lo muertas que están.

Luego de hacer una pausa para fruncir su nariz ante una camiseta, deja caer su bolsa de compras y su cartera de diseñador en el lado contrario del mostrador, con los ágiles brazos apoyados al borde. Solía ser una fuerza en la cancha de tenis, pero cuando su papá jamás se presentó para sus torneos, ella lo abandonó. Qué desperdicio.

Los diez centímetros extra de mis botas me dejan casi a la altura de sus ojos.

—¿No tienes una graduación para la cual prepararte? —pregunto, esperando a que se vaya.

Rueda los ojos toda inocente. —Es por eso que estoy aquí. Pasé por al lado a buscar el regalo de graduación de Jeb. Pensé en pasar por su casa esta tarde así puede usarlo esta noche.

Ni siquiera pregunto qué le podría haber comprado a Jeb en una tienda de joyería.

—¿Qué es esto? —Pasa una mano por encima de la encimera y tira de mis notas hacia ella. Intento agarrarlas, pero es demasiado rápida—. ¿País de las Maravillas, eh? Así que estás buscando información sobre los conejos de la familia.

—Adiós, Taelor. —Vuelvo a agarrar mis notas, accidentalmente tirando su bolso al piso frente al mostrador.

Ella no se molesta en levantarlo. En lugar de eso, su expresión se endurece. —Nada de despedidas. Primero, vamos a hablar.

Esa presencia que revolotea en mi cerebro me tienta a hacerle frente. Una oleada de adrenalina empuja mi lengua. —Gracias, pero preferiría hablar con un escarabajo estercolero.

Los ojos de Taelor se agrandan, como si estuviera sorprendida por el insulto. Sonrío. Se siente bien tener la sartén por el mango una vez.

Se toma unos segundos para encontrar una respuesta. —Hablas con escarabajos, ¿eh? Me alegra saber que tendrás alguien con quien jugar una vez que Jeb se vaya. Y no pienses que puedes echarle encima toda la mierda de la amiga herida para evitar que se mude a Londres conmigo el próximo mes.

—¿Contigo? —Se me acaba de caer la sartén. Me siento como cuando me caí del monopatín, como si tuviera un foco de minero apuntándome.

—¿No te lo ha contado todavía? —Taelor está prácticamente radiante—. No debería sorprenderme. Siempre está tan preocupado por tu frágil estado mental. —Se inclina a través del mostrador para que su rostro esté a centímetros del mío. Su caro perfume hace que mi nariz pique—. Voy a pasar el último año en una escuela preparatoria en Londres. Me han ofrecido un contrato para modelar allí. Mi papá le va a alquilar un departamento a Jeb. Él puede hacer conexiones para su arte a través de la gente que conoceré, y podemos estar en su departamento los fines de semana. Íntimo, ¿verdad?

Mi pecho se contrae.

Ella se aleja. Hay pánico detrás de su expresión. ¿Por qué? Aniquiló mi única posibilidad de tener la amistad de Jeb para mí sola otra vez. Ha ganado todo.

—Vaya, de verdad creíste que tenías una oportunidad, ¿verdad? —Se burla Taelor—. Sólo porque te pidió que posaras para un par de bocetos, no significa que esté ardiendo por ti.

Me quedo boquiabierta. Jeb jamás me ha pedido que posara para nada. Hubo veces en que llevaba su lápiz y su cuaderno de bocetos cuando estábamos juntos, pero jamás hubiera imaginado que me estaba dibujando.

—Su arte es todo sobre la muerte y la tragedia, así que por supuesto que le gusta tu estilo fúnebre. No es un cumplido. No te engañes a ti misma con que lo es.

Estoy demasiado aturdida como para responder.

—Ambas nos preocupamos por él. —Su voz se hace más suave, y está claro por una vez que está siendo sincera—. Pero, ¿te preocupa lo suficiente como para dejarle hacer lo que es mejor para él? Tiene demasiado talento como para quedarse atascado cuidando de ti el resto de su vida como tu pobre papá. ¿No crees que esa sería una tragedia colosal?

La necesidad de arrancarle los ojos hierve en mis venas. —Al menos yo tengo un padre que se preocupa lo suficiente como para estar ahí. —Las palabras salen disparadas como flechas envenenadas. Su expresión herida me hace lamentarlas al instante.

El timbre de la puerta suena y el aroma a café flota en el aire.

—Oh, mierda. —Jen le dirige una mirada malvada a Taylor mientras la puerta se cierra detrás de ella—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Se detiene a mi lado, poniendo sobre el mostrador un cruasán y un batido de frutas.

Taelor se aclara la garganta y su máscara de indiferencia vuelve a su lugar. —Alyssa y yo estábamos discutiendo acerca de Londres y por qué no será bienvenida a quedarse con Jeb y yo. —Levanta su bolso—. Apesta en esta tierra de la muerte. Me voy.

Al minuto de irse, Jenara se da la vuelta hacia mí. —Uno de estos días, va a meter la pata y mostrarle a Jeb su lado desagradable.

Arranco la esquina de mi cruasán. —Es por ella que él no quería que yo fuera. No me quiere en el medio de... ellos.

Retorciendo sus medias de malla en sus muslos con una lapicera, Jen no responde.

—¿Por qué no me dijiste?

Sus ojos se llenan con arrepentimiento. —Descubrí recién esta mañana que ella iba a ir. Y no sabía cómo decírtelo cuando viniste. Tienes tanta mierda en tu vida ahora mismo con tu madre.

Doblando mis notas sobre el País de las Maravillas, estudio la computadora en blanco otra vez. ¿Qué importa que el sitio se haya ido? Jeb ya no está para cubrirme la espalda y jamás tendremos lo que alguna vez tuvimos.

—¿Al?

Los sollozos que me han estado asfixiando desde mi pelea con papá se reúnen en mi pecho. Explotan como un millar de burbujas de ácido, silenciosamente comiéndose mi corazón. Pero me niego a llorar.

—Vamos. —Jen me da un codazo—. Si alguien puede convencerlo de dejarla, eres tú. Ya dile. Dile cómo te sientes realmente.

Pienso en las increíbles pinturas de Jeb. De todas las cosas que puede ser si se le da la oportunidad. No necesita más carga emocional

para detenerlo, y yo ya tengo suficiente como para hundir un buque petrolero. Además, no puedo soportar que me rechace en mi cara. Ya ha elegido a Taelor por encima de nuestra amistad.

Me meto las notas en el bolsillo. —Nada que decir. Tuve algo por él cuando estábamos en sexto grado, así que no cuenta. —Ella comienza a decir algo, pero la callo—. Y tú tampoco vas a decirlo. Las promesas de meñiques son para siempre.

Una arruga de preocupación aparece en su frente mientras agarra su vestido de graduación y su maquillaje. —Esto no ha terminado.

—Sí, lo hizo. Jeb tomó su decisión.

Sacudiendo la cabeza, se va.

Al instante en que la puerta se cierra, me vuelvo hacia *El Cuervo*. El chico emo me devuelve la mirada, sus ojos sangrando lágrimas negras como si conociera mi dolor. Tengo el deseo más extraño de estar en sus brazos, envuelta en cuero.

Estoy esperando dentro de la madriguera del conejo, amor. Encuéntrame. Su mirada quema el desafío en mi alma como una marca.

Sorprendida por nuestra profunda conexión, doy un paso atrás y derribo el lapicero con el codo. Un lápiz cae del mostrador en frente. Doy la vuelta para agarrarlo y me sorprendo al ver el bolso de Taelor en el suelo. Estaba tan apurada por irse que olvidó recogerlo.

Lucho contra el impulso de tirar sus cosas a la calle. En su lugar, levanto las correas del bolso para meterlo bajo el mostrador hasta que vuelva. La mitad de la cremallera se abre, revelando un enorme fajo de billetes.

Casi aturdida, saco el dinero, desenrollando el bulto de billetes de veinte y cincuenta. Hay más de doscientos cuarenta dólares. Si agregara eso a mis ahorros en casa, tendría suficiente para un pasaje de ida a Inglaterra y me sobraría un poco para un pasaporte falso y gastos; luego todo lo que me quedaría hacer es encontrar una dirección para el reloj de sol.

No sería la primera vez que le debemos algo a los Tremonts. En quinto grado, papá tomó un préstamo del padre de Taelor para ayudar a pagar los gastos médicos de Alison. Así fue como Taelor se enteró de mi ascendencia a Alice Liddell en primer lugar.

Así que, de alguna manera, esto es compensación justificada. El pago de Taelor por todos los años que hizo de mi vida una miseria.

Mis dedos tiemblan mientras meto su bolso vacío al final del bote de basura, acumulando papeles encima. Busco debajo del mostrador para agarrar el aromatizador y deslizarlo —junto con el dinero— en el volumen

PUNDERED A.G. HOWARI

de Persefone de cristales místicos. El libro tiene una banda elástica cosida en el encuadernado que sostiene las páginas cerradas.

Me doy la vuelta hacia el cartel otra vez. La oscuridad detrás de los ojos del chico pareciera guiar todo lo que hago, y no hay nada que me aleje del borde esta vez.

Ni madre, ni padre, y definitivamente no Jeb. Ni siquiera su sonrisa podría salvarme ahora.



## Tesoro

Traducido por Mel Cipriano & munieca Corregido por maria sirio

Ina vez que papá y yo llegamos a casa, agrego el alijo robado a mis ahorros en una caja de lápices pequeña, asegurada con una banda de goma, y la escondo detrás de mi espejo de pie.

Conectando mi teléfono al cargador, le envío un texto a Hitch para que nos encontremos fuera de Submundo alrededor de la medianoche, y le digo por qué. Él es el único que conozco que puede hacer un pasaporte falso. Todavía no puedo creer que haya tomado el dinero de Taelor y escondido su bolso. Pero, como dijo papá, vamos a hacer lo que sea necesario para traer a Alison a casa. Pensar en cuan encendido estaría Jeb si él supiera que yo estaba reuniéndome con Hitch en la oscuridad, sólo me hacía estar aún más decidida a seguir adelante.

Un estruendo sacude las ventanas y la lluvia golpea el techo mientras otra tormenta se acerca. Paso una palma a lo largo del frío cristal de mi acuario, y alcanzando la parte posterior, enciento una suave luz azulada. Afrodita y Adonis realizan un baile elegante, entrelazando sus cuerpos largos.

En mi camino hacia comprobar las trampas de bichos en el garaje, avieso la sala de estar. Papá está ahí, sentado en su sillón reclinable mientras mira esas margaritas gigantes que Alison bordó a lo largo de los apoyabrazos y el respaldo. Solloza.

Quiero abrazarlo y compensar nuestra lucha, pero cuando me ve mirando, dice que tiene algo en el ojo y se va a recoger las hamburguesas para la cena.

Motas de polvo flotan en el resplandor ámbar de la lámpara de pie al lado de su sillón reclinable. La iluminación extraña, unida a las paredes con paneles oscuros, le da al salón un aura extraña, como una fotografía en sepia envejecida.

A.G. HOV

Fotografías. ¿Por qué Alison dijo eso acerca de las fotografías ?. ¿Que la gente se olvida de leer entre líneas?

Me quedo ahí, a pocos metros del sillón, mientras que todo lo que ella balbuceó patina a lo largo de mi mente como guijarros arrojados a un pozo sin fin. Uno sigue volviendo a la cima: "Las margaritas esconden tesoros. Tesoros escondidos".

La explicación está mirándome a la cara. Lo ha estado durante años. Caigo de rodillas delante del sillón reclinable, arrugando las capas de malla y encaje por bajo mi minifalda mientras aparto la mochila a un lado. Es difícil de creer que sólo han pasado siete o más horas desde que estuve en la escuela. Han pasado tantas cosas que he perdido la noción del tiempo.

Arranco una de las margaritas de tela de Alison, donde dos pétalos se curvan hacia abajo en el aplique de puntos deshilachados. Por una corazonada, deslizo el dedo índice entre el adorno y la tapicería para encontrar un agujero excavado profundamente en el sillón relleno.

Conteniendo el aliento, tiro de la parte decorativa hasta que cuelga en no más de un pétalo y unos pocos hilos. Observo el agujero del tamaño de una moneda de diez centavos, que también sea perfectamente redondo debe haber sido accidental. Todo este tiempo, pensé que había cosido los parches para cubrir lugares gastados. Durante todo ese tiempo, yo estaba equivocada.

Excavando en la tapicería rasgada, saco relleno hasta que algo pequeño me golpea, duro y metálico. Trazo el objeto, siguiendo una forma redonda que se extiende a una pierna larga y delgada con ranuras y dientes. *Una llave*. Mi dedo índice la arrastra hacia la abertura del agujero y tira hacia fuera. La cadena de un collar se enroscaba en el cojín como una serpiente.

El reto de la página web cierra el círculo: "Si deseas salvar a tu madre, usa la llave".

Tal vez debería estar asustada, pero estoy encantada de tener por fin una prueba tangible de que Alison está tratando de decirme algo... que sus balbuceos no son balbuceos en absoluto. Son pistas coherentes.

Golpeteando el frío metal con la punta del dedo, me imagino lo que la llave puede desbloquear. Nunca he visto una como esa, tan intrincada, con tiras de latón bruñido entrelazadas como una hiedra. Incluso parece vieja, antigua. Tan pequeña como es, puede abrir un diario.

Enlazo el collar alrededor de mi cuello y lo meto bajo mi blus. Alison dijo *margaritas*, plural. ¿Podría haber otras cosas detrás del resto de los apliques?

Inspirada, ignoro el hecho de que mi padre prodía volver en cualquier momento. Ni siquiera me detengo a considerar las consecuencias de destrozar su silla favorita.

Él guarda en la mesita una navaja suiza para abrir el correo. Abro el accesorio de las tijeras, corto las margaritas por la mitad y arranco los agujeros debajo. Nieve de algodón cae mi alrededor.

Pronto, estoy sentada a los pies del sillón reclinable con un pequeño tesoro de objetos relacionados con el País de las Maravillas: un antiguo clip de cabello —más parecido a una horquilla, en realidad— con una lágrima de rubí unida a su extremo doblado; una pluma de ave, y un abanico victoriano de encaje blanco y guantes a juego con olor a talco y pimienta negra. Reprimo un estornudo y dejo de lado dos instantáneas de mi tatara-tatara-tatarabuela Alice dentro del pequeño libro que también encontré.

Acaricio la edición de bolsillo con la tapa hecha jirones y estudio el título: *Alice en el País de las Maravilla*s. Al otro lado de la palabra *Alice*, el nombre de Alison está garabateado con rotulador rojo.

Ella quería que yo encontrara estos "tesoros". Hay algo aquí que se supone que me desanime de ir a la madriguera del conejo. En cambio, estoy convencida de que estas cosas pueden ayudar a arreglar a Alison, ayudarme a romper la maldición Liddell para siempre.

Ubicado dentro de la portada de la novela hay un folleto turístico para la estatua del reloj de sol del Támesis en Londres. En ella se encuentra una estatua de un niño que balancea un reloj de sol en su cabeza. Estoy incrédula. Es la estatua que vi antes en mi mente, aquella en la que los niños estaban jugando. Alison debió haber buscado la madriguera del conejo cuando era más joven, ella debe haber viajado a Londres en su búsqueda. ¿De dónde más podrían haber venido estos recuerdos? Más importante aún, ¿qué la hizo dejar de buscar?

La estatua tiene fecha de 1731 —mucho antes de que Alice Liddell naciera— de modo que ya estaba en su sitio cuando mi tatara-tatara-tatarabuela era pequeña, lo que significa que podría haber caído en el agujero debajo de ella.

Ahora tengo una dirección, pero de acuerdo con el folleto, no hay acceso público a los jardines. Los turistas sólo pueden mirar la estatua del reloj de sol através de rejas de hierro. Incluso una vez que llegue allí, voy a necesitar un milagro para colarme en el jardín y explorar el reloj de sol de cerca.

Deslizo el folleto de nuevo en su lugar en el libro, rozando la historia que conozco tan bien. Está lleno de bocetos en blanco y negro. Hay unas pocas páginas dobladas en las esquinas y algunos fragmentos subrayados:

el poema de la Morsa y el Carpintero, las lágrimas de Alice causando una inundación, la fiesta de té del Sombrerero Loco.

La letra de Alison llena los márgenes, notas y comentarios en diferentes colores de tinta. Toco todos ellos, entristecida de que nunca nos sentamos juntas, libro en mano, para que pudiera explicarme lo que significa cada cosa.

La mayoría de sus adiciones se han borrado, como si las páginas se hubieran mojado. Me detengo en las ilustraciones de la Reina y el Rey de Corazones, donde escribió: *La Reina y el Rey Rojo, aquí es donde empezó. Y aquí va a terminar...* 

Un relámpago parpadea en las cortinas.

Después de la última página de la historia, hay unas veinte páginas adicionales, pegadas a mano en su lugar. En cada una, alguien garabateó bocetos similares a los caracteres mutados del País de las Maravillas en el sitio web de la polilla: el conejo blanco esquelético, flores viciosas con los dientes ensangrentados, incluso una versión diferente de la Reina Roja, una belleza de huesos finos con el pelo de color rojo brillante, diseños negros entintados alrededor sus ojos y alas de gasa.

Los bocetos desencadenaban una nueva visión de los niños, más poderosa que la que había experimentado antes, porque mis ojos ni siquiera se habían acercado. Mi sala se estar se desvanece y estoy en un prado en algún lugar, respirando el aroma de la primavera. Manchas de luz solar parpadean a mi alrededor, al compás de las ramas de los árboles meciéndose con la brisa. El paisaje es extrañamente fluorescente.

La niña, que parece tener cinco años, viste el top de un pijama rojo con volados y mangas largas, y pantalones hinchados a juego que le cubren los tobillos. Ella se sienta en una loma cubierta de hierba al lado del niño, que no puede tener más de ocho. Ambos tienen sus espaldas hacia mí.

Las alas negras cuelgan detrás del niño como un manto, haciendo coincidir sus pantalones de terciopelo y camisa de seda. Él se inclina hacia un lado, por lo que noto su perfil, pero su rostro permanece oculto bajo una cortina de pelo azul brillante mientras utiliza una aguja para enhebrar polillas muertas a lo largo de una cadena, horripilantemente equivalente a una guirnalda de palomitas de maíz.

Sus pies —cómodamente metidos en el interior de botas negras de senderismo— se apoyan en una serie de bocetos, los mismos que están pegados dentro del libro del *País de las Maravillas* de Alison.

—Ella. —Su voz joven y suave cruje como plumas en el viento. Sin levantar la vista, apunta a la imagen de la Reina Roja con su aguja. La linea de polillas muertas lo sigue, agitada con el movimiento—. Dime sus secretos.

A.G. HOWAR

La niña retuerce sus pies descalzos, uñas de color rosa brillan en la luz suave. —Estoy cansada de estar en el País de las Maravillas murmura con una inocente voz lechosa—. Quiero irme a casa. Tengo sueño.

- —Yo también. Tal vez si no hubieras luchado conmigo en el aire durante las lecciones de vuelo —dice, un acento cockney cada vez más evidente—, nos sentiríamos mejor por ello.
- —Me estómago patea cuando vamos tan alto. —Ella bosteza—. ¿No es hora de dormir todavía? Tengo frío.

Sacudiendo la cabeza, el chico pincha la imagen una vez más. — Primero, sus secretos. Luego te llevo a tu cama caliente.

La chica suspira y captura una de sus alas, envolviéndose a sí misma en ella. Una oleada de calidez y confort me atraviesa, reflejando lo que ella debe sentir. Se esconde en el túnel satinado, envuelta en el olor de él, regaliz y miel.

—Despiértame cuando sea hora de irnos —dice, con la voz ahogada.

Con los ojos todavía ocultos detrás de su pelo salvaje, él se ríe. Sus labios están bien formados y oscuros en su piel pálida, y sus dientes son rectos, brillantes y blancos. —Eres una niña escurridiza, amor. —Tira de su ala libre, dejándola fría y haciendo pucheros.

Se deja caer sobre su vientre en el suelo. Sus alas extendidas a ambos lados como charcos de aceite negro brillando mientras él se inclina sobre el montón de cadáveres de polillas. Después de apuñalar una a través del abdomen, la desliza en su lugar detrás de las otras en la cadena.

La chica lo observa, fascinada. —Quiero apuñalar a una.

Él levanta una mano y cinco dedos se extienden, blancos, elegantes y largos. —Dame cinco secretos, y yo te dejaré encadenar una polilla por cada uno que salga bien.

Aplaudiendo, la chica toma el boceto de la Reina Roja y lo coloca en su regazo. —A ella le gusta la ceniza en su té, todavía brillando con brasas.

El chico asiente con la cabeza. -¿Y por qué es eso?

Su cabeza se inclina mientras ella piensa. —Um...

No puedo explicar cómo, pero sé la respuesta. Me muerdo la lengua, esperando a ver si la muchacha adivina, alentándola.

Levantando la línea de cadáveres, el chico se burla: —Parece que voy a terminar esto solo.

Ella se levanta de un salto, con los pies pisando la hierba verde lima. Oh! La ceniza es para su mamá. Algo sobre su mamá.

—No es suficiente —dice, y apuñala a otra polilla con su aguja, la pila comienza a escasear. Sonríe maliciosamente.

Su frustración es palpable. Él la reprende a menudo. Presionándola hasta que ella responde; pero hay otro lado de él, uno que es alentador y paciente, porque puedo sentir su afecto y respeto.

Enrosca otra polilla, chasqueando la lengua. —Es una pena que no llegues a ayudarme. Creo que eres demasiado bebé para sostener una aguja de todos modos.

Ella gruñe. —No lo soy.

Cansada de su arrogancia, le grito la respuesta. —¡El siseo del vapor cuando las brasas se apagan en el té! Eso reconforta a la reina. Le recuerda a cómo su madre la calmaba cuando ella lloraba de bebé.

Los dos niños giran la cabeza en mi dirección, como si me escucharan. El rostro de la niña queda expuesto, una vívida realidad. Ella soy *yo...* la viva imagen de mi foto de guardería, faltándole el diente frontal y todo. Pero es su cara —la del chico de familiares ojos negros chorreando tinta— la que me hace caer de rodillas en mi sala, el prado desapareciendo a mí alrededor.

Estoy entumecida. ¿Es posible? Estos no son los recuerdos de una película que vi, sino que son recuerdos que hice. Si yo tenía ese recuerdo atrapado en mi interior, ¿qué otra cosa me pasó que ya no puedo recordar?

¿He estado realmente en el País de las Maravillas, pasando el tiempo con alguna criatura habitante del Inframundo...?

Aspiro una respiración entrecortada. No, yo nunca he estado allí.

Mi dedo traza las líneas del cabello llameante de la Reina Roja en el boceto. Si yo nunca he estado allí, ¿cómo sabía eso acerca de la reina y su madre? ¿Cómo puedo saber que estaba sola como una joven princesa después de que su madre muriera, porque el rey no podía soportar estar con ella por su parecido con su esposa muerta, y su tristeza cuando su padre volvió a casarse porque tenía que hacerlo, ya que son las reinas quienes reinan en el País de las Maravillas?

Sé estas cosas porque él me las enseñó. El niño con alas.

Británico... Me recuerda a la voz que oí en mi cabeza en el trabajo, junto con el cartel y a los inescrutables y sangrantes ojos negros del chico. Su reto resurge en mi mente: "Estoy esperando en el interior de la madriguera del conejo, amor. Encuéntrame".

Amor. Así es como el chico llamaba a la chica —como me llamaba a mí— en mi resurgido recuerdo. Es la misma persona... o criatura... pero él es más viejo ahora, como yo. De repente me siento como si hubiera estado

perdida por años. Mis emociones se apresuran en dos direcciones diferentes, una embriagadora mezcla entre terror y anhelo me marea.

El timbre suena, llevándome de nuevo al presente. El aparato de mi padre para abrir la puerta del garaje está descompuesto. Tiene que ser él.

Me paro. Relleno cubre el suelo. Pelusa algodonosa rezuma por los agujeros en la tapicería del sillón. Se parece a uno de esos juguetes que expulsan plastilina a través de orificios estratégicamente situados.

El timbre suena de nuevo.

Tengo relleno en mi pelo. ¿Cómo voy a explicar lo que le he hecho al sillón?

Con la mente acelerada, escondo los hallazgos dentro de mi mochila, tomo la decisión espontánea de llevarlo todo a Londres. Luego, teniendo en cuenta las violentas criaturas del reino inferior que vi en línea y el chico alado de ojos negros, que es de alguna manera una parte de mi pasado, guardo la navaja suiza de mi padre, también.

Después de fijar la bolsa a un lado, voy dando tumbos hacia la puerta y la abro, mirando por encima de mi hombro hacia el desastre.

Al abrir la puerta, Jeb está dando pasos en el porche, empujando su teléfono en el bolsillo de la chaqueta de su esmoquin. Me esfuerzo por mantener una apariencia calmada. —Hola.

—Hola —responde. Barras de luz se ven detrás de él. El flash proyecta sombras de sus largas pestañas sobre sus mejillas. Una ráfaga de viento lleva su colonia hacia mí.

Tal vez está aquí para pedir disculpas. Espero que sí, porque me vendría bien su ayuda en estos momentos.

- —Tenemos que hablar —dice. La nitidez de su voz tira mis defensas al instante. Se eleva sobre mí en el umbral. A pesar del esmoquin, todavía se ve como una estrella de rock, con su barbilla sin afeitar y el pañuelo ceñido alrededor de su bícep izquierdo. Su usual remera blanca y botas negras de combate, en lugar de una camisa de vestir y zapatos, ayudan a completar el atuendo. Paris Hilton de Pleasance High va a tener un berrinche cuando vea las mejoras de su armario.
- —¿No deberías estar en camino a tu baile? —pregunto, cautelosa, tratando de tantearlo.
  - —No voy a conducir.

Traducción: Taelor lo está recogiendo en la limosina de la familia y está llegando elegantemente tarde.

Da vueltas a un nudillo en los dibujos de la puerta, con su mandíbula moviéndose adelante y atrás. De acuerdo, está enojado por

A.G. HQ

algo. ¿Qué podría ser? Yo soy la única que merece una disculpa. Una súplica, de hecho.

- —¿Puedo entrar? —Los destellos rojos bajo su labio provienen de su nuevo piercing granate atrapando la luz. El misterio de la bolsa de la joyería está oficialmente resuelto.
- —Que adorable —me burlo—. Taelor te dio una joya para tu labio... y es brillante.

Él empuja la perforación con su lengua. —Está tratando de ser diplomática.

La ira se levanta en una oleada candente cuando recuerdo Londres y todas las cosas que Taelor me dijo. —Por supuesto que lo está. Porque es ocho tipos de maravillas, y eso es sólo sus piernas.

Jeb frunce el ceño. —¿Qué se supone que significa eso?

—Taelor tiene toda la diplomacia de una araña viuda negra. El granate es su piedra de nacimiento. Llevas su cumpleaños en el labio. Hablando de enredarte en su red.

Él me mira con el ceño fruncido. —Dale un descanso. Ha tenido un día bastante malo. Perdió su cartera con algo de dinero en ella. —Haciendo una pausa, traza un dedo a lo largo marco de la puerta—. El último lugar en el que recuerda tenerla es en tu tienda. Pero imagino que te hubieras puesto en contacto con ella si la hubieras encontrado. No la has visto, ¿verdad?

Empujo la culpa que me molesta. —No. Y para tu información, no soy la guardiana del bolso de su majestad.

- —En serio, Al. Un poco de compasión, ¿de acuerdo? ¿No le hiciste ya suficiente daño?
  - —¿Yo la herí a ella?
- —Restregándole en la cara que a su papá no le importa y al tuyo sí. Tú no entiendes lo que se siente. Tu papá. Eres muy afortunada de tener eso. Ninguno de nosotros lo ha tenido. Sabes que ella es sensible al respecto. Eso fue frío.

Hablando de frío, mi sangre se convierte en hielo. Me muero de ganas de contarle lo que ella dijo para empujarme a ser tan cruel, pero no tengo que hacerlo. Hubo un tiempo en que él confió en mí lo suficiente como para tomar mi lado sobre el de cualquiera, sin dudarlo. Ahora está siempre tratando de hacer que Taelor y yo nos llevemos bien. Pero yo no soy la que tiene un problema... aparte de ser mentirosa y ladrona.

Todo me presiona: los descubrimientos extraños, mi amistad rota on Jeb, y mi familia dañada. Me siento como si me estuviera ahogando.

Trato de cerrar la puerta. El pie de Jeb la intercepta. Me aparte bruscamente mientras las bisagras se abren.

I out

Su palma descansa sobre la perilla así que no puedo tratar de cerrarla de nuevo. Las gotas de lluvia brillan a lo largo de su pelo liso, que sin duda tenía galones de gel y horas de perfeccionar. Es la única parte de su apariencia que Taelor realmente aprueba. Por mi parte, estoy a favor de la apariencia desordenada —pelo decaído, cuerpo aceitado en sudor con aceite de motor o salpicado con acuarelas en su piel aceitunada. Ese es el Jeb con el que crecí. Con el que podía contar. El que he perdido.

Endurezco mi mirada y mi corazón. —Si eso es para lo viniste, a enojarme por hacerle daño a tu novia perfecta, considéralo hecho.

—Oh, no. Ni siquiera he empezado. Jen me envió un mensaje. Oyó de Hitch. Supongo que no es tan mal tipo como pensábamos, porque él se estaba preguntando en qué tipo de problemas que te has metido. Por qué necesitas un pasaporte falso esta noche.

Mi garganta se cierra. Quiero deslizarme bajo las grietas en el linóleo. —No puedo hacer esto ahora —murmuro.

—¿Cuándo podría ser un buen momento? Tal vez puedas enviarme un mensaje cuando estés en el avión.

Me doy la vuelta, pero él me sigue hasta la entrada. Rodeándolo antes de que pueda cruzar hacia la sala de estar, doblo los brazos sobre el corpiño, tratando de dominar las ganas de darle un puñetazo. —No puedes entrar sin una invitación.

Apoya un hombro contra la foto enmarcada de Alison en un campo de trigo en la cosecha. —¿En serio? —El tacón de su bota empuja la puerta tras él, dejando fuera la tormenta y el olor de la lluvia—. La última vez que supe, no era un vampiro —dice en voz baja.

Aprieto los puños con más fuerza, y doy un paso hacia atrás en la línea de la alfombra que bordea la orilla de la sala de estar. —De seguro tienes mucho en común con uno.

- —¿Porque soy muy malo?
- —Una prueba más. Acabas de leer mi mente. —Aflojé una mano para agarrar la llave escondida bajo mi blusa.

Jeb alcanza mi otra muñeca, arrugando mi guante sin dedos mientras me empuja de vuelta a la puerta de entrada con él —a una corta distancia con mi minifalda mullida susurrando contra sus muslos. —Si yo pudiera leer la mente, me gustaría saber lo que está pasando en tu cabeza para considerar siquiera viajar a un país extranjero sola en medio de la noche sin decirle a nadie.



Trato de libérarme, pero él no lo permite. —Hitch es un imbécil de dije que quería una identificación falsa, no un pasaporte. Él los ha confundido.

Jeb me libera, pero aún hay tensión entre sus cejas. —¿Para qué necesitarías una identificación falsa?

Esa fluctuación en mi cabeza se llena de vida, lamiendo mi cráneo, incitándome a presionar a Jeb y verlo retorcerse. —Para visitar algunos bares y recoger chicos. Vivir un poco. Conseguir algo de experiencia de vida. Ya sabes, así estaré lista para ir a Londres a tiempo para tu boda real con Taelor.

El estallido venenoso tiene el efecto deseado. La expresión de Jeb cambia a algo fuerte pero frágil, como una mezcla entre sentimientos de dolor y con ganas de estrangular a alguien. —¿Qué nos está pasando?

Encojo los hombros y me miro la botas, aplastando la sensación de presión en mi interior. La lluvia golpea contra las ventanas, expandiendo la burbuja de silencio entre nosotros. Me volteo para escapar hacia la sala de estar, sin siquiera preocuparme por el estado en que lo dejé.

Jeb me pisa los talones. Es como si yo fuera el Conejo Blanco tratando de aventajar al tiempo. Agarra la cola de mis enaguas y me hace girar para mirarlo. Su expresión se endurece al ver el sillón reclinable por encima de mi hombro.

—¿Qué pasó con los parches de tu mamá? —Agarra mis brazos—. Espera... ¿algo fue mal en el manicomio hoy?

Me sacudo para liberarme y sostengo mis manos delante de mi estómago para aliviar la sensación de balanceo. —Alison tuvo un contratiempo. Uno grande. ¿Jen no te lo dijo?

Su estudio de mi cara se intensifica, fijándose en cada rasgo. — Estaba apurada. Solo recibí el mensaje sobre Hitch. ¿Es tu madre la razón por la que te estás comportando mal?

Mis mejillas se encienden. Comportando mal. Como si fuera un niño en edad preescolar teniendo un colapso. Si pudiera ver las cosas que están sucediendo dentro de mí ahora mismo, en realidad debería tener la sensación de estar asustada.

Por último, me golpea de frente... qué tan cerca de la locura me estoy tambaleando... la locura detrás de las cosas que estoy empezando a creer. Me estremezco.

Jeb abre sus brazos. —Ven aquí.

Ni siquiera dudo. Me dejo caer en sus brazos robustos, hambrienta por un sabor a normal y sano.

El nos guía hacia el sofá sin romper mi desesperado abrazo — us brazos alrededor de mi cintura, mis pies apoyados en sus botas como si estuviéramos bailando el vals. Respiro su aroma a chocolate/lavanda hasta que estoy ahogándome en él. Nos tumbamos juntos en los cojines. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que me retiro y su camiseta sin mangas se pega en mi mejilla húmeda.

- —Lamento lo de tu camisa. —Trato de borrar el maquillaje corrido en el lado izquierdo de su camiseta.
  - -Fácil de solucionar. -Jeb abotona su chaqueta, ocultándolo.
  - —Tanto por dignidad. —susurro, frotándome la cara seca.

Él remueve algunos cabellos sueltos pegados a la humedad en mis sienes. —¿Quieres dignidad? Mira esto. —Él pesca algo del bolsillo interior de su chaqueta—. El comité del baile votó a favor de un baile de máscaras. Tae me compró una.

- —¿Un baile de graduación de máscaras? *Realmente* original. Fuerzo el sarcasmo, agradecida que está evitando el tema del sillón reclinable y Alison. Ya sea para mi comodidad o por la suya, no me importa.
- —No te rías. —Se desliza la máscara, un recorte de raso negro con una banda elástica. Unas plumas de pavo real en miniatura bordean los agujeros para los ojos y los bordes exteriores, haciendo que parezca como si una mariposa se estrelló al aterrizar en su rostro. No puedo evitarlo. Resoplo.
  - —Oye. —Los hoyuelos aparecen, Jeb me pellizca en las costillas.

Atrapo su dedo, sonriendo. —Así que... eres un travestido convertido en granuja, ¿no?

- —Oh, te vas a arrepentir, chica patinadora. —Me hace cosquillas, implacable hasta que caigo hacia atrás sobre los cojines y él medio me inmoviliza.
  - —Ouch. —Me abrazo el costado que duele por el llanto y la risa.
- —¿Te he hecho daño? —Se detiene, con las manos a cada lado de mi cintura.
  - —Un poco. —Le miento.

Su frente está muy cerca de la mía, negras y largas pestañas miran a través de los agujeros para los ojos de la máscara. Su expresión es de puro remordimiento. —¿Dónde? ¿Tu tobillo?

-En todas partes. Dolores de risas.

Sonrie. —Ah. Así que, ¿vas a retirar lo dicho?

—Por supu<mark>esto. T</mark>e ves más como un plumero, de todos modos.

El se ríe, luego desprende su máscara y utiliza la banda elástica como una honda para enviarlo volando por la habitación. Golpea la pared y cae al suelo en un bulto de plumas.

—Que se pudra —decimos al mismo tiempo, compartiendo una sonrisa.

Esto es lo que me he estado perdiendo. Pasar el rato con Jeb me hace sentir casi normal. Hasta que recuerdo que no lo soy.

Me deslizo para poner algo de distancia entre nosotros. —Deberías irte. No quieres que Taelor te vea saliendo de mi lado del dúplex.

Él levanta mi tobillo izquierdo en su regazo. —Primero quiero ver ese esguince.

Estoy a punto de decirle que está mejor, pero su mano fuerte y cálida bajo la curva de mi rodilla paraliza mi lengua. Mordiendo mi labio inferior, observo cómo me desata la bota. Cuando consigue meter el dedo índice bajo el dobladillo de mis mallas y traza suavemente mi marca de nacimiento, el gesto es tan inesperadamente íntimo, que un temblor corre hasta mi espinilla.

Sus ojos se fijan en los míos, y me pregunto si también lo sintió. Me está mirando como si fuera uno de sus cuadros otra vez.

Un trueno estremece la sala, rompiendo nuestra mirada.

Toso. —¿Ves? Mucho mejor. —Arrastro mi pierna para liberarla y ato la bota.

—Al. —Su nuez de Adán se mueve cuando traga—. Quiero que pongas fin a esta cosa con Hitch. Lo que sea que esté pasando, no vale la pena... —Hace una pausa—. Perder una parte importante de ti.

Increíble. Piensa que soy una mojigata, ni siquiera dice la palabra. — ¿Te refieres a mi *virginidad*?

Su cuello se torna rojo. —Mereces algo mejor que una cosa de una noche. Tú eres la clase de chica que debe tener un compromiso de un tipo que realmente le importa. ¿De acuerdo?

Antes de que pueda responder, un sonido de aleteo me distrae. Al principio, creo que está en mi mente, hasta que me doy cuenta del movimiento por encima del hombro de Jeb. Un destello de luz brilla debajo de las cortinas de la ventana, iluminando el pasillo. Entonces es inconfundible. La polilla de Alison —enormes alas negras satinadas, resplandeciente cuerpo azul— se cierne allí por un instante frente al espejo del vestíbulo antes de volar a mi habitación.

La cabeza me da vueltas.

—No —le digo. No puede ser el mismo insecto de la instantánea... e de mi infancia. Las polillas sólo viven unos pocos días. Nunca años.

—¿No qué? — pregunta Jeb, ajeno a la polilla, absorto sólo de m Seguirás adelante con eso?

Mi pulso golpea tan fuerte en mis oídos, casi ahoga el timbre de Taelor en el teléfono de Jeb.

- —Será mejor que te vayas. —Lo empujo hasta ponerse de pie y lo conduzco hacia la puerta.
- —Espera —dice Jeb encima del hombro entre pasos reacios. En la puerta se vuelve para mirarme a la cara—. Quiero saber lo que harás esta noche.

Echo un vistazo a través de la llovizna a la limosina blanca en su camino de entrada, considerando una última vez sí debería contarle la verdad. Voy a Londres para encontrar la madriguera del conejo. A pesar de que tengo un miedo de muerte de a dónde podría conducir, de quién está dentro esperándome. De lo que sea que se supone que debo hacer una vez que esté allí. Tengo que ir.

Pero las palabras anteriores de Taelor rasgan en pedazos la fantasía: —Jeb tiene demasiado talento para quedar atrapado haciendo de niñera...

Mi estómago se contrae y digo la cosa más difícil que jamás he dicho: —Tú no tienes opinión en nada de que yo que haga. Cambiaste nuestra amistad por Taelor. Así que mantente fuera de esto, Jeb.

Da un paso hacia atrás en el porche como si estuviera en un sueño. —¿Fuera de qué? —El dolor en su voz me rasga—. ¿Qué me mantenga alejado de tu plan para ligar con un perdedor al azar, o que permanezca fuera de tu vida?

La limosina da un bocinazo y sus haces de luz cortan a través de la neblina húmeda. Antes de que mi voluntad se ablande, digo en voz baja: — Las dos cosas. —Entonces cierro la puerta, giro y colapso contra ella.

Mi columna se clava en la madera pesada. El arrepentimiento llena mí ya abarrotado corazón, pero no puedo dejar que el dolor me detenga. Al momento en que las ruedas de la limosina rechinan en el asfalto mojado, agarro mi mochila de la sala de estar. Estoy lista para ir en busca de mi pasado.

Una vez en el pasillo, vacilo, atraída por mis mosaicos colgados a cada lado del espejo. Algo está mal en la pieza del *Latido del Corazón del Invierno*. Las cuentas de cristal plateado que forman el árbol laten con luz, y los grillos del fondo patean al unísono. Sus alas se rozan entre sí, haciendo un extraño sonido chirriante.

Jadeando, cierro los ojos con fuerza hasta que los chirridos se detienen y luego vuelvo a mirar.

Gimo y me alejo. Un crujido rompe el silencio en mi habitación Artes había dejado la puerta entreabierta y una suave luz azul irradia desde dentro. Tiene que ser el cuerpo de la polilla causando el resplandor. Me relajo en el interior, a la vez aliviada y decepcionada de que es sólo la bombilla en el acuario de las anguilas.

Con el corazón desbocado, alcanzo el encendedor principal.

Un rayo cae, cortando la electricidad, y todo se vuelve negro.

Estoy apretando el marco de la puerta con tanta fuerza, mis uñas se clavan en la madera. El sonido de aleteo se precipita de un lado a otro de la habitación oscura como la noche. Mi pulso martilla. El instinto me dice que corra por el pasillo, que salga al exterior, para tratar de alcanzar a Jeb para que me proteja.

Pero escuché irse a la limosina. Él ya se ha marchado.

Algo suave se precipita en mi cara. Grito. Tropezando hacia adelante, tanteo a lo largo de la parte superior de mi tocador, encuentro la linterna y la enciendo. La luz amarilla ilumina una pintura que Jeb me hizo una vez, y los tarros de cadáveres de insectos.

Los pelos de mi nuca se ponen rígidos a medida que me acerco a mi espejo de pedestal. El cristal está rajado de arriba a abajo, como un huevo cocido cristalizado, que ha sido golpeado por todas partes con una cuchara, esperando ser pelado.

¿Qué fue lo que dijo Alison sobre espejos rotos? ¿que destrozarían mi identidad?

Piezas irregulares del rompecabezas forman mi destrozado reflejo: cientos de mallas a cuadros asoman entre mis altas botas y enaguas rojas en mis muslos, miles de adornos cubrían otras mil camisetas. Luego un centenar de mis caras con ojos azul claro con manchas de delineador verde.

Y allí, detrás de mis muchas cabezas, se agitaban alas y había un suave brillo azul. Me giro e ilumino con la linterna, esperando encontrar a la polilla tras de mí.

Nada.

Cuando me vuelvo hacia el espejo, un grito se aloja en mi garganta. La silueta de un hombre aparece detrás de mí en el reflejo. La imagen está distorsionada y rota en pedazos incontables, todos excepto los ojos y la boca bien proporcionada, manchados de tinta oscura. Los veo con claridad. Es el chico de mis recuerdos... muy crecido.

## En el agujero del conejo

Traducido por noely & Elle Corregido por Innogen D.

Dorable, Alyssa. —Los labios del tipo ronronean ese acento cockney que escuché en la tienda—. Tú puedes curar a tu familia. Usa la llave para llevar tus tesoros a mi mundo. Arreglar los errores de Alice y romper la maldición. No te detengas hasta que me encuentres.

¿A qué se refería con "los errores de Alice"? ¿Algo que ella hizo en el País de las Maravillas causó todo esto?

El peso de mi mochila me mantiene firme mientras lo miro fijamente, cautivada. Tengo miedo de dar la vuelta y ver si está detrás de mí, temerosa de que la silueta y la hermosa voz fueran solo invenciones en su defecto de una mente desesperada.

—¿Eres real? —susurro.

—¿Me siento real? —susurra de nuevo, su aliento caliente contra la nuca de mi cuello. Un par de manos fuertes se envuelven a mi alrededor por detrás, haciendo que todos mis nervios bailen en mi cuerpo. Doy media vuelta. Sin embargo, el brillo de la linterna barre el cuarto vacío, persistiendo aún la presión de dedos en senderos a través de mi abdomen. Aturdida con la sensación, dejo que mi mano siga su toque, desde el ombligo a la banda de mi falda. Mis rodillas se doblan. De algún modo, todavía estoy de pie, como si el chico fantasma me sostuviera.

—Recuérdame, Alyssa. —Una nariz revuelve el pelo en la parte posterior de mi cabeza—. Recuérdanos. —Él empieza a tararear una melodía inquietante. No hay palabras que acompañen la música, sólo las notas familiares de una canción olvidada.

Al instante en que su tarareo termina, también lo hace el abrazo. Me balanceo para recuperar el equilibrio. Dentro del reflejo roto, la polilla lo

ha reemplazado de nuevo. De alguna manera, la polill<mark>a y el hombre estár</mark> unidos.

Debería estar aterrorizada. Debería ser internada. Pero algo en el habitante del Inframundo es sensual y excitante, más evocador de lo que ha sido cualquier cosa en mi mundo.

Extiendo la mano hacia uno de los reflejos de la polilla, apuntando a la grieta donde está dividida en dos. Mi dedo se encuentra con el vidrio, solo que en vez de un borde afilado, se siente como metal esculpido. Reposicionando de la linterna, me doy cuenta de que no es una grieta en el espejo... que es el ojo de una cerradura, pequeña e intrincada.

Saco la llave escondida bajo mi blusa, mis dedos tiemblan mientras tomo puntería.

—*Tsk*, *tsk* —me regaña mi guía oscuro, aunque no lo puedo ver por ningún lado—. *Te he enseñado mejor. Estás olvidando un paso*.

Tiene razón. Me acuerdo. —Imagina a dónde deseas ir —digo, usando sus palabras de años atrás. La llave otorga deseos, y abrirá el espejo a los míos. Dejando caer la mochila al suelo, saco el folleto del reloj solar y lo estudio. Cuando levanto la vista, la imagen del folleto me mira desde el reflejo agrietado. Inserto la llave en el agujero y la giro.

El espejo se convierte en líquido y se ondula, absorbiendo mi mano. Yo tiro hacia atrás y la llave cae contra mi pecho, suspendidad de su cadena. Alzo los dedos; lucen igual que siempre... sin afectación alguna. Ni si quiera están húmedos.

—Deséalo con todo tu corazón. —La orden nada en mi cabeza, tan silenciosa que es un eco de mi pasado—. Luego da un paso dentro.

Tengo un momento de lucidez. Si estoy a punto de ser absorbida hacia Londres mágicamente, necesito un modo de regresar a casa. Agarro mi caja de lápices con el dinero y lo meto en la mochila. También meto la linterna. ¿Quién sabe qué tan oscura puede ser la madriguera del conejo?

Doy un paso hacia adelante y dejo que mis dos manos se hundan en el cristal líquido hasta los codos. Al otro lado, una brisa fresca se encuentra con mis brazos. Alguien me acaricia la piel, desde el codo hasta la muñeca... la punta de los dedos son tan suaves y saberlo enciende una tormenta de fuego en mis venas.

Es un toque que ya conozco, sin embargo, es tan diferente ahora. Ya no es inocente y relajado.

Cuando miro dentro del portal, mis manos enguantadas aparecen en el paisaje más allá, arrojando sombras sobre la hierba junto a la silueta del tipo alado.

Vacilo y pienso en Jeb. Es casi como si escuchara su voz llamándome desde algún lugar lejano. Ojalá estuviera aquí, ahora mismo, entrando conmigo.

Pero no puedo mirar hacia atrás. Tan desquiciado como parece, ese chico en el espejo es la respuesta a todo en mi pasado. Esta es mi única oportunidad de encontrar el País de las Maravillas, para limpiar la línea de sangre Liddell de esta maldición y salvar a Alison. Si puedo hacer esto, por fin podré ser normal. Tal vez lo suficientemente normal para decirle a Jeb cómo me siento realmente con respecto a ciertas cosas.

Tomando un respiro, me sumerjo dentro.

\*\*\*

Giro en una bruma de verdes, azules y blancos, mis percepciones desenrollándose como un trozo de gasa. Una sensación punzante me inunda —como diminutas agujas de tejer uniéndome una vez más. Caigo de espaldas sobre el suelo y espero con los ojos bien cerrados, mi mochila empuja contra mi columna vertebral.

El mareo pasa, el olor de la tierra húmeda y el aire fresco va a la deriva sobre mí. Cierro los ojos ante un sol brillante y un cielo azul. Raro. Si estoy en Inglaterra, aquí debe ser temprano en la mañana... mucho antes del amanecer. De alguna manera, llegué al mismo tiempo que la imagen que visualicé del folleto. Hojas de hierba pican a través de mis guantes, me apoyo en las manos para levantarme. El reloj solar en forma de estatua de un niño espera a unos metros de distancia.

Detrás de mí hay una fuente, donde el agua fluye por paneles idénticos tan altos como yo. Deben estar al otro lado del portal que atravesé, porque mi pelo y ropa están húmedos. Una reja de hierro forjado con terminaciones en punta de flecha arroja sombras sobre el jardín.

Estoy de pie, dejo caer mi mochila en el suelo y sacudo las manchas de barro de mi falda y medias.

El canto de los pájaros y el ruido blanco de las flores y los insectos suena real. El viento agitando las hojas sobre mi cabeza se siente real. La fragancia de las rosas blancas de un arbusto al otro lado de la estatua huele real. Todos mis sentidos me dicen que esto no es una ilusión.

Mi imaginación no podría conjurar manos como la de mi guía —o la canción que encendió en mi memoria. Una canción de la que se me escapan las palabras, pero que de algún modo me definen. La melodía trae sentimientos de comodidad y seguridad, como una vieja canción de cuna.

Me concentro en el ruido blanco. Un susurro distintivo gira a traves mis oídos.

Encontrar e<mark>l aguj</mark>ero del conejo...

La brisa engatusa una suave fragancia en mi dirección. Son las rosas hablando.

Caigo de rodillas y gateo hacia la estatua del reloj solar, separando la hierba cuando voy. Debe haber un agujero o una tapa metálica, algo que podría ocultar un túnel.

Un borde de roca ornamentado y una cubierta de de hiedra rodean la gran plataforma de la estatua. Empiezo a cavar a través de las hojas. El ruido blanco estalla mientras molesto las moradas sagradas de las arañas, escarabajos e insectos voladores. Algunos se dispersan bajo mis dedos, otros echan a volar. Sus susurros se aferran como estática, guiándome.

Con el toque de una pluma, puedes entrar al más allá.

Gateo con dificultad, pisando la hiedra y empujando la estatua. No se mueve.

El tiempo debe estar bien o estarás aquí toda la noche.

Tiempo. Trato de recordar las definiciones del poema. ¿No mencionaba las cuatro en punto? De acuerdo a la sombra del reloj de sol, son pasadas las cinco. Tal vez tenga que dar marcha atrás al reloj de alguna manera.

Trato de forzar el eje gnomon a una nueva posición para que su sombra caiga sobre el número romano IV. Tampoco se mueve. Tal vez la estatua sólo tiene que *pensar* que son las cuatro.

Exploro el interior de la mochila, sacando la pluma que saqué del sillón reclinable de papá. —Con el toque de una pluma... —Centro la pluma sobre el disco y lo muevo hasta que su sombra apunta al IV. La fijo en una grieta para mantenerla en su lugar. En el reloj de sol todavía se pueden leer las cinco en punto, pero estoy esperando que mi improvisación sea suficiente para funcione.

Una serie de clics y traqueteos salen del interior de la base de la estatua, como cierres siendo abiertos. Con el corazón a la carrera, acuño el hombro en los brazos del niño. Con los talones arraigados en la hiedra, uso las piernas para empujar y tirar contra la piedra.

Empujo las rejillas de roca metálica y la estatua se desliza sobre su base. Sale una nube de polvo que luego desaparece, dejando al descubierto un agujero del tamaño de un pozo.

Caigo de rodillas. Dentro de la mochila, empujo cosas hasta encontrar la linterna. Encendiéndola, escruto en las profundidades. El fondo no está a la vista. No puedo tirarme de cabeza en algún túnel si no puedo ver dónde termina.

Una abrumadora sensación de soledad y de pánico me envuelve. No soy fan de las alturas, razón por la cual no he dominado un ollie todavía. Me encanta la emoción de la carrera, pero la caída libre nunca ha sido mi idea de diversión. Una vez fui a hacer rápel en un cañón con Jeb y Jenara. La subida no era tan mala, pero Jeb me tuvo que llevar a cuestas todo el camino hacia abajo, mientras yo mantenía los ojos cerrados.

Una vez más, me encuentro a mí misma deseando que él estuviera aquí.

Me incorporo. Esa presión que se agita dentro de mí vuelve a la vida... me asegura que estoy lista para esto.

Si la realidad es algo parecido al libro de Alice, ella no cae tanto como *flota* hacia abajo. Las leyes de la fisica pueden ser diferentes dentro del agujero.

Así que tal vez no es qué tan profundo, sino qué tan rápido.

Dejo caer la linterna dentro. Rebota lentamente, como una burbuja que brilla intensamente. Casi me río en voz alta.

Tomo un trago de agua de una de las botellas que tengo en el fondo de la mochila. Cierro la cremallera y me coloco la mochila en los hombros.

Apoyada sobre manos y rodillas en el borde del hoyo, tengo un momento de duda. Peso mucho más que un pedazo de plástico y algunas baterías. Tal vez debería meter algunas piedras pesadas en mi bolsa, sólo para estar segura.

-iAl!

El grito desde atrás me hace saltar. La tierra cede bajo mis manos. Gritando, me agarro al aire vacío y caigo.

En el interior, el agujero se ensancha. Más como una pluma al viento que como unparacaidista, floto, mi posición cambia de vertical a horizontal. Se me estremece el estómago, intentando adaptarse a la ingravidez.

Sobre mi cabeza, alguien se sumerge.

En cuestión de segundos, me agarra la muñeca y tira para alinear nuestros cuerpos.

Es imposible...

—¿Jeb?

Sus brazos nos juntan, su intensa mirada fija en el paisaje que pasa lentamente. —Santa madre de...

—Cosas y tonterías —le interrumpo con una cita del libro original—. Sómo es que estás aquí? //

## PIGNDERED A.G. F

ZDónde es aquí? —pregunta, hipnotizado por nuestro entorno.

Armarios abiertos llenos de ropa, otros muebles, pilas de libros en los estantes flotantes, despensas, botes de goma y los marcos vacíos de imágenes, todos aferrados al azar a los lados del túnel como estuviesen pegados con velcro. Pedazos de hiedra gruesa se rizan alrededor de cada elemento y lo incrustan en las paredes de tierra, atrapando todo en su lugar.

Cada vez que pasamos algo, Jeb me acerca, su expresión es una mezcla de temor y respeto. En un momento dado, yo paso mi brazo y engancho un frasco envuelto en hojas. Lo traigo entre nosotros y desenrosco la tapa, luego me estiro una vez más para colocar del frasco boca abajo, flotando junto a nosotros. Un camino de mermelada de naranja brota de él y se queda suspendida a medida que vamos hacia abajo, abajo, abajo hasta que nuestros pies se posan suavemente con el fondo, como si hubiéramos bajado en cuerdas.

La entrada a la madriguera del conejo no es más que luz del tamaño de la cabeza de un alfiler sobre nuestras cabezas. Nos encontramos en una habitación vacía, sin ventanas, con forma de cúpula y alumbrada tenuemente con velas colgando boca abajo en candelabros. El olor de la cera y el polvo se arremolina a nuestro alrededor. Mis piernas se tambalean, como si hubiera estado corriendo varias vueltas durante una semana. Debimos de haber caído por lo menos un kilómetro y medio. Todavía estamos abrazados, pero ninguno de los dos parece querer alejarse.

Después de unos minutos, Jeb nos pone a un brazo de distancia y me mira, mira mi *interior*.

-¿Cómo? -susurro, incapaz de comprender que está aquí.

Él palidece, negando con la cabeza. —Yo... me resbalé en el porche bajo la lluvia. Eso debe ser. Sí, es por eso que estoy mojado. Ahora estoy soñando, pero... —Presiona nuestras frentes juntas y tomo nota mental de los otros lugares donde nuestros cuerpos se están tocando. Sus manos se deslizan desde mi caja torácica hasta detenerse a cada lado de mi rostro—. Te sientes real —susurra, su cálido aliento se mezcla con el mío. Cada punto de contacto entre nosotros se calienta en una llama blanca—. Y tú eres tan bonita.

Bueno, esa es una prueba de que está delirando y en estado de shock. En primer lugar, nunca me ha dicho nada parecido. En segundo lugar, a estas alturas mi maquillaje tiene que verse como un periódico empapado.

La llave concede deseos. Mi guía oscuro me dijo que *debía quererlo* con todo mi corazón. Así que cuando visualicé a Jeb a mi lado antes de entrar, porque lo quería conmigo, él vino también.

A.G. HOWARI

Nunca tuve la intención arrastrarlo a esto.

Entrelazando los dedos, quito las palmas de sus manos de mi rostro. —Tal vez haya alguna manera de enviarte de vuelta. —Aunque tengo el mal presentimiento de que no la hay. Asimilo algo que dijo al principio—. Espera... ¿qué quieres decir con que te resbalaste en el porche? Oí cómo se marchaba la limosina.

—Tae y yo tuvimos una pelea. Se fue al baile sin mí. Quería ver cómo estabas una última vez... no podía dejar las cosas como estaban. No respondiste la puerta. No estaba cerrada, así que yo... ahí debe ser cuando me golpeé la cabeza.

Lo agarré por los hombros. —No te golpeaste la cabeza. Estamos realmente aquí. Esto es real.

- —Uh-uh. —Da un paso atrás—. Eso significaría que realmente saltaste dentro del espejo. Que realmente me zambullí para atraparte. Entonces quedé aorado en un árbol y tuve que bajar a buscarte. No. No es posible.
- —Esto no debería haber ocurrido —murmuré, luchando contra mi culpa—. El País de las Maravillas es mi pesadilla. No la tuya.
- —¿El País de las Maravillas? —Apunta al túnel sobre nosotros—. ¿Ese era el agujero del conejo?
- —Sí. Alison tenía pistas de este lugar escondidas detrás de las margaritas en el sillón de papá. Es por eso que las rasgué.

Una mirada a la cara de Jeb y sé que no lo cree.

Tomando una respiración profunda, me quito la mochila y saco el folleto y los tesoros. Considero hablarle de la polilla y mi guía oscuro, pero esos detalles se mantienen dentro de mí, en una masa inamovible.

—No le he dado un buen vistazo a la mayoría de las cosas todavía — agrego—, pero creo que me están guiando aquí. Creo... Creo que el libro de Lewis Carroll no era exactamente ficción. Era un recuento de la de las experiencias de mi tátara-tátara-abuela, con algunas diferencias. Por un lado, no había nada que mencionara un reloj de sol que cubre el agujero del conejo.

Los dos parpadeamos hacia el haz de luz sobre nuestras cabezas.

Jeb se mece, como si estuviera mareado. Consigue reponerse y me mira otra vez. —¿Tu papá sabe de estas cosas que encontraste?

—No. Si lo hiciera, habría apuntado a Alison para los tratamientos de electrochoque mucho antes.

—¿Tratamientos de electrochoque? Pensé que se había golpeado la cabeza en un accidente de coche. Por eso tuvo daño cerebral.

Yo estaba mintiendo. Nunca hubo un accidente. Ha estado con las locuras del País de las Maravillas durante años. Ahora puedo demostrar que no es así. Que todo es real.

La duda oscurece la cara de Jeb. —Primero tenemos que volver, y no será sencillo.

Él tiene razón. No hay puerta. Es como si hubiéramos caído en la botella de un genio y la única salida fuera convertirse en humo y flotar hacia arriba.

—Tenemos que conseguir ayuda. —Toma el teléfono celular de su chaqueta. Después de presionar varios botones, frunce el ceño.

—¿No hay señal? —pregunto.

Deja caer su teléfono en mi mochila y rebusca en su contenido con expresión determinada. —¿Qué más tienes aquí?

Una abeja revolotea cerca y la espanto. Debe haber entrado a través de la abertura en lo alto. —Agua embotellada... un par de barritas energéticas. Basura de la escuela.

Me agacho a su lado y la alcanzo, asegurándome de que no abra la caja de los lápices; luego empujo el libro de *El País de las Maravillas* de Alison para agarrar los guantes que encontré en la silla. Me quito los que llevo puesto sin dedos y me coloco los otros en su lugar. Encajan perfectos. A continuación aseguro la horquilla justo encima de mi oreja izquierda. En un vago y nebuloso recuerdo, solía disfrazarme con estos artículos en compañía de mi habitante del inframundo. Ahora es un impulso que no puedo resistir.

Jeb saca la navaja suiza de papá. Enarcando una ceja, la sostiene en alto.

-¿La tomé prestada de un niño explorador? -Parpadeo.

Desliza la navaja en uno de sus bolsillos del traje. —No cuela. Repartí mi cuota de golpes en el séptimo grado y conservaba recuerdos de las batallas. Los niños exploradores no llevaban navajas tan geniales.

Mi temblor se tranquiliza mientras me muestra una pequeña sonrisa. No estoy segura de si se cree algo de esto o si aún piensa que está soñando, pero al menos está intentando mantener el sentido del humor.

Cierra la cremallera de la mochila. El sonido del metal corriéndose resuena en la habitación. La abeja zumba cerca de mi cabeza una vez más. Estos son los dos únicos sonidos que escucho. No hay sonido blanco, ni murmullos, ni siquiera un indicio de palabra.

Por primera vez en seis años, conozco el silencio.

El silencio. Es. Dicha.

Inspirada por ese pensamiento, me levanto a explorar.

—Quédate cerca, chica patinadora. —Jeb recoge la linterna, que había terminado en la mesa redonda en el centro de la habitación. No debería estar pensándolo, después de traerlo aquí, pero es increíble lo bien que se siente el escuchar mi apodo.

Me detengo junto a los muros de franjas púrpuras con candelabros colgando al revés. Baldosas blancas y negras recubren el piso circular. Una pila de cremosa y olorosa cera del tamaño de un hormiguero descansa bajo cada vela goteante. Cómo la mecha se mantiene encendida es un misterio. Aunque la cera se derrita, las velas no parecen cambiar de tamaño.

- —No lo creo —dice Jeb. Sostiene una botella de marrón oscuro con una etiqueta atada a su cuello como si fuera el precio—. "Bébeme" —lee en voz alta.
  - —De ningún modo. —Al instante estoy a su lado.
  - —Te encoge o algo ¿cierto? —pregunta.
- —De acuerdo al manual. ¿Hay dulces en esa caja de cristal bajo la mesa?

Mientras guardo la botella en la mochila, él se agacha. —Pastel en una almohada de satín. Parecen pasas encima. Ponen "Cómeme".

—Seh. El pastel que te hace grande de nuevo.

Se quita el pañuelo de la manga del traje y envuelve la caja con el pequeño pastel. —¿Asumo que también lo quieres como evidencia?

Asiento. Pero no es evidencia lo que estamos reuniendo. Algo me dice que tal vez necesite usar estas cosas después, una vez que haya enviado a Jeb a casa y pueda continuar sola.

De regreso a las paredes, busco una salida. Cortinas de terciopelo rojo cuelgan en intervalos con cuerdas doradas sobre soportes que parecen pomos de puerta. Las cubiertas son lo suficientemente largas como para esconder una puerta. Abro una, esperando encontrar alguna puerta antigua y decorada en la que pueda caber la llave que cuelga de mi cuello. No hay nada detrás de ella excepto la pared. Intento con otra cortina y obtengo el mismo resultado.

—Mira esto. —Jeb quita una sábana de un artilugio de madera recostado contra el muro. Cuerdas, poleas y el rostro de un reloj gigante forman el enrevesado marco. Un cartel pone: TRAMPA DE RATÓN DEL JABBERLOCKY. Recuerdo entonces el poema del Jabberwocky asociado con los libros de Carroll. La escritura incorrecta de la palabra es otra inconsistencia con la historia que, pensé, conocía a fondo.

A.G. HO

Los personajes del País de las Maravillas cubren el frente en vívidos tonos de pintura. Una larga plataforma sobresale al fondo, conectada a algunas poleas.

- —Parece un Rube Goldberg —dice Jeb, ladeando la cabeza hacia un lado para ampliar su campo de visión.
  - —¿Un qué?
- —Rube Goldber, el caricaturista e inventor. Dibujó instrumentos complicados que realizaban acciones sencillas de un modo enrevesado. Esto es una trampa para ratones.

Lo miré fijamente.

—¿Qué? —pregunta.

Riendo, sacudo la cabeza. —Tu ropa interior de rarito se ve. Pensé que lo habías dejado en el séptimo grado. —Solía estar obsesionado con construir cosas, laberintos y rampas para canicas con su papá en el garaje. Fueron los únicos momentos en que los vi llevarse bien.

Una sonrisa revolotea en su rostro y sé que está recordando algo.

—¿Qué es esa cosa en la plataforma? —pregunto para cambiar de tema, pateándome a mí misma por sacarlo a colación.

Da unos golpecitos sobre lo que parece un enorme trozo de queso. — Una esponja. Me pregunto si la trampa funciona de verdad.

- —Solo hay un modo de averiguarlo. —Alcanzo la palanca con la palabra *Empújame* escrita en rojo.
- —Espera. —Jeb deja caer la sábana y tira de mí—. ¿Por qué habría una trampa para ratones aquí abajo? ¿Y si está preparada para criaturas más grandes... como intrusos?

La abeja regresa, zumbando a mi alrededor nuevamente. La espanto. Perezosamente, sobrevuela en el aire, luego aterriza sobre la misma palanca que yo estaba a punto de probar. Con un rechino, la máquina inicia una reacción en cadena. Primero, la enorme mano del reloj cae en su lugar, apuntando al numeral romano IV. Luego activa la rueda de las poleas que, a cambio, dan vueltas a un sacacorchos a través de un nido hasta un orificio que ha sido taladrado. La punta afilada del sacacorchos empuja y desbalancea una plancha oscilante en el siguiente nivel.

Jeb y yo nos alejamos unos pasos, tomados de las manos.

He visto este proceso antes. Escarbo en el bolsillo de mi camisa y saco las notas de ese sitio web sobre el País de las Maravillas, mirando nuevamente las definiciones bajo "Era brillante".

Jeb se coloca tras de mí para leer sobre mi hombro. —¿Dónde las ncontraste?

—Shh... —Ahí está todo: las cuatro en punto, el nido, ce sacacorchos. Después de emitir un penetrante silbido, la máquina lanza al aire una esponja naranja amarillenta. Vuela hasta el otro extremo de la habitación.

La persigo, deteniéndome bruscamente mientras cae al suelo, junto a las cortinas donde había mirado antes.

Recógela. Esa voz británica llena mi mente, un recordatorio de la razón por la que vine. No para reunir pruebas del País de las Maravillas, sino para curar la maldición de mi familia. Tengo que encontrar al tipo de mis recuerdos. Él me dirá cómo arreglar los errores de mi tátara—tátara—tátara abuela. Recojo la esponja y la meto en el bolsillo de mi falda.

El rechinar comienza otra vez. Sobre el sitio donde está Jeb, las poleas y ruedas vuelven a su posición original. Como si estuvieran conectados por cables invisibles, la cortina junto a mí se levanta, revelando una trampilla que no estaba ahí dos minutos atrás.

Ábrela.

Como si fuera una marioneta controlada por mi guía, el habitante del Inframundo, alcanzo la puerta.

—¡Al, no! —grita Jeb.

La abro antes de que él pueda alcanzarme.

Un oscuro corredor sobresale de la habitación. Meto la cabeza. Hay suficiente luz detrás de mí para ver que el túnel se hace pequeño gradualmente. Un destello de movimiento en la negrura me envía hacia Jeb dando trompicones. Desliza un brazo alrededor de mi cintura y me sostiene contra sí mientras una sombra pequeña con forma de conejo, de pie, aparece en el umbral.

—Tarde —dice su vocecita.

Aprieto los dientes para reprimir un grito. No puedo creerlo. El Conejo Blanco es *real*.

—Tarde, digo. Lady Alice, tarde usted está. —El conejo salta hacia la vacilante luz de la vela. Su frac rojo desabotonado se abre, revelando su caja torácica.

Jeb maldice y yo me llevo la mano a la boca.

No es el Conejo Blanco o ningún tipo de conejo. Es una criatura pequeña, enana, del tamaño de un conejo. Las piernas, brazos y cuerpo son humanoides pero descarnados, como un esqueleto bañado en lejía. Guantes blancos cubren las manos cadavéricas; botas con lazos blancos protegen los pies. La excepción en esta apariencia esquelética es la cabeza calva y el rostro de anciano, cubierto con una piel tan pálida como la de un albino. Sus ojos—anchos e inquisitivos como los de una liebre— tienen

84

PINDERED 7

un brillo rosado. Largos cuernos blancos nacen detrás de cada una de sus orejas humanas.

I ordi

Es claro cómo la joven Alice podía haberlo confundido con un conejo. Sus cuernos parecen orejas cuando se les mira en las sombras.

- —¿El Conejo Blanco? —Me arriesgo, sintiendo el brazo de Jeb tensarse a mi alrededor mientras masculla sin creerlo.
- —White, *Rabid*<sup>9</sup> —dice el esqueleto de medio metro de altura—. Liddell, Alice... no eres. Pero sus manos tienes.

Miro mis guantes fijamente. —Soy su tátara...

- —Nadie —interrumpe Jeb interponiéndose entre la criatura y yo. No me deja salir detrás de él. Siento que va a buscar la navaja en su bolsillo y aprieto su brazo para detenerlo. Entonces escudriño sobre su hombro.
- —Gran Nadie $^{10}$  ¿eres tú? —pregunta la criatura, inclinando su cornamenta hacia un lado para verme.
  - -No. Ese no es mi nombre. ¿Dijiste que Rabioso era el tuyo?

La criatura echa un vistazo hacia la mesa, luego de nuevo hacia nosotros, retorciéndose las manos nerviosamente. —Rabd soy. Mi familia *White* es. —Pareciendo aturdido por nuestra falta de respuesta, hace una reverencia—. Rabid White, de la Corte Roja soy. ¿Eres tú quién?

No puedo encontrar mi voz. Mis recuerdos y las historias de la web son reales. Hemos llegado al reino del inframundo y estamos frente a frente con uno de sus habitantes. Esa melodía resuena en mi corazón, esa que fue puesta ahí por mi olvidado amigo de la infancia. Es aún más poderosa que la sensación de revoloteo que siento algunas veces. Me dice que acepte mi identidad, que esté orgullosa de quién soy.

Sin siquiera pensarlo, suelto: —Alyssa Gardner de la corte humana, soy.

Jeb sisea y sus hombros se tensan, pero no deja de concentrarse en nuestro huésped.

—Ohhh. —La cadavérica criatura se desvanece con un extraño chasquido, como una campana hecha de huesos. Sus labios se tuercen en un horrendo gruñido, revelando dos largos y sobresalientes incisivos—. Sus guantes esos son. ¡Ladrona ser tú!

Jeb saca la navaja y la abre en un movimiento fluido mientras me sostiene detrás de él con su otro brazo.

Great No One. Gran Nadie. En el original, Alyssa dice great (tátara)...para mencionar su parentesco con Alicia.

IBROS DEL

<sup>&</sup>lt;sup>9</sup> White Rabid. En la historia original el nombre era White Rabbit (Conejo Blanco). La escritora altera los nombres para provocar un efecto más macabro acorde a la descripción que hace del personaje.

—Todo arruínarás. —Los ojos rosados de nuestro invitado prilan rojos como la sangre. Saliva comienza a espumear en su boca—. No bienvenida. Así dicho por la Reina Grenadine, ¡bienvenida no ser tú! —Su chillido cuelga en el aire mientras él salta hacia las sombras del corredor y desaparece.

—¿A qué te refieres con la Reina Grenadine? —grito detrás de Rabid—. ¿Desde cuándo hay una nueva reina? ¿Qué le pasó a Red?

Jeb guarda la navaja y me agarra antes de que pueda seguir a la criatura por el pasillo. —¿Qué fue eso? —Sus dedos se clavan en mis hombros y lucho por liberarme—. En serio, ¿qué fue eso, Al? ¡No hay un conejo que luzca de ese modo!

- —¡Jeb! ¡Se está escapando! —Lucho como un animal salvaje—. Sé a dónde va... es la puerta para la que fue hecha mi llave. ¡Por favor! —Hay miedo en sus ojos y me pregunto por qué no lo comparto. Todo lo que sé es que siempre he sido distinta en mi mundo. En un lugar como esto, soy ordinaria.
- —No. —Jeb cruza mis manos sobre mi pecho, luego me alza contra una de las cortinas del muro de modo que mis pies cuelgan, estoy clavada como una mariposa a un soporte de corcho—. No vamos a ningún lado. Ese fenómeno espumeante piensa que te robaste los guantes y ahora sabe tu nombre. Por cierto, muy inteligente.
- —No lo dije intencionalmente. —Me retuerzo, las botas cuelgan con mis esfuerzos por bajar.
  - —¿Qué significa eso? ¿Intencionalmente?

La misma melodía interior que me dio el coraje para hablar antes, me advierte que no diga nada de la polilla, el extraño o la música.

- —De lo que sé de este lugar —le digo—, es un reino mágico, y la cosa que vimos antes es un habitante del Inframundo... uno de sus ocupantes.
- —¿Mágico? —Jeb me mira como si mi cabeza estuviera torcida—. No recuerdo la versión de Lewis Carroll<sup>11</sup> mencionando nada sobre pequeños esqueletos ambulantes.
- —Alice debe haber sido muy joven para entender lo que vio. Tal vez su mente bloqueó los detalles escabrosos. —Miro mis palmas enguantadas, y comprendo el deseo de esconderse de malos recuerdos a un nivel al que muy poca gente puede llegar.
- —Si estás en lo cierto —dice Jeb—, entonces nuestra guía está jodida. —Mira hacia el agujero de luz sobre nuestras cabezas—. La entrada sigue abierta. —Me baja, pero sigue sosteniendo mi codo.

Agarro la solapa de su traje. —¿No lo ves? No importa que el País de las Maravillas sea diferente del que escribió Carroll. Todos estos años, Alison ha estado encerrada en un psiquiátrico por nada. Es real. No estuviste hoy ahí. La trataban como a una inválida. Si le fríen el cerebro, terminará incapacitada para siempre. ¡No me marcharé sin ayudarla!

- —Ahora tenemos cosas para ayudarla. El pastel y la botella.
- —No será suficiente. Tengo que arreglar algo que hizo Alice. Él me lo dijo... —Me detengo demasiado tarde.
  - *—¿Quién* te lo dijo?
- —Yo... encontré un sitio web. —Aprieto la mandíbula. He dicho demasiado.
- —¿Algún pervertido te atrajo aquí a través de un sitio web mágico? —Jeb no suelta mi brazo.
  - -No exactamente.
- —Hemos terminado. —Ni siquiera me está escuchando—. Te estoy llevando a algún sitio a salvo. —Tira de uno de los cordones borlados de la cortina tras de mí y luego lo deja caer en un rollo dorado—. Primero, cogemos todas las cuerdas, las atamos y hacemos un lazo. Después usamos los muebles a lo largo del muro del túnel para subir. Será como aquella vez que escalamos rocas en el cañón hace un par de veranos.

No sé qué me asusta más: el hecho de que su plan sea tan bueno que podría funcionar, o que no quiero hacerlo.

Mi voz guía regresa, esta vez con tono férreo y casi enojado. Me canso de estos juegos. Bebe de la botella. Un sorbo. Encuéntrame.

Lucho contra el agarre de Jeb, pero él es demasiado fuerte. Ya lleva la cuarta cuerda cuando un sonido rechinante reverbera sobre nosotros. Ambos miramos cómo el agujero de luz se desvanece... la estatua nos está encerrando.

Boquiabierto, Jeb suelta la cuerda y mi brazo. Escapo hacia el corredor, agarrando la mochila y de paso una vela del muro. Me escabullo hacia la oscuridad con los gritos de Jeb rebotando a mi alrededor.

Después de casi tropezar con los cordones de mis botas, uso la boca para sostener la vela y así liberar una mano. Hurgo en la mochila buscando la botella marrón. La flama arroja sombras amarillas a lo largo de los muros.

Jeb está muy cerca. No lo quiero metido mucho más profundo en mi desastre, pero el único modo en que puedo mantenerlo a salvo es si está conmigo.

Continúo agachándome a medida que el pasaje empequeñece. Fomando la cadena de mi cuello, me la envuelvo en la muñeca para que la

llave cuelgue al final. De algún modo sé que, a menos que la quiera encogiéndose conmigo, no puede tocarme. Más adelante, donde el pasaje es más pequeño, la puerta en miniatura aparece.

Con la mochila colgando de un hombro, saco la botella marrón y le quito el corcho, vertiendo un poco del líquido en mi boca por el lado opuesto al que sostiene la vela. El sabor amargo quema todo el camino hacia abajo. Le pongo el corcho y la guardo, soltando la mochila para Jeb.

-¡Sólo un sorbo! —le grito sobre el hombro y le dejo la vela.

Los músculos se estiran y los huesos chasquean. Cada centímetro de mi piel arde y se tensa, como si estuviera en una secadora de ropa, haciéndome pequeña a cada paso. Las náuseas aparecen mientras el corredor parece crecer a mi alrededor.

Cuando miro hacia atrás, Jeb está sobre su estómago, deslizándose con un brazo extendido para atraparme en su mano. Me muevo entre sus dedos, tropezando hacia adelante y luchando con la llave que ahora es del tamaño de mi palma. Abro la puerta y me dirijo hacia el País de las Maravillas.

## El mar de lágrimas

Traducido por Marie.Ang & Cris\_Eire
Corregido por Innogen D.

e apresuro a ponerme de pie, tan pequeña como un grillo, justo como en mi pesadilla recurrente. Sólo que esta vez no soy Alice. Y hasta ahora, todavía tengo mi cabeza.

Escalando sobre un montículo de tierra, doy un vistazo alrededor. Un jardín de flores se eleva por encima, proyectando enormes sombras. Entre las aberturas de los tallos como troncos, una playa se extiende a lo largo de un océano sin fin. Un bote vacío espera en la costa, gigantesco comparado conmigo. Sal y polen andan en el aire.

- —No puede ser —La voz de Jeb retumba. Giro sobre mis talones para enfrentarlo, cubriendo mis oídos. Un gran ojo se asoma de la puerta de la madriguera del conejo.
  - —Bebe de la botella marrón —respondo.
- —No puedo oírte —su murmullo sacude la tierra bajo mis pies. Hago la mímica de beber algo y ofrezco un dedo índice, señalando el número uno.

Entonces, se ha ido.

Espero que lleve la mochila para la transición. A juzgar por el tamaño actual de mi ropa, todo lo que toca se reducirá.

En cuestión de segundos, Jeb se sumerge a través de la entrada con la mochila a cuestas. La puerta se cierra de golpe detrás de él, con la llave en el otro lado.

Agarrándome por la cintura, me tira contra él. —¿En qué estabas pensando?

-Lo siento.

—Lo siento no arreglará este lío. Somos del tamaño de los bichos y cerramos nuestra única salida.

Bueno, ¡eres el único que dejó la llave!

Su rostro se ruboriza. —¿Qué se supone que hacemos ahora?

—Comemos un trozo de pastel y nos hacemos grandes otra vez.

Se da una palmada en la frente en fingida conmoción. —Por supuesto. Sólo vamos a comer un pedazo de pastel mágico de cien años de edad.

—Puedes quedarte de este tamaño si quieres. Te llevaré en mi bolsillo.

Gruñendo, Jeb desliza la mochila de sus brazos. —Lo que sea. Vamos a hacer esto. Somos más pequeños que las flores mal olientes, por el amor de...

—El niño piensa que apestamos, Ambrosia. —Una voz áspera, como de bruja, estalla de la nada. Un movimiento se arrastra por el jardín, como si el viento soplara las flores.

Retrocedemos, casi tropezando con la mochila caída.

Una de las margaritas gigantes se dobla hacia abajo, proyectando una gran sombra azul. Una boca distorsionada se amplía en el centro amarillo de la flor, y filas de ojos parpadean en cada pétalo.

—Eso hizo, Redolence. Qué atrevido —dice—. Después de todo, si alguien huele mal, sería él. No tenemos ninguna glándula sudorípara.

Jeb me arrastra tras él, revirtiendo nuestra dirección. —Um, ¿Al? No soy el único que ve a una flor parlante, ¿cierto?

Me agarro de su cintura, mi corazón late en su columna vertebral. — Te acostumbras a ello. —Trato de suprimir el pánico que me apuñala.

—¿Qué se supone que significa eso?

No tengo oportunidad de responder porque Jeb nos choca contra un tallo enorme.

Una capuchina se inclina, gruñendo. Un centenar de ojos grises se anidan en sus brillantes pétalos naranja. —Mira por dónde caminas, ¿quieres?

Varios dientes de león sacuden las cabezas ante la conmoción, reprendiéndonos. Pequeños ojos sobresalen de sus semillas peludas como antenas de caracoles.

Me trago un grito cuando todos empiezan a hablar a la vez:

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que hemos tenido visitas tan deliciosas?

-¿En nuestros años hacia atrás o en los suyos hacia alante?

–En realid<mark>ad no i</mark>mporta. Solo estaba remarcando un punto.

Jeb nos mete en un pequeño claro en el medio de las criaturas parlanchinas, y me gira para enfrentarlo. —¿Acaban de llamarnos "deliciosos"?

Detrás de nosotros, un diente de león estornuda. Sus semillas se desprenden de su cabeza en manojos, dejando puntos calvos. —¡Mis ojos! ¡Que alguien atrape mis ojos! —Se extiende con sus hojas para tratar de agarrarlos.

Dos lugares abajo, un geranio se dobla por la mitad y abre un hoyo en la tierra. La palabra *Pulgones* brilla a un lado en pintura roja. Cogiendo un bicho rosado del tamaño de un ratón, la flor se empuja a la víctima en su boca y la mastica mientras esta se retuerce, la baba rezuma por los pétalos que conforman su barbilla. Sus párpados se cierran bajo la baba.

La expresión de Jeb se vuelve salvaje. —Una flor comiéndose un pulgón. ¡El devorador se convierte en el devorado! La gente a veces come flores, Al. *Delicioso...* 

Esa punzada de inquietud se convierte en un puñetazo en toda regla. —Deberíamos...

- —¡Corre! —Jeb agarra mi mano y tira de mí en una carrera hacia la puerta de la madriguera del conejo.
- —¿Cómo entramos? —Mis muslos se tensan con cada paso discordante.
  - —Rompemos la maldita cerradura.

Casi tropiezo con los tacones de mis botas. Jeb es implacable, arrastrándome. -iNo tenemos que ir tan rápido! ¡Están enraizados al suelo!

—No apostaría por ello —dice.

Sigo su mirada sobre mi hombro. Es como una película de zombies, las flores gimen y rasgan sus tallos de la tierra; sus bocas se extienden amplias, abiertas y con largos y delgados dientes, claros y chorreantes con baba como estalactitas derritiéndose. El diente de león calvo se libera primero y le crecen brazos y piernas parecidos a los humanos. Usa sus raíces para ganar velocidad, como si estuviera siendo impulsada por serpientes. Saca una hebra de hiedra y la azota, enlazando el tobillo de Jeb. De un tirón, lo deja caer al suelo.

- —¡Jeb! —Agarro sus muñecas en un tira y afloja contra la flor siseante.
- —No hay salida por donde entraste —gruñe otra flor mientras se retuerce en su tumba de tierra a pocos metros de distancia. Ahí es cuando me doy cuenta de que en realidad ninguna de ellas son flores. Justo como el diente de león, brazos y piernas aparecen mientras emergen del suelo.

Son parte humanoides, parte planta, mutantes con muchos ojos.

—La madriguera del conejo sólo abre hacia *nuestro* reino. Los portales que se abren al tuyo son custodiados en los castillos más allá del océano, dentro del corazón palpitante del País de las Maravillas —dice una de las flores mientras ondea un brazo. Las parras se aferran a la carne verdosa a lo largo de sus bíceps desnudos—. Ahí está la única salida. ¿No crees que nos hubiéramos ido ya, si hubiera una forma de salir por la madriguera?

Imagino todos los muebles fijados a lo largo de la pared del túnel con hiedra. Así que, ¿habían estado tratando de *construir* una forma de entrar a nuestro mundo? Me estremezco.

Jeb lucha bajo las parras que ahora rodean su cintura. —Al, corre — murmura.

—Sí, corre —se burla el diente de león mutante. Acuna mi barbilla con dedos musgosos e inclina su cabeza para verme con sus tres ojos restantes—. Corre o serás comida.

Una nueva ola de terror se escurre a través de mi columna vertebral. La sacudo cuando un destello de conocimiento viene a mí: el muchacho, el habitante del Inframundo de mis recuerdos, una vez me enseñó cómo defenderme de esta flor.

Es tan fácil como soplar mechones en el viento.

En un impulso, me estiro y arranco lo que queda de sus semillas, dejándola ciega. Un líquido blanco y pegajoso brota de las cuencas expuestas de sus ojos y se desliza por mis manos. Ella grita y cae al suelo, incapacitada.

Periféricamente, soy consciente de Jeb buscando la navaja en su bolsillo, bajo la vegetación que lo ata. Si puedo proporcionar una distracción, tal vez él pueda sacarnos de esto.

Sostengo las semillas de diente de león. Los globos oculares pegados se retuercen en mi mano, tratando de mirarme. Los arrojo al suelo, pisándolos. —¿Quién es el siguiente? —Espero que suene duro, pero mi voz tiembla.

Las flores zombies aúllan y arrojan sus parras alrededor de mis tobillos. La hiedra serpentea alrededor de mis piernas, torso y hasta mi pecho, sellándome en un capullo de hoja tan grueso que solamente mi cabeza y hombros están libres. Entonces, dos hebras atrapan mis muñecas, juntándolas. Con un tirón, me voltean sobre mi estómago. No puedo moverme.

Jeb y el diente de león incapacitado no son olvidados mientras los tros me rodean.

Manos deformes, verdes con clorofila, me rozan toda; son frías y asperas como hojas sacudidas de los árboles después de una tormenta. El mareo me nubla la cabeza. Las parras están muy apretadas. No puedo tirar de ellas. No puedo ni siquiera conseguir suficiente aire para gritar.

Ráfagas calientes soplan sobre mí. Con los ojos bien cerrados, sollozo. Lloviznas de baba a lo largo de mi nuca vienen de la boca de alguien, lamiendo mechones de mi cabello juntos.

—¡Espera! —uno de ellos grita lo suficientemente cerca de mi oído y el sonido me rodea—. ¡Ella lleva los guantes!

Deslizando mi mejilla contra la tierra arenosa, me asomo a cientos de pestañas parpadeando en rápida sucesión.

—¡Es verdad! — jadea un monstruo cabeza de rosa blanca—. ¿También tienes el abanico?

Con el cuello estirado, asiento. Mi fosa nasal izquierda se llena con tierra ante el esfuerzo.

- —¡Debemos celebrar! —Se pasan el cubo de pulgones entre ellos.
- —¿Piensas que es ella? ¿Después de todo este tiempo? —pregunta una flor con pétalos rosados, comiendo su bocadillo.
  - -Ella se ve como tú sabes quién.
- —Incluso más de la semilla del diablo en esta, sin duda —añade Rosada—. Los ojos de un lirio tigre, ella tiene.
- —Sólo piensa en ello. —Una de las flores se mete en la boca un pulgón chillón mientras el balde pasa—. ¡Pronto estaremos conectados al corazón del País de las Maravillas una vez más!

La cabeza de rosa se inclina hacia abajo, atenta a mí. —Entonces, ¿estás aquí para arreglar las cosas?

Mi mirada vaga entre sus tallos. Jeb casi ha terminado de serruchar su camino a través de las parras. Solo un poco más. Por encima del miedo que se anida en mi pecho, me obligo a decir: —Sí. Para arreglar las cosas.

- —Ya era hora. Podemos recoger raíces, pero no podemos caminar a través del agua, ni siquiera en un bote. Debemos permanecer conectadas al suelo. La ruta de acceso al corazón del País de las Maravillas tiene que ser abierta a nosotros. Para que eso suceda, las lágrimas de Alice deben ser secadas. ¡Ese es tu trabajo!
- —¡Sí, señor! ¡Eso, eso! —dicen todos al unísono—. Tu trabajo es arreglar sus líos.

La rosa chasquea dos dedos espinosos para silenciar al resto del jardín. —Debes ir a través del océano y sobre la isla de arenas negras. Dentro del corazón del País de las Maravillas, el Sabio espera. Él ha estado

aquí desde el comienzo. Fuma la pipa de la sabiduría. Conoce lo que ha que hacer.

—¿Pipa? ¿Te refieres a la Oruga? —pregunto.

Las risas malvadas estallan entre mis captores.

- —La Oruga —se burla Rosada—. Bueno, supongo que puedes llamarlo así. Así es como la otra lo llamó.
  - —¿La otra? —pregunto.
- -Tu otra —dice la rosa—. La que cuyas lágrimas formaron el océano que ahora nos aísla del resto de nuestra especie. Es hora de que un descendiente suyo venga a arreglar las cosas.

Antes de poder responder, una monstruosidad naranja se acerca a hablar. Delgadas hojas caen de su boca, donde se aferran a su baba. Nidos de ortiga apuntan sus uñas. —Podemos pedirle al octobenus<sup>12</sup> que la cruce. Usaremos al caballero elfo como influencia. Su sangre por sí sola vale todo el oro blanco en el palacio de la Reina Ivory<sup>13</sup>. El octobenus puede cambiarlo por un grupo de almejas. Nunca estará hambriento de nuevo. No puede rechazar dicha oferta.

-Este niño no es un caballero -dice la rosa-. Bajó con ella.

Naranjita sacude sus pétalos. —Fue enviado para escoltarla. Tiene ojos color esmeralda, y la gota de sangre bajo su labio se ha cristalizado en una gema. Es indudable e innegablemente caballero elfo de la Corte Blanca.

Trato de calmar mis acelerados pensamientos lo suficiente para analizar su conversación. Ellos piensan que el piercing granate en el labio de Jeb lo marca como uno de los habitantes del Inframundo. Lanzo una mirada hacia él, para ver si escuchó, pero ya no está atrapado por las enredaderas.

—Bueno, ¡no tiene el uniforme! —chilla Pinky—. Veamos si sus orejas son puntiagudas.

Se dan la vuelta. —¡Escapó!

Ellas giran en tropel hacia el sonido de la cremallera de la mochila, pero Jeb ya tiene el pastel en la mano.

En menos de dos parpadeos, crece sobre nosotros. Con el cuerpo enrollado y tenso, da un fuerte golpe al jardín con una bota gigante. Las flores gritan, agrupadas en un ramo de pétalos temblando.

 $^{12}$  Octobenus: rara criatura mutante parecida a una morsa que se caracteriza por su apetito insaciable.

Reina Marfil

El es tan elegante y majestuoso como un dios griego, encantador y terrible en su ira. Me levanta, de modo que cuelgo de sus dedos por las tiras de hiedra, colgando en mi capullo como un indefenso yo-yo.

La energía nerviosa recorre mis extremidades. Tengo que escapar... las ataduras están demasiado apretadas... no puedo expandir mis pulmones.

-iNo puedo respirar! —Lucho, pero el esfuerzo sólo me balancea más rápido. Mi estómago oscila como un péndulo. Las flores lloran y luchan por mí, pero Jeb curva sus dedos y me anida en su puño, una cálida y encantadora oscuridad.

—Shh. Ya te tengo, Al... —Su aliento susurrado corre sobre mí cuando abre su palma.

Mi miedo a las alturas se enfrenta a una naciente claustrofobia. Ruedo junto a su cálida carne hasta que su pulgar, con cuidado y suavidad, me detiene. Se me congela la espalda dejándolo deshacer las hebras de hiedra. Sus gigantes y callosos dedos son gentiles a pesar de su tamaño.

Al minuto de estar libre, atrapo su pulgar —casi más grande que yo— y lo abrazo. Sabe como a pasto y cubierta de pastel, y a todos los sabores de Jeb magnificados. Mi corazón martillea contra su nudillo interno. —Gracias —digo, sabiendo que no puede oírme.

Con cuidado, me sostiene al nivel de su rostro. Sus ojos son del tamaño de los platillos de tazas de té, enormes y enmarcados con pestañas como una maraña de musgo y sombras.

—Espera —susurra.

Me levanta en su hombro. Me siento a horcajadas en la correa de la mochila. Con una mano y ambas botas escondidas abajo por seguridad, hago una seña.

Tomando mi señal, Jeb patea el cubo de pulgones, liberándolos. Ruge a nuestros captores y se arraigan de nuevo al suelo, recreando el bosque de flores que una vez nos rodeó. Camina sobre ellas en un paso. Tienen suerte de que no las aplaste.

Llegamos al bote de remos y Jeb ofrece una palma para bajarme en el asiento más cercano. Los granos de madera parecen ondas de arena en un desierto, y puntas de astillas como púas de puerco espín. Encuentro un lugar suave y espero.

Jeb pone la mochila en el casco de la embarcación. Mete la mano en ella y luego reaparece con un trozo de pastel balanceándose en la punta de sus dedos. Para él, es probablemente nada más que una migaja. Me paro y como de su dedo, cerrando los ojos cuando mis huesos y piel se tensan y expanden como bandas de goma. Cuando miro de nuevo soy

perfectamente proporcionada, sentada en el asiento, con Jeb agachado delante de mí, mirando con ansiedad.

—¿Estás bien? —Frota las palmas a lo largo de mis muslos.

Agarro mi estómago. —Puaj.

—Sí. Esperemos que hayamos terminado con el musical de tamaños. Es duro en las entrañas. —Su chaqueta está arrugada en el fondo de la barca, y sus brazos desnudos brillan con sudor. Se rastrilla una mano por el cabello, dejándolo revuelto—. Esos guantes salvaron tu vida —dice—. ¿Qué te dio la idea de usarlos en primer lugar?

Soy incapaz de poner en palabras el sentimiento de aleteo o el recuerdo de una infancia aquí, así que intento restarle importancia.

-¿Suposición afortunada?

Todavía puedo ver las flores transformándose en monstruos ante nuestros ojos. Como dijo Jeb, este no es el País de las Maravillas que Lewis Carroll inventó. Pero de alguna manera, mis instintos nos han servido hasta ahora. Gracias a mi ausente guía habitante del Inframundo.

Tengo que encontrarlo. Cuanto más tiempo estoy aquí, más me siento atraída por él. Iremos a ver a la Oruga, como dijeron las flores. En su sabiduría, él puede ayudarme a encontrar a mi guía y romper la maldición.

Como si leyera mi mente, Jeb salta fuera del bote y mete la proa hacia la extensión de olas brillantes. La arena rechina en la parte inferior y él salta dentro una vez que golpeamos el agua.

- —Ellas dijeron que hay una forma de salir cruzando el océano. Supongo que es nuestra única opción. —Tomando el asiento opuesto al mío, trabaja con los remos, esforzando sus bíceps.
- —¿Realmente crees que son las lágrimas de Alice? —pregunto—. ¿Que de algún modo tengo que hacerlas desaparecer?
- —Soy la persona equivocada a la que preguntar. Acabo de ver un esqueleto con cuernos y un bosque de flores zombie come pulgones.

Apoyo los codos sobre mis rodillas. —Siento haber enloquecido antes, cuando estaba envuelta en las parras. —Fnalmente sé lo que se siente ser Alison, atrapada dentro de una pesadilla.

—¿Estás bromeando? —dice Jeb—. Te lanzaste como cebo para que yo pudiera escapar. No estoy emocionado sobre ponerte en la línea de fuego, pero esas fueron grandes tácticas de distracción. Oye. —Empuja mi bota con la suya—. Descansa un poco.

Me recuesto para relajar los músculos doloridos. El sonido de las olas golpeando me adormece. He descansado por menos de un segundo cuando Jeb silba.

-Mira. —Gesticula detrás de mí.

En lugar de la playa que acabábamos de dejar, cada vez más pequeña en la distancia, no hay nada. Estamos rodeados de agua en cada dirección. Mientras que estoy tratando de darle sentido a eso, el sol desaparece, como si alguien accionara un interruptor de luz. Me tenso en mi asiento, con los dedos apretados en los bordes del bote.

- -¿Qué ha pasado? -pregunta Jeb, con voz tensa.
- —Es la noche. Aquí no hay crepúsculo —respondo, tan segura como estoy de que vamos en la dirección correcta para encontrar al hombre alado de mi pasado.

Jeb sólo me mira y sigue remando.

Las estrellas brillan en el cielo púrpura, reflejándose en el agua que se arremolina a nuestro alrededor. También nosotros giramos en círculos lentos hasta que es imposible diferenciar entre el agua y el cielo.

Jeb deja los remos en sus ranuras. —Remar no nos está llevando a ninguna parte. Vamos a tener que dejarlo a la corriente y esperar lo mejor. —La luz de las estrellas destella a través de su piercing.

—¿Puedes darme la mochila? —Tengo un repentino impulso de mirar esos bocetos del libro de Alice.

Jeb saca dos barras energéticas y una botella de agua, luego pasa por encima de los remos hacia mí, meciéndonos suavemente. —Necesitas comer. —Me tiende la mochila y la comida, luego se sienta con las piernas cruzadas frente a mí.

Pongo a un lado la barrita, abro el agua y bebo. Luego saco el libro del *País de las Maravillas* de la bolsa. —Pensaron que eras un caballero elfo de la Corte Blanca.

Jeb abre su barra energética. —Sí, lo que quiera que sea eso.

Le doy la vuelta a los dibujos. —Aquí. —La semejanza podía ser el gemelo de Jeb: musculoso, mentón cuadrado, pelo oscuro, puntos rojos alineados en los contornos de sus sienes y labios. Ojos de un verde aterciopelado tan oscuro como el envés de las hojas. La única diferencia son las orejas puntiagudas.

Jeb estudiaba la imagen, masticando.

—Ellos sirven a la Reina Ivory —explico— en su castillo de cristal. Su sangre se cristaliza cuando el aire las toca. Esa es la forma en que se marcan así mismos, perforándose la piel y dejando que su sangre gotee para convertirse en joyas. Están entrenados para no sentir nada, para actuar sólo por instinto. Tener tanto autocontrol les hace protectores feroces, pero también hace a una reina muy solitaria.

Tragando saliya, Jeb mira hacia arriba. —Suenas como si estuvieras leyendo una enciclopedia. ¿Cómo sabes todo esto?

Paso las páginas hasta que llego a la del esquelético conejo. —De la misma manera que sé que Rabid White fue torturado por un maleficio que le comía la piel de los huesos. Pero la Reina Red lo rescató, deteniendo la magia mala antes de que pudiera llegar a su cara. Él juró servirla a ella y a ninguna otra hasta el día de su muerte. Así que, ¿por qué ahora está sirviendo a alguien llamado Grenadine?

-¿Еh?

Sacudo la cabeza. —Nada. Mira, tú me vistes allí. Sabía cómo detener a ese extraño diente de león. Sabía cómo caminar a través del espejo. Eso es porque me han enseñado.

Jeb arruga el envoltorio de comida y lo mete en la mochila, esperando a que yo le explique

—No sé cómo, pero antes de que Alison se fuera al manicomio, vine aquí. Debo de haber venido un montón de veces... estoy recordando más y más. Creo que en su mayoría fue por la noche. En nuestro mundo, de todos modos. Mientras que mis padres estaban durmiendo.

Jeb no se mueve, sólo mira hacia el cielo.

Me desplomo. —¿Crees que estoy loca, verdad?

Él resopla. —¿Has echado un vistazo alrededor? Si estás loca, estoy montando el tren de la locura a tu lado.

Dejo escapar una carcajada de alivio. —Buen punto.

—Bien, ya era hora de que fueses sincera conmigo. —Saca los otros tesoros y los pone todos a mis pies—. Comienza con tu mamá. ¿Por qué fue enviada realmente al manicomio? —Hace una pausa— Y qué tiene que ver con tus cicatrices, ya que obviamente no las conseguiste en un accidente de coche.

Después de otro lento trago de agua, le cuento mi historia, desde las tijeras de podar hasta los narcisos sangrando. Pero no estoy dispuesta a compartir los detalles de la polilla ni de mi oscuro guía. De alguna manera esos recuerdos se sienten privados.

Cuando llego a la parte acerca de los bichos parlantes y las plantas que Alison y yo podemos escuchar, su mirada se intensifica.

Él juega con los cordones de mi bota. —Así que elegiste bichos para tu arte, porque era la única forma en que podrías...

—¿Hacerlos callar? Sí.

Sacude la cabeza. —Y pensé que mi infancia era complicada. No es le extrañar que hayas tenido miedo de acabar también en el manicomio.

Se inclina hacia atrás sobre los codos—. Ahora lo entiendo. Esa batalla que siempre veo en tus ojos. Luz y oscuridad. Al igual que mis hadas góticas. —Me está estudiando de nuevo como si yo fuera una obra de arte.

—Así que los bocetos que hiciste de mí... ¿son la base de tus pinturas?

Sus cejas suben.

—Todas esas veces que te atrapaba mirándome como si fuera una paleta de pintura.

Golpeando con los dedos sobre el barco, frunce el ceño. —No estoy seguro de lo que estás hablando.

—Sé de los bocetos que Taelor encontró.

Algo —ya sea shock o vergüenza— aparece a través de sus ojos.

Aprieto los dedos. —Ella tiene razón, ¿no? Lo morboso y lo repugnante son temas fascinantes. —Me duele decirlo, casi tanto como lo hizo el escucharlo.

—¿Es eso lo que dijo?

Levanto un hombro en silenciosa afirmación.

Se sienta de nuevo y coloca una mano en mi espinilla. —Mira, ella arremete cuando se siente amenazada. Después de encontrar los bocetos... bueno, como que se le fue la cabeza. Quiero decir, el tipo con el que ha estado saliendo tiene una obsesión estética con otra chica. ¿Puedes ver su perspectiva, no?

—Tal vez. —Nunca me hubiera imaginado que era la obsesión de nadie, estética o de cualquier otra manera. Si inspiri su arte, entonces ¿por qué es Taelor a la que escoge tener en su vida?—. Jeb... ¿por qué la aguantas?

Hace una pausa. —Supongo que porque soy la única cosa estable que tiene.

—Y al solucionar sus problemas, ¿esperas compensar todo lo que tu papá le hizo a Jen y a tu mamá?

Él no contesta. Eso es tan válido como un sí.

Odio por la debilidad de su padre y violencia pasan a través de mí en flashes. —Tú no eres responsable de sus errores. Solo por los tuyos. Como ir a Londres con Taelor.

—Eso no es un error. Me ayudará en mi carrera.

Me quedo mirando mis botas. —Claro. Al igual que mi "estilo funerario" ayudará a la mía. —Intento una risa, pero incluso a mí me suena falsa.

A.G. HOWA

—Oye. —La insistencia en la voz de Jeb me hace mirarlo—. Cae estaba equivocada, lo sabes. Sobre eso. ¿Crees que mis pinturas son feas o anormales?

Pienso en sus acuarelas: mundos oscuramente hermosos y hadas góticas que lloran lágrimas negras sobre cadáveres humanos. Sus representaciones de la miseria y la pérdida son tan conmovedoras y surrealistas que rompen el corazón.

Tuerzo mis manos enguantadas. —No. Son hermosos y evocadores.

Me aprieta la espinilla. —Un artista es sólo tan bueno como su tema de inspiración.

Por un crudo e interminable momento, estamos en silencio. Entonces él me deja ir.

Me froto mis rodillas, calentando mis medias. —¿Puedo verlos algún día?

—¿Los bocetos?

Asiento.

—Te diré algo. Salimos de esto en una sola pieza, y te daré una visita privada. —Me sostiene la mirada por un momento demasiado largo, y mi sangre corre caliente. ¿Cómo se supone que voy a descifrar algo cuando ya ni siquiera puedo leer las señales de mi propio cuerpo?—. Está bien. — Mira hacia el libro en su regazo y saca las fotos de Alice, acercándose—. ¿Qué pasa con esto? —Sacudiendo la linterna, señala con su resplandor amarillo hacia ellas, distrayéndome efectivamente de mis emociones fuera de control.

Las imágenes están descoloridas y desgastados, una de una chica joven, triste y encantadora con manchas sucias en su vestido y delantal. Las palabras *Alice*, siete años de edad y recién salida de la madriguera del conejo están escritas a mano en la parte posterior. La otra foto es de Alice como una mujer de ochenta y dos años de edad.

Las pongo una junto a la otra. ¿Qué era lo que Alison decía? "Las fotografías cuentan una historia. Pero la gente se olvida de leer entre líneas".

Ella dijo lo mismo cuando trazó mi marca de nacimiento, insistiendo en que había más en la historia de lo que la gente se daba cuenta.

Mirando más de cerca las imágenes, busco en el rostro y el cuerpo de la joven Alice. Hay una sombra en su codo izquierdo, que parece coincidir con el laberinto pigmentado que Alison y yo compartimos. Estudio el mismo lugar en la anciana Alice, pero no hay ninguna marca de nacimiento.

PUNDERED

A.G. HOWAR

Eso es! Eschalo a las imágenes—. Ahí y ahí. Alice tenía una marca de nacimiento que coincide con la mía y la de Alison cuando era una niña, pero la perdió siendo una anciana.

Jeb sostiene las dos imágenes a la luz. —Podría ser que la foto fue retocada.

-¿Por qué alguien haría eso?

Jeb coge la barra energética en el asiento junto a mí, rasgando la envoltura, y enrosca mis dedos a su alrededor, tácita de insistencia en que yo comiera. —¿Hay algunas respuestas en el libro?

Masticando un trozo de granola, paso página tras página. Trazo un dedo sobre las notas borrosas de Alison en los márgenes, mientras que Jeb sostiene la linterna. —Podrían haber existido, si éstas fueran legibles. — Llego al final, más allá de los bocetos y las páginas finales, y estoy a punto de dejarlo a un lado cuando Jeb lo coge.

-Mira aquí.

Si no lo hubiera señalado, no me habría dado cuenta de la página en blanco doblada por la mitad y pegada para formar un bolsillo en la parte interior de la cubierta posterior. Saco un pedazo de papel doblado. Es viejo, amarillo y arrugado.

Las palabras *Voz de la Muerte* aparecían garabateadas en el dorso, seguidas de una estela de signos de interrogación torcidos, y luego una definición escrita a mano.

La Voz de la Muerte: el lenguaje de los moribundos. Uno sólo puede hablarlo con la persona que fue la causa de su mala suerte. Es la recompensa final, para designar una tarea al ofensor que debe llevarla a cabo o morir.

Jeb y yo nos miramos el uno al otro. Despliego el papel para que podamos ver lo que está escrito en su interior. Después de la primera frase, me doy cuenta de que es algo a lo que no me hubiera gustado echarle un vistazo nunca. Sin embargo, no puedo apartar la vista...

14 de noviembre de 1934: En la fecha de la evaluación mental, Alice Liddell Hargreaves es una mujer de ochenta y dos años de edad, de estatura pequeña que fue traída aquí por preocupados miembros de su familia. Según sus familiares, su estado mental comenzó a deteriorarse meses atrás, cuando se despertó una mañana sin reconocimiento de su paradero y sólo un vago recuerdo de su identidad.

El psicólogo que lleva a cabo las entrevistas notó que la paciente está preocupada con pensamientos internos; a menudo melancólica y preocupada por el tamaño de la habitación. Ocasionalmente se agacha en una esquina o se encarama en una silla al ser entrevistada. Se distrae y es

vaga; tiene animadas interacciones con objetos inanimados, completamente distanciada de cualquier intercambio humano.

La paciente no está orientada en el mundo físico o en el lugar, con un marcado deterioro del tiempo, inclinada a ataques de melancolía por la pérdida de setenta y cinco años de su vida en los que dice haber estado encerrada en una jaula en el "País de las Maravillas", habiendo sido "seducida por una estatua de un niño a la edad de siete años para adentrarse en una madriguera de conejo".

El psicólogo examinador lo atribuye a un delirio exagerado originado en una niñez propensa a vívidas imaginaciones alimentadas por un amigo cercano de la familia Liddell, Charles Dodgson, también conocido como Lewis Carroll. La paciente ha recaído en esas fantasías para explicar la pérdida selectiva de su memoria.

En vista de que la paciente presenta estos síntomas: delirios exagerados y amnesia selectiva; marcado desinterés en interacciones sociales a menos que dichas interacciones sean con bichos y plantas; ausencia de apetito; prefiere solo frutas y postres, negándose a ingerirlos a menos que la bebida sea servida en un dedal y la comida en una bandeja de comida para pájaros. Está diagnosticada como maniática y esquizofrénica.

Tratamiento recomendado: electroshock dos veces al día —con voltaje natural administrado mediante la aplicación de una anguila eléctrica a la cabeza. Se suplementará con asesoramiento psiquiátrico hasta que los delirios sean contenidos, la memoria restaurada y el humor de la paciente mejorado.

Empujo el informe hacia Jeb.

Él me mira. —¿Estás bien?

¿Cómo puedo responder a eso? Mi tatara-tatara-tatara-abuela estaba metida tan profundamente en su psicosis que no podía recordar su pasado o presente. La idea del dedal y la bandeja de comida para pájaros se acerca mucho al fetiche de la taza de té de Alison. La consistencia me perturba.

¿Podría ser que algo más estuviera sucediendo... no una alucinación sino una manipulación? ¿Es por eso que Alison está tan metida en la mentira del personaje de Alice? Sea lo que sea, es obvio que se dirige al mismo destino que mis otros antepasados.

—¿Ves por qué no puedo dejarla seguir adelante con esos tratamientos? —Señalo el papel—. La fecha de la muerte de Alice. Murió dos días después del informe. ¡Los tratamientos de choque deben haberla matado!

Tiro de mis rastas —ignorando el tirón en las raíces de mi cabello y las arrojo al océano. He terminado con mi lucha de parecerme a Alison. Ya que somos compañeras de equipo en este juego tan bizarro, igual podemos parecernos.

Jeb tira de mí hacia su asiento, pero el bote se mece y termino en su regazo. Ambos nos congelamos. Cuando comienzo a levantarme de sus piernas, él me retiene ahí. Mi corazón martillea; no puedo negar lo increíble que se siente estar tan cerca de él. Ignorando las alarmas que se disparan dentro de mí, cedo y presiono mi mejilla contra la suavidad de su camiseta, mis brazos están cruzados entre nosotros. Él me acaricia el pelo mientras me arrebujo bajo su barbilla, con las piernas dobladas en posición fetal.

- —Estoy asustada —susurro. Por más razones de las que puedo decir.
- —Tienes todo el derecho a estarlo —responde en voz baja—. Pero vamos a volver a casa. Vamos a contarle todo a tu padre. Con nuestros testimonios y este informe de laboratorio, tiene que creernos.
- —No. Esto sólo demuestra que Alice estaba tan loca como él piensa que está Alison. Al final, ni siquiera recordaba haberse casado y tener una familia. Incluso con la evidencia de sus hijos y nietos a su alrededor, ella todavía no lo recordaba.

Jeb está en silencio

—No quiero acabar en una camisa de fuerza —le digo, conteniendo un sollozo—. Con cada recuerdo perdido... o sin sentido, que podría pertenecer a otra persona.

Los brazos de Jeb se tensan a mí alrededor. —Eso no está en tu futuro, Alyssa Victoria Gardner. —Nunca me ha llamado por mi nombre completo. Lo dice como mi papá lo haría, dando poder a cada sílaba, que es exactamente lo que necesito.

- —¿Entonces qué? —pregunto, hambrienta de cualquier migaja que puede darme.
- —Serás una artista famosa. —Su voz es puro terciopelo, suave y seguro—. Vivirás en uno de esos apartamentos chics de primer nivel en París, con tu rico marido. Oh, que casualmente será un exterminador de renombre mundial. ¿Qué tal eso como vuelta de tuerca del destino? Ni siquiera necesitarás atrapar a tus propios bichos nunca más. Eso te dará más tiempo para pasar con tus cinco brillantes hijos. Yo iré a visitarte cada verano. Me presentaré en la puerta con una botella de salsa barbacoa de Texas y una barra de pan francés. Voy a ser el tío raro Jeb.

¿Tío Jeb? Me gusta la idea de tenerlo siempre en mi vida; pero a medida que observo su rasgada camiseta e imagino las cicatrices circulares en su pecho —un punto por cada bebida derramada

accidentalmente o un juguete fuera de lugar con el que tropezaba su papá— me quedo anonadada por lo rápido que vuelven los viejos recuerdos. Aunque la tela esconde las cicatrices, me las conozco todas de memoria. Las he visto incontables veces cuando hemos ido a nadar juntos o hemos trabajado en su garaje. Soñé con ellas en sexto grados, cómo se sentiría el recorrer cada una con la punta de los dedos.

En este momento me pregunto exactamente lo mismo. Cómo se sentiría el sanar sus heridas con mi toque.

—No un exterminador —suelto contra el pulso golpeando en mi cuello.

—¿Eh?

Hago una pausa. —Me voy a enamorar de un artista. Y vamos a tener dos hijos y vivir en el campo. Una vida tranquila, así podremos escuchar a nuestras musas y responderles cuando llamen.

Inclinando mi barbilla para encontrar su mirada, me da una cariñosa y brillante sonrisa que derrite mis entrañas. —Me gusta más tu versión.

Su boca está tan cerca de la mía; su aliento es cálido, dulce y tentador, pero los pensamientos de Taelor y Londres resurgen. No puedo dejar que mi corazón sea robado por un hombre que está detrás de otra chica, o ser el tipo de persona que roba el chico de otra mujer. Ya he robado dinero de Taelor y he dejado que esto fuera demasiado lejos. Me deslizo de su regazo, mi falda raspa los pantalones de su esmoquin.

Como si despertara de un trance, Jeb se sienta sobre sus manos y mira hacia el agua ondulante.

- —¿Qué crees que pasará mañana? —pregunto, mi voz tan temblorosa como el resto de mí.
- —Sea lo que sea, no te metas en cosas sin mí. Lo hacemos todo juntos. ¿Trato? —Levanta una de mis manos, suaviza las arrugas en mi guante y cierra mis dedos en un puño a la espera de una respuesta.
  - —Trato —le digo.
- —Bien. —Golpea mis nudillos con su puño. Me estremezco, tanto por la fría brisa como por la dulzura del gesto—. Toma. —Jeb coge la chaqueta de su esmoquin y me ayuda a meter dentro mis brazos. Luego mete todo en la mochila—. Vamos a tratar de dormir un poco.

Acuna mi espalda contra su pecho, y nos mecemos en el casco del barco mientras oscila. Su nariz está en mi pelo. Una espiral de estrellas blancas se enrolla y desenrolla en chispas a uno de nuestros lados. Parecen espirales de relámpagos, al igual que el mosaico de la araña y escarabajo que había trabajado hoy antes de ir a patinar a Submundo con temblor rueda a través de mí. Recuerdo haber visto estas mismas

SPIGNDERED A

constelaciones co<mark>n mi</mark> guía años atrás. No es de extrañar que apareciesci en mi arte.

—Espero que eso que se avecina no sea una tormenta —susurra contra mi nuca, los brazos tensándose a mi alrededor—. Este barco no tiene la capacidad para aguantar olas fuertes.

Metiendo la mano distraídamente en el bolsillo de mi falda, agarro la esponja que mi guía quería que conservase.

—Es sólo una constelación —le respondo, y Jeb no cuestiona cómo lo sé. Sin hablar, vemos la imagen sobre nosotros hasta que estalla en un millar de colores brillantes, como silenciosos fuegos artificiales. Cuando termina, no queda nada más que comunes estrellas blancas.

-¡Vaya! -decimos ambos.

Después de unos minutos en silencio, Jeb se relaja, y su respiración sale lenta y continua contra la parte posterior de mi cabeza. A pesar de que es el cuerpo de Jeb lo que me mantiene caliente, la última cosa que imagino antes de dormirme son ojos negros como la tinta y unas alas satinadas.

## Octobenus

Traducido SOS por CrisCras & Majo\_Smile Corregido por Findareasontosmile

pesadilla Alice de me encuentra mientras estoy durmiendo... No estoy sola esta vez. Jeb lleva la espada robada, y corremos por el camino hacia la guarida de la Oruga. Las espinas que una vez gruñeron y rasgaron mi delantal se alargan en frondosas anguilas. Las sinuosas hebras se enrollan alrededor de nuestras piernas y nos llevan al revés hasta el tablero de ajedrez. Nuestros cuerpos se congelan en piezas del juego. Aparece una mano, llevando un negro guante, y nos mueve de casilla en casilla. Me recoge para declarar jaque mate, pero Jeb vuelve a la vida, cortando los dedos con la espada para liberarme. Los ensangrentados dedos caen uno por uno y se transforman en orugas. Jeb y yo corremos de vuelta al camino. La seta espera en el centro, envuelta en una tela. Las orugas llegan antes que nosotros. Construyen un túnel en el capullo, llenándolo hasta que se retuerce, un ser vivo que respira. La afilada hoja de una navaja se desliza desde dentro de la carcasa de tejidos. Lo que sea que hay dentro está saliendo.

Me despierto, sobresaltada, y parpadeo contra el brillo del sol. Mis manos están apretadas en puños. ¿Qué me ha despertado? Estaba tan cerca de desvelar la cara dentro del capullo, la que he estado esperando años para ver.

Bostezando, me centro en el aquí y ahora. En algún momento de la noche debo haberme girado hacia Jeb dentro del bote, atrayéndome hacia él, metiéndome bajo su barbilla. Todo lo que veo ahora es un primer plano de su camiseta. Todavía está dormido. Su pesada respiración hace que mi cabello se mueva, lenta y rítmicamente. Sus brazos agarran mi cintura.

El día de ayer regresa a mí en fragmentos: el agujero del conejo, el jardín de flores mutantes, el océano de lágrimas.

Me acurruco en su cuello, los dedos curvados en las mangas de la chaqueta de su esmoquin, determinada a no despertarlo, así puedo pretender que las cosas son simples y perfectas por solo unos minutos.

El bote se balancea y me doy cuenta de que eso es lo que me despertó. No es un suave, como montando-una-corriente-en-movimiento. Más bien es un movimiento de algo-pesado-desprendido-del-borde-y-quenos-vigila...

Me congelo, tan rígida como la madera bajo nosotros.

Ruidosas respiraciones llenan el aire, como las de un bulldog asmático. El calor del sol se vuelve frío sobre mis hombros mientras una sombra cae sobre nosotros. Mi corazón da un salto mortal. Antes de que pueda dejar escapar un grito, Jeb entra en acción, haciéndonos rodar hacia la proa, tirando de nosotros hacia nuestros pies. Él estaba despierto todo el tiempo.

—De ninguna manera —dice.

Me tambaleo con el movimiento del bote, aferrándome a la cintura de Jeb con una mano y al asiento detrás de mí con la otra. Miro a su alrededor.

A primera vista, nuestro intruso parece una morsa. Tiene dos colmillos gigantes con imágenes de serpientes y furiosas llamas talladas a lo largo del marfil. Pero por debajo de los rollos de grasa, su mitad inferior es una maraña de tentáculos de pulpo cubiertos de ventosas reptando. Es como si alguien hubiera partido dos criaturas diferentes y las hubiera pegado juntas, creando un pulpo-morsa. Debía pesar más de doscientos cincuenta kilos, y su cuerpo ocupaba la mayor parte del bote.

Con lo grande que es, y con la mitad de sus tentáculos colgando fuera, el bote debería volcarse. Jeb y yo deberíamos haber sido arrojados como piedras en una honda tan pronto como se deslizó a bordo. En cambio, el casco está al mismo nivel, yendo a la deriva por la brillante agua como si la criatura no pesara más que nosotros. Me pregunto qué tendría que decir Isaac Newton sobre las jodidas leyes de la física aquí.

Jeb me da un codazo para que me siente detrás de él, pero se mantiene de pie, cada músculo de su cuerpo tenso y listo para atacar.

–¿Qué eres?

Nuestro huésped sin invitación se rasca el pegote que supuran sus ojos con los dedos humanos que hay en los extremos de sus aletas.

—Buena pregunta, caballero elfo. Soy un octobenus. Ahora, déjame adivinar tu siguiente pregunta. ¿Qué quiero? Para eso hay una sencilla respuesta. Quiero ponerle fin al interminable sufrimiento en mi vientre. — Bigotes, largos y rubios contra una piel marrón, caen desde sus orificios nasales. Sus tentáculos golpean el océano, rociándonos de agua.

De la cadena que lleva al cuello, abre un medallón del tamaño de una caja de puros y saca algo. Se pone una almeja en la palma de la mano, sosteniendo cuidadosamente su concha cerrada. —Buenos días, pequeño vegetal del mar —se burla—. ¿Todavía preocupada por tu familia?

La almeja intenta abrir su boca en respuesta. El octobenus recoloca su agarre para mantenerla en silencio. —Te diré algo. Si puedes aplacar mi hambre, voy a liberarlos a todos. ¿Estás dispuesta a darle una oportunidad?

Aunque la almeja no puede abrir su boca lo suficiente para hablar, un músculo rosa con forma de hacha se desliza hacia fuera por la grieta — como un pie o brazo deformado— acariciando la enorme mejilla de la criatura, en un último intento por la vida.

Un gemido estalla en mi garganta. Jeb lleva su mano a la espalda y la abre. Entrelazo nuestros dedos.

En un arrebato de grasa y baba, el octobenus abre la concha, sella su boca alrededor de ella y succiona el contenido con un horrible sonido. Los ecos de los terribles gritos de la almeja resuenan en mi cabeza, y luego se desvanecen en un espantoso silencio. Agarro a Jeb con más fuerza, intentando no vomitar.

—Nada. Todavía tengo hambre. Supongo que en el siguiente me comeré a sus hijos. —Nuestro visitante no deseado se ríe, un sonido feo, afilado, y luego tira la vacía concha por la borda. La aplasta con un tentáculo, por lo que se hunde, y el movimiento hace que el barco se tambalee.

Los dedos de Jeb rodean mi muñeca mientras lucha por mantener el equilibrio.

—Debes ser rápido con presas babosas como esa —dice el octobenus—. Son unas embaucadoras... siempre intentando atraparte en su Voz de la Muerte. ¿Puedes imaginarlo, ser esclavo del último deseo de una almeja? —Se ríe otra vez.

La Voz de la Muerte... esa frase es de la parte posterior de evaluación psiquiátrica de Alice. Echo un vistazo alrededor, hacia Jeb, mientras que la criatura con aspecto de morsa coloca un monóculo sobre su acuoso ojo izquierdo.

—Ahora —dice—. Si eres tan amable de hacerte a un lado, Elfo, podré obtener una mejor vista de tu protegida.

La postura de Jeb se tensa. —Ni lo sueñes.

El pulpo-monstruo deja caer su monóculo. —¡Esas torpes flores piensan que tu sangre tiene el poder de comprarme mi ración de ostras! — Su grito se agita por encima de nosotros, a través de nosotros, llevando el olor de pescado y muerte—. Pero nunca ha sido un problema *comprarlas*.

108

Soy un cazador. Debo capturarlas. Es mi naturaleza. Las almejas son criaturas muy astutas, siempre usando sus pequeños brazos para moverse y escapar debajo de sus camas en el fondo marino. Si solo no estuviera tan oscuro allí abajo, y con mis ojos ha ido tan mal... Tengo si atrapo a media docena antes de que se escondan todas. —Se limpia la boca con una gruesa aleta—. Pero el Sabio posee una flauta mágica que llama a mis presas para que salgan de sus escondites. Y ahora tengo una forma de hacer un trueque por ella.

—Ofreciendo mi sangre a cambio —adivina Jeb.

Esto no puede estar sucediendo. No me importa en cuántas peleas él ha estado en casa. Incluso con una navaja suiza, no tiene ninguna oportunidad contra un monstruo marino de doscientos cincuenta kilos.

—¡Él no es un elfo! —grito detrás de Jeb—. Es humano. Mira sus orejas.

Jeb aprieta mis dedos en una plegaria para que guarde silencio.

—No importa de cualquier manera. Las joyas y riquezas no significan nada para el Sabio. Pero tú, pequeño vegetal, está desesperado por tu ayuda. Oh, sí. Ha estado esperando por años a que encontraras tu camino hasta aquí.

La declaración se agita en mi cabeza. Las flores dijeron que el *Sabio* es la Oruga. Así que... ¿ha estado esperando por mí? Quizás la Oruga envió a la polilla y a mi oscuro guía para encontrarme y traerme hasta aquí.

Los tentáculos de nuestro captor se retuercen a lo largo de los bordes de la embarcación como pitones gigantes, y la madera cruje.

- —Contigo como rehén, puedo hacer un trueque por la flauta. La dejará a mis pies si te entrego sana y salva.
  - —Tendrás que matarme para llegar hasta ella —dice Jeb.

Doy un tirón a su muñeca, pero él me ignora.

El octobenus se frota sus manos-aletas. —Ah, un amigo leal. Yo tenía uno de esos, hace muchos años. Era un artesano. Talló mis colmillos y elaboró un hermoso baúl para guardar mi reserva de almejas. Luego me enteré de que se estaba robando mis suministros. Así que una noche, mientras dormía, lo capturé. —Los tentáculos se enrollan alrededor del barco como una demostración—. Y le encerré en el baúl con las ostras vacías. Lo lancé al océano para ahogar sus gritos. Sus huesos son carnada para peces ahora.

Me muerdo el labio para evitar gritar.

Nuestro captor se ríe. —Deprimente, ¿verdad? Ves, si fui tan cruel con un amigo, ¿qué me impide matarte? Nada se interpone en el camino

de las necesidades de mi estómago. —Dirige el fino y puntiagudo extremo de un tentáculo hacia abajo, hasta uno de sus babosos colmillos—. ¡Tendré a la chica!

Li Co

Golpea violentamente sus tentáculos y ganchos alrededor de la cintura de Jeb.

- —¡No! —Lanzo mis brazos para sujetarle. Lo tentáculos le apartan y le lanzan en el aire.
- —¡Hay tierra... a tu izquierda! —Grita Jeb mientras lucha con la criatura, librándose apenas de la mortal punta de uno de sus colmillos. La lucha empuja el barco.

Sofocándome con más gritos, me agarro al asiento para no caerme. Jeb tiene razón. Hay algo en el horizonte. Brilla como lentejuelas negras. Podría ser la isla de la que las flores nos hablaron.

—¡Vamos! —grita Jeb—. ¡Le contendré tanto como pueda!

Agarra la cadena alrededor del cuello del monstruo. Con rápidas estocadas, envuelve algunos tentáculos para que yo pueda escapar. Uno de los colmillos se desliza a través de la rodilla de sus pantalones.

El sonido de la tela al rasgarse me recuerda la horrible muerte de la almeja. No puedo dejar que eso le suceda a Jeb.

Nunca escaparemos del octobenus por el agua. ¿Cómo luchar? No tienen ninguna debilidad evidente... solo un furioso apetito.

- —¡Espera! —Me dejo caer de rodillas ante él, actuando según una repentina idea, con la esperanza de que funcione—. Por favor, libera a mi amigo, y te ayudaré de buena gana.
  - —¡Al! —grita Jeb.
- —Dame tu palabra, chica del Iinframundo —dice nuestro captor, en su rostro una mueca de desprecio—. Ya conoces las reglas... un juramento de nuestra especie no puede ser roto, de lo contrario, perderás tu poder.

No sé por qué está llamándome chica del Inframundo, pero estoy dispuesta a usarlo a mi favor. —Te prometo que te ayudaré.

—No es suficiente —dice, serpenteando alrededor de las costillas de Jeb y apretando hasta que él gime—. Hazlo correctamente. Cubre tu corazón... jura por tu vida mágica. Y sé muy específica.

Mantengo mi mirada en los azulados labios de Jeb y me doy una temblorosa palmada en el pecho con mi mano. —Juro por mi vida mágica ayudarte a domar tu apetito.

Con un gruñido a la vez que mueve sus bigotes, desenrolla sus tentáculos y libera a Jeb, de modo que este se desploma en posición vertical en el casco.

Echo mis brazos alrededor de la viscosa ropa de Jeb. Él me mantiene equilibrada en el bote mientras estamos de pie. Está tosiendo tan fuerte que apenas puedo oír su voz. —Deberías haberlo hecho... ponerte a salvo.

—No —susurro—. Nos mantenemos unidos, ¿recuerdas? —Entonces me giro hacia nuestro captor—. Señor Octobenus, sé cómo llenar tu estómago. Podemos darles pastel a tus almejas.

La criatura se mueve cuidadosamente de regreso al asiento en un nido de tentáculos, jadeando y resoplando por el esfuerzo de la lucha. — ¿Quieres decir que me estás ofreciendo un poco de pastel de almejas?

—No. El pastel es *para* las almejas —respondo—. Para ampliar tú suministro hasta que consigas la flauta. Justo tenemos la cosa para hacer crecer a tus almejas hasta el tamaño de platos. —Giro mi rostro hacia Jeb y vocalizo las palabras *El devorador se convierte en el devorado*.

Su rostro se ilumina con comprensión. Arrastra la mochila hacia nosotros. Es increíble lo tranquilo que está después de casi ser empalado, aplastado y devorado.

La morsa mutante observa, curioso.

Jeb abre el pañuelo para exponer el pastel con la palabra *Cómeme* escrita con pasas.

El octobenus grita: —¡Un pastel amplificador! ¿Dónde has encontrado tal premio? Nunca he visto funcionar uno personalmente. Fueron prohibidos después del incidente de Alice. No importa, no importa... —Abre la caja de la cadena otra vez. La última almeja se resiste furiosamente.

- —Dámelo —dice el octobenus—. Si esto no funciona, voy a sacarle las entrañas a tu amigo y a dárselas de comer a los peces. —Baba se filtra por sus colmillos y lentamente llena las imágenes talladas en ellos.
- —Oh, funcionará. —Jeb desliza el pastel a través del casco—. Apostaría mi vida en ello.
- —Acabas de hacerlo. —La morsa mutante gruñe cuando se inclina para recoger el pastel. Arranca una migaja, preparándose para deslizarla dentro de la grieta de la almeja.
- —Tendrás que darle más que eso —dice Jeb, haciéndonos avanzar poco a poco hacia el borde del bote, mochila en mano—. Tanto como puedas meter en su boca.
- —Sí, sí. ¡Solo piénsalo! Almejas tan grandes como platos... —Sin levantar la vista, él se ríe y arranca un trozo más grande. Luego, obligando a la concha a abrirse, mete el pastel dentro y la cierra de nuevo.

En cuestión de segundos, la almeja empieza a temblar junto con el bote.

—¡Ahora! —Jeb salta por encima de la borda con mi mano en la suya. Una bofetada de tentáculos rozan mis piernas, pero entonces el agua se cierra sobre nosotros y nos hundimos. Jeb nada frente de mí, su pelo girando como sargazos en las profundidades azules. Tira de mi muñeca. Muevo las piernas para ir hacia arriba, mis botas y ropas se sienten pesadas e incómodas en el agua.

Salimos a la superficie y tomamos profundas respiraciones, nadando en el lugar el tiempo suficiente para ver lo que está sucediendo en el barco. La almeja crece desde el tamaño de una cajita de maquillaje hasta el de un contenedor de basura.

En extrañamente grácil la exhibición de grasa de ballena, aletas y tentáculos, el octobenus se da cuenta de su error y trata de deslizarse por la borda. Demasiado tarde. La concha gigante se abre, y un apéndice con forma de hacha surge, tan grande y poderoso como una anaconda. El músculo se enrolla alrededor del octobenus y lo atrae hacia su boca, sorbiendo los gigantes tentáculos como si fueran espaguetis antes de cerrarse de golpe.

El bote cruje y se agrieta. En un segundo, la almeja se hunde en el océano, dejando atrás solo espuma y escombros flotantes. Las olas ondulan alrededor de los restos, una inquietante serenidad finalizando la violenta escena.

Jeb sujeta mi muñeca y la mochila con una mano mientras usa su otro brazo en un golpe de pecho unilateral para impulsarnos hacia la negra playa.

Algo tira de mí hacia abajo.

Sacudo las piernas hasta que me recorren calambres, intentando mantenerme a flote. Es inútil. Suelto a Jeb, asustada de arrastrarle hacia abajo conmigo.

Arrastrada bajo el agua, busco lo que me ancla, aterrorizada de que la culpable sea una criatura del mar, pero allí no hay nada. El peso parece centrarse en mi cintura, pero estoy descendiendo demasiado rápido para encontrarlo. Doy golpes, brazos y piernas tensos contra el impulso que tira de mí hacia abajo. Mis pulmones claman por oxígeno.

Jeb aparece sobre mí. La mochila desciende detrás de él hacia las oscuras profundidades. Hago que mis manos y piernas entren en acción, arañando el agua. Jeb intenta tirar de mí hacia arriba agarrándome por debajo de los brazos. Me aparto, luchando contra él. O quizás estoy luchando contra mí misma. Luchando contra mi miedo...

Su expresión es resuelta cuando me agarra. Se niega a darse por vencido, y eso me asusta más que nada. Sacudo la cabeza.



A.G. HQ

; *Sálvate!* Le dicen mis ojos, pero él es demasiado terco para escuchar.

Quiero decirle que lo siento por arrastrarle a esto. En cambio, las burbujas giran en un remolino vacío entre nosotros.

Un caliente y pesado dolor aprieta mi pecho. Me sacudo en el agua, tratando de llegar a la superficie de algún modo, de hacerla desaparecer. Mis lágrimas se mezclan con las de Alice y cada pensamiento se oscurece en los límites. Jeb aún tira de mí, pero no hay esperanza, seguimos hundiéndonos.

Cuando estoy a punto de rendirme a la inconsciencia, me doy cuenta de que el peso proviene del bolsillo de mi falda. Saco la esponja que recogí en el fondo de la madriguera del conejo.

Lo que antes era del tamaño de un bocado de queso es ahora tan grande como una pelota de golf y sigue creciendo. Se desliza hacia abajo, hacia el fondo del océano, arrastrando al agua con ella, creando un remolino.

Estoy libre.

Sujetándonos el uno al otro, Jeb y yo salimos a la superficie a tiempo para llenar nuestros pulmones antes de que la succión del embudo nos capture. La esponja es del tamaño de un pomelo ahora, y puedo ver el fondo del océano a los lejos bajo nosotros.

Grito, agarrando a Jeb para salvar su vida.

Mis ojos se cierran con fuerza cuando chocamos contra algo sólido.

—Al —dice Jeb, y es entonces cuando me doy cuenta de que puedo respirar.

Jadeo, hambrienta de aire, abro los ojos y parpadeo para apartar la humedad. El océano se ha ido.

Sargazos aplastados y montones de arena húmeda nos rodean. El destello de los charcos de agua en lugares donde el sol se refleja. En la distancia veo nuestra mochila. Las arenas negras de la isla se amontonan como un acantilado sobre nosotros, una escalada que probablemente no podamos hacer.

A unos pocos metros de allí, entre los escombros, la almeja gigante se asienta al lado de una cubierta de musgo, destrozando el baúl y lamiendo sus sangrientos labios. Supongo que el octobenus terminó encontrándose con su amigo el artesano otra vez, después de todo.

Una brisa se agita, oliendo a pescado y sal. Espero que la esponja sea del tamaño de una montaña. Pero ahí está, al lado de mis botas empapadas, no más grande que una pelota de baloncesto. La recojo. Es dificil imaginar que todo un océano esté contenido en su interior.

Jeb me ayuda a levantarme y dejo caer la esponja. Aterriza con un 'plaf'.

A pesar de que estoy débil y maltrecha, una sensación de alegría me recorre. —Lo hicimos —murmuro, casi incapaz de comprender el significado de las palabras—. Hemos vaciado el mar. Justo lo que querían las flores.

—*Tú* lo hiciste —responde. Se aparta el pelo de la frente—. Y casi te ahogas en el proceso. —Antes de que pueda responder, su cálida y suave boca toca mi frente, mi sien, mi mandíbula. Cada vez, su perforación roza suavemente mi piel. Él se para en la línea de mi mandíbula y se inclina para estar más cerca y abrazarme, su nariz enterrada en mi cuello—. Nunca me asustes de esa manera otra vez.

No importa que estemos mojados; el calor irradia a través de nuestras ropas empapadas. Paso mis guantes a través de su pelo. —Has vuelto a por mí.

Él acaricia más cerca en el hueco de mi mandíbula, y una poderosa ola de emoción se impulsa a través de él. —Yo siempre volveré por ti, Al.

Un diminuto toque de precaución golpea en mi pecho, recordándome a Taelor, a la determinación de Jeb de ir a Londres sin mí para estar a solas con ella. Pero la adrenalina surge aún más fuerte. Toco su oreja con mis labios, saboreando las sobrantes lágrimas de Alice en su piel. — Gracias.

Él aprieta sus brazos. Su nariz hurga a través del pelo de mi nuca, como perdiéndose en los enredos. Nuestros latidos cardíacos truenan entre nosotros. Nerviosos escalofríos me asaltan hasta que mis extremidades tiemblan.

—Jeb —susurro. Murmura algo indescifrable, y mis temblorosas manos agarran su cuello.

Un gemido escapa de su garganta. Recupero el aliento mientras él aprieta mi cabello entre sus dedos y retrocede, sus ojos intensos. Está a punto de inclinarse hacia mí cuando una disonancia de clics y ruidos interrumpe.

Giramos en círculo. Miles y miles de almejas salen de túneles en la arena. Agarro la mano de Jeb, preocupada de que nos vayan a atacar por la destrucción de su hogar. En cambio, agudos aplausos se desatan.

Miro por encima del hombro de Jeb, boquiabierta. —Detrás de ti.

Al lado de la pared parecida a una roca, toneladas de conchas se apilan una encima de otra —cayendo dentro y fuera, una y otra vez— para formar una escalera mecánica viviente.

—Hemos derrotado a su enemigo —le susurro—. Quieren ayudarnos

A.G. HOWARI

Jeb no duda. Toma mi mano y me conduce hacia los escalones ascendentes, enganchando la mochila en el camino. Juntos, vamos en camino hacia la brillante arena negra de la isla.

Una vez que llegamos a la cima, saludo a las almejas mientras desaparecen en su lecho en el océano a lo lejos.

Jeb abre la mochila para revisar nuestras cosas. —Tal vez no deberíamos sorprendernos de que nada está mojado por aquí. —Abre la caja de lápices antes de que pueda detenerlo. Su mandíbula se contrae—. ¿Qué es esto?

—Esto son... mis ahorros. —Genial. No sólo me arrojé sobre el novio de Taelor, pero ahora he mentido sobre el dinero que le robé a ella.

Jeb levanta la vista de contarlo. Hay algo ilegible detrás de las gruesas pestañas.

- —Te ves diferente —dice él, escondiendo el dinero en la caja y sacudiendo las gotas de humedad de su cabello.
- —¿Yo? —Me froto la piel alrededor de los ojos. ¿Están todos mis secretos parpadeando a través de mi cara como señales de neón?—. Mi maquillaje debe haberse corrido por toda la cara.
  - —Estás brillando... en todas partes.
- —Oh. Probablemente solo residuos de sal. —Me quito su chaqueta de esmoquin, escurriendo el agua, y se la entrego.
- —Uh —dice, todavía atento a mí—. Así que... ¿deberíamos hablar de ello? —Mete la chaqueta en la mochila.
  - —¿Sobre qué?
  - —Lo que pasó allí, entre nosotros.

El calor me pica en las mejillas. Él lo lamenta. O tal vez tiene miedo de que se lo diga a Taelor. De cualquier manera, termino pareciendo una idiota. —Fue la adrenalina. Eso es todo. Estábamos felices de estar vivos. No te preocupes. Lo que sucede en el País de las Maravillas se queda en el País de las Maravillas, ¿no?

Ni siquiera esboza una sonrisa. Sólo sostiene mi mirada fijamente, luego niega con la cabeza. Sus labios dibujan una apretada línea, poniendo toda su atención en comprimir la mochila.

Quiero creer que él sentía lo que sentí... estas cosas que no debería estar sintiendo en absoluto. Pero, ¿cómo puede ser eso cierto? No soy la que se va a vivir con él a otro país.

Trato de concentrarme en otra cosa, por ejemplo, cómo el agua en mis botas chapotea entre los dedos de mis pies, o cómo tengo rasgaduras de tamaño de dólares de plata por toda mi malla.

₹A dónde vamos ahora? —pregunta.

Es posible que hable más que de nuestro destino físico, pero tengo mucho miedo para arriesgarme a equivocarme. En su lugar, me centro en nuestro paradero.

La orilla se extiende hasta dónde puedo ver... un desierto sin fin, manchada de tinta de hollín con brillo. No es para nada lo que esperaba que pareciera el corazón del País de las Maravillas, si eso es lo que realmente es. No hay flora o fauna en ningún lugar excepto por un solitario árbol de pie, más alto y más ancho que una secuoya, sólo unos metros por delante de nosotros.

La intensa familiaridad me atrae más cerca. La corteza enjoyada cubre todo el árbol, desde el tronco nudoso a las ramas que se entrelazan cientos de metros en el aire. Brilla tenuemente en el sol, como un millón de diamantes blancos. Al final de cada rama, los rubíes cuelgan como líquidos que gotean en el suelo, como si el árbol estuviese sangrando joyas, como los elfos lo hacen cuando su piel es perforada. Con las arenas negras como telón de fondo, la escena me recuerda a mi mosaico de grillos de vuelta a casa, una belleza fascinante y extraña a la vez. Aprisiono una oleada de pánico, recordando cómo los grillos parecían estar vivos y pateando la última vez que los vi en mi pared.

-El Latido del Corazón del Invierno -dice Jeb a mi lado.

Asiento con la cabeza. —¿También ves el parecido?

Su mandíbula se contrae. —Has estado aquí antes.

Me sacudo el malestar y doy un paso hacia el árbol, abriendo un camino a través de los rubíes caídos. Una mancha en la base del tronco pulsa detrás de la corteza de diamante como un latido. Con cada retumbar, se ilumina en líneas rojas de la misma forma que la marca de nacimiento en mi tobillo. La imagen despierta un recuerdo de mí y del muchacho con alas, borroso pero inconfundible.

Jeb se mueve más cerca y me vuelvo para sostener su hombro y mantener el equilibrio, levanto mi pierna izquierda para desatar mi bota.

- -¿Qué estás haciendo?
- —Siguiendo las instrucciones —contesto, quitándome la bota y recorriendo mis mallas para exponer mi tobillo. Jeb me agarra el codo mientras me agacho, presiono el laberinto sobre mi tobillo frente a las líneas brillantes del árbol.

Una descarga de electricidad estática salta de mí al tronco, y luego un fuerte crujido rompe el silencio. Jeb me da un tirón hacia atrás mientras el tronco brillante se abre como un pergamino para dejar una puerta al descubierto. Un suave resplandor rojo palpita y hace señas desde dentro.

El corazón palpitante del País de las Maravillas —susutro empujando mi pie en la bota de nuevo.

La luz roja se refleja en el piercing de Jeb. —Está bien, voy a creer que viniste aquí cuando eras una niña y estás teniendo algún tipo de flash de memoria reprimida. Pero, ¿cómo es que tienes una marca en tu cuerpo que abre cualquier cosa en este lugar?

Vacilo, entonces le cuento lo que lei sobre los habitantes del Inframundo hablando con bichos y lo que sospecho de mi maldición familiar: que nosotros compartimos algunas características con las criaturas de aquí, incluyendo raras marcas mágicas en nuestros cuerpos.

Jeb se me queda mirando, y me pregunto cuánto más de esto puede asimilar sin volverse loco.

-¿Estás bien? - pregunto, mordiéndome el labio.

Tragando saliva, se desliza sus dedos por su pelo. —Eres tú quien me preocupa. Entonces, ¿cómo rompemos nosotros ésta "maldición"?

Mi corazón salta cuando dice "nosotros". Está en esto conmigo hasta el final. No sólo porque está atrapado aquí, sino porque él es el Jeb con el que crecí. *Mi* Jeb. —Tengo que encontrar a alguien dentro. El de mi pasado... el que solía traerme aquí.

Jeb frunce el ceño. —Está bien. Según las flores, es también donde están los portales. ¿Cierto? ¿Las puertas que nos llevarán a casa?

- —Sí —respondo, medio esperando que trate de convencerme de que espere afuera mientras él comprueba las cosas. En cambio, me retiene sólo el tiempo suficiente para sacar la linterna, volver a ponerse la mochila, y tomar la iniciativa. Bajamos una escalera de caracol a través de un túnel oscuro que parece una espiral sin fin.
  - -No mires hacia abajo -dice Jeb.

¿Por qué la gente dice eso? Sólo hace que imposible no mirar. Mi vista se hunde en los escalones que emiten un ruido sordo bajo nuestras botas. Huesos, entrelazados y atados con una especie de reluciente cordel de oro, forman la escalera. La mayoría de los huesos se deforman en tamaño y forma. Otros parecen humanoides. Presiono mi mano sobre la boca.

—¿Qué son? —susurra Jeb—. ¿Antepasados? ¿Humanos cautivos?

Escaneo mis brumosos recuerdos. —No recuerdo aprender acerca de esto...

Jeb retoma su ritmo. Saltamos el último escalón y nos agachamos a través de una cortina de enredaderas. En lugar de encontrarnos bajo tierra, una vista se abre frente a nosotros bajo un cielo de color púrpura

oscuro. El sol y la luna están retorcidos en uno sola, la luna es un tinte azul al lado de su hermano más brillante.

La luz combinada convierte todo a un tono ultravioleta. Plantas de todo tipo —arbustos, flores, árboles y la cobertura del suelo— son de neón bajo los rayos mezclados: rosas, morados, verdes, amarillos y naranjas.

Las sombras más pálidas de nuestras ropas también resplandecen. No es de extrañar que siempre me sintiera como en casa en Submundo. En algún nivel subconsciente, me recordaba a este lugar.

Una fría y espesa ráfaga con el aroma de arcilla, verdor y flores, sopla a través de nosotros. Luego siento otro aroma, algo de incienso afrutado flotando hacia nosotros. Conozco ese olor. —Sigue el humo —le digo, abandonando el camino.

Jeb toma mi mano y me ayuda a través de un lecho de margaritas fluorescentes. Aprieto sus dedos en señal de gratitud. Mi cuerpo está empezando a sentir los efectos de nuestro demente paseo en el agua. Tengo golpes y moretones por todas partes.

A medida que nos movemos pesadamente hacia delante, no puedo dejar de pensar en el modo en que volvió a por mí en el agua, la forma en que no se rindió, la manera en que se lanzó al espejo de mi habitación sin pensar en su propia seguridad. Tal vez *deberíamo*s hablar de lo que está pasando entre nosotros, porque definitivamente algo está cambiando por mi parte. Me paso la lengua por el paladar con nerviosismo. Me he aferrado con fuerza a este secreto por mucho tiempo.

- —Escucha, Jeb. —Trago aire dos veces—. Acerca de lo que pasó en el fondo del océano. Yo...
- —Más tarde. —Echando un vistazo detrás de mí, coge mis hombros—. Tenemos compañía.

Me obliga a agacharme mientras nubes brillantes se lanzan en picada sobre nosotros, destellando como luciérnagas.

—¡Es ella! —chilla una diminuta voz sobre el murmullo de muchas alas—. ¡Lo es! —Un enjambre de criaturas humanoides del tamaño de saltamontes y del color de las habas se cierne sobre nosotros. Son todas hembras, desnudas con escamas brillantes que se curvan alrededor de sus pechos y torsos en diseños de remolino. Sus orejas puntiagudas y el ondulante cabello chispean, sus ojos son bulbosos y metálicos como los de una libélula, como si estuvieran usando gafas de sol de cobre. Las alas revolotean junto a mi mejilla, de color blanco lechoso con incrustaciones de algo parecido a la pelusa de un diente de león.

Una de ellas se acerca lo suficiente para acariciar la cien de Jeb, las palmas de sus manos no más grandes que el cuerpo de una mariquita. — Yo lo encontré. ¡Él es mi premio!

Jeb aprieta sus manos alrededor de las correas de la mochila.

—No, hermanas —responde una de ellas con una voz similar a una campanilla de viento. Se cierne frente a Jeb, tan cautivada como las demás—. Nuestro amo dijo que ellos deben estar a mi cuidado.

Las demás se quejan y se retiran.

Suspendida en el aire, la pequeña vencedora se arquea mientras aletea. —Soy Gossamer. Te guiaré hacia el que estás buscando. —Sus ojos de libélula brillan tenuemente en mi dirección y se intensifican, como si estuviera enojada—. Al que te busca a ti. —Mi estómago da vueltas por lo que implica su frase.

Luego se vuelve hacia Jeb. —Caballero elfo, ¿desea placer en su búsqueda? Puedo proporcionarlo, si así lo desea.

Frotándose el piercing con el pulgar, Jeb me mira, adorablemente desconcertado. —Uhm. No, gracias. Estoy bien.

Soltando risitas, los Espíritus de la Naturaleza revolotean, adelantándose, uniéndose a las otras.

Seguimos a nuestras luminosas guías por un espeso bosque, tejiendo a través de altas hierbas de neón, hasta llegar a un claro de musgo verde lima, liquen amarillo brillante y setas que resplandecen intensamente. Un círculo de árboles alcanza lo alto, con ramas estiradas y trenzadas entre sí para formar un techo abovedado. Fragmentos del cielo púrpura se abren paso, lo suficiente para proyectar sombras.

Cada uno de los Espíritus de la Naturaleza toma su lugar en el interior de la cubierta, salpicando las ramas como velas encendidas. Su luminosidad añade una neblina suave y brillante en el entorno. Gossamer hace señas para que la sigamos hasta el centro del claro, donde espera un hongo gigante con rayas ultravioleta, envuelto en una nube olorosa.

Una inconfundible sensación de saber se arremolina en mi interior. Reconozco este lugar de mis pesadillas de Alice. Estamos en la guarida de la Oruga —el guardián de la sabiduría del País de las Maravillas.

- —Ella no parece nada especial, mi señor. —Gossamer se cierne sobre el espeso humo que oculta la tapa del hongo, ocultando todo lo que se encuentra encima—. Está cubierta de barro y huele a almejas.
- —Eso será porque acaba de drenar en el océano, mascota. Tuvo que ser una hazaña bastante laboriosa, ¿no te parece?

Todo mi ser tiembla al oír ese acento profundo. Líquido, masculino y sensual. Es él. Mi guía habitante del Inframundo. Si tan sólo pudiera ver más allá del humo.

Su ropa parece ser la de una fregona —dice Gossanor lanzándome una mirada de desaprobación—. Tal vez debería enviada a casa y esperar a otra. Alguien más aceptable.

—El que está desnudo no debe juzgar el atuendo —responde la familiar voz—. Tú bien sabes que la ropa a la dama no hace.

Humillada, Gossamer se une a los otros Espíritus de la Naturaleza. Por fin, el humo se disipa, dejando al descubierto un narguilé<sup>14</sup> y a la polilla del tamaño de un cuervo —alas negras y luminoso cuerpo azul—colgando sobre el hongo como una mariposa sobre un pétalo.

Inhala el humo de la manguera y lanza columnas al aire. Algunas tienen la forma de aves, otras de flores. Uno de los diseños vaporosos se separa para formar la cabeza de una mujer de la talla de un camafeo. A medida que se disipa lentamente, comienza a parecer una niña de cinco años de edad. Yo...

—Es tan bueno verte de nuevo, corazón. Cómo te he echado de menos.

Jadeando, caigo de rodillas. La Oruga, la polilla y el hombre con alas. Todos ellos son uno y lo mismo. Lo han sido todo el tiempo...

- —He visto ese bicho —dice Jeb—. En tu auto. En el espejo. —Deja caer la mochila y agarra mis hombros, tratando de arrastrar mis pies. Mis piernas no quieren cooperar.
- —Tut-tut. Nunca te inclines ante mí, preciosa Alyssa. —La voz deriva de la trompa de la polilla en bocanadas de humo gris. Su atención se desplaza a Jeb—. Tú, en cambio, te inclinarás ante *ella*.

Corrientes de humo se deslizan hasta Jeb y se transforman en una red en el aire, cubriéndolo. El peso lo hace arrodillarse. Un trozo de madera rebana su rodilla a través del agujero del pantalón provocado por el colmillo del octobenus. La sangre llovizna.

- —¡Ajá! No es ningún elfo. Es un simple mortal. —La polilla aletea como si hubiera hecho un gran descubrimiento.
- —¡Un hombre mortal! —chillan los Espíritus de la Naturaleza con voces tan suaves como el tintineo de campanas. Caen de los árboles como radiantes copos de nieve, pululando alrededor de Jeb mientras él acuchilla sus restricciones humeantes. Los Espíritus de la Naturaleza le quitan la navaja la mano, escabulléndose a través de la red y cubriéndolo como hormigas sobre un terrón de azúcar.

Salto a defenderlo de ellas. —¡Fuera!

—Oh, no detengas la diversión —canturrea la polilla en mi dirección—. No romperemos tu soldado de juguete.

Agarro el cuchillo y trato de cortar la red con el aditamento de las tijeras, pero las cuerdas siguen desapareciendo en mis manos. Estoy tan preocupada, que casi me pierdo la transformación que ocurre sobre el hongo. La polilla se ríe, y miro hacia arriba justo a tiempo para ver sus alas plegarse sobre su cuerpo. Los apéndices satinados se expanden del tamaño de las alas de un ángel, entonces se abren en picada para revelar al chico de mi reflejo en el espejo roto —el de mi recuerdo— todo crecido.

El cuchillo se desliza de mi mano. Estoy mentalmente atrapada entre el pasado y el presente.

Se acerca a la edad y altura de Jeb. Viste un traje de cuero negro con botas de utilitario y holgazanea sobre la tapa del hongo con la manguera del narguilé posada elegantemente entre dos dedos, tobillos cruzados. Pantalones desgastados por el tiempo cubren sus piernas tonificadas. Es tan alto como Jeb pero en buena forma. Su chaqueta, desabrochada casi hasta su abdomen, revela un pecho suave, de color blanco lechoso al igual que su afeitada barbilla.

Los Espíritus de la Naturaleza se roban nuestro cuchillo y nos abandonan para precipitarse hacia su amo. Le arreglan el pelo y suavizan la ropa, gorgojando y riendo.

No es de extrañar que el cartel de la película de Perséfone siempre me pareciera tan familiar. Mi compañero habitante del Inframundo creció para verse igual que el héroe, excepto que su pelo hasta los hombros es de color azul y brilla, y lleva una máscara de satén rojo que le cubre solo los ojos. Aparte de eso, es la viva imagen: piel pálida como porcelana, ojos tan negros como el maquillaje que los rodea, labios carnosos y oscuros.

Con la niebla gris girando alrededor de sus alas negras como el hollín, también me recuerda al escaparate de Jenara: un ángel oscuro.

Aunque es más como un diablo.

Lo sé, porque mis recuerdos de infancia regresan en una ola demoledora, golpeándome con el nombre que no he pronunciado en once años.



## Morfeo

Traducido por Nico Robin Corregido por Alaska Young

orfeo —digo, más como una acusación que como una revelación.

El demonio alado parpadeaba sus dientes blancos en una sonrisa deslumbrante que me pone en guardia. —Mmm.

—Mueve su mano por el narguilé como si fuera un violín—. Tu voz es una canción. Dilo otra vez. —Le da una calada de humo a la pipa.

Estoy tan encantada por verlo vivo y real, que no intento resistirme. —Morfeo.

—Hermoso. Tu madre debería haber sabido que haría falta algo más que un par de tijeras de podar para eliminarme de tu vida. Pero al parecer me eliminó un poco de tus recuerdos. —Expulsa círculos de humo—. Estoy herido, Alyssa. No te debería haber tomado tanto tiempo encontrarme. —Atrapa los anillos de humo con su dedo, los arroja al aire, donde se disuelven como vaporosas estrellas.

Jeb lucha debajo de la red junto a mí. —¿Es este el payaso al que estabas buscando? ¿El del sitio web? —preguntó.

- —Más que eso —le respondo, no estoy segura de que las palabras que estoy formando sean coherentes—. De alguna manera crecimos juntos. Él era el de mis sueños cuando era pequeña. ¿No es cierto? Viniste a mí en sueños... me trajiste aquí. Me contaste cosas.
- —Mejor dicho, te *enseñé* cosas. Oh, pero también hicimos el tiempo para la recreación. Tendremos que continuar con la tradición. —Morfeo le entrega el narguilé a unos cuantos Espíritus de la Naturaleza, alcanzándoselo con sus pálidos y elegantes dedos. Cierro los ojos, recordando destellos de nosotros como niños, saltando a través de las rocas mientras Morfeo elevaba el vuelo y me levantaba con una seguridad suave. Cuando abro los ojos otra vez, me sonrojo al recordar lo diferente

que se sintió su toque la noche anterior en mi habitación. Se levanta del hongo, con las alas tras de sí conformando un arco mientras apoya la barbilla en sus manos.

—¡Sombrero de Hospitalidad! —grita, completamente fuera de tema.

Varios de sus asistentes revolotean encima de él con un sombrero vaquero de terciopelo negro y lo colocan sobre su cabeza. Lo ladea disparatadamente. El terciopelo se acentúa con una banda de polillas blancas en descomposición, haciéndolo parecer tanto fino como salvaje.

—Ella no tenía ningún derecho a intervenir. —Recorre el ala del sombrero con su largo dedo índice. Largos mechones de cabello azul tocando sus hombros—. No era su lugar.

Me toma un minuto darme cuenta de que está hablando de Alison otra vez. —¿La conocías?

- —Sí. De todos los otros candidatos, de todos tus antepasados, su mente era la más receptiva hacia mí. Nos conectamos cuando oyó la llamada del otro mundo a los trece años. Pero le dio la espalda a su responsabilidad desde el momento en que conoció a *Tommy-deditos*. —Se burla del apodo de mi padre. Luego se recompone, alisándose la chaqueta—. No importa todo eso. Veo que llevas los guantes. ¿Has traído el abanico, también?
  - -Junto con todo lo demás que había escondido.
- —Y ella pensó que enterrar sus tesoros haría que no vinieras. Lástima que las palabras en los márgenes eran indescifrables, ¿no? Tal vez hubiera sido mejor que mantuviera su boca cerrada y siguiera jugando con sus claveles.

¿Claveles? ¿Palabras indescifrables? El entendimiento se arrastra sobre mí. —Fuiste tú. Tú emborronaste sus notas para que yo no pudiera leerlas. Y en el manicomio... ¡Tú eres el que casi la mató!

- —No admito nada. Más allá de que ella estaba fuera de control. Necesitaba calmarse por su propia seguridad.
- -¡Por supuesto que estaba fuera de control! ¡Le fastidiaste la cabeza la mitad de su vida! —Aprieto la mandíbula—. Es tu culpa que esté en ese lugar.

Morfeo extiende sus alas satinadas en un movimiento que bloquea a los brillantes Espíritus de la Naturaleza de mi mirada y me proyecta en una sombra. —Hay que darte las gracias por eso. Estaba manejando las cosas bien hasta que llegaste tú. Pregúntale a tu padre. Ella nunca le respondió a los bichos y a las plantas antes de que nacieras. Al menos no enfrente de nadie.

A.G. HOWARI

No le hagas caso, Al. —Jeb trata de consolarme—. Tu mamáct

Morfeo alza las manos y comienza a aplaudir. —Bravo, Señor Caballero. ¿Vieron eso? —Los Espíritus de la Naturaleza se unen a la falsa alabanza, saltando alrededor del hongo, todas excepto Gossamer, que está sentada en el narguilé, observando en digno silencio.

—Verdadera nobleza —continúa Morfeo, pavoneándose encima de la seta—. Atado e incapacitado, y aun así, su único pensamiento es para la tierna sensibilidad de la doncella. Debo admitir que tiene razón. —Los Espíritus de la Naturaleza silencian sus falsos elogios, confundidos. Con un batir de alas, Morfeo se desliza y cae con gracia frente de mí, amenazante y hermoso—. Tu mamá te quiere. Mucho, mucho.

Mis piernas se estremecen, pero levanto la mirada hacia él, el desprecio ardiendo en mis ojos.

—Mantente alejado de ella. —Jeb mete un puño a través de la red y roza la pierna de nuestro anfitrión.

Morfeo lo elude. —Ah, ah, ah. —Juguetea con el humo y la red desaparece, transformándose en esposas que atan las muñecas, tobillos y el cuello de Jeb a la base del hongo—. Si quieres comportarte como un monito entrenado, vas a ser tratado como uno.

- —¡Idiota! —Arremeto con la palma abierta, pero Morfeo detiene mi muñeca en el aire. El impacto me agita los huesos y sacude mis moretones.
- —Ahí está ese fuego. —Morfeo ladea la cabeza, la expresión de su cara está entre impresionado y pasmado—. Es bueno ver que aún arde.
- —¡No la toques, hijo de bicho! —Jeb lucha contra los puños llenos de humo, comenzando a ponerse rojo, gruñendo por llegar a nosotros.

Riéndose, nuestro captor se curva para estar a mi altura, manteniendo el control sobre mi muñeca. —Oh, me gusta —murmura—. Un poeta. —Está tan cerca que su aliento humeante se mete en mí, dulce como la miel y suave como la seda de una araña, un consuelo de mi niñez—. En cuanto a ti... ¿es ese el modo de tratar a un viejo amigo? ¿Después de todo lo que compartimos? Tsk-tsk.

Estoy tentada a acercarme más, a buscar más sensaciones seductoras; pero el deseo no es mío. De alguna manera me está manipulando. Tiene que ser él.

Arremeto contra él. Sus uñas se clavan en mi guante, haciendo palpitar mi muñeca.

Sus ojos negros brillan, fríos y duros, detrás de su máscara. —Deja de pelear y escucha. Tu madre no tenía que darme la espalda. No tenía por qué haber ido a la casa de locos para protegerte.

—Espera. —Una alarma se dispara en mi interior—. Estás diciendo que ella *decidió* ir allí?

- —Todo lo que necesitaba eran unos pocos kilómetros lejos de ti. Podría haber arreglado un divorcio, trasladarse al otro lado de la ciudad, dándole a tu padre la custodia completa. Pero ella los amaba demasiado como para herirlos de esa manera. Quería ser parte de sus vidas... aun así, mantenerte a salvo. Así que sacrificó su vida. Ese es el más puro de los amores.
  - -Estás mintiendo. -Mi acusación sale en una brizna de aire.
- —¿Lo estoy? Tú eres la única a la que he llegado siendo tan joven. Tu madre y tú compartían un vínculo tan fuerte como nunca he visto. Fui capaz de usar sus sueños como vía para llegar a ti. Cuando se percató de lo que estaba haciendo, se volvió loca. Pero esa locura fue temporal. Que no quepa duda —el traje de Alice, la obsesión con la fiesta del té, los chasquidos con la lengua, hablarle en voz alta a los insectos y plantas—cada tic que desarrolló fue orquestado por ella, así la mantenían lejos de ti. Por respeto a su sacrificio, prometí no acercarme a ti de nuevo.
  - —Entonces rompiste tu juramento —le susurro.
- —No. Verás, hubo un tecnicismo. —Los nudillos de su mano libre acarician mi sien. Su tacto es cálido y delicado—. *Tú me* encontraste. Ya que eras quien me buscaba, en primer lugar, eso me liberó de las ataduras de la promesa. Inteligente chica, muy inteligente. Ahora estás aquí para arreglar las cosas, ¿verdad, pequeña ciruela? Para arreglar lo que Alice dejó mal. Haz que el País de las Maravillas se organice como debe y romperás la maldición de tu familia. Los insectos parlanchines y las flores... los vínculos con este reino. Ya no estarás bajo su hechizo. Por fin, tu madre podrá dejar de pretender que es una lunática, porque ya no necesitaré a nadie de tu linaje.

Mi pecho duele, como si alguien hubiera usado mi corazón como saco de boxeo. Ese es el por qué Alison dijo esas cosas en el patio... que si seguía adelante con mi plan de encontrar el hoyo del conejo, ella habría hecho todo por nada. Se expuso a años de humillación y excesiva medicación porque esperaba mantenerme alejada de este sitio. Entonces fui y lo arruiné todo al irme a buscar a Morfeo.

Lo que quiere decir que lo que mi padre y los médicos planean sea aún más devastador.

- —Es mi culpa —susurro, intentando no llorar—. Todo lo que le ha pasado... es mi culpa.
- —¡Al, no dejes que te culpe! —Apenas registro el crujido de las ropas de Jeb contra las esposas.

Morfeo levanta mi barbilla. —Sí, no tienes que cargar con la culpa Porque tú descubriste el hoyo del conejo y te atreviste a saltar dentro. Eres la única que ha sido tan ingeniosa y valiente desde la misma Alice. Y ya has conseguido secar el océano que dejó atrás. Arreglarás todo para tu mamá. Para todos nosotros. Eres muy especial, Alyssa. Muy especial de verdad. —Él tira de mi muñeca, levantándome de puntitas hasta que mi nariz toca la línea inferior de su máscara. Está tan cerca que casi puedo saborear sus labios con aroma a regaliz.

A.Co th

Un fuerte chasquido parte el aire, y Morfeo se aparta de mí. Me mezo hacia atrás sobre los talones. Los Espíritus de la Naturaleza chillan al mismo tiempo que Jeb se libera de su prisión del hongo.

Jeb rueda sobre el suelo y golpea sus piernas. Las esposas rotas — todavía atadas a sus tobillos, cuello y muñecas— lo siguen como la cola enroscada de un escorpión, y agarra a Morfeo en la vuelta, golpeándolo contra el suelo. El impacto hace rodar su sombrero y el humo se evapora, dejando a los dos chicos en una enmarañada lucha de extremidades y alas.

Jeb se posiciona sobre Morfeo y le rodea el cuello con los dedos. —Te dije que no la tocaras. —Su profunda voz es ronca y tranquila, haciendo que el cabello de mi nuca se ponga de punta.

Morfeo comete el error de reírse, y Jeb ajusta su mano en su cuello, le da un puñetazo, arrugando la máscara de satén rojo. Morfeo tuerce la cabeza para esquivar el ataque. Sus alas se encuentran arrugadas y descuidadas bajo él.

Mis músculos están tensos. Estoy en guerra conmigo misma. Una parte de mí quiere defender a Morfeo, apoyar su causa contra Jeb; la otra parte apoya a Jeb para que lo convierta en pudín. Me inclino, mis sienes palpitan conforme me ahogo en un mar de recuerdos y emociones distorsionadas e inconexas. Los Espíritus de la Naturaleza pululan en las ramas. Obviamente nunca habían visto a su amo ser atacado por nadie.

Morfeo empuja las rodillas piernas hacia afuera para golpear a Jeb y giran alrededor del pasto de neón, dejando una estela plana. Esta vez, Morfeo termina en la parte superior. Sus alas los envuelven como una casa de campaña. El contorno de la cara de Jeb aparece, presionando contra la membrana negra satinada del otro lado. Un movimiento de succión revela una huella en su boca.

Se está ahogando.

Estallo a través de la bruma mental que me invade y me lanzo contra Morfeo, derribándolo. Rueda en el suelo, envuelto en sus alas como una crisálida.



Cayendo de rodillas, bajo mi cara hacia Jeb. Su aliento calienta mi nariz de forma lenta y uniforme, pero no abre los ojos. —¡Jeb! Despierta, por favor... —Arrastro sus hombros a mi regazo para acunar su cabeza.

Morfeo se levanta quitándose el polvo.

-¿Qué has hecho? -grito.

Él se vuelve a colocar su máscara arrugada, luego soba cada ala sobre los hombros y corre sus palmas a través de ellas, buscando los daños. —Simplemente está inconsciente —dice, poniéndose su sombrero, toca las huellas de manos en su cuello, sus ojos oscuros—. Fue un acto de bondad. Podría haberlo matado —gruñe—. En realidad debería haberlo hecho. Sin duda voy a lamentar esta decisión.

Mirando hacia su harem, Morfeo señala a los Espíritus de la Naturaleza. —Lleven al falso elfo de regreso a la mansión. Despiértenlo de su sueño. Háganlo sentir bienvenido como solo ustedes pueden.

Gossamer es la primera en bajar de entre árboles. Perece que hay aún más Espíritus de la Naturaleza ahora. Siguiendo su ejemplo, las demás caen en torrentes, una lluvia reluciente.

—¡No! —Me lanzo sobre Jeb. Lo rozo con los puños. A una orden de Gossamer, se estrellan contra mis brazos y costillas a toda velocidad, picando como granizo. Me niego a moverme hasta que Morfeo me agarra por el cuello y me obliga a levantarme.

El retorcerme en su agarre sólo lo hace más firme. Su brazo gira alrededor de mi cintura, tan duro y fuerte como una abrazadera de metal. Me sostiene con mi espalda clavada en su costado y los pies colgando. Cincuenta o más Espíritus de la Naturaleza elevan a Jeb por su ropa. Su cabeza cuelga, y su camisa y sus pantalones se arrugan por el agarre, como si fuera levantado con cuerdas.

—¡Jeb! —grito. Las lágrimas desdibujan mi visión cuando no responde—. Tengan cuidado con él.

Las pequeñas mujeres sólo pueden llevarlo a unos cuantos centímetros del suelo, y las altas hierbas se doblan bajo su peso, mientras es arrastrado del claro. Algunos de los Espíritus de la Naturaleza restantes tiran de la mochila detrás de la procesión. Cuando el último tramo de hierba se levanta después de su partida, me retuerzo contra Morfeo y quedo libre, aunque es sólo porque él me deja.

—Si nuestro tiempo juntos alguna vez significó algo para ti, no le harás daño. —Lágrimas calientes se vierten por mis mejillas.

Morfeo atrapa una lágrima con la punta de su dedo. La sostiene contra el pálido resplandor que irradia de los pocos Espíritus de la Naturaleza que quedan por encima de nosotros. Un gesto curioso curva

sus labios. —Lloras por él y sangras por mí. Me gustaría saber qué es más poderoso. Más vinculante. Supongo que algún día lo sabremos.

Mi garganta se seca. —¿De qué hablas? ¿Sangrar por ti?

Se frota mi lágrima en su piel como si se tratara de loción. —Todo a su tiempo, en cuanto a tu soldado de juguete, no sientas pena por él. Está teniendo montones de atención. Y una vez que esté inconsciente en su éxtasis, olvidará dónde está y con quién vino. Aunque me imagino que tendré que enviarlo a otro lado del País de las Maravillas, para mantenerlo alejado de mí.

El terror se apodera de mí. Ya es bastante malo que esas ninfas en miniatura seduzcan a Jeb, pero si le hacen olvidar quién es, estará perdido para siempre. Jeb está aquí por mí. No se merece un final como este. —Por favor, envíalo de vuelta a nuestro mundo.

Morfeo se encoge de hombros. —No es posible. Estamos teniendo un poco de problemas con el transporte aquí.

—Eso no puede ser verdad.

Da un paso más cerca. —¿No puede?

Me alejo dos pasos. —Tú me visitaste en mi casa, en el trabajo. Me observabas. Casi ahogas a Alison con el viento...

Echa la cabeza hacia atrás y ríe, alzando las manos como si se tratara de un gran artista. —Imagina eso. Yo, controlando el viento y el clima. Bueno, debo ser un dios.

Lo fulmino con la mirada. —Yo sé lo que vi.

Endereza los puños de sus mangas. —Usé reflejos para visitarte. El globo plateado en el manicomio, los espejos de la tienda... los espejos en tu casa. A través de ellos proyecté una ilusión, pero no podía materializarme completamente porque los portales están bloqueados. Tu mente fue mi escenario. Nadie más podía verme o sentirme. Sólo tú. Y tú me sentiste, ¿cierto, amor?

Pensando en la manera en que su aliento fantasmal me hacía cosquillas en el cuello mientras tarareaba —caliente y burlón— me sacude hasta los huesos. Levanto la barbilla en un pobre intento de ocultar su efecto en mí. —Hubo magia... con la trenza de mi madre. Se movió, atrapó mis dedos alrededor de su garganta. Ese fuiste tú.

Se pasa las uñas por la solapa. —Era magia, lo admito. Magia mal guiada. Y no era mía.

- —¿Qué significa eso?
- —No estás lista para que te responda.

Cansada de sus manipulaciones, lo empujo para que pie da equilibrio y corro hacia la abertura en los árboles por donde desaparecieron los Espíritus de la Naturaleza, casi tropezando en mi desesperación por encontrar a Jeb. Hay un crudo batir de alas sobre mi cabeza; entonces Morfeo se deja caer en mi camino, obligándome a parar en seco.

Se agacha con las alas extendidas paralelas al suelo y se queda mirándome fijamente, como un ave de presa gigante, oscuro y peligroso. Estoy familiarizada con este lado de él... sus oscuros cambios de humor. No hay manera de razonar con él a menos que tenga la ventaja.

Se levanta y me coge de los hombros antes de que pueda tirarlo otra vez.

—Basta de juegos —dice—. Es hora de que cumplas con tu destino. No pasé el primer tercio de tu vida preparándote para nada. Alice ha dejado ondulaciones en nuestro mundo que sólo tú puedes suavizar. He esperado más de setenta y cinco años para llegar a este día... he hecho muchos sacrificios para verlo podrirse todo. Arregla lo que ella rompió, y se abrirá el camino para romper la maldición y volver a casa. Hasta entonces, yo pongo las reglas.

Alice ha dejado ondulaciones en nuestro mundo que sólo tú puedes suavizar. Las flores zombie también dijeron algo como eso. Que sólo un descendiente de Alice podría solucionar esto. Y el octobenus insistió en que el Sabio —Morfeo— estaba desesperado por mi ayuda. Desesperado.

Él fue quien me impulsó a guardar la esponja, el que me ha estado enseñando sobre el País de las Maravillas por años. ¿Por qué? Tiene que tener algún tipo de interés personal en esto.

—Tú me necesitas. —Levanto la voz, arriesgándome con mi suposición—. No es que mis antepasados no pudieran descubrir el camino hacia aquí. Ellos no *quisieron* venir. Tiene que ser por elección. No puedes obligarlos; de lo contrario, habrías secuestrado a alguno y se hubiera solucionado este desastre. Soy la primera que ha estado dispuesta a llegar tan lejos, y no tengo que hacer nada de lo que digas. ¿Y qué si estoy atrapada aquí? Siempre he sido una marginada. Ya he aprendido a vivir con eso. Alison... sobrevivirá, como siempre lo ha hecho.

Morfeo no tiene por qué saber la verdad: que la calidad de vida de Alison depende de mi éxito. Estoy llevando esta mentira hasta el final.

—Es tu única oportunidad. —Descanso las manos en la cintura—. Fastídiala conmigo, y podrías terminar esperando otros setenta y cinco años.

Una extraña expresión aparece en el rostro de mi compañero de la infancia. Si no fuera por la máscara, podría obtener una mejor lectura, pero parece que podría haber un destello de orgullo.

Sus dedos crean luz en mis hombros. —¿Cuáles son tus demandas?

—Jeb y yo nos reuniremos hoy. Retirarás a tus Espíritus de la Naturaleza y dejarás sus recuerdos intactos. Será tratado como tu igual, no tu peón. Y quiero *claridad...* cómo puedes decir que eres amigo de Alison, si tú y yo crecimos juntos; cómo sabes de mis antepasados si tienes mi edad. Y cuál es tu participación en esto.

Me libera. —¿Es todo lo que pides?

Haciendo un recuento de lo que el octobenus dijo sobre los votos entre los Habitantes del Inframundo —un hecho verificado por la promesa que Morfeo le hizo a Alison de no contactarme— puedo añadir una cosa más: —Quiero tu palabra... un juramento.

—Bueno, maldición. —Suspirando, sostiene una palma sobre su pecho como si fuera a jurar lealtad—. Juro por mi mágica existencia no mandar lejos o perjudicar a tu precioso novio, siempre y cuando te sea leal a ti y a tu noble causa. Aunque me reservo el derecho de antagonizar con él en cada oportunidad dada. Ah, y con mucho gusto, responderé a todas tus preguntas. —Se inclina como todo un caballero.

Con el traje de cuero arrugado, la máscara y ese sombrero morbosamente sexy, se cree una estrella de rock. Tal vez es una en este lugar. Pero ha dado su palabra y tiene que mantenerla, o sus alas se marchitaran y perderá todo su atractivo.

Enderezándose, da una zancada hacia mí, su bota tocando la mía. — Ya está. Desde que ese disgusto está fuera del camino, ¿procedemos? En vista de que los dos hemos crecido, tenemos que familiarizarnos de nuevo.

Doy un vistazo a los árboles. Todos los Espíritus de la Naturaleza se han ido. Los nervios saltan bajo mi piel. —¿Dónde están todos?

—Preparando un banquete de celebración para nosotros en la mansión. No tenemos chaperones. Bien podría aprovechar.

Presa del pánico, retrocedo un paso, pero sus alas se enroscan a mi alrededor y me sostiene en mi lugar, borrando todo lo que no fuera él. Es como si estuviésemos compartiendo una cueva.

Su piel es casi transparente en la tenue luz. —Es hora de dejarme entrar, preciosa Alyssa.

Antes de que pueda responder, se quita la máscara y la deja caer sobre la hierba bajo nuestros pies. Lo que pensé que era maquillaje alrededor de los ojos son en realidad marcas permanentes, como los tatuajes, pero innatas. Son negras como enormes pestañas, terminadas en sus extremos en pequeños zafiros con forma de lágrima. El efecto es hermoso, en una macabra manera como de gente-de-circo. No puedo resistir la tentación de alcanzar y tocar las lágrimas brillantes. Las joyas destellan en un espectro de colores hasta que dejan de ser zafiros azules y

se convierten en abrasadores topacios de un naranja câlido. Cierra las pestañas dos segundos de dicha. Entonces su mirada de tinta se abre y me traga completa.

—Soy eterno. —Su voz resuena en mi cabeza, aunque sus labios no se mueven—. Puedo usar la magia para imitar cualquier edad que desee. El uso de este poder afecta a los Habitantes del Inframundo mentalmente, físicamente, emocionalmente. Nos volvemos de esa edad en todos los sentidos. Así que en esencia, la única infancia que he tenido ha sido contigo en tus sueños. Abre tus recuerdos y lo verás.

La canción cobra vida una vez más, la canción de cuna de Morfeo.

Esta vez no lucho contra ella. Envuelvo mi mente alrededor de las fluidas notas, dejando que permanezcan en mis pensamientos hasta...

Partes de mi pasado se reproducen como películas a través de la pantalla del negro de sus alas. Soy una recién nacida, acostada en mi cuna. Una manta suave de satén rojo con blanco me envuelve. Mi ventana está abierta, y una brisa de verano susurra bajo las cortinas, balanceando el juguete sobre mi cabeza. Caballitos y bailarinas danzan encima de mí.

Es la canción que me despertó. No la del juguete, sino esta. La luna brilla, y él está ahí. Una silueta de polilla que cuelga en la parte exterior de la pantalla. Su voz profunda vaga en suaves arrullos:

"Pequeña flor en blanco y rojo, descansando ahora tu pequeña cabeza; crece y prospera, se fuerte y voraz, para que algún día..."

Antes de que pueda evocar el final del verso, soy lanzada hacia otro recuerdo. Este es nebuloso, como si estuviera mirando a través de un vidrio manchado. Me doy cuenta de que es porque estoy soñando. Soy una niña de no más de tres años, camino junto a un Morfeo de seis años de edad, a lo largo de una playa negra y brillante. Sus pequeñas alas se curvan sobre nosotros para darnos sombra. Sostengo su mano, asombrada por el espectáculo frente a nosotros: un árbol hecho de joyas. Morfeo se agacha para señalar el laberinto en la base del árbol, y luego se sube una manga de encaje para mostrar la misma marca en su antebrazo. Giro el tobillo, haciendo la conexión. Me ayuda a presionar mi marca de nacimiento contra el tronco. A medida que la puerta se abre, salta y baila alrededor. —¡Tenemos las llaves! ¡Tenemos las llaves! —grita su pequeña voz con alegría infantil. Me río, saltando al compás de tras de él.

Luego estoy de vuelta en mi casa dos años después. Es sábado por la mañana, y me siento atraída hacia la puerta mosquitera por la canción de cuna de Morfeo, ahora tan familiar como la ropa de cama rosa sobre mi diván. El aroma de una tormenta de primavera se respira a través de la malla. Él espera del otro lado en forma de polilla. Es nuestra rutina: yo juego con él, mi amigo de la infancia, a través de mis sueños en las noches explorando nuestro mundo encantado en los destellos que me da—

entonces lo veo en intervalos a lo largo del día como el insecto. Un relámpago cae, y me estremezco junto a la puerta, temiendo la tormenta. Pero sus enseñanzas ya están dentro de mi cabeza, volviendo a la vida en una sensación de revoloteo de confianza que me empuja a encontrar una salida. Pronto estoy bailando con mi polilla en nuestro jardín. Mami ve. Corriendo hacia afuera, lleva unas tijeras largas y afiladas y comienza a cortar los pétalos de las flores mientras grita: ¡Córtenle la cabeza! — Cuando me doy cuenta de lo que persigue en realidad, malestar extraño se revuelve en mi interior. He visto cómo los pétalos se vuelven jirones bajo hojas de la tijera. No quiero que arruine las hermosas alas de mi polilla. Alzo las manos sobre las tijeras para detenerla. La polilla escapa ilesa. Pero yo no tengo tanta suerte...

Saliendo del trance, caigo al suelo y me llevo las palmas al pecho, me duelen. Las cicatrices palpitan como si hubieran sido hechas recientemente. Morfeo se inclina sobre mí, alisándome el cabello. —Te dije que eras especial, Alyssa —murmura, el peso de su mano es extrañamente reconfortante en la parte superior de mi cabeza—. Nadie más ha sangrado por mí. La lealtad de un niño hacia otro no puede medirse. Tú creíste en mí, compartiste nuevas experiencias conmigo, creciste conmigo. Eso te ha ganado mi más sincera devoción.

Por fin lo entiendo. El otro recuerdo, el que yo suponía que era el real todos estos años, estaba ciega por lo que papá creía haber visto. Por lo que vio a través la ventana de la cocina, donde estaba haciendo tortitas. Él pensó que yo estaba bailando detrás de Alison, cuando todo el tiempo estaba tratando de proteger a mi amigo.

Alguien que *creía* mi amigo. ¿Un amigo se va volando y te deja sangrando y con el corazón roto?

Estoy retorcida. Todas las revelaciones son un revoltijo en mi mente, demasiado para absorber. El trauma que ha enfrentado mi cuerpo en las últimas horas está cobrando su precio. Mis cardenales palpitan y mis extremidades pesan tanto como rocas.

Aún de rodillas, me inclino contra los muslos de Morfeo, un soporte sólido. El cuero fresco de sus pantalones sirve de almohada para mis mejillas. Cierro los ojos. Sí... he estado aquí antes, apoyada de manera segura contra él.

Al principio creo imaginarlo cuando él se inclina y me carga en sus brazos. Pero cuando la esencia de regaliz y su piel caliente me rodean, sé que es real.

—Te marchaste —lo acuso, luchando por mantenerme despierta—. Estaba herida... y me abandonaste.

—Un error que juro por mi mágica existencia no volver a cometer jamás. —Aun cuando me acuna tan cerca, su respuesta suena demasiado

SPICINDERED A.G. HOWARI

lejos. Pero la distancia no importa; ha dado su palabra. Lo har mantenerla.

Entreabro los ojos para ver sombras sobre nosotros. ¿O son alas?

Por un momento, la preocupación por Jeb resurge en mi cabeza; luego caigo en un sueño oscuro y libre de pesadillas.

## Curioso y más curioso

Traducido por Marie.Ang & Chachii Corregido por Violet~ 133

engo calor... mucho calor. Una neblina azul brillante parpadea, luego desaparece, como el sol refractado en ondas. El flujo de agua se escurre en algún lugar cercano, y aún más cercano, está el roce de ropas.

—¿Jeb?

—Tómalo con calma, amor. —Morfeo se sienta a mi lado, piel con aroma a regaliz, cabello azul salvaje, ojos tatuados con terminaciones de joyas. Recuerdo ahora. Me trajo aquí desde el escondrijo de hongos. Me desperté en pleno vuelo antes de desmayarme por mi miedo a las alturas, luego desperté de nuevo por un instante mientras me metía en su cama.

La neblina azul es, de hecho, sábanas de agua que cae, lloviznando desde el elegante dosel atado al cabecero. Cortinas licuadas.

Las alas de Morfeo cortan a través de la cascada, que se retrae y lo deja seco. Cada vez que se desplaza, las cortinas acuosas se mueven con él, como si alguna especie de barrera invisible se interpusiera entre él y el aguacero.

Trato de sentarme, pero la pila de mantas es demasiado pesada. La claustrofobia hace a mi corazón latir.

—¿Morfeo? —Mi voz se quiebra, áspera y arenosa, como si hubiera estado chupando galletas saladas secas. Debe ser por todas las lágrimas que tragué en el océano.

Él se tumba a mi lado en el colchón, apoyado en su codo. Sus dedos tejen a través de mechones de cabello platino extendido sobre la almohada alrededor de mi cabeza.



Asiento, forzando mi mano a través de las mantas para tocarmo a garganta. —Jeb —murmuro.

Morfeo frunce el ceño. —Tu amigo está a salvo y descansando en la habitación de invitados. Lo que quiere decir que eres mía por ahora. — Empieza a retirar las mantas.

Lo que sentí como ataduras hace un minuto, ahora se siente como armaduras siendo removidas. No estoy segura de lo que estoy usando bajo las sábanas, así que sujeto la última manta restante a la altura de mi clavícula.

Morfeo se inclina cerca. Su cabello cepilla mi hombro expuesto, suave y haciendo cosquillas. —Pequeña capullo tímido —susurra, su dulce aliento me cubre—. Simplemente vamos a fusionar el dolor.

Fusionar... eso no suena como algo que mi papá aprobaría. Jeb tampoco, para el caso. Empiezo a empujar a Morfeo, pero la manta se desliza por mi cuerpo en la curva de sus dedos pálidos y elegantes. Me quedo en un camisón largo de satén, de tirantes de encaje color champagne. Cubre todo en los lugares correctos, sin embargo me siento expuesta. Morfeo tuvo que verme desnuda para ponerme esto. Cruzo los brazos sobre el pecho, con las mejillas calientes.

Sonríe. —No te preocupes. Mis mascotas te desvistieron. Cuando tomaron tus ropas para ser quemadas.

- —¿Quemadas? Pero... No tengo nada más...
- —Guarda silencio ahora, y quédate quieta.
- —Dijiste algo sobre un banquete. De ninguna manera vestiré esto. Aprieto los brazos a mi alrededor.

Niega con la cabeza, entonces empuja el borde de mi vestido hasta que está justo sobre mi tobillo, exponiendo mi marca de nacimiento. Me incorporo, a punto de apartar la pierna, pero sus profundos y oscuros ojos se vuelven a los míos. —Confia en mí.

La sensación de revoloteo en mi mente me insta a escuchar. Aquí en este lugar, donde ya no tengo el ruido blanco de voces distrayéndome, puedo escuchar mis pensamientos claramente por primera vez en años. Puedo entender ese latido en mi mente. La sensación de revoloteo, soy yo. Tengo otro lado —más allá de la buena niña e hija obediente— es instintivo y salvaje.

Es ese lado el que elige confiar en él, a pesar de nuestro bizarro pasado... o tal vez es por ello.

Rodando la manga de su camisa hasta su codo, Morfeo expone esa marca de nacimiento en su antebrazo, la que recuerdo de mis sueños. Intrigada por nuestras semejanzas, agarro su muñeca con una mano trazando las líneas con la otra. El laberinto brilla bajo mi tacto. Sus rasgos

cambian, y un gruñido escapa de su garganta, algo entre un ronroneo y un gruñido. Su brazo se tensa, como si tomara toda su concentración no moverse mientras apaciguo mi curiosidad.

A.Co I

Él es una contradicción: magia tensa se lista a atacar, dulzura en guerra con la severidad, una lengua tan afilada como el borde de un látigo, sin embargo, piel tan suave que podría estar envuelto en nubes.

Sosteniendo su mirada, recuerdo lo que significa *fusionar*. Tomo la iniciativa y presiono nuestras marcas de nacimiento. El calor provoca la unión, como cuando Alison sanó mi tobillo y rodilla, aunque esta es una reacción más volátil. El calor hierve lentamente por todo mi cuerpo, ruborizándome de pies a cabeza.

Morfeo me convence para que descanse y lleva hacia abajo el dobladillo de mi vestido antes de ponerme una manta hasta la barbilla. Se pone el sombrero y lo inclina hacia un lado. Sus alas barren alto cuando se pone de pie, y las cortinas de agua se elevan en un arco a su alrededor.

—No te muevas de ese lugar hasta que regrese con algo para tu garganta. —Hay un borde salvaje en su voz que hace que mi cuerpo se caliente más.

A medida que retrocede, la cortina de agua cae, cegándome al entorno. Al minuto en que escucho cerrarse la puerta del cuarto, me deslizo fuera de las mantas, presiono la columna vertebral a la cabecera y curvo mis rodillas bajo la barbilla, temblando cuando el aire fresco me golpea.

Cierro los ojos y pienso en cómo se siente, el pulso de su magia contra mi dedo, su carne contra la mía. Frotando mi marca de nacimiento, sacudo la euforia.

Cuanto más recuerdo a Morfeo y a este lugar, más me olvido de mí misma... o de lo que pensaba que era.

¿Por qué Alison no me lo dijo? Si tan sólo hubiera sido honesta, no estaría tremendamente confundida mientras Jeb está encerrado en otra habitación.

La culpa apuñala mi corazón. No. Ella estaba tratando de protegerme. Sufrirá tratamientos de choque innecesarios si no rompo la maldición y vuelvo pronto.

Instintivamente, estiro una mano hacia la cortina líquida y el agua reacciona ante mí como lo hizo con Morfeo. Se repliega como una cosa viviente y me deja seca. Agarro una manta, la ato alrededor de mis hombros en una capa improvisada, y salto a través de la cortina, aterrizando sobre una alfombra de felpa. Un eco de dolor permanece en mis músculos. Aparte de eso, no siento nada más.

Giro sobre los talones. La decoración de la habitación se siente vagamente familiar, salvaje y espectacular, al igual que su dueño. No hay ventanas o espejos. Una suave luz ámbar cae de araña de cristal gigante que ocupa la mayor parte del techo abovedado. Largas cortinas de terciopelo oro y púrpura cuelgan de las paredes, entrelazadas con hilos de hiedra, conchas y plumas de pavo real.

Un conjunto de estantes de cristales multicapas ocupan la pared a mi izquierda. La mitad de ellos tienen sombreros de todas las formas y tamaños, adornados con polillas muertas; la otra mitad tiene lo que a simple vista parecen ser casas de muñecas de vidrio transparente. Entonces me doy cuenta de que son terrarios.

Dentro de los terrarios, las polillas vuelan de lado a lado y se posan en las hojas y ramitas. Espesas telas de araña cubren los paneles de cristal en algunos lugares, similares a las correas en la pesadilla de Alice. Son capullos, orugas transformándose en polillas. Escuchando la cascada, pienso en cómo el ala de Morfeo cortaba a través del líquido antes, y lo comparo a mi sueño en el bote, cuando una hoja negra estaba a punto de deslizarse a través de la tela de araña.

No era una hoja en lo absoluto.

La puerta cruje y se abre, me doy vuelta con el corazón latiendo con fuerza.

Morfeo avanza por el umbral y nos encierra. —Levantada, ¿no? Y ni una gota de agua sobre ti. —Lleva una bandeja con una tetera y tazas de porcelana a juego—. Bien hecho.

—Tú. —Señalo con un dedo tembloroso hacia los capullos—. La pesadilla que he estado teniendo por años. La pusiste en mi mente, ¿no es así?

Su mandíbula se tensa mientras deja la bandeja sobre una mesa de cristal. —¿Qué pesadilla sería esa? No he estado mentalmente conectado a ti desde que tu madre se internó... no hasta ayer. —Sirve té en una taza. Jirones de vapor llenan la habitación, llevando notas de miel y cítricos.

—Soy Alice —digo—, buscando a la oruga. Ellos se van a llevar mi cabeza. Él es mi único aliado. —Me froto el cuello—. Espera, no. Ahí también está el Gato de Cheshire. Pero ninguno puede ayudarme. El Gato ha perdido su cuerpo, y la Oruga... —Miro a la vitrina—. Eres tú, atrapado en el interior del capullo.

Morfeo deja caer la tapa de la tetera con un ruido fuerte. Cuando se vuelve a mí, sus ojos son amplios. —Lo recuerdas. Después de todos estos años, conservas los detalles.

—¿Detalles sobre qué? —Mis piernas vacilan, y aprieto la manta alrededor de mi cuello.

Morfeo indica la silla que está a su lado. —Siéntate.

Cuando no me muevo, toma mi mano y me guía. Está llevando guantes negros ahora, recordándome a los que en el bote de remos en mi sueño. Estoy a punto de señalar eso cuando me tiende una taza.

—Toma algo de té, y recordaremos la historia.

¿Recordar?

Mientras sirve una taza para sí mismo, sorbo el mío. El líquido caliente y dulce calma mi garganta. Deslizo un dedo contra la mesa bajo mi plato. La superficie es un tablero de ajedrez, negro y plateado. Una lámina de vidrio lo cubre para protegerlo de derrames y raspaduras. Piezas de ajedrez de color jade, peones, torres, caballos y más, están dispuestas en un inusual patrón. Oraciones se ciernen sobre tres de los cuadrados plateados como por arte de magia, en pequeña escritura brillante. Me inclino para leerlas, capturando las palabras *océano* y *palma* antes de que Morfeo barra con su guante a través del vidrio y las borre.

- —¿Qué era eso? —pregunto.
- —Así es como me mantengo al tanto de tus logros.
- "Logros". ¿Te importaría explicarme? Tomo otro sorbo de té.

Sus alas se extienden anchas a cada lado de la silla cuando se sienta frente a mí, poniendo su sombrero sobre la mesa. —Preferiría mostrártelo.

Recupera una pequeña caja de latón de un cajón en su lado de la mesa. Su bisagra se desliza y abre, y Morfeo la inclina. El contenido se dispersa en el tablero de ajedrez, un juego totalmente distinto de pequeñas piezas. También están talladas en un jade verde pálido: una oruga fumando un narguilé, un gato con una sonrisa audaz grabada en su lugar, una pequeña niña en un vestido y delantal. Hay otros personajes también, todos familiares. Morfeo y yo jugábamos con ellas cuando lo visitaba en mis sueños.

Alcanzo la figura de Alice y la sostengo, trazando un dedo a lo largo de las líneas de su delantal. Con exterior de mármol y color verdoso, se ve diferente a las fotos, más frágil. Preciosa y rara, como la piedra en la que está tallada.

Morfeo levanta su taza y me mira por el borde mientras bebe, entonces la pone en su plato con un tintineo. —Ella siempre fue tu favorita.

Estoy halagada y asustada por la expresión de adoración que cruza su rostro. Una borrosa nostalgia se hincha dentro de mi pecho. —Solías contarme una historia con ellas.

—Lo hice, e<mark>s cie</mark>rto. O, más bien, solíamos verla.

<del>-</del>₹Verla?

Las joyas bajo sus ojos brillan, centelleando a un calmante azul. -¿Cómo te estás sintiendo, Alyssa?

Intrigada por la pregunta, frunzo el ceño. —Bien. ¿Por qué preguntas...? —Apenas hablo cuando la habitación empieza a girar, las piezas de ajedrez junto con ella. Mi taza de té se cae, la mitad de su contenido se derrama hacia arriba. Junto las manos en mi garganta—. Pusiste algo en mi bebida...

- —Simplemente limpio el paladar de tu mente. Debes estar relajada y tan ligera como una pluma para canalizar tu magia en las etapas iníciales. De lo contrario, vendrá en ráfagas y golpes, y será indomable, como lo fue en el Manicomio. —La voz incorpórea de Morfeo flota a mí alrededor mientras la lámpara de araña parpadea, de oscuro a claro, de oscuro a claro.
- —¿Estás diciendo...? —No, no es posible—. ¿Yo controlaba esa magia? —Pensar que tuve algo que ver con que Alison casi se asfixiara hace que mi interior tiemble.
- —Más bien fuera de control —regaña Morfeo—. Estabas demasiado angustiada para trabajarla apropiadamente.

Me esfuerzo por encontrarlo en medio del caos, necesitando ver su rostro, así sabré si habla en serio. —Pero, ¿cómo?

—En el momento en que tu mente aceptó la posibilidad del País de las Maravillas siendo real, se liberó el vacío de la duda que una vez te mantuvo atrapada —dice desde algún lugar sobre mí—. Ahora, deja de pensar como una humana. La lógica del habitante del Inframundo reside en la frontera borrosa entre sentido y sinsentido. Aprovecha esa lógica, visualiza las piezas de ajedrez cobrando vida; míralas, y lo serán.

Escéptica, giro en un círculo sin gravedad junto a todo lo demás: los estantes de vidrio, los sombreros, la mesa y el tablero de ajedrez. La cortina acuosa de la cama forma un túnel a nuestro alrededor, balanceándose y girando en un esfuerzo por no tocar nada. La Alice tallada se escapa de mi agarre cuando trato de mantener el equilibrio el cuarto que nada. Sin entusiasmo, pretendo que ella puede alcanzarme, tomar mi mano, pero sale de campo visual.

- —Había una vez una niña llamada Alice —dice Morfeo con una líquida voz calmante. Todavía no puedo verlo—. Era la inocencia y la dulzura, la felicidad y la luz. Tal vez su único defecto era que era muy...
- —Curiosa —termino por él, y en ese momento, las piezas de ajedrez crecen a tamaño humano. Intento con más ahínco imaginarlas vivas: visualizo sangre bombeando a través de sus cuerpos tallados como limpios

arroyos de montaña, imagino sus pulmones expandiéndose y enviando oxigeno a palpitantes corazones de piedra.

Estoy tan concentrada que me sorprendo cuando la oruga, con su narguilé echando humo en una mano, engancha mi muñeca. —Te pareces a una niña que conocí una vez. Su nombre empezaba con una A. Tal vez es tu caso, ¿también? —El humo verdoso se extiende en una gruesa y fragante capa a mi alrededor, igualando su brillo de jade.

El gato flota a nuestro lado. Sostiene la capa de humo y, usando sus garras como tijeras, corta ocho letras vaporosas para deletrear la palabra: *Alegoría*. Extiende las letras como una tira de copos de nieve de papel. La sonrisa en su rostro teñido de verde se ensancha.

—Ah —dice la oruga, las bocanadas de tabaco haciendo nubes nos rodean—, ella es una figura figurativa. Jugará en mi lado, entonces, ya que soy el académico.

El gato niega con la cabeza, su sonrisa desaparece. Empiezan un tira y afloja, sacudiéndome de un lado a otro. Grito, mis articulaciones llegan al límite. —¡Suéltenme!

—Tsk, tsk. Las únicas cosas figurativas aquí son ustedes dos grandísimos idiotas. —Morfeo rompe su agarre sobre mí, luego dobla una mano alrededor de mi cintura mientras arrebata el narguilé de la oruga con la otra—. Ahora, tomen sus lugares.

En ese momento, las piezas animadas de ajedrez descienden con las otras por el embudo de agua. Morfeo nos arrastra arriba, arriba, arriba hacia la enorme araña en el techo abovedado —la única parte en la habitación que continúa estable. Las bombillas son tan grandes como nosotros, y la vertiginosa altura me da náuseas. Rodeo su cuello con mis manos y apoyo mi cabeza en su liso pecho mientras él nos deja en la estructura de metal. —Esto no está sucediendo —digo. Pero lo está, porque puedo recordar que sucedió antes, años atrás.

—Encuentra tu coraje. Mira hacia abajo. Tu espectáculo está a punto de comenzar.

Sacudo la cabeza con los ojos apretados. —Estamos demasiado alto... hace que mi estómago se revuelva.

Él ríe e inhala una bocanada de su narguilé para luego soltar el humo sobre mí, saturándome en un aroma reconfortante.

—Así es como sabes que estás viva, Alyssa. Los revoltijos.

Antes de que pueda responder, un fuerte golpe me hace desviar la vista.

A.G. HOWARI

El embudo de agua forma una cortina, la cual se divide para revelar escenario. La habitación de Morfeo se ha transformado. Las piezas vivientes de ajedrez dominan la escena, sus cuerpos son de un intenso blanco verdoso sobre un tablero de un brillante negro y plata, el cual se extiende a lo largo del piso. Todo está dispuesto en un gran círculo que me recuerda al anillo central del circo.

El esposo de la reina, rey de la Corte Roja, se reclina contra el trono de terciopelo. Otra mujer con ropas reales permanece a su derecha, lazos carmesí atados en cada dedo. Hay lazos en sus pies descalzos, también. Ella sigue acallando a las cintas, como si estás no fueran a tranquilizarse. La Reina Roja está delante de ellos dos, encadenada. La tribuna de jurados, la cual es en realidad una jaula llena de tigres dientes de sable y focas con cabeza de burbuja, están sentados a la derecha. Guardias de la Baraja bordean los muros.

Sentada en la pequeña silla está la pequeña Alice, quejándose por el dobladillo de su vestido entallado.

Rabid White está detrás de ella, sus cornamenta baja y sus hombros caídos, viéndose consumido y miserable. Su chaqueta y botas son del mismo tono veteado que el de su brillante calva. Una extraña variedad de criaturas está sentada en las gradas de madera y están comiendo cacahuates y palomitas de maíz. Incluso la Reina Ivory y sus caballeros elfos están presentes.

Una criatura con cara de sapo se pone de pie detrás de un podio, aunque está vestido más como un cabecilla que un juez. Golpea con el martillo.

—¡La Corte Roja entra ahora en sesión! —Su emplumada peluca se retuerce. Sólo cuando se coloca sobre largas piernas de palo me doy cuenta de que es una cigüeña. Después de acicalarse las plumas de jade, se coloca nuevamente en el lugar, y el juez continua—: Reina Roja, porque La Alice entró a nuestro mundo a través del agujero del conejo, el cual está en la provincia Roja, y porque usted falló en capturarla antes de que diera rienda suelta a sus travesuras por todo el País de las Maravillas, ha sido acusada de grave negligencia y estragos por asociación. ¿Cómo se declara?

Las alas de la Reina Roja languidecen detrás de ella. Mira al rey y a la mujer con los lazos. —Declaro preocupación temporal contraída por un corazón roto. Mi marido me dejó por Grenadine... estaba demasiado distraída por la traición para notar algo tan insignificante como una niña mortal entre nosotros.

Los susurros explotan en la tribuna de jurados. Grenadine mira con remordimiento las cintas en sus pies. El rey se remueve sobre sus cojines de terciopelo.

Eres tú quién debería estar encadenado —dice la Reina Roja a su marido—. ¿No fue suficiente que antes de su muerte, mi padre la haya favorecido sobre mí, a un amnésica y mimada chiquilla que ni siquiera es de su sangre? Pero tu traición es mucho peor. Mi afectada hermanastra no puede recordar qué día es a menos que uno de sus lazos charlatanes atrape su atención. Ella ciertamente no puede recordar a quién se supone que ama. Tú eres responsable de cortejarla y distraerme de mis obligaciones.

El juez se inclina sobre su podio, abrazándolo con sus manos palmeadas. —Tal vez deberías estar agradecida con tu marido por negociar con esta corte para dispensarte de la pena más severa. Debes ser encontrada culpable, serás exiliada a las selvas. Preferentemente a perder tu cabeza, debería decir.

—¿Y en cuanto a *La Alice*? —La Reina Roja lanza una mirada mordaz al estrado de testigos—. ¿Qué hay de su sentencia?

El juez señala con su martillo a Alice. —Ella ha elegido leer su confesión escrita a cambio de ser enviada a casa con la promesa de nunca regresar y olvidar todo lo que ha visto. —Asiente hacia la niña, instándola a que se ponga de pie.

Me inclino hacia adelante para conseguir una mejor vista, tan dedicada al resultado que ya no me preocupo por cuán alto estoy, dependiendo únicamente del brazo de Morfeo alrededor de mi cintura para mantenerme anclada a la araña.

Alice hace una reverencia antes de tomar un pedazo de papel de su delantal. Tose dos veces, delicadamente, luego lee en voz alta: —Quizá mi primer error fue a quién escogí para ser su amiga. ¿O es que ellos me eligieron a mí? El gato sonriente y la oruga que fuma... oh, ¡ellos idearon unos buenos planes!

Miro sobre mi hombro a Morfeo, quien suelta una nube de humo y sonrie tímidamente.

Debajo de nosotros, el juez mueve su mazo, inquietando a la cigüeña sobre su cabeza. Hace un sonido de chasqueo y le arrebata el mango del martillo con su pico. —¡Las descripciones de los planes, si eres tan amable! —grita el juez, luchando con el pájaro por su premio.

Alice se aclara la garganta e inhala profundamente. —Pusimos un alto inoportuno a una fiesta de té, derramamos sopa sobre una duquesa y así pudimos hacerla estornudar, le robamos los guantes y el abanico, desencadenamos un océano accidental, y ayudamos a un hambriento artesano a engañar a su amigo morsita por un millar de almejas chillonas, gracias.

Varios bivalvos miembros de la audiencia arrojaron sus palomitas de maiz a la testigo y chillaron la palabra: —¡Escandaloso!

Alice esquiva la lluvia de cacahuetes agachándose detrás de su silla. El juez, quien ha logrado salvar su martillo con la pérdida de su peluca y su dignidad, le hace señas para que se ponga de pie y derecha. —¿Cómo llegaste a esconderte en el castillo de la Reina Ivory?

—De hecho, no me estaba escondiendo. El Gato Chessie y el señor Oruga insistieron en que visitara a la Reina Ivory y le pidiera que me enviara a casa, ya que ella es más agradable que la Reina Roja. —Alice lanza una mirada mordaz en dirección a Roja.

La encadenada reina gruñe y sus cadenas se mueven como si estuvieran vivas, casi capturando el tobillo de Alice antes de que esta se apresure hacia su silla.

Repiqueteando su martilleo, el juez demanda orden. —¿Podría el consejero de la Reina Roja dar un paso adelante y reñir a sus cadenas?

Rabid White se mueve hacia adelante para tomar los eslabones de metal y mantenerlos firmes.

—Continua —dice el juez.

Amasando sus manos enguantadas, Alice trepa y recita el resto de su confesión de memoria. —Ivory parecía contenta de tener invitados. De hecho, le tenía mucho cariño al Sr. Oruga, quien es gallardo en su propia y sinuosa manera. Justo cuando me estaba preparando para seguir a los caballeros a la torre más alta del castillo, donde mi camino a casa me esperaba, llegó una invitación de la corte de la Reina Roja: un partido de croquet. Pero eso era una trampa, así podría encarcelarme y forzar mi confesión para este juicio. —Hace una reverencia una vez más—. Sinceramente siento el problema que he causado. ¿Puedo, por favor, irme a ahora casa?

—¡Tú nunca te irás a casa, pólipo canceroso! —grita la Reina Roja.

Casi no me percato de lo que sucede a continuación. Las manos de Rabid se mueven más rápido que un relámpago, sacando una daga que mágicamente corta a través de las cadenas de metal de la Reina Roja. Ocurre tan rápidamente, que nadie ni siquiera lo nota hasta que la reina aletea y toma a Alice por los hombros, alzándola por los aires. La cigüeña del juez toma la filosa hoja del suelo y sigue a la Reina Roja mientras esta vuela con Alice fuera de la corte, junto con todos los demás.

Al minuto de marcharse, lucho contra el agarre de Morfeo.

-¡Síguelos! -demando.

—Síguelos tú misma —dice él, y me suelta. Grito, dando vueltas en el aire, mi estómago subiendo hasta mi garganta. Un picor comienza detrás de mis omóplatos, como si algo se estuviera rasgando para salir; luego se va tan pronto como empezó. A centímetros de golpear el suelo con la cabeza, doy vueltas alrededor y caigo en mi silla, taza de té en mano

Las piezas de ajedrez se encuentran dispersas en la superficie de la mesa como si esa recreación nunca hubiera sucedido.

Yo sabía la verdad.

Morfeo se sienta frente a mí, girando la pieza de la Reina Roja mientras mi estómago se hunde de nuevo en su lugar.

- -¿Cómo termina eso? pregunto.
- —Tu pesadilla lo sabe.

Pongo la figura de Alice en un espacio negro. —La cigüeña y la reina lucharon en medio del aire. Alice escapó y llegó buscándote.

- —Pero yo no pude hacer una maldita cosa por ella porque ya había comenzado mi metamorfosis. Estuve encerrado en ese capullo por setenta y cinco años.
  - -Entonces, ¿cómo ganó Alice?

Morfeo rueda la estatua de la reina roja a través del tablero, derribando a Alice. —No lo hizo. Como bien sabes, su linaje estaba maldito.

—Y es por eso que me trajiste aquí.

Asiente una vez. —Para liberar a tu familia debes re-abrir los portales de regreso a casa, tienes que corregir todos los desastres que causaron que la Reina Roja fuera exiliada y perdiera su corona: drenar el océano, regresar los guantes y el abanico a la duquesa, hacer las paces con las almejas y los invitados a la fiesta del té. Sólo tú puedes romper las mágicas cadenas de Roja.

Un pesado silencio le sigue, roto únicamente por el sonido de la cascada de agua alrededor de la cama. Me estiro para tomar la figura de la oruga, pero la mano de Morfeo atrapa la mía. El calor se filtra a través de sus guantes hacia mis huesos.

Por un instante, lo veo a él tan claramente como el niño bromista que era cuando pasábamos tiempo juntos en mis sueños. Yo lo entendía entonces, el por qué juntaba cadáveres de polillas, porque sus alas representaban la libertad, algo de lo que él había sido privado mientras estuvo encerrado en su capullo... por qué amaba volar, especialmente en las tormentas, porque dejando atrás al rayo le daba una sensación de poder. Al igual que él entendía mis caprichos: mi miedo a las alturas, mi hambre por la seguridad. Pero aquí, él es torturado, seducido, e ilegible. Todo crecido con tanta carga como yo.

—Es por eso que estás involucrado —murmuro, probando una hipótesis—. Para apaciguar tu culpa por fallarle a Alice.

Silbando, se pone de pie en una ráfaga de alas y piel. Esta se mueve Cápidamente a través de mi cabello. —Mi culpa por lo que ocurrió con Alice

nunca será apaciguada. —Arrebata la figurilla del Gato de Cheshire y se pasea por la alfombra. A pesar de su impresionante altura, es tan elegante como un cisne negro—. Y no te engañes. No soy así de altruista.

—Sé que eres demasiado bueno para pensar lo contrario. —Levanto una ceja, brindando con mi taza de té.

Me mira brevemente, casi sonriendo. —En su lucha con la cigüeña, Roja se las arregló para conseguir la espada. Yo podría haber sido inalcanzable en mi capullo, pero Chessie estaba allí. Se lanzó a buscar a Alice antes de que Roja pudiera decapitarla. Recibió el golpe que estaba destinado para la niña. —Morfeo balancea la figura del gato en la punta de sus dedos, sosteniéndolo a la luz—. Cheesie es una rara mezcla, no sólo una parte espíritu y otra parte cuerpo, sino los dos en uno. Puede desaparecer y reaparecer en medio del aire, distorsionarse en cualquier forma. Esta criatura es casi imposible de matar. Cuando la Roja lo cortó con la espada vorpal, la única hoja que puede cortar a través de cualquier ser mágico en el reino del Inframundo, dividió su magia en dos. Partido en dos, pero aún vivo.

- —Así que, ¿no murió? —Dejo mi taza de té a un lado.
- —No exactamente. Su cabeza rodó hacia los arbustos donde se estaba escondiendo Alice. Se las arregló para atrapar la espada vorpal con su boca y escupirla a sus pies. La mitad inferior de Cheessie fue capturada por la Reina Roja, y en un último acto de desafío, ella se la dio como alimento a su mascota bandersnatch antes de que fuera capturada y desterrada del reino.

Morfeo sacude la caja que antes contenía las piezas de ajedrez. Cae la figura más grande de todas: una grotesca criatura con garras de dragón y una cola puntiaguda. Su boca abierta y dientes afilados envían un escalofrío de terror por mi columna. Cuando era pequeña, solía esconder esta pieza mientras animábamos las otras.

Morfeo lanza el gato al aire, luego lo deja sonar audiblemente en su palma, apretando los dedos alrededor de éste. —¿Qué te enseñé yo acerca del bandersnatch? —pregunta, poniéndome a prueba.

—Es más grande que un vagón de carga. Se traga su comida entera de tal manera que su víctima se descompone lentamente en la oscuridad de su vacía barriga, una muerte que puede tomar cerca de un siglo en completarse.

Ese destello de orgullo brilla de nuevo hacia mí. —Correcto. Para Cheesie, quien no puede morir, es como estar exiliado en una isla desierta, sin sol, luna o estrellas. Viento, o agua. Sólo muerte a todo tu alrededor. Allí su mitad reside hasta este día, atrapada y deseando reunirse con la cabeza una vez más.

Un nudo de simpatía golpea mi corazón. —Quieres que ayude a liberar a Chessie del bandersnatch, de tal manera que pueda encontrar su cabeza otra vez.

1 COL

Morfeo gira sobre sus talones y me mira, las alas caídas. —Todo lo que necesito es la espada vorpal. Sólo esa hoja puede cortar a través de la piel del bandersnatch. Alice escondió la espada en un lugar en el que sabía que estaría segura. En algún lugar tan ridículo y mundano, que nadie miraría ahí. —Su mirada se posa en las figuras delante de mí, y yo recojo un personaje con un sombrero raro y con aspecto de cesta.

- —La fiesta del té. El Sombrerero Loco la tiene —adivino.
- —Lo has olvidado. Esto es estrictamente un Carrollismo, el nombre que Lewis usó en su relato de ficción. Su verdadero nombre es Herman Hattington y no hay nada de loco en él. De hecho, es más bien alegre, cuando está despierto.

Doy un suave golpecito sobre la figurilla, esperando por la explicación. —Alice dejó a los invitados de la fiesta del té bajo un hechizo de sueño —continua Morfeo—. Despiértalos, y ellos podrán decirte dónde está la espada. Ya has secado el océano y has hecho las paces con las almejas. Tengo un invitado que viene al banquete de esta noche para recoger los guantes y el abanico en nombre de la duquesa. Después de eso, enderezar las cosas para los invitados de la fiesta es lo único que te quedará por hacer.

Parando nuevamente la figurita de Alice, pongo a la oruga junto a ella, pensativa.

Morfeo regresa a la mesa y deja al gato en la caja de latón, luego se lleva a todos los otros personajes con él. Parándose frente a mí, me tiende su palma. —¿Qué dices tú, Alyssa? ¿Estás dispuesta a ayudarme mientras te ayudas a ti misma? ¿Un favor por un amigo de la infancia?

Una vez que Jeb y yo regresemos a casa, le puedo decir a Alison que finalmente la pesadilla ha terminado, que nunca estaremos conectados al País de las Maravillas otra vez. Sólo pensar en su sonrisa provoca una chispa en mi corazón.

Tomando un respiro, deslizo mis dedos en los de Morfeo y encuentro su mirada. —Lo haré.

Él levanta mi mano y presiona los suaves labios sobre mis nudillos. —Siempre supe que lo harías. —Entonces sonríe y sus joyas brillan como el oro.



## Jabberlock

Traducido por Amy Ivashkov & Elle Corregido por Elle & Melii

Espero en una sala fría y llena de espejos, con una mesa de vidrio y sillas. Se supone que me encuentre aquí con Jeb. Me muero de ganas de verlo otra vez, pero al mismo tiempo estoy nerviosa de cómo va a reaccionar por mi decisión de ayudar a Morfeo sin haberlo consultado con él primero.

Cierro mis ojos, desorientada por el movimiento a mí alrededor. Los espejos llenan cada centímetro del techo y las paredes, incluso los pisos, y figuras sombrías se deslizan por los reflejos.

En nuestro mundo, los espejos son hechos mediante la aplicación de una capa de pintura de aluminio plateado sobre la parte trasera de un panel de vidrio. Una persona no puede ver nada más que su reflejo. Aquí, puedo ver las sombras en su interior, como si estuvieran intercaladas entre las capas. Morfeo me dijo que son los espíritus de las polillas. Esto me hace preguntarme acerca de los bichos que he matado.

Aparentemente, en el País de las Maravillas todas las personas —o cosas— tienen un alma. El cementerio es un lugar sagrado venerado por todos los Habitantes del Inframundo; nadie pone un pie en el interior, a excepción de las guardianas del jardín: las Hermanas Twid.

En las manos de las gemelas, los muertos son cultivados: sembrados, regados y desherbados como un jardín virtual de flores fantasmales. Una hermana nutre las almas, cantando a los recién llegados y manteniendo el contenido de la flora espiritual. La otra hermana saca a los espíritus marchitos que se han vuelto amargos o enojados, algo que tiene que ver con encerrarlos dentro de otras cosas para la eternidad.

Las Hermanas Twid ahora mismo no se llevan bien con Morfeo, él se niega a enviarles a sus polillas muertas. Prefiere dejar que vuelen libres en algún lugar entre la vida y la muerte que atarlas en una prisión de suciedad. Así que las esconde en el interior de sus espejos.

Algunos podrían llamarle morboso. Yo veo cierto grado de tern**ura** 

Algúnos podrían llamarle morboso. Yo veo cierto grado de ternura ah, es su esfuerzo para darles dignidad. La misma ternura que he vislumbrado en nuestro pasado, y antes, cuando trató mis lesiones.

La marca de nacimiento en mi tobillo es universal para las criaturas del País de las Maravillas —llaves hacia su mundo y una manera de sanarse unos a otros— y una parte de la maldición Liddell. Todavía no se por qué, en su vejez, Alicia perdió la marca. O por qué olvidó su tiempo en el mundo real, jurando que vivía en una jaula de pájaros aquí en lugar de haberse casado y tenido una familia. Al menos una cosa está clara: soy parte de este reino hasta que pueda romper en pedazos la maldición.

Unas botas pesadas hacen eco a lo largo del suelo de espejos y levanto la vista. —¡Jeb! —Corro hacia él. La superficie es resbaladiza y las botas que me dieron los Espíritus de la Naturaleza tienen poca tracción. Me deslizo. Jeb deja caer la mochila, salta y me atrapa. Me levanta hasta que nuestras frentes se tocan y mis pies cuelgan sobre el suelo. Nunca deja de sorprenderme la facilidad con que me puede levantar, como si no pesara absolutamente nada.

Acaricio su cara afeitada y el piercing granate de su labio; respirándolo, asegurándome de que está bien.

- —¿Te tocó? ¿Te hirió? —susurra Jeb en el silencio.
- —No. Fue un caballero.

Jeb frunce el ceño. —Quieres decir un caballero cucaracha<sup>15</sup>.

Resoplo, lo que funde su severidad y lo hace sonreír. Me da vuelta. —Te extrañé —dice.

Meto la barbilla bajo su amplio hombro y lo abrazo con fuerza. Mi cuerpo tiene sed, bebiendo su calor como una esponja. —Nunca me dejes ir, ¿de acuerdo? —En cualquier otro momento, eso podría sonar patético, pero ahora mismo es la petición más genuina que he hecho.

—No planeo hacerlo —susurra, su boca está lo suficientemente cerca y su aliento roza la parte superior de mi oreja.

Cuando nos soltamos, mira correr a nuestro alrededor las siluetas móviles. —Gossamer me habló de ellas —dice—. No le creí. El tipo está loco por las polillas.

Apoyo los antebrazos en sus hombros, mis pies todavía se balancean contra sus espinillas.

—Deberías ver su habitación. Tiene pequeñas casas de cristal llenas de polillas vivas. Las mantiene ahí hasta que salen de sus capullos. Cuando son lo suficientemente fuertes, las libera.

<sup>15</sup> Caballero cucaracha: Juego de palabras. Jeb fusiona gentleman (caballero) y cockroach (cucaracha para formar la palabra gentleroach, que no tiene traducción al español.

IBROS DEL CIELO

-¿Te tenía en su habitación? —Una nube oscura cruza la cara de ¿Juras que no intentó nada?

—Palabra de niña exploradora.

Me aprieta la cintura, haciéndome cosquillas. —Es una lástima que nunca fueras una niña exploradora.

Me retuerzo y sonrío. —No pasó nada. —Es una mentira. Morfeo me afectó grandemente al mostrarme una parte de mí misma que a duras penas me creo que existe... una que no estoy segura que Jeb será capaz de aceptar. Pienso que tal vez no tenga que saber sobre las vibraciones en mi cabeza o mis poderes raros. Tal vez pueda esconder mis tendencias malditas hasta que salgamos de aquí y esté curada.

Con los dedos entrelazados alrededor de su nuca, tiro de su coleta. Para que podamos encajar en el banquete, ambos vamos disfrazados. Se supone que él es un caballero élfico, así que los Espíritus de la Naturaleza arreglaron su cabello de manera que cubriera las puntas redondas de sus orejas. Me gusta de este modo. La línea fuerte de su mandíbula y sus rasgos expresivos son el centro de atención.

- —Pensé que usarías un sombrero —bromeo.
- —Nah. Esos están reservados para los gusanos con alas.

Me río y le doy un codazo sobre los hombros, entonces me baja y me pone sobre el suelo. —Te ves asombrosa.

—Gracias. —No le digo que mi traje es creación de Morfeo: un camisón corto de tirantes con una cascada de volantes que comienzan bajo mis pechos y bajan hacia la mitad del muslo. Los volantes tienen adornos de encaje rojo y complementan el cinturón rojo estilo bondage con incrustaciones de rubíes resplandecientes que ciñen mi cintura. Cinco anillos de plata maciza embellecen el cinturón, igualando a la blusa gris bajo mi túnica. Las mangas hinchadas de la blusa me cubren los brazos hasta las muñecas, donde sobresalen unas guantillas de encaje rojo. Un leotardo de rayas grises y melocotón recubre mis piernas como bastones de caramelo, desapareciendo en unas botas de terciopelo rojo a la altura de la rodilla.

Todo el conjunto es un esfuerzo calculado para hacerme lucir salvaje e indomable, para que los excéntricos invitados a la cena sean más receptivos conmigo. A tal fin, los Espíritus de la Naturaleza tejieron bayas rojas y flores en las rastas en mi cabeza, luego metieron la horquilla de los tesoros reclinables de Alison justo encima de mi sien izquierda. Por alguna razón, Morfeo insistió en que me lo pusiera.

Señalo el uniforme de caballero élfico de Jeb. —He visto esto antes. Esa cruz representa a la élite de los elfos de piedras preciosas. —Los pantalones negros envuelven sus piernas como un par de vaqueros muy

PUNDERED

A.G. HOWARI

gastados. Hay una cadena de plata que cuelga de las trabillas, formando la ilusión de cinco hebras separadas, y una cruz hecha de brillantes diamantes blancos en su muslo izquierdo. Deslizo mis dedos a lo largo de las joyas—. No eres sólo un caballero... eres uno de los escoltas reales.

Jeb detiene mi mano sobre su musculoso muslo. Su mirada se intensifica, justo como cuando nos abrazamos en el suelo del océano.

Alejo mi mano y él aprieta su mandíbula.

Avergonzada, me concentro en el resto de su uniforme. La camisa es de manga larga, hecha de algo ceñido. Es de plata con rayas verticales negras hechas de tela semitransparente. Busco sus quemaduras de cigarrillos, con pesar de verlas, entonces me doy cuenta de que el pelo de su pecho se ha ido. —¿Te afeitaste?

Mira a las rayas negras transparentes. —En realidad, no tenía espejo en mi habitación. Gossamer lo hizo después de mi baño, cuando afeitó mi cara. Dijo que los elfos no tienen vello en ninguna parte del cuerpo excepto la cabeza.

¿Ninguna parte? Me lo imaginé desnudo, Gossamer tocando sus abdominales entre otros lugares. —¿Esa Espíritu de la Naturaleza te vio desnudo?

Se aclara la garganta. —Además de ella, creo que había unos treinta subiendo por mi cuerpo en algún momento.

Una oleada de celos me ataca. Mis puños se aprietan. —¿Treinta Espíritus de la Naturaleza te tocaron desnudo?

—Deja el asunto de los Espíritus de la Naturaleza, ¿sí? Las judías voladoras no son lo mío. Ahora, ven aquí. Hay algo que quiero mostrarte. —Me da vuelta de cara a la pared recubierta de espejos y se para detrás de mí, apoyando la barbilla en mi cabeza mientras levanta las manos a cada lado de mi cara—. Mira tus ojos.

El espejo me devuelve mi imagen, transpuesta a través de las sombras de las polillas. Me di cuenta del maquillaje cuando entré por primera vez a la sala. Los Espíritus de la Naturaleza habían hecho un trabajo increíble al hacer que luciera real. La sombra de ojos negra se precipita bajo mis pestañas inferiores como las rayas de un tigre. Las líneas se parecen a los tatuajes de Morfeo, sólo que en una versión más femenina.

—Has estado así todo el tiempo. Lo noté por primera vez cuando salimos de la madriguera del conejo. Pensé que tu maquillaje se había corrido, pero después del océano todavía lo tenías. No hice la conexión hasta que vi a Morfeo sin su máscara hace unos minutos. —Jeb hace una pausa, luciendo como si estuviera enfermo. Con sus pulgares frota los hordes de los diseños negros—. No se borran. ¿Y el brillo por toda tu piel?

Eso no son restos de sal. En serio, estás empezando a parecerte a mis bocetos de hadas.

Sintiéndome asqueada, enrosco los volantes de la túnica en un dedo. Eso explica por qué el Octobenus pensaba que era una Habitante del Inframundo. —¿Por qué no dijiste nada?

-Estábamos demasiado inmersos en todas las cosas que pasaron.

Aparto la vista de mi reflejo. —Así que la maldición está empeorando.

—Más de lo que crees. —Jeb se pone detrás de mí y pasa sus manos por la parte posterior de mis hombros—. Hay hendiduras en tu traje... ¿las alas vienen después?

Sus pulgares callosos acarician la piel desnuda a lo largo de mis omóplatos. No puedo responder. Por lo que hemos visto hasta ahora, sólo algunos Habitantes del Inframundo tienen alas. La idea de algo brotando de mi piel me hace sentir mareada. De hecho, pensar en los cambios que ya he experimentado es suficiente para hacerme sentir como si estuviera montando una especie de carrusel loco y desbocado.

Jeb frunce el ceño hacia el reflejo. —¿Por qué esta maldición sólo afecta a las mujeres en tu familia?

- —Alicia era una mujer —respondo, todavía pensando en la pregunta de las alas—. Sólo una mujer puede deshacer sus desastres.
- —Desastre —dice Jeb, frunciendo aún más. Agarrando mis brazos suavemente, me da vuelta y me mira fijamente a los ojos—. Cuando estaba con los Espíritus de la Naturaleza, Gossamer mencionó lo que le hiciste al océano. No lo llamó arreglar un desastre; dijo que era una *prueba*. ¿Y lo más raro? Parece resentida porque lo lograste... resentida porque estés aquí. Algo no cuadra. No haremos más nada hasta que pulpa de bicho se sincere con nosotros.
- —Él ya me ha dicho la verdad. Me dijo los pasos que tengo que seguir. —Le cuento a Jeb lo que aprendí en la habitación de Morfeo, aunque no soy lo suficientemente valiente como para compartir información acerca de nuestro momento de "fusión", o del espectáculo de títeres con las piezas del ajedrez mágico.
  - —Así que, ¿solamente vas a aceptar su palabra?
  - —Tiene motivaciones nobles. Su amiga está en problemas.
- —¡Deja de humanizar al tipo, Al! —Jeb golpea una mano contra el espejo. Las sombras de las polillas se alejan con rapidez, como si se hubieran sobresaltado—. Él no es de nuestro mundo, ¿bien? Y tiene este poder para meterse en tu cabeza. Los vi en el claro... no puedes pensar con claridad cuando está alrededor.

La acusación reaviva mi ira sobre Londres. —¿Así que vas a jugar esa carta? ¿Qué no soy lo suficientemente fuerte para pensar por mi misma?

- -Esto es diferente. ¡Mira lo que te está pasando!
- —Pero puedo detenerlo haciendo una cosa más. Eso es todo.
- -¿Ah, sí? Como yo lo veo, cuanto más haces por él, más te le pareces.
- —No. Estás equivocado. —Juego con una de mis trenzas, deseando poder convencerme tan fácilmente mientras las palabras salen de mi boca como un chorro de agua. Deseando poder negar que cuanto más tiempo estoy aquí, más se arraiga en mi sangre este sitio, o que Morfeo es el torniquete fuertemente apretado alrededor de mis venas.

Jeb rechina los dientes con tanta fuerza que su mandíbula se sacude. —No vamos a discutir sobre esto, Al. Eso es lo que él quiere. No dejaré que lo haga.

—¿Hacer qué?

Envuelve en su muñeca el cabello con el que estoy jugando y tira de mí hacia él, inclinando la cabeza, así que nuestras frentes se tocan. — Meterse entre nosotros.

Mi cuerpo entero se vuelve suave y cálido con la posesividad ronca en su voz, pero él no tiene derecho. —¿Lo olvidaste? Ya hay alguien entre nosotros. Te mudas con ella a Londres.

—Era un idiota. Pensar por un segundo que estar en el otro lado del océano podría darme algún tipo de control.

Un nudo se aprieta ardiente en mi pecho y doy un paso atrás. — ¿Control? ¿Sobre qué? ¿Mi vida? Verifica la realidad, Señor Distraído: ya no soy tu "hermana pequeña". Estoy harta de ser etiquetada con el resto de tus responsabilidades, algo entre cortar las uñas de los pies y cambiar de calcetines. —Lo empujo a un lado y me dirijo hacia la silla de vidrio, decidida a esperar ahí a Morfeo.

Sin advertencia, Jeb engancha uno de los anillos de mi cinturón y me da la vuelta. En un suave movimiento, me levanta sobre la estrecha mesa con forma de medialuna. Mi piel se estremece bajo su toque mientras me lleva hasta el final de la pared, sus caderas metidas entre mis muslos. Estamos cara a cara. La sensación de revoloteo llena mi cabeza, y a la sombra de mi lado más oscuro, una oleada de satisfacción se eleva, una emoción perversa con la que puedo avivar su reacción instintiva.

Pongo mis manos en sus hombros para mantener la distancia entre nosotros, pero es pura apariencia. Mi engaño desaparece en el instante en que agarra mis muñecas y las baja, inclinándose de modo que nuestras narices easi se tocan.

—Verifica tú la realidad —dice, su aliento es una corriente cálida en la fría habitación—. Sé que ya no eres una niña. ¿Crees que estoy ciego? Sus dedos se entrelazan con los míos, clavando mis brazos contra los espejos suaves y fríos, de manera que nuestros corazones latan juntos—. Eres tú la que no se da cuenta, porque no hay nada fraternal en la forma en que me haces sentir.

Mi cerebro se apaga. Debo haberme tragado todos los espíritus de polillas de aquí a la eternidad. Puedo jurar que están revoloteando en mi estómago.

Jeb libera mis dedos y pone sus manos en mi cara, casi no me toca, como si yo fuera frágil. —Estoy perdiendo el control sobre mí. Cientos de bocetos y todavía no tengo suficiente de tu rostro. —Traza el hoyuelo de mi barbilla con su pulgar—. Tu cuello. —Su palma se mueve a lo largo de mi garganta—. Tus... —Ambas manos encuentran mi cintura y me arrastra fuera de la mesa, así que estamos de pie, cara a cara—. No voy a perder otro segundo dibujándote —susurra contra mis labios—, cuando puedo tocarte. —Presiona su boca contra la mía.

Una chispa, caliente y eléctrica, salta entre nosotros. El asombro y una reluciente sensación pasan a través de mí, brillando con su calor y sabor. Seis años de secreto deseo. Seis años de negar que él es la órbita de mi mundo. Y pensar que él también ha estado huyendo de mí.

A la deriva en la incredulidad y el placer, me congelo. Mis brazos cuelgan a mis costados, abriendo y cerrando los puños. La boca de Jeb vibra contra la mía en un gemido. Pone mis manos alrededor de su cuello y se inclina más cerca.

Sabe increíble, como chocolate y sal. Es algo familiar, aun así es nuevo y excitante. Me agarro a su cuello. Los sentimientos que he estado reprimiendo se desenrollan dentro de mí como anguilas eléctricas, llevándome a la vida. Cada receptor sensorial vibra, súper consciente. Lo saboreo, lo respiro, lo siento.

Sólo él.

Mis labios siguen los suyos, latiendo lento, suave y cálido. Su piercing me rasca la barbilla en áspera y sexy compensación.

Sus manos guían mi mandíbula, mostrándome como inclinar el rostro. Juguetea con mis labios, abriéndolos con los suyos. Rozo mi lengua por sus dientes, encontrando el incisivo torcido antes de que su lengua atrape la mía.

Tal vez estoy respirando demasiado fuerte. Tal vez estoy babeando en exceso. Tal vez nunca estaré a la altura de las otras chicas con las que ha estado. Pero no importa, porque de todas las cosas que he vivido en este viaje —encogerme, crecer, Espíritus de la Naturaleza voladores, una

sala de ajedrez con piezas vivas— ninguna de ellas es más mágica que est momento.

Sus besos se convierten en caricias a lo largo de mi rostro y mi cuello, suave y conmovedor. —Al —susurra—. Sabes tan dulce... como a madreselva.

-No -murmuro, confundida.

Se retira, sus ojos pesados y oscuros. —¿Quieres que me detenga?

—No. —Me he quedado dormida rezando para que me mires así, para que me toques así—. No rompas mi corazón.

Las sombras de las polillas se deslizan sobre él en el techo espejado, distrayéndome de la ferocidad de su ceño arrugado. —Primero me sacaría el mío.

Creo que lo haría. Me estiro en puntillas y tomo su cola de caballo. Esta vez, yo lo beso a él. Me responde con un gruñido emocionante mientras sus dedos se clavan en mis caderas. Paso mis manos enguantadas por su pecho, buscando las cicatrices. Me detengo en las cadenas de su cintura, agarro las picaduras de metal con mis dedos y nos llevo a una pared. Un frío se filtra del espejo a mis omóplatos, pero el ajuste perfecto de su cuerpo contra el mío prende mi sangre como mil fuegos pequeños, consumiéndome.

Los dos estamos tan metidos en esto, que ninguno escucha los pasos hasta que un gruñido nos separa. Nos damos vuelta, encontrando a Morfeo con suficiente ira en sus ojos negros como para enviar al Diablo directo al Cielo.

Jeb saca sus dedos de los anillos de mi cinturón, pero mantiene una mano en la parte baja de mi espalda. Me toco los labios, están palpitantes y glotones, con hambre de más.

—Bueno, bueno, ¿no es esto agradable? —Esta vez la voz de Morfeo no es líquida; chirría en mis tímpanos como clavos oxidados. Se quita los guantes y los golpea contra su palma, sus alas mustias se arrastran por el suelo como una capa—. Tal vez podrías devolverle a Alyssa su labial. No tenemos tiempo para encontrar más antes de la cena.

Jeb se quita mi brillo de labios de su boca. Lamo mis labios, herida por una inexplicable punzada de culpabilidad.

La canción de cuna de Morfeo toca suavemente en mi cabeza, melancólica y contraída. La letra de la canción parece haber sido alterada para adaptarse a su estado de ánimo:

Pequeña flor de durazno rojo, atrapas chicos con tu bonita cabeza; coquetea y juega, sé tímida e inteligente, para que algún día rompas su corazón.

La nana (se deteriora en notas agudas en mis oídos estremeciéndome.

Con un gruñido, Morfeo se gira hacia un espejo y se sacude la ropa con los guantes. Lleva una camisa blanca de volantes bajo una chaqueta roja brocada que cuelga hasta sus muslos. Es una chaqueta cruzada, con botones metálicos en ambas solapas. Sus pantalones son terciopelo rojo, ajustados a sus piernas. Las botas negras de cordones se detienen justo en sus espinillas. Podría ser Romeo, directamente sacado de la obra de Shakespeare, si no fuera por el cabello azul y las alas.

Abre las alas en toda su envergadura y magnificencia. Las joyas al final de las marcas de ojos destellan con su temperamento, de rojas a verdes. —¿No sabes, caballero élfico —se vuelve hacia nosotros—, que es impropio de un guardia proponerse a su cargo inocente?

Arrugo el ceño. ¿Qué? ¿Tengo la palabra *mojigata* estampada en la frente? —No sabes nada de mí.

Morfeo retuerce la boca en un gesto irónico. —¿Entonces, tal vez sólo lo fingías? ¿Ruborizarte como un melocotón?

Jeb me arrastra tras de sí. —Ella no tendrá esta conversación contigo.

Morfeo resopla. —Un poco tarde para la caballerosidad. ¿Alguien más ha visto esta manifestación? Tu farsa como caballero va a terminar aun antes de comenzar. Mascotica, ¿olvidaste decirle sobre su primera orden como caballero? ¿Mantener sus manos y emociones controladas? — La atención de Morfeo recae sobre su hombro derecho. Gossamer escudriña debajo de su pelo. Ella y Jeb intercambian miradas.

Los ojos de Morfeo retornan a los míos, cortando como hojas de ónix. Todo lo que quiero es regodearme en el recuerdo de mi primer beso. En su lugar, estoy luchando con la idea de que he traicionado a un tipo del inframundo al que no he visto en años, y por alguna razón, pensar que le estoy haciendo daño se me hace insoportable.

Jeb tensa su postura. —Cambio de planes —dice—. Al no te ayudará con este jueguito, lo que quiera que sea. Nos llevas de regreso. Ahora.

Morfeo curva un costado de su boca con desdén. Otra vez se dirige a Gossamer mientras me mira. —Parece que estabas equivocada. Me dijiste que el mortal no era una amenaza. Tal vez subestimaste el encanto de nuestra habilidosa Alyssa.

Gossamer se estudia los diminutos pies. Aletea suavemente, como una mariposa en descanso. —Creí que él prefería a alguien...

—¡Silencio! ¡Ese secreto no te corresponde decirlo! —grita Morfeo. El volumen de su voz tira a Gossamer de su posición. Ella revolotea en el aire, con las manos en sus puntiagudas orejas.

Morfeo se lleva un dedo a la boca. —Lee mis labios, pequeña criatura lengua larga. *Toma. La. Maldita. Caja.* Es hora de mostrarles a nuestra doncella y a su soldado de juguete qué tipo de bienvenida recibirán si le dan la espalda a su único aliado.

Gossamer desaparece de repente por el corredor.

—¡Y trae mi Sombrero de Persuasión! —grita Morfeo detrás de ella. Su orden aún resuena cuando gira sobre sus talones para estudiarnos. Pagado de sí mismo, se pone los guantes—. Hay un problema con tu pedido, pseudo elfo. No puedo simplemente enviarlos de vuelta. Y Alyssa lo sabe.

Jeb echa un vistazo sobre su hombro, sus ojos están llenos de preguntas.

—Oh, querido. —Morfeo se palmea la mejilla como si estuviera sorprendido—. ¿Estaban demasiado ocupados para hablar de cosas pertinentes? O tal vez nuestra doncella inocente se sentía culpable por el dinero que "tomó prestado" de la bolsa de tu otra novia, y tú, siendo un noble caballero, decidiste reconfortarla.

Jeb se voltea hacia mí. —Espera... ese dinero en tu caja de lápices. ¿Tae sí dejó su bolso en la tienda? Le robaste.

Morfeo se inclina entre nosotros. —Bueno, ¿de qué otro modo nuestra Alyssa se iría a Londres a encontrarme?

La mirada de Jeb no cede, está llena de acusación. —No puedo creer que me mintieras descaradamente. Robaste dinero para un pasaporte falso y planeaste ir a Londres al mismo tiempo.

—Dos por dos —se burla Morfeo, ahora detrás de mí—. Una mentirosa y ladrona. El pedestal se está volviendo resbaloso, ¿no es cierto, pequeña ciruela?

Le doy un codazo lo suficientemente fuerte como para que sus alas crujan. —Hice lo que tenía que hacer para ayudar a Alison —le digo a Jeb automáticamente, ignorando la engreída sonrisa de Morfeo mientras camina a mí alrededor—. Sólo *tomé prestado* el dinero; lo voy a pagar.

Morfeo se detiene junto a Jeb. —Es un buen punto. La motivación siempre justifica el crimen. Esa es la ley de la tierra aquí.

—¿Escuchas eso? —dice Jeb, la burla en su voz es desgarradora—. La cucaracha local te ha dado su sello de aprobación. Y tú te preguntas por qué no puedo confiar en que te vayas sola.

Un pequeño fuego arde en el fondo de mi garganta, una molesta necesidad de justificarme se alza como ácido. —Tenía un plan.

—Oh, gran plan. —Jeb se mueve por la habitación.

--;Como si hubiera previsto esto, Jeb!

Antes de que él pueda responder, Morfeo se para entre nosotros agarrándonos a cada uno por el hombro. —Perdonen, tortolitos —entona, pero por mucho que estoy disfrutando esto, su pelea está eclipsando mi gran revelación.

Se desplaza hacia la puerta, donde Gossamer ha regresado con otros veinte espíritus de la naturaleza. Cinco de ellos llevan un sombrero alto con una ancha banda negra sosteniendo una pluma de pavo real. Una hilera de cuerpos de polilla azul iridiscente cubre el ala como una guirnalda.

Los otros espíritus traen un bolso negro demasiado pesado para levantarlo, así que lo arrastran por el piso.

- —Todos los huéspedes han llegado, Maestro —dice Gossamer, su vocecita tiembla. Ella y sus compañeros ponen el sombrero en la cabeza de Morfeo mientras los otros dejan la bolsa junto a nuestra mochila.
- —Presenta los aperitivos y que el arpa toque una melodía. —Morfeo se ladea el sombrero. Las polillas muertas tiemblan con el reajuste, como si lucharan por escapar—. Pronto estaremos ahí.

Gossamer asiente y se marcha tras los otros, mirando sobre su hombro una vez más antes de revolotear hacia el salón adyacente.

Morfeo toma el bolso. Mientras se dirige a la mesa de cristal, sus alas satinadas rozan mi bota izquierda. Una vibración zumba a través de mi marca de nacimiento por mi espinilla antes de detenerse y asentarse en mi muslo, suave y excitante. Arrugando el ceño, retiro la pierna y golpeo la bota para apaciguar la sensación. Jeb me observa con desaprobación en los ojos.

Morfeo abre la bolsa para exponer una caja de sombreros alta y plateada con terciopelo blanco. Nunca he visto nada como eso, ni siquiera en mis sueños. La curiosidad me atrae hacia la mesa.

Morfeo señala hacia la silla, jugando otra vez al rol de anfitrión caballeroso.

—Me quedo de pie —murmuro. Me gustaría ennegrecer sus ya negros ojos por revolver las cosas entre Jeb y yo, sólo para vengarse de nosotros por el beso. Aunque estoy extrañamente intrigada de que, en primer lugar, yo le importe tanto como para ponerse celoso.

Jeb se para detrás de mí y me aprieta los hombros —todavía mi protector, aun cuando está enojado. Me recuesto contra su cuerpo, agradecida por ello.

Morfeo nos dirige una mirada disgustada, luego arrastra la caja hacia el centro de la mesa. De hecho, es de peltre. Rosas de terciopelo blanco cubren los lados, y varios grabados ensortijados en algún idioma arcaico cubren la tapa. Mientras más miro las palabras, más legible son

A.G. HC

Es esa otra manifestación de la maldición Liddell? ¿Qué este idioma me salga tan natural?

—Tiempo para presentaciones —dice Morfeo, abriendo la tapa un momento antes de que pueda darle sentido a una oración.

Un fluido oscuro y aceitoso chapotea dentro de la caja; una lámina de cristal lo mantiene dentro. Morfeo remueve el contenido y un objeto blanquecino se mueve hasta la superficie.

Me recuerda a una Bola 8 Mágica que vi una vez en una venta de garaje. La bola negra plástica tenía una ventana pequeña. Un líquido azul rellenaba el núcleo y un dado blanco, con frases por todos lados, flotaba hasta la ventanita. Todo lo que tenías que hacer era preguntar algo a la bola, sacudirla y después voltearla hacia ti. Tu respuesta aparecería sobre el dado, hacia la ventana... de todo, desde *Altamente probable* hasta *Pregunta más tarde*.

Sólo que este objeto flotante era casi del tamaño de un melón dulce y con forma ovalada. Gruesos hilos blancuzcos se arremolinaban a su alrededor, pegados a él. Morfeo agita la caja de nuevo. El orbe da vueltas para revelar un rostro.

¡Es una cabeza!

Con un grito, lucho contra la bilis que sube a mi garganta.

Jeb maldice y trata de girarme hacia él, pero no puedo apartar la vista. El líquido debe ser algún tipo de formaldehído ¿Por qué Morfeo tendría una cabeza encurtida en una caja de peltre para sombreros? ¿Qué tipo de psicópata era?

—Despierta —susurra Morfeo con forzada ternura. Observo, avergonzada, mientras da pequeños golpecitos con su dedo a lo largo del cristal, trazando el rostro encerrado y las pestañas cristalizadas. Cuando los ojos se abren, me recorre el terror.

La cosa está viva.

Caigo en la cuenta de la recreación de la pieza del ajedrez. Es la Reina Ivory, aún más hermosa que su contraparte de jade, y tan delicada y pálida como la luz de la luna. Marcas negras como tatuajes se alinean en sus sienes en una red de venas, como alas de libélula presionadas con un sello y luego transferidas hacia la piel. Sus ojos son de un azul tan claro que parecen sin color; largas pestañas se rizan hacia arriba con cada parpadeo. Son como sus cejas, plateadas y cristalinas como si estuvieran cubiertas de hielo. En las esquinas exteriores, dos líneas blancas se hunden en sus pómulos y terminan en forma de lágrimas; es como si llorara tinta. Pálidos labios rosa —tan curvados y adorables como un corazón— se abren en una adoradora sonrisa mientras su vista recae en Morfeo. Intenta hablar.

El se inclina cerca, barriendo amorosamente su mano enguantada por la mejilla encerrada. Ella intenta hablar nuevamente pero no se le escucha a través del líquido y el cristal.

Jeb y yo nos quedamos ahí de pie, prisioneros de nuestro propio silencio.

Morfeo rompe el silencio. —Esta es una caja de Jabberlock. Puede contener dentro a un ser entero, pero sólo el rostro aparece. ¿Han escuchado la frase "Córtenles la cabeza", del libro que llevan?

Echo un vistazo a mis manos enguantadas, pensando en las cicatrices. No es el único sitio donde he escuchado las palabras y Morfeo lo sabe. ¿A esto se refería Alison cuando me dijo que no quería que perdiera la cabeza?

—Bueno, es el origen de esa frase —termina Morfeo—. La pequeña Alicia lo tomó muy literal. Solía ser un castigo estándar aquí en el País de las Maravillas, aunque ahora está considerado como una barbarie. Es peor que cualquier prisión, ya que su ocupante puede ser visto pero no escuchado. Su parloteo¹6 está encerrado.

La caja tiembla bajo las manos de Morfeo. Las formas de la Reina cambian de adoración a desesperación. Empuja de un lado a otro y las burbujas agitan la superficie. Su cabello se arremolina como algas marinas albinas. Morfeo envuelve su brazo alrededor de la caja para evitar que rebote sobre la mesa y caiga al suelo. Cuando la boca de ella se extiende en un grito ahogado, él cierra la tapa, está pálido. Vuelve a poner la caja en la bolsa antes de que pueda mirar de nuevo la inscripción.

Suavizando el puño de sus guantes con dedos temblorosos, suspira. —No quería enojarla. Está en paz cuando está sola, pero si no es liberada pronto, todos sus recuerdos se perderán para siempre.

—Ella te importa —digo en un inesperado deje de envidia. En mi largo tiempo de perdidas de memorias de nosotros cuando niños, siempre éramos él y yo solamente. Nos "teníamos" el uno al otro a cada nivel. Morfeo me hacía sentir adorada, especial, importante. Nunca consideré que hiciera lo mismo por alguien más como hombre—. Morfeo, ¿qué es ella para ti?

No responde, no en voz alta. Su expresión es confusa y preocupada, y las joyas alrededor de sus ojos titilan de plata a negro, como las estrellas escondiéndose de una noche de tormenta. La confesión de Alicia en el juicio regresa a mí: *Ivory estaba, de hecho, encariñada con el Sr. Oruga.* Juzgando por cómo Morfeo miraba a la Reina, y por como ella lo miraba, él regresó a su castillo después de su metamorfosis.

Imagino sus elegantes dedos recorriendo su piel, sus suaves labios

sobre los de ella. Esa puñalada de envidia evoluciona en algo mucho más feo: un codicioso giro de emoción al que no puedo poner nombre. ¿Qué me pasa? ¿Por qué debería importarme la vida amorosa de Morfeo cuando finalmente he besado a Jeb, después de todos estos años?

Las alas de Morfeo se abren para cerrarse nuevamente. La niebla soñadora de sus facciones es sustituida por una ira suprimida. —En este reino, los espejos son puertas de acceso, pero la sala en la que estamos solo lleva a otras partes del País de las Maravillas. Las puertas de acceso a tu mundo están dentro de los castillos Blanco y Rojo, y están conectadas a las Reinas. El portal de Ivory está congelado, y permanecerá así hasta que ella sea liberada de su prisión por quien la puso en esta caja. Eso sólo deja el portal del castillo Rojo. Entiendo que ya conociste a al Conejo Blanco.

Trago y asiento.

—Así que sabes lo bien recibida que serías en la provincia Roja. Pon un pie allí, y podrías terminar en una caja como esta.

Una imagen de Jeb y mía en líquido oscuro destella en mi cabeza. Jeb debe sentir mi escalofrío, porque su agarre en mis hombros se tensa. —Así que, ¿quién puso a Ivory ahí? —pregunta.

Morfeo se quita el sombrero y lo pone junto a la bolsa, dejando su cabello revuelto en una masa de rizos brillantes. —Después de que la Reina Roja fuera exiliada, no se le vio otra vez. Su hermanastra, Grenadine, se casó con el rey y se convirtió en Reina. Una mujer tan olvidadiza, que nunca podría manejar una corona. Y ahora su rey quiere darle dos. —Morfeo saca de la bolsa una tiara brillante—. Tengo a un espía dentro del Castillo Rojo. Cuando la Corte Blanca vino a mí hace unas semanas, con noticias del destino de Ivory, le envié un mensaje a mi contacto para que robara la caja Jabberlock. Estoy escondiendo a Ivory aquí, junto con su corona, para mantenerlas a salvo de Grenadine y el Rey Rojo. —Guarda la tiara—. Todo esto mejorará una vez que Alyssa encuentre la espada vorpal. Es el arma más poderosa en el País de las Maravillas. Puedo usarla para obligarlos a darle la libertad a Ivory. Entonces su portal se abrirá para ustedes.

Jeb se pone a la altura de la vista de Morfeo. —Déjame ver si lo entiendo. Nos atrajiste hasta aquí con la promesa de salvar a la madre de Al, sabiendo todo el tiempo que no volveríamos a casa hasta que liberáramos a tu maldita novia.

Morfeo alza un dedo. —Ya que estamos poniendo los hechos sobre el tapete, no olvidemos que, para empezar,  $t\acute{u}$  no fuiste invitado. Si esto es mucho para tu delicada constitución, eres más que bienvenido para quedarte acurrucado en mi habitación de huéspedes hasta que todo termine.

Yo voy a donde vaya Al, danza-con-bichos<sup>17</sup>. Y para que lo sepas, si algo le pasa a ella, te clavaré por las alas a un tablero de corcho y te usaré como diana para práctica de dardos.

La discusión entre Jeb y Morfeo es ruido de fondo. Estoy aquí para romper la maldición de Alison... eso es todo lo que importa. Sólo que no debí haber arrastrado a Jeb a esto, si sólo tuviera una rebobinación instantánea.

Algo que dijeron las flores zombies resuena en mi memoria. Algo sobre el tiempo moviéndose hacia atrás en el País de las Maravillas. ¿Qué habían querido decir? Obviamente no una verdad literal. El tiempo se había movido hacia adelante desde la visita de Alicia, o las cosas no estarían así.

Un sentido de urgencia tira de mí. Alison recibirá el electroshock el lunes. —Necesito ir a esa fiesta de té y despertar a los huéspedes.

Jeb me mira. —¿Y cómo se supone que hagas eso? ¿Darle un beso mágico al sombrerero soso?

Morfeo se coloca el sombrero en la cabeza y lo ladea. —¿Soso? Sucede que las habilidades de Herman Hattington son excepcionales. Nadie puede hacer un sombrero a medida como él. ¿Y en cuanto al beso para despertarlo? Cuento de hadas equivocado Príncipe Encantado. Aunque te aseguro —Morfeo roza mi sien con su pulgar—, nuestro pequeño amor nos traerá un felices para siempre.

Jeb atrapa su muñeca en el aire. Sus miradas se encuentran.

—Sin tocar —gruñe Jeb.

Morfeo arranca su mano del agarre. —Nuestros huéspedes para la cena saben por qué Alyssa está aquí. Ya que se han estado perdiendo sus excursiones al reino humano, están dispuestos a darle la bienvenida con esperanza de que su portal les sea devuelto. Pero si se dan cuenta de que  $t\hat{u}$  eres un extranjero que llegó sin invitación, no serán tan tolerantes. Para tu propia seguridad, debes ser convincente como escolta élfico. Los caballeros élficos son apacibles e imparciales. Es hora de que finjas tener tales virtudes.

Siento la tensión en el aire mientras Jeb lucha por contener su temperamento. Los dos se enfrentan, mirándose mutuamente. Pongo un brazo entre ellos. —¿No deberíamos irnos al banquete? —Arrugando el ceño, Morfeo saca los guantes de Alicia de su solapa. Las manchas de césped y suciedad han sido lavadas—. Necesitaremos el abanico de encaje. —Le dirige la orden a Jeb, quien hace una pausa como si lo fuera a golpear. Tiro de su codo en una silenciosa plegaria.

Dance-with-bugs: Danza con bichos. Hace un juego de palabras refiriéndose a la película de los 9 Danza con Lobos", protagonizada y dirigida por Kevin Costner.

Jeb se marcha por el corredor a buscar la mochila. Morfeo y yo nos estudiamos en medio de un silencio electrizante. No puedo decidir qué me molesta más: yo desarrollando tratos de criaturas del inframundo... el reloj imparable que marca el tratamiento de Alison... la caja Jabberlock... por qué a Morfeo parece importarle que besé a Jeb, cuando él mismo está involucrado con alguien más... o, lo peor de todo, por qué me fastidia el hecho de saber sobre su amor por Ivory.

Los pensamientos se dispersan a mí alrededor como cristal roto cuando Jeb regresa.

Morfeo guarda el abanico dentro de su solapa junto a los guantes. — Dejen aquí su equipaje. Si algo sale mal durante la cena, vengan a este salón de inmediato. Está aislado... escondido como la noche e imposible de hallar a menos que conozcas la entrada secreta. Gossamer se asegurará de que lleguen a la fiesta del té en caso de que tengamos huéspedes inesperados.

—¿Huéspedes inesperados? —pregunto.

—Invitados homicidas o con malas intenciones. Tú eres, después de todo, una fugitiva de la Corte Roja. —Morfeo frota sus manos juntas como si disfrutara de la idea de problemas—. Estoy famélico. Démonos un banquete.

## El festín de las bestias

Traducido por munieca & Chachii Corregido por Elle

ayas negras y blancas cubren las paredes del comedor sin ventanas. No puedo decir donde terminan las paredes y comienzan el piso y el techo. Es casi tan desorientador como el movimiento de los espíritus de las polillas antes. Incluso la larga mesa de comedor y las sillas en el otro extremo de la sala están pintadas a juego, creando un efecto de camuflaje. Los invitados lucen como si estuvieran flotando en el lugar sobre un fondo rayado. Me siento perdida pero extrañamente en casa, como una pulga que ha fijado su residencia en una cebra. Una araña gigante cuelga del techo alto, iluminando nuestro entorno con franjas de luz oscilante. Doy un paso a través del umbral con Morfeo a mi derecha, mi mano curvada sobre el dorso de la suya. Jeb se queda dos pasos detrás de mí, a la izquierda. En el código élfico es impropio, para un caballero, entablar cualquier relación con su cargo más allá de proteger su vida llegado el momento. No podemos tocarnos, no podemos intercambiar miradas, ni siquiera podemos hablarnos el uno al otro, o arruinaremos su tapadera.

—Su atención, por favor —le dice Morfeo a los invitados. Gossamer se asoma por debajo de su cabello otra vez, y el arpa que se ejecuta sola se queda en silencio al mismo tiempo que la charla de la cena y del estrépito—. La Señorita Alyssa del Otro Reino. —Se vuelve hacia mí y extiende el brazo—. Estos son los solitarios de nuestra especie, no nacidos en la Corte Roja ni en la Blanca. Nosotros, los eufóricos y confusos del País de las Maravillas, te damos la bienvenida al Festín de las Bestias.

Mi mano se aprieta en la suya mientras los invitados me miran boquiabiertos, la comida goteando de sus hocicos.

En torno a la larga mesa hay una mezcolanza de criaturas, algunos vestidos, otros desnudos. A pesar de que varían en tamaño y género, todos son más bestiales que humanoide. Uno parece un erizo, púas y todo, excepto que ella tiene la cara de un gorrión. Debe ser tímida, porque se enrolla en una bola cuando entramos y luego rebota bajo la mesa. Una

mujer de color rosa, con un cuello tan largo como el de un flamenco, se agacha y le da un golpe al erizo con su cabeza, mandando la bola por debajo de la mesa al otro lado de la habitación.

Hay más criaturas: unos con alas; algunos que son parte rana, parte planta, con retorcidas hiedras que brotan de su piel; otros tan calvos como focas con los cuerpos de primates y los cabezas lanudas de corderos.

Lo único que todos tienen en común es su interés por mí. Soy el punto focal de cincuenta y tantos pares de ojos.

Algunos susurros rompen el silencio.

- —¿Ella es...?
- —La viva imagen, es ella.
- —Oí que drenó el mar con una esponja. Una *esponja*. Astuta e imaginativa, eso es.

Todos ellos saben acerca de mi relación con Alicia y por lo que estoy aquí. Hablando de un potencial fallo monumental.

Mis nervios se combinan con los hedores de los alimentos, la caspa de los animales y almizcle. El mareo hace girar la habitación. Jeb está detrás de mí. Sé que me sostendrá si me desmayo. También sé que si lo hago, lo arruinaré todo. Tengo que ser fuerte por Alison. Así que me compongo y miro de una cara extraña a la siguiente, curiosa ante la criatura que vino a recoger el abanico y los guantes en nombre de la duquesa.

Morfeo me lleva a la mesa y desliza la silla a la derecha de su asiento, en la cabecera. Hay un enorme mazo apoyado al lado de la pata de la mesa, y uno debajo de cada silla en nuestra fila. Me coloca al lado de una pequeña criatura enjuta que parece un hurón albino y lleva un casco negro de béisbol en la cabeza, aunque sus ojos serpentinos y lengua bifurcada restan cualquier factor de ternura.

Jeb toma su lugar detrás de mí, justo fuera de mi alcance. Morfeo se sitúa en su silla y saluda a los invitados quitándose el sombrero, su alas negras están arqueadas y altas. —Pido disculpas por mi tardanza. Pero por el lado positivo, nuestro ángel vengador ha llegado por fin. Por lo tanto, ¡vamos a empezar la fiesta!

Después de unos cuantos aplausos de nuestros invitados, Morfeo entrega su sombrero a Gossamer y a varios espíritus de la naturaleza. Ellos lo cuelgan en el brazo de la silla mientras Morfeo se sienta, plegando sus alas sobre la espalda como una capa. Gossamer se posa en su hombro y todos los demás se reubican con un crujido de madera y susurros de piel y tejidos. La charla se reanuda, junto con bofetadas, tragos, y sorbidos.

—Toma un bocado, amor. —Morfeo señala mi plato. Luego se vuelve para conversar en voz baja con una bestia glotona verde que está sentada

a su izquierda, al otro lado de la mesa frente a mí. El cerdo lleva un traje gris a rayas y lo completa con puños de piel. Las mangas se extienden hacia abajo, apenas cubriendo las garras de langosta. Él sonríe, y me estremezco con sus dientes, negros y redondos como granos de pimienta.

En mi plato, un puñado de peces de colores aletean en el centro, jadeando.

- —¿Brilla? —dice el hurón a mi lado dice con voz aflautada. Señala con su garra al pescado.
- —¿Se supone que debemos comerlos crudos? —le pregunto—. Nunca he sido fan del sushi.
  - -¿Su-yo? -pregunta.
- —No importa. —Me giro hacia él, agradecida por la distracción—. Así que, ¿tu nombre es Brilla?

Él inclina la cabeza, su casco brillante destella cuando hace un gesto hacia los esqueletos de pescado en el plato. —Brilla.

Asqueada, miro otra vez a mi propia cena desmenuzada.

Los ojos de pescado se hundían en sus órbitas, mirándome directamente. Lástima y repugnancia se revuelven en mi estómago. Ni siquiera puedo imaginar a mis anguilas fuera del agua e incapaces de respirar. ¿Las polillas e insectos que utilizo en mis mosaicos sufren de esta manera cuando mueren? ¿Por qué nunca me importó lo suficiente como para preguntar?

- —Brilla —repite la criatura junto a mí. Levanta una cuchara de plata casi tan grande como él, se para en su silla y procede a aporrear a varios de mis peces en la cabeza, matándolos—. Brillan ellos, ¿ves? —Su lengua bífida revolotea fuera de su boca.
- —¡Oh, no! Por favor... —En un impulso, echo mano a mi copa para derramar líquido sobre el resto de los peces vivos para que puedan respirar de nuevo. La mezcla rezuma lentamente, cubriendo al pescado en un pegote arenoso que huele a canela y jugo de manzana. Desesperada, saco al pescado asfixiado del desastre, consiguiendo que la mezcla se meta bajo mis uñas y el tejido de mis guantes.

Todo el mundo me mira otra vez, pero estoy demasiado indignada para que me importe.

—¿Qué es esto? —digo bruscamente a Morfeo.

Sus ojos brillan. —¿De dónde eres no ponen arena en la sidra? — Sonríe. Recuerdo haber visto esa misma sonrisa burlona en mis sueños de niña y cómo solía decir que estábamos a punto de hacer algo atrevido y divertido. Ahora hay un borde de malicia detrás. ¿Qué pudo haber pasado para cambiarlo del niño juguetón al hombre dificultoso que es hoy?

¿Prefieres probar el vino? —pregunta.

En el otro extremo de la mesa, los Habitantes del Inframundo con aspecto de primates están capturando las botellas de vino que flotan en el aire, y rellenando con lana de sus cabezas de cordero los cuellos de las botellas para hacerlas bajar. A continuación pasan el vino alrededor para brindar.

Arrugo mi nariz y rehúso la oferta.

—Ah, pobre y delicada florecilla. —Morfeo toma una servilleta, agarrando mi mano izquierda suavemente—. Vamos a limpiarte, ¿sí? — Gossamer ilumina la mesa junto a mi mano derecha y procede a ayudar con innecesaria rudeza, tirando de los guantes y apretando mis nudillos mientras me hace una mueca. Por el contrario, Morfeo suaviza la mezcla de arena de mis dedos. El calor brota del contacto.

Detrás de mí también hay calor, es de la mirada de Jeb. No tengo que verlo; lo siento. Él le advirtió a Morfeo que no me tocara durante el banquete.

—Lástima que antes estábamos tan preocupados en el Salón de los Espejos y nos perdimos el aperitivo —dice Morfeo mientras mira a Jeb con aire de suficiencia—. Habrías amado la sopa de araña, siendo tan adepta a los insectos heridos.

Me estremezco.

—Más lástima aún —se inclina y susurra bajo para que sólo yo pueda escucharlo—, que desperdicias tus besos en un hombre que fantasea con otras chicas. La pequeña Gossamer puede ver en el interior de las mentes cuando la gente está durmiendo. La joven y bella mujer en los sueños de Jeb no eras tú. Es interesante que sea ahora cuando elige actuar sobre sus sentimientos ocultos. Aquí abajo, lejos de todos los demás, cuando quiere convencerte desesperadamente para que abandones tu misión.

Una sombra afilada atraviesa mi pecho, cortando como un cuchillo.

—Oh, pero por supuesto que él es sincero —Morfeo sigue la burla—. No es como si alguna vez te haya escondido algo. Siempre ha sido honesto.

La mudanza de Jeb a Londres con Taelor llena mi mente, dejándome tan sombría como las nubes oscuras detrás de los ojos de nuestro anfitrión.

Viendo mi reacción, Morfeo sonríe. —Sí. Un hombre que nunca miente, jamás te romperá el corazón. —Planta un beso sobre la palma de mi guante, deja la servilleta y me libera.

Gossamer me mira amenazadoramente antes de revolotear hacia su nombro.

Las lágrimas se forman en mis ojos. No las dejaré caer, pero no puedo alejar el dolor en mi estómago. Morfeo debe tener razón. Jeb nunca mencionó tener sentimientos por mí en nuestra vida real. Todavía está con Taelor allí arriba y sueña con ella aquí abajo.

A.Co th

Morfeo se levanta y devuelve el sombrero a su cabeza, todo negocios ahora. —Basta de jugar con estos bocados blandos. ¡Camareros, tráigannos el plato principal!

Algún movimiento a lo largo de las paredes proporciona una distracción momentánea a mi angustia. Es como si a las piezas de yeso les brotaran piernas. Sólo cuando se separan de sus lugares y se escabullen a una de las habitaciones contiguas, me doy cuenta de que son una banda de camaleones de tamaño humano con ventosas en los dedos.

Cuando los lagartos rayas de cebra regresan, con ojos saltones retorciéndose en todas direcciones, llevan un plato adornado con frutos secos y algo que se parece a un pato. Está desplumado y asado, pero todavía tiene la cabeza intacta. Un olor caliente, a base de hierbas, me hace cosquillas en la nariz. Por lo menos está cocido.

—¿Puedo presentarles a todos el plato principal? —Morfeo extiende un brazo con un toque dramático—. Cena, conoce a tus dignos adversarios, los hambrientos invitados.

Mi lengua se seca como papel de lija cuando los ojos del ave se abren, y se las arregla para ponerse de pie sobre las patas palmeadas, carne morena y brillante con glaseado y aceite. Hay una campana colgada alrededor de su cuello y la hace sonar cuando el pato saluda a todo el mundo.

Esto no puede estar pasando.

Cada nervio de mi cuerpo salta, instándome a voltear hacia a Jeb, pero no puedo.

Morfeo arrastra el mazo pesado del lado de su silla y golpea sobre la mesa como el martillo de un juez. —Ahora que estamos todos familiarizados, empecemos la paliza.

Gossamer se lanza desde el hombro de Morfeo y sale de la habitación con los otros espíritus de la naturaleza mientras una confusión masiva estalla. Todos los invitados saltan a sus pies, baquetas en mano, para cazar al pato tintineante alrededor de la mesa.

Es sorprendentemente ágil y se mueve arriba y abajo fuera del camino, maniobrando entre las bandejas, platos y cubiertos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto a Morfeo—. ¡Nunca he visto nada tan salvaje!



—¿"Salvaje"? —El cerdo verde resopla en respuesta por él—. Tú actúas como si fuéramos un montón de animales. —Sus dientes de pimienta forman una mueca.

—Deja de pensar con la cabeza, Alyssa. —Morfeo se inclina bajo la mesa, su cabello azul se balancea hacia adelante sobre sus hombros—. En su lugar, piensa con esto. —Da pequeños golpecitos con un dedo por encima de mi ombligo. Es algo bueno que Jeb no pueda ver desde donde está, de lo contrario le cortaría la mano a Morfeo.

—¿Mi estómago? —Apenas respiro la pregunta.

—Tus entrañas. Instinto. La parte más profunda de ti sabe que así —hace un gesto hacia el caos a nuestro alrededor—, es como debe ser. Esa parte de ti que te llevó a buscarme y a atravesar el espejo. La misma parte que te dio el poder para animar el mosaico de tu casa.

Sus palabras me envían de vuelta a ese momento en mi pasillo cuando las patas de los grillos muertos pateaban y los abalorios de vidrio brillaban. ¿Está diciendo que mi maldición mágica también hizo eso?

—Entiende la lógica detrás de lo ilógico, Alyssa. Está en tu naturaleza encontrar la tranquilidad en medio de la locura y eso es lo que estamos haciendo aquí. Estamos dando a nuestros alimentos una oportunidad de pelear. —Me guiña el ojo—. Ahora, si nos perdonan, mi compañero y yo tenemos cosas que intercambiar. —El cerdo y él dejan la mesa. Morfeo se inclina para mantener sus cabezas juntas mientras caminan hacia la pared del fondo.

—¡Brilla! —grita el hurón blanco. Se apresura sobre la mesa con la cuchara en la mano, sólo para ser derrocado por el pato asado. Cojo a mi compañero peludo antes de que caiga de cabeza por el borde. Su cuchara tintinea en el suelo al lado de su casco. Sin su gorra, su cuero cabelludo calvo es revelado, su piel es tan delgada que se puede ver su cerebro. Ni siquiera tiene cráneo.

Se acurruca en mi regazo. —Gracias. ¡Muchas gracias, ángel de luz! —Pequeños y brillantes ojos de color rosa me estudian, tiernos con morbosa adoración. Estoy tan cautivada por lo extraño de la criatura, que no me doy cuenta de que una turba se nos viene encima, agitando sus mazos en una caótica carrera por el premio.

Jeb tira de mi silla para salvarme de ser aplastada, mientras que el hurón se aferra a mi túnica para salvar su vida. Luego Jeb se aparta hacia la esquina, diagonalmente frente a mí, manteniendo las distancias. Su expresión se tensa por el esfuerzo de no hacer contacto visual.

—¡Ya conocennnn lasss reglassss! —sisea un lobo serpentina en medio de un golpe, justo fallando al pato cuando se precipita sobre un plato de comida—. ¡El primero que sssssuene la campana tendrá el honor de trincharlo!

Un aullido espeluznante rompe el caos cuando alguien arranca una de las piernas del pato. Se arrastra libre, mientras varios de los perseguidores roen el muslo desgarrado.

El pato se sube encima de una botella de vino flotando y lo lleva el aire, todo el rato riendo delirantemente. Se burla de los otros para que lo atrapen, arrancando y soltando pedazos de su carne.

Quiere ser comido.

Un desagradable espasmo de remordimiento punza en mi vientre, me tienta a participar, a hacer bromas con la emoción de la caza. Mis piernas tiemblan en su deseo de saltar. Reprimo el impulso.

Toda criatura capaz de volar sigue con mazos en las manos, flotando por encima de todos los demás. Las que están en tierra, escapan por la mesa o rápidamente por el suelo, dando volteretas sobre los platos y las sillas con la esperanza de que alguien golpee al plato principal hasta bajarlo a su nivel.

Me tapo la boca para no gritar o reír histéricamente. Podría pasar cualquier cosa en este punto. Estoy empezando a disfrutar de la locura.

Eso no es bueno. Nada bueno.

Mi nuevo amigo hurón acaricia mis dedos, sus minúsculas almohadillas rosadas son suaves contra mi piel.

—Fuerte sé ángel de luz —su voz de flauta calma—. Fuerte y agradable. Ordena y canta. Sé sonrisas reales para mí —dice sonriendo, sus dientes afilados brillando bajo el resplandor del candelabro. Sus colmillos son tan largos como los colmillos de una serpiente de cascabel.

Mi instinto se mueve, y hago lo que sugiere Morfeo: lo sigo. Hago cosquillas en la oreja izquierda de la criatura como si fuera la de un cachorro. Él ronronea en respuesta.

Excluyo todo —la búsqueda de la cena, los gritos y las risas locas de los invitados animados, la criatura cariñosa y peluda en mi regazo—mientras observo a Morfeo pasar el abanico y los guantes al cerdo.

A cambio, el cerdo le desliza a Morfeo una pequeña bolsa blanca atada con un lazo negro. A continuación, el cerdo arrebata su mazo y se contonea como un pato para unirse a las festividades que se han trasladado a la cocina. El ruido de las ollas y sartenes en la otra habitación se hace eco ruidosamente en el repentino silencio del comedor abandonado.

Me asusto cuando el hurón se aferra a ambos lados de mi cara. — Polvo-dulce, ángel de luz. —Me lame la barbilla con la lengua fría, bifurcada, luego cae al suelo, enganchando la cuchara y el casco—. Brilla. ¡Ráfaga y vete! —Con eso, se pone el casco y corre hacia la cocina.

Una vez que desaparece, sólo Jeb, Morfeo y yo quedamos en la habitación. Libre de miradas indiscretas, miro a Jeb desde mi asiento y el me devuelve la mirada desde la pared, ninguno de los dos se mueve.

Una extraña presión comienza a penetrar mi barbilla donde la lengua de serpiente del hurón dejó una marca húmeda. Se escurre en mi piel y se enrolla en mi boca, cálido y frío a la vez. Me trago su sabor, amargo pero dulce, como un dulce hecho de lágrimas.

La sensación no se detiene allí. Fluye por mi garganta, mi pecho, pellizcando con una honda y profunda tristeza. Al principio, me lamento por mí y por Jeb, por cómo todavía hay mucho que superar entre nosotros. Luego estoy dolida por Alison y papá y por sus años juntos perdidos. Estoy dolida por la Reina Roja y su corazón roto; y por Ivory, que ha sufrido siempre en soledad, ahora encerrada sola en la prisión sombrerera. La tristeza escala, como si todo el dolor del mundo convergiera en un punto, justo por encima de mi corazón. Me duele llorar... duele tanto, que me quita el aliento.

Jeb se apresura a mí, agachándose a mis pies. —Al, todo está bien. Se acabó. —Toca mi frente—. Estás tan fría. Di algo, por favor.

No puedo responder por temor a que empezaré a llorar incontrolablemente.

—¡Se está poniendo azul! —grita Jeb a Morfeo—. ¡Ese hurón monstruoso le hizo algo!

—¡Vaya! No te irrites, pseudo elfo. —Morfeo lanza su sombrero sobre una silla y se une a nosotros. Se inclina sobre mí. A regañadientes, Jeb se aparta unos centímetros para darle espacio.

Morfeo me levanta el mentón e inclina mi cara de lado a lado, como un médico realizando un chequeo. —Tienes suerte de que le gustaste, pequeña ciruela. Los Habitantes del Inframundo conocidos como Mustela, son notables por su temperamento y tienen el veneno de mil áspides en un chasquido de sus colmillos. Sus cabezas son suaves y vulnerables. Lo has tocado en todas partes, pero no en sus orejas, él lo habría tomado como una amenaza. Tú estarías retorciéndote en el suelo ahora mismo, ahogándote con un último y atroz aliento.

Trato de hablar pero no puedo. La tristeza crece cada vez más fuerte. Cada latido de mi corazón chupa contra mis costillas como una sanguijuela. Quiero deslizarme hasta el suelo, hacerme un ovillo y llorar para siempre, pero estoy congelada en el lugar.

—La sentaste junto a esa cosa mortífera a propósito, ¿no es así? — pregunta Jeb, aunque es más bien un grito—. ¡Para castigarla por besarme! Enfermo hijo de... —Ataca a Morfeo, girándolo sobre sus alas y golpeando su espalda contra la mesa. Platos y utensilios se sacuden con el

impacto. Con el antebrazo presionado en la laringe de nuestro anfitrion Jeb lo mantiene abajo—. Arréglala. *Ahora*.

—No hay nada que arreglar. Él le dio un regalo —gruñe Morfeo mientras el brazo de Jeb se presiona en su garganta. Intenta liberarse, pero Jeb lo tiene agarrado tan fuertemente por sus alas que no puede moverse—. Si dejas que me levante —suelta las palabras con dificultad—, te lo mostraré.

Gruñendo, Jeb se aleja y se arrodilla a mi lado nuevamente, tomando mi mano inerte. Enrolla cada uno de mis dedos con los suyos. — Vamos, chica patinadora. Quédate conmigo, ¿sí? Lo que sea que esté pasando en tu cabeza, no lo dejes ganar.

La preocupación escrita en sus facciones cae sobre mí ya pesado pecho, sofocándome. Necesita que le responda, pero si abro la boca para hacerlo, lloraré como una banshee<sup>18</sup> hasta que convertirme en un cascarón vacío.

—Dame algo de espacio. —Morfeo se agacha y Jeb dócilmente retrocede mientras mantiene nuestros dedos entrelazados. Morfeo sostiene una servilleta de tela cerca de mi cara—. Déjalo salir, amor. Sé que se siente como que una represa estallará, pero te aseguro, una lágrima y estarás tal y como las gotas de lluvia.

No es posible. Una lágrima nunca será suficiente. Me doblo. Un grito de lamento estalla desde mi garganta, tan profundo que presiona mis cuerdas vocales y me perfora el abdomen. El llanto se acaba en un sollozo. Y luego una única lágrima se derrama por mi mejilla izquierda.

Sólo así, soy yo otra vez. Aprieto la mano de Jeb.

Morfeo sostiene con la servilleta lo que luce como una pequeña canica de cristal, aunque es suave y flexible como un baño de gotas de aceite. —Esto es tuyo.

- -¿Esa es mi lágrima? -pregunto.
- —Es un deseo. Tu pequeño nuevo amigo te dio el regalo de la invocación. Ellos sólo entregan uno en su vida entera y te eligió a ti. Voy a mantenerlo a salvo por ahora. Tú no estás muy lista para ejercer esta cantidad de poder. —Metiendo la servilleta dentro de su chaqueta, nuestro anfitrión comienza a pararse, pero Jeb lo coge por el codo y lo paraliza en una rodilla.
- —De ninguna manera. Se lo darás ahora. Dáselo y ella podrá usarlo para desear que ambos volvamos a casa.

Morfeo se libera. —¿Y dejar intacta la maldición? Además, me temo que no es así de simple. Esto sólo puede ser usado por ella y nadie más. Ella tiene que ser el objeto del deseo, porque es quien la lloró. Nadie más puede manejar su poder. Así que tampoco puede llevarte a casa. Si los dos quieren regresar, los portales son la única opción.

Jeb y yo intercambiamos el ceño fruncido.

—Desearé más deseos —sugerí.

Morfeo se ríe. —Oh, por supuesto que lo harías. Tal y como Alicia lo hizo. Ella pidió un suministro interminable de deseos. Entonces sus lágrimas no dejarían de caer. Así es como nació el océano en primer lugar. Difícilmente pudimos hacer que esa fuente se detuviera. Si intentas burlarte de la magia, siempre habrá un precio a pagar. —Morfeo se pone de pie.

Atrapo su muñeca. —Me has sentado junto a él por una razón. Querías que obtuviera este deseo. ¿Por qué?

Silencio, se afloja la corbata alrededor del cuello en un relajado gesto mientras sostiene mi mirada. El lado izquierdo de su boca cambia en una media sonrisa.

- —Oye... —Jeb eleva nuestras manos unidas y presiona su pulgar contra mi esternón para llamar mi atención. Mi corazón late contra la presión, recordándome sus caricias en la sala de los espejos—. Te estabas volviendo azul, Al. Ese mismo hurón-serpiente podría haberte matado fácilmente. Este asqueroso arriesgó tu vida por puro entretenimiento. No tenía ningún motivo noble.
- —Los Mustela son unos excepcionales jueces de carácter —recita Morfeo—. Sabía que Alyssa estaría a la altura de las circunstancias. Tengo plena confianza en que ella puede valerse por sí misma. Tú, por otro lado, parece que no puedes entender ese concepto.

Jeb me ayuda a levantarme de la silla y me empuja en un abrazo. Se siente bien estar ahí, incluso si estoy insegura de sus motivos.

Nuestro anfitrión deja el sombrero en su lugar. —Bendice que no comí; de otra manera, estaría mareado ante tal exhibición nauseabunda.

Jeb me besa en la frente para molestar a Morfeo. Me alejo, porque prefiero que me bese por mí, no por otra razón.

- —El cerdo. —Ofrezco un cambio de conversación; ya no estoy de humor para jugar al árbitro de sus luchas libres.
- —Sí —responde Morfeo sin romper su partida de ceño fruncido con Jeb—. El cerdo es de hecho un espíritu de la naturaleza nacido de la duquesa.

Trozos y pedazos de la historia de Lewis Carroll caen en su lugar Alguien estaba haciendo sopa para la duquesa con un montón de especias. Es el por qué el abanico y los guantes olían a pimienta. Y ella tenía un bebé que se convirtió en cerdo. —Entonces, ¿qué te dio él a cambio de los guantes y el abanico?

Morfeo sostiene el pequeño bolso blanco. —La llave para despertar a Herman Hattington de la fiesta del té; libre de cargos. —Me lo tiende a mí y Jeb comienza a trabajar en la cinta.

El pulgar de Morfeo aplasta el lazo. —Tú no quieres hacer eso. Es la pimienta negra más potente e invaluable en este lado del inframundo y sólo tienes para una dosis.

La frente de Jeb se arruga. —Pimienta negra. ¿Qué clase de magia mediocre es esa?

Antes de que Morfeo pueda responder, una horda de espíritus inunda el comedor, revoloteando por la puerta principal.

- —Maestro, tenemos compañía —chilla Grossamer—. ¡Mala compañía!
  - —Vamos —le dice Morfeo a Jeb, agachándose para recoger un mazo.

Jeb mete la bolsa de pimienta en su bolsillo y luego toma mi mano. Sólo hemos dado dos pasos hacia la salida secreta cuando una baraja de cartas —cada una completada con esos brazos y piernas con aspecto de palos— marcha a través de la puerta principal. Los guardias de la baraja siguen llegando a raudales hasta que las paredes están llenas de ellos.

En un estudio más cercano, estos guardias tienen cara de insecto con temblorosas antenas, y sus torsos finos como el papel se encuentran realmente aplastados, los bordes dentados y pintas de rojo y negro para parecer todos del mismo palo. Con sus extremidades extrañamente articuladas y piezas bucales atravesadas por sus mandíbulas, parecían más insectos que cartas.

Todos estos años en que he estado matando bichos, y ahora el karma está aquí para hacerme pagar, con espadas.

Los insectos se separaron de a cinco palos: cinco corazones y cinco tréboles de un lado, cinco espadas y cinco diamantes en el otro, con el Conejo Blanco en el centro de ellos. Los espíritus de la naturaleza, pequeños e indefensos, ven desde lo alto la situación donde están frunciendo el ceño alrededor de la araña.

Un chaleco rojo y un par de guantes a juego cuelgan de la esquelética y corta estructura del conejo. Una mano sostiene una trompeta y la otra un pergamino enrollado. Inclina sus cuernos para soplar fuertemente tres veces el instrumento. Luego, con un movimiento de su muñeca y un repiqueteo de huesos, abre de un tirón el pergamino.

—Alyssa Gardner de la corte humana, es por la presente que sola invita a la presencia de la Reina Grenadine de la Corte Roja. Sus brillantes ojos de color rojo se elevan, mirándome. Un golpe de terror me atraviesa.

Tanto Jeb como Morfeo me empujan tras ellos. Demasiado para valerme por mí misma...

- —Ella no irá contigo a ningún sitio, *Rabid*. —Morfeo levanta su mazo.
- —O de lo contrario —dice la Reina Grenadine, espuma se derrama alrededor de la boca de Rabid, y sus ojos brillan como carbones encendidos, rojos con fuego—. De lo contrario, su ejército cargo se hará.

A su señal, las cartas contra el muro se barajan juntas y brincan hacia nosotros, como si fuesen repartidas por una mano invisible.

Los espíritus de la naturaleza caen desde arriba, intentando crear interferencia. Morfeo extiende sus alas para bloquearme a mí y a Jeb del ataque. Lanzas golpean sus alas, haciendo que éstas se desplieguen; sin embargo, no las rompen. Mis palmas se aplanan contra la espalda de Morfeo, absorbiendo el choque mientras sus músculos se estiran con cada golpe de su martillo. Sus gruñidos ahogan el sonido de los guardias golpeando el piso.

-iSácala de aquí! -grita sobre su hombro mientras nos hace retroceder hacia la salida secreta en la sala de los espejos, aún usando sus alas como barrera.

Jeb agarra mi codo y me conduce hacia el umbral.

—¡No! —Lucho contra él—. No podemos simplemente dejarlo para pelear solo. ¡Son demasiados!

Apretando los dientes, me alza sobre su hombro. —Él los está manejando y tú eres todo lo que importa. —Su brazo se cierra alrededor de mis muslos, mi cabeza y torso colgando boca abajo sobre su espalda. La escalera de mármol en forma de caracol rebota bajo nosotros, y la sangre va hacia mi cabeza.

Aprieto los ojos, escuchando la batalla en el comedor alejarse cada vez más.

El recuerdo de cómo Morfeo y yo jugamos ahí en nuestra niñez, la manera en que curó mis heridas hoy, el sonido de su hermosa melodía... todo eso se desencadena en una mezcla confusa de emociones. Pienso en el deseo escondido dentro de su chaqueta... el deseo que él quiso que yo tuviera por alguna razón. Si lo tuviera ahora, desearía estar en el comedor, ayudando a Morfeo a pelear.

Estoy a punto de hacer un intento de escape cuando escucho enido metálico de ollas y sartenes chocando.

¬Deslúmbralos! ¡Deslúmbralos a todos ellos!

A continuación hay una oleada de gritos y ruidos, las mismas voces bestiales que escuché en la fiesta. Las bestias regresaron de su caza y Morfeo ya no está sólo en su pelea.

Jeb y yo nos deslizamos a través del pasaje secreto que conduce a otro tramo de escaleras. Pronto, estamos lo suficientemente lejos para que el único sonido sean sus botas golpeando el piso espejado.

- -Puedes bajarme ahora -gruño.
- —No lo sé. Es mucho más fácil salvar tu trasero cuando te tengo montada en mi hombro.
  - —No necesitas salvarme.

Jeb suelta una sonrisa sarcástica. —No tengo muchas opciones cuando tú sigues corriendo imprudentemente hacia situaciones de riesgo por esta maldición tuya. Ahora te has ido y nos has puesto en medio de una guerra mágica.

Lo golpeo. Justo entre los omoplatos.

—Oye... —Me pone con cuidado en el suelo, por lo que quedamos uno frente al otro, se frota la espalda. A pesar de su ceño fruncido, luce impresionado.

Mis nudillos están palpitando. El chico podría poner a una roca en vergüenza. —Ya me siento lo suficientemente mal por haberte traído. ¿Está bien? Si tuviera que hacerlo de nuevo, no estarías aquí en lo absoluto. — Sacudo mis dedos. Gossamer aún no ha llegado para abrir el portal del espejo y la urgencia de llegar a la fiesta del té me pone de los nervios.

Jeb levanta mis nudillos adoloridos y presiona sus labios en ellos. — Todavía me gustaría estar aquí contigo, incluso si tuviéramos que hacer todo de nuevo. Pero si vamos a lograr salir de esto, necesitas dejar de tomar la palabra del hombre polilla como si fuera una especie de santo.

- —Su nombre es *Morfeo*. —Mi garganta se aprieta mientras recuerdo lo que está sucediendo unas tres vueltas hacia abajo—. ¿Crees que él está perdiendo allí? ¿Piensas que lo lastimarán?
  - —¿Por qué estás tan preocupada por él?
  - —Crecí con él. Me importa.
- —Eso no tiene sentido. Estaba en tus sueños. Su amistad no fue real.
- —Se siente real. Porque él cree en mí. Me deja tomar decisiones y aprender de ellas. Eso es algo que los amigos hacen. —Tensando la mandíbula, miro a Jeb.

Sus rasgos se oscurecen, como si las sombras hubieran caído sobre su rostro. —Entonces, debido a que el fenómeno aumenta tu ego, ¿estás dispuesta a pasar por alto todas sus mentiras? No ha dicho la verdad sobre nada desde que llegamos.

—Entonces el encaja bien contigo, viendo que ambos son unos mentirosos. —Odio la acusación en mi voz, pero parece que no la puedo contener. Rompo nuestro asidero, notando el bolso en la mesa, el que contiene la jabberlock—. ¿Por qué sigue esto aquí?

Frunciendo el ceño, Jeb pasa junto a mí mientras desenvuelve la caja. —Probablemente es el lugar más seguro. No debes meterte con eso.

—Quiero darle otro vistazo a la inscripción. —Me gustaría otro vistazo de la Reina, también. ¿Qué hay con ella que tiene a Morfeo tan cautivado?

Jeb cubre la tapa con su palma. —Tú sabes, no puedes sólo llamar a alguien un mentiroso y dejarlo pasar. Tal vez no fui honesto acerca de Londres, pero tú también mentiste.

Los espíritus polilla se cuelan en mi visión periférica, al mismo tiempo que mi pulso se acelera. —No acerca de mis sentimientos. Tú esperaste hasta que bajamos aquí para confesar tu tan llamada locura por mí. De regreso al mundo real, donde eso cuenta, eliges a Taelor.

Me obliga a mirarlo, empujando el sombrerero de vuelta a la mesa. —¿De dónde viene eso? ¿Esa cucaracha ha estado nadando en el interior de tu cerebro otra vez?

- —No. Pero Gossamer estaba en el tuyo cuando estuviste fuera de combate. Y te vio soñando con otra chica. Cuando me besaste... sólo fue para convencerme de dejar esto para que así pudieras volver con Tae.
- —¿Qué? —Sus dedos se sienten calientes y tensos, incluso a través de mis mangas—. El sueño que tuve fue sobre Jen y mamá. Estoy preocupado por ellas.
  - —Bien —digo, queriendo ser convencida pero no llegando a eso.

Se aleja de un tirón, dando zancadas hacia el otro extremo de la sala, silencioso y estoico.

Mis brazos se enfrían con la ausencia de su toque. El dolor es aplastante, pero me alegro de haber dicho algo. He tenido esa duda desde siempre, pensando que estaba robando besos destinados a otra chica. Arrastro la sombrerera de peltre hacia mí otra vez, concentrándome en la inscripción de la tapa para evitar que las calientes lágrimas detrás de mi rostro inunden todo. Si me enfoco y desenfoco a través de la visión borrosa, las letras se mueven, formando un texto legible. Lo trazo con el dedo y susurro las palabras:

"He aquí la caja de jabberlock, la más hermosa descansa er el interior. Pero libere a la dama y alivie su dolor para deslizarse en su marea. Un océano rojo de lazos de amor, y pinte el corazón de lo mismo, aplicado con mechones de la hebra más fina y guiado por la mano de un artista. Un comercio de almas cerrará la puerta y la sangre lo sellará eternamente"

—Esa es la llave para liberar a la Reina si no eres tú quien la encarceló. —El sonido de la voz de Grossamer me saca de mi meditación—. Personalizada para el habitante de la caja. —Brilla en mi hombro para que pueda verla de cerca, una perfecta forma de mujer, espolvoreada en verde y desnuda, excepto la colocación estratégica de las brillantes escamas. Sus manos descansan en sus caderas—. Un océano rojo de lazos de amor. — Sus ojos de libélula brillan—. Esas rosas deben ser pintadas con sangre de alguien dispuesto a cambiar de lugar con ella por la más noble de las razones. El amor inicia la transferencia.

La famosa escena de Lewis Carrol pasa por mi mente: los guardianes de la baraja pintando rosas rojas en el jardín para evitar ser decapitados. Cuán irónico que en *este* País de las Maravillas, alguien podría *perder* su cabeza para siempre por pintar las rosas sobre esta caja.

- —Así que Morfeo no fue completamente honesto —digo—. Hay otra manera de liberarla y abrir el portal. No es sólo la persona que la puso allí. —Jeb está parado detrás de mi reflejo, con expresión satisfecha. Casi puedo oír el "te lo dije" emanando a través de sus ojos.
- —No es una decisión fácil —regaña Gossamer, entonces parte de mi hombro, sus alas zumbando—. Una vez que el trato está hecho, nunca nadie podrá liberar el alma de reemplazo. La sangre hace al sello permanente, eterno. Un comercio de almas que cerrará la puerta y sangre lo sellará eternamente.
- —Entonces, lo que estás diciendo —Jeb da un paso adelante—, es que tiene que ser un amor desinteresado. El cual Morfeo es incapaz de dar. Le falta esa clase de coraje.

Gossamer revolotea medio del aire, los brazos cruzados sobre su pecho. —Mi maestro tiene una gran capacidad de coraje. Salvó mi vida una vez. —Mira hacia la entrada del pasillo y se vuelve—. Nadie sabe de qué es capaz él o ella hasta que las cosas están así de oscuras. Ese es el por qué la llave para abrir la caja es la esencia del corazón. Ahí radica el poder más potente del mundo. —Sus crípticas palabras cuelgan en el aire.

Ella se agacha bajo de la mesa y saca el cuchillo del ejército de mi papá, dejándolo a los pies de Jeb. Él guarda el arma en su bolsillo. Quiero preguntar a qué se refería el espíritu de la naturaleza con la esencia del corazón, con la oscuridad. Quiero preguntar cómo Morfeo y los solitarios Habitantes del Inframundo se las arreglaban abajo. Pero mi lengua está atada al poema de la jabberlock y a la reacción de Jeb ante mis preguntas.

Gossamer nos está mirando por los espejos y toca el cristal cor la punta de su dedo. Los espíritus de las polillas desaparecen del entre plano, volando hacia los otros espejos a lo largo de los muros.

Con las palmas extendidas sobre la brillante superficie, los espíritus de la naturaleza inician el mismo efecto de separación que vi en el alto espejo de mi dormitorio. Una larga mesa llena de pasteles y tasas de té aparecen en el espejo, puestas bajo un árbol frente a una casita de campo con la forma de una cabeza de conejo terminada con chimeneas en el lugar de las orejas y techos de paja en vez de piel. Parece como si el sol hubiera sobrepasado a la luna esta vez, porque la luz del día brilla en los alrededores. Con una llave casi del tamaño de su antebrazo, Gossamer desbloquea el portal, alisando el cristal.

Fuertes pasos hacen eco en la sala contigua. La pelea ha llegado hasta aquí.

—¡Váyanse! —instruye Gossamer.

Jeb ni siquiera me mira mientras tira la mochila sobre su hombro, su tez casi tan verde como la de Gossamer. Salto a través del espejo, más desesperada por escapar de mi dolor y confusión, que a nada que el Conejo Blanco o el ejército Rojo pudieran desatar.

## Hattington

Traducido por Nats & CrisCras Corregido por Karew 178

Is botas caen en un plato lleno de dulces. Una vez que cesan los mareos, levanto el pie y me quito de encima un poco de costra azucarada. Antes de que pueda explorar la mesa sobre la que estoy, algo choca contra mí espalda. Caigo de lleno sobre un pastel decorado con suculentas bayas color púrpura.

—Al... ¡Lo siento! —dice Jeb mientras me levanta, tomándome por los codos, y tirando de mis hombros hasta chocar contra su pecho—. ¿Estás bien?

Me niego a responder bajo el pretexto de que él no ha indicado si fisica o emocionalmente. Con su ayuda, recupero el equilibrio entre un plato de pan con mantequilla y un cuenco con violetas confitadas. Parte del relleno de la tarta está sobre mi boca.

Lamo los restos de tarta de mis labios, luego me restriego con los dedos, intentando quitar los pegajosos restos del delicioso postre.

Desde nuestro extremo de la mesa, el paisaje que vimos reflejado en el espejo se encuentra a plena vista. La casa de campo en forma de conejito se encuentra sobre una colina —un verde y exuberante oasis en medio del desierto. Las dunas de arena a la distancia lucen como un tablero de ajedrez. Cuadrados negros y blancos como en los que tropiezo siempre en mi pesadilla. Anhelo tener conmigo lienzo y pinturas para poder capturar esta deformada vista para siempre.

Una templada brisa hace balancear mis trenzas, las aves pían en un árbol de moras que está sobre nosotros, la luz del sol calienta mis hombros. Me recuerda tanto a Pleasance que una oleada de nostalgia me atraviesa. Me gustaría poder hablar con papá; de hecho, me gustaría poder abrazarlo.

Es sábado. Al menos eso creo. Si estuviera en casa, papá estaría asando carne. Yo haría una ensalada de frutas, porque es mi trabajo ver que coma equilibradamente.

PUNDERED

Alson se culparía siempre y se sumergiría en la parte más profunda de lo que su mente distingue como real. Los tratamientos de electrochoque la harían empeorar. Entonces papá estaría sentado, solo en la cocina, comiendo cereales fríos con nada más que su dolor haciéndole compañía. Y luego está la madre de Jeb y Jenara. El trabajo de Jeb en el Submundo ayuda a pagar las facturas mes a mes. Confian en él. ¿Qué harían si él no regresa?

Lion I

Si por algún motivo la cagaba, lo arruinaría para todos.

Jeb —aún detrás de mí— me ofrece una servilleta. Me limpio la cara y murmuro—: ¿Por qué no aterrizaste en el otro extremo de la mesa?

—Estaba ocupado. —Y así, Jeb me da la vuelta.

Estoy a punto de ahogarme a la vista de los invitados de fiesta del té—Herman Hattington, March Hairless y Door Mouse<sup>19</sup>— todos sentados en el rincón más alejado y sólidamente congelados bajo espesas y brillantes capas de hielo color gris azulado.

—Morfeo tiene una muy rara idea de *dormir* —dice Jeb.

Morfeo tiene una rara idea de todo. Sacudiendo la cabeza, me dirijo hacia ellos. Al pasar por encima de la boquilla de la tetera, el vapor lame mi pantorrilla, humedeciendo mis leggins. Hattington y su equipo están suspendidos como glaciares, pero la comida parece fresca y el té sigue caliente.

—¿Dónde está esa pimienta? —Extiendo la mano. Es raro jugar en equipo. Mi familia ha estado en modo activo desde que tengo memoria, pero al menos en los últimos años, he tenido la amistad de Jeb para sobrevivir. Ahora está colgando de extraño hilo emocional; no sé si creerle a él o a Morfeo. Era más fácil enloquecer en el mundo real, cuando estaba segura de que había escogido a Taelor.

Jeb excava en su bolsillo y saca la bolsa. Aflojo la cinta mientras respiro por la boca. De ninguna manera voy a inhalar nada de eso. Sólo el desvanecido olor de la pimienta en los ventiladores y los guantes fue suficiente para casi hacerme estornudar.

Estornudar...

Eso debía ser lo que Morfeo pretendía con esta bolsita de especias.

—No vas a malgastarlo en intentar hacer que ese tipo del sombrero estornude, ¿verdad? —me pregunta Jeb—. Es una escultura de hielo. No hay ni siquiera una apertura en donde se supone que su nariz debería

<sup>19</sup> Fierman Hattington, derivación del personaje original del Sombrerero Loco; March Hairless, deformación del personaje original de la Liebre de Marzo; Door Mouse, adaptación del Lirón.

estar. Y sólo hay suficiente dosis para uno de ellos. Tenemos que esta seguros.

Es asombroso lo bien que me lee a veces, pero es tan ajeno a otras cosas.

Ato la bolsa para cerrarla y se la devuelvo. Tiene razón. Nunca seremos capaces de despertar a Hattington con pimienta. Ni siquiera tiene nariz. Me acerco un poco más. Está sosteniendo una taza de humeante té, como si estuviera en medio de señalar algo con ella.

- —Jeb, algo no está bien con su cara. Es un espacio en blanco, es nada. —El brillante y vacío gris azulado refleja mi imagen, mucho más inquietante de lo que una mueca congelada debería ser.
- —Tal vez el hielo es tan espeso que cubre su rostro —trata de razonar él.
- —No lo sé. Pero échale un vistazo al sombrero. —Bien podría ser un dispositivo de tortura medieval —parte sombrero, parte jaula— hecha de alfileres de metal con una tapa de bisagras en la copa que está abierta como una olla. A segunda vista, el metal está en realidad creciendo de su cabeza como huesos. La jaula se asoma a través de los agujeros de su cuerpo, al igual que la pieza de ajedrez en la habitación de Morfeo.
- —Un conformateur —dice con voz tensa—. Tiene un conformateur brotando de su cabeza.

La mayoría de las personas no sabrían acerca de las herramientas del siglo diecinueve usadas para personalizar los sombreros y adaptarlos a las formas específicas de la cabeza, pero Jenara tiene uno de esos en su habitación. Perséfone corrió hacia uno de ellos en una venta una vez y, conociendo el amor de Jen por todo lo relacionado con la moda, hizo una pequeña oferta por él y ocurrió que lo ganó porque nadie allí sabía del verdadero valor del artefacto.

Los marcos de metal acanalados se moldeaban alrededor de la cabeza del cliente donde el ala del sombrero se asentaba, y los pasadores se ajustaban a las crestas y protuberancias del cráneo. Un óvalo de cartón se insertaba en la tapa articulada y presionaba en su sitio a la coronilla, haciendo que los pasadores perforaran agujeros con la forma de la cabeza. Esto formaba un patrón que el sombrero podía utilizar para ajustar el sombrero individualmente.

El saber por qué uno de estos está fisicamente conectado al cráneo de Herman me sobrepasa, no quiero ni imaginarme cómo lo utiliza en su oficio.

Fuerzo a quitar mi atención de su reflectante rostro y me giro a la *liebre*, es doce veces peor. Mayormente porque parece estar girada desde adentro—sin piel, sólo carne. Es como mirar a un conejo despellejado. Al

menos tiene cara. Su expresión es demente, tiene un brillo salvaje en sus blancos ojos. Una taza de té se balancea encima de un pastel en su plato. Su pata está escondida en la taza con su muñeca hacia abajo, como si estuviera sumergiendo algo.

De los tres invitados, el ratón es el único que parece normal. Si es que un ratón vistiendo una chaqueta de portero puede considerarse como normal.

—No sé cómo resolver esto —digo—. Están todos congelados, ¿así que cómo podemos hacer que estornuden con una pizca de pimienta?

Jeb sacude su cabeza. —Echemos un vistazo al libro. —Se mueve sobre la mesa cambiando y poniendo las cosas sobre una silla vacía. Apartando un desvencijado vagón de té de tres niveles, lo deja caer sobre la hierba—. Ven aquí —dice, instándome a tomar su mano mientras se sienta en la mesa y coloca la mochila a su lado.

Le dejo que me ayude a bajar pero me suelto en cuanto mis pies tocan el suelo. Secando los restos del jugo de baya de mi cara con una servilleta de tela, reviso mi ropa asegurándome que está limpia. —Tengo hambre. —Subestimación. Me muero de hambre. No puedo recordar la última vez que comí algo.

—Bueno, no debemos comernos estas cosas. —Jeb gesticula hacia la expandida fiesta del té—. ¿Quién sabe lo que podría hacernos? — Encuentra una barrita energética en la mochila y me entrega la mitad. Le hace un gesto a la silla vacía junto a él. Tomo lugar en una silla, dos lugares más lejos. Me mira mientras comemos; los únicos sonidos provienen del traqueteo del envoltorio, los pájaros, y la brisa.

Evito su mirada, cuento los melocotones y las rayas grises de mis leggins. Mis piernas me recuerdan a los caramelos de menta. Sabrosos y redondeados caramelos de menta.

Se me hace agua la boca.

¿Qué está mal conmigo? Tengo que ayudar a Jeb a averiguar lo que ocurre, pero en todo en lo que puedo pensar es en comida.

Después de engullir lo último de mí barrita, el hambre sigue sin disminuir. Recuerdo cómo de bien sabían esas cosas moradas y deseo nunca haber caído sobre esa tarta.

Por otro lado, debe haber sido divertido verlo. Me imagino a mí misma cayendo sobre el pastel y comienzo a reírme a carcajadas.

—¿Qué es lo divertido? —pregunta Jeb. Tiene la novela de El País de las Maravillas abierta sobre su regazo y deja caer lo último de su bocadillo en su boca.

—Nada. —Otro ataque de risa me asalta. Esta vez es tan fuerte, que como que morderme el interior de las mejillas para detenerlo.

Ajeno, Jeb hojea unas cuantas páginas. —En el capítulo siete dice que el Lirón sigue dormido en la fiesta, y que el Sombrerero le coloca una taza de té bajo la nariz para despertarle. El pasaje está subrayado, así que tal vez es una pista. ¿Qué piensas?

- —Pienso que el ratón debió haber tenido un buen olfato para el té. Me abofeteo los labios, avergonzada por la respuesta sin sentido.
- —Vale. Basta de pretender que todo está bien —dice él mientras deja caer el libro en la mochila junto con el envoltorio. Se acerca y captura mi barbilla, levantando mi mirada hasta que está a la altura de la suya—. ¿Realmente crees que fingí querer besarte?

Una extraña sensación de picardía florece dentro de mí, completamente inapropiada para la seriedad de nuestra situación. —¡Ahah-ah, enano caballeroso! —Me suelto de sus manos y salto a mis pies, coqueta, mareada, y totalmente no yo—. No puedes tocar mi precioso botín, ¿recuerdas? Apártate de mí, Jebbeth. —Le doy la espalda.

Me agarra por el codo, girándome. —¿Podrías mirarme, por favor?

Me libero de su agarre de un tirón y salto sobre el vagón del té hacia el otro lado de la mesa, así los cubiertos forman una barricada entre nosotros. A mi izquierda se sienta Door Mouse. Es del tamaño de un hámster, pero su delgada cola es igual de peluda que la de una ardilla y está cubierta de escarcha. Las almohadas se amontonan en su silla, elevándole para que pueda llegar a la mesa. Su cabeza descansa junto a un vaso medio lleno de té caliente. Debía haberse congelado mientras dormía.

Me inclino cerca de su oído, plateado con hielo y oblongo. —No te culpo por pasarte la vida durmiendo —le susurro. Jeb me mira sorprendido como si fuera de Marte—. Ojalá eso hubiera hecho las últimas horas de mi vida.

La expresión de Jeb cae, y sé que le he herido. Esa no era mi intención. Me siento de cualquier forma, menos rencorosa. Aparte de tener hambre, caprichosa, mareada y sin inhibiciones. Es muy liberador.

—Al, vamos. No quiero que las cosas sean así... no entre nosotros — dice Jeb y comienza a rodear la mesa; estoy a punto de girarme, pensando que una buena persecución podría ser divertido, cuando escucho una respiración. Es tan suave, al principio creo que son las hojas susurrando sobre nuestras cabezas. Luego veo a la nariz del ratón retorcerse. Es brillante, húmeda, y rosa, como una bola de helado de fresa. Estoy a punto de arrancársela y comérmela cuando Jeb se acerca por detrás.

El ratón olfatea de nuevo.

—¿Qué te parece, Jeb? Usa la pimienta para despertarle. Puede ser questro compañero. Le llamaremos Skittles, como los dulces. —Las cosas

que salen de mi boca son sólo tonterías, pero no puedo detenerlas. No mucho más que al colosal gruñido de mi estómago que las sigue.

A.Co I

Observándome con un gesto inquieto, Jeb toma el asiento junto a mí y saca la bolsita—. El hielo en su nariz debe de haberse derretido por el té.

No puedo concentrarme en nada más que en mi cuerpo. Mi piel pica, como si necesitara hacer algo. Me subo a la silla, y luego a la mesa, pateando algunos platos hacia un lado.

—Al, ¿qué de...?

Música comienza a sonar en mi cabeza... no la *nada* de Morfeo. Es algo con un ritmo sensual, adictivo. Tuerzo mis caderas hacia atrás y hacia adelante. Los rubíes de mi cinturón brillan y los anillos danzan con estilo. No sabía que podía moverme así. Debía de ser por todos esos años jugando al hulla-hop<sup>20</sup> con Jen.

Los ojos de Jeb lucen como si fueran a estallar de un momento a otro, al igual que las venas en su cuello. Hace un sonido —algo que está entre tos y gemido— hipnotizado por mis oscilantes caderas. Se pone de pie.

- -¿Podrías bajar? Te vas a hacer daño.
- —No. Sube aquí conmigo. —Levanto los brazos sobre mi cabeza y ruedo mi pelvis seductoramente—. Es una danza para despertar a Skittles. Ya sabes, como los Nativos Americanos hacían para que lloviera.

Jeb se queda embobado. —Dudo seriamente que los Nativos Americanos se movieran así.

Sintiendo el ritmo a través de cada pulso de mi cuerpo, me imagino las cadenas del cinturón de Jeb bailando con la música, imagino las bobinas de energía corriendo por las conexiones, induciendo el movimiento. Las atraigo con un dedo.

—Oye... oye, ¡espera! —Las cadenas de Jeb se le enredan, forzándole a caer en la silla. Intenta agarrar las conexiones con sus manos, pero se liberan, atrayéndole hasta que está frente a mí sobre la mesa.

Capturo sus caderas, engatusando su cuerpo para que se balancee con el mío. Apretada contra él, acaricio su cuello, dejando caer algunos besos sobre su suave piel mientras rastrillo mis dedos por su cabello. Su coleta se deshace. —Sabes lo suficientemente bien como para comerte — susurro quedamente.

Las cadenas se enrollan alrededor de su muslo, apretándose. Tensándolas, las agarra. —¿C... cómo haces esto?

20 Hulla Hulla, baile que consiste en mover las caderas usando un aro de plástico para mantenerle en la cintura el mayor tiempo posible.

Río, pasando las palmas de mis manos sobre sus bíceps y su pedho Morfeo me dijo que podía animar objetos. ¿No es espectacular?

Estoy tan concentrada en lo bien que se sienten sus músculos, que rompo la conexión con las cadenas de metal. Al momento de liberase, Jeb cae al suelo y me arrastra con él. Me dejo caer riendo mientras agarra mis dos manos y me las cruza sobre el pecho.

- -Me estás asustando, Al. Vamos.
- —¿Vamos a dónde? —Suelto una mano y paso un dedo sobre su camisa, trazando la línea de tela negra sobre su delicioso ombligo y me detengo sólo para agarrar su cintura.

El músculo de su mandíbula salta.

Ronroneo. —¡Pobre freaky del control! Tu mundo se tambalea cuando la pequeña Alyssa no se tropieza con su cinturón de castidad. ¿Eso es todo, chico malo? —Toco la parte superior de su bragueta.

—Uh...

- —¿Por qué no despiertas a Skittles, y luego regresamos a casa? Podremos tener una verdadera fiesta, ¿o no? —Sonrío tan forzadamente, que mi cara duele, una provocativa y burlona sonrisa es la que se muestra en mi rostro. Por alguna razón, no puedo parar.
- —Tienes que dejar de mirarme así —dice Jeb, con una voz medianamente ronca, desconocida para mí hasta entonces.
- —¿O qué? —Mis entrañas cosquillean con un poder desconocido, sabiendo que él está nervioso. Sabiendo que yo lo he causado.

Tragando sonoramente, saca la bolsita de pimienta de nuevo. — Casa. Bien. Tal vez si despertamos al ratón, los otros se despierten también.

—¡Sí! ¡Que comience la fiesta del té! —Finalmente podré comer algo. Interpreto un redoble de tambores en el borde de la mesa con mis dedos índices.

Jeb me dirige otra desconcertada mirada. Es delicioso ser capaz de desequilibrarlo. Como cuando antes su sangre se volvió verde sobre Morfeo. Nunca conocí a ninguna chica que tuviese poder sobre Jebediah Holt. Sería agradable ser la primera.

Una diminuta voz intenta abrirse paso en mi interior, trata de recordarme que esta no soy yo... que yo no diría esas cosas, no a Jeb; que no me beneficiaría de su dolor.

Algo está mal y debería decírselo, así puede ayudarme, o al menos defenderse. Pero el hambre dentro de mí aplasta mi conciencia. Es más que sólo un dolor por comida. Me estoy muriendo de hambre de poder.

también. El poder para hacer que el chico al que deseo esté de rodillas Para hacerle pagar por no corresponderme.

Con un ojo sobre mí y otro sobre la bolsa de pimienta, Jeb llena los orificios de la nariz del ratón. La diminuta criatura inhala fuertemente. Un estornudo se reúne, luego estalla en un hipo. La capa de hielo que lo cubre se rompe con la fuerza del estornudo. Los trozos de hielo se deslizan por su pelaje marrón y su chaqueta roja mientras se sienta para frotarse la nariz.

En el instante en él que nos ve, se apresura hasta esconderse detrás de la taza de té. Arriesgándose a echar un vistazo, sus ojos negros con gotas de rocío parpadean en nuestra dirección. Parecen chispas de chocolate. El hambre feroz rueda en mi interior otra vez. Babeando, lucho para subirme a la mesa.

- —¡Ay! —La voz del ratón es un chillido agudo mientras sale corriendo de su escondite.
- —Al, para. Necesitamos su ayuda —me suplica Jeb e intenta agarrar mis tobillos, soy demasiado rápida.

Empujando bandejas y platos, me arrastro detrás del ratón mientras corre hacia sus amigos, su difusa cola saltando tras él. Patina hasta detenerse cuando ve en la condición en la que se encuentra. Con una caída de sus bigotes, se gira.

- —¡Señorita Alice, debes despertarles! —chilla. Vacilante, sus diminutas patas dan golpecitos hacia atrás.
- —Tú no eres la señorita Alicia. —Se frota los bordes de sus ojos mientras mira los míos—. Tú eres mucho más...
- —¡Hambrienta! —Ahora entiendo la preocupación del octobenus con su estómago—íntimamente.

Tengo un sabor un poco raro en los labios y giro a la izquierda para escapar de Jeb, que intenta engancharme por la cintura. Mi palma aterriza en un pastel y lanzo fuera la corteza aplastada. Tengo mis ojos puestos sobre el cebo vivo.

El ratón da marcha atrás, chillando con nerviosismo. Diminutas manos con garras alcanzan sus bigotes, tirando de ellos hacia abajo, debajo de su barbilla. Casi tropieza con la corteza rota sobre la que aterricé antes, y estoy gritando para que eso suceda. Realmente podría tomar una rebanada de pastel de ratón. Jeb se pone de pie sobre una silla y pasa de una a otra para seguirme.

—Escucha, pequeño —le dice suavemente al ratón—. Evitaré que ella te coma si nos ayudas a despertar a los otros. ¿Recuerdas cómo los puso Alicia a dormir?

El ratón envuelve su cola alrededor de sí mismo, abrazándola. — Da dejó caer el reloj dentro de la taza de té. — Me estudia con recelo desde el centro de la mesa, dando un paso más cerca del pastel morado. Sentada sobre mis rodillas, me froto las uñas contra las rodillas para distraer a mi estómago. Con los ojos cerrados, me concentro en el libro. Los detalles de la historia son confusos, pero recuerdo una discusión sobre el funcionamiento interno del reloj de bolsillo del Sombrerero. Algo sobre la mantequilla de la liebre—mmm... mantequilla. Caramelos de mantequilla, glaseado de crema de mantequilla, galletas de mantequilla.

Gruño y golpeo mi puño contra la mesa, haciendo sonar los cubiertos y los platos y enviando una sacudida de dolor por mi brazo, lo que pone mi cerebro en marcha de nuevo. ¡El mecanismo! ¡Eso es! La liebre untó mantequilla al mecanismo con un cuchillo de pan y estropeó el interior con migajas. La versión del libro del País de las Maravillas, es por eso por lo que la Liebre de Marzo deja caer el reloj dentro de su té. Para enjuagarlo. Pero tal vez no fue ella la que sumergió el reloj en absoluto. Al sumergirlo, Alicia detuvo el mecanismo y congeló a los invitados en el tiempo. Eso es lo que tengo que arreglar. Los engranes.

Sólo tengo que secarlos y ponerlos a funcionar nuevamente.

Abro mis ojos, y Jeb está frente a mí, con el libro en mano. Él ya está junto al lugar en el que está March Hairless. Jeb inclina la taza de té, con cuidado de no romper la pata del conejo congelado. Me arrastro mientras el té chapotea a través de las pastas del plato. El reloj de bolsillo se desliza hacia afuera, arrastrando su cadena tras él. Jeb da la vuelta a la tapa. — Se detuvo a las seis en punto.

—¡La hora del té! —chirría el Door Mouse emocionado, aplaudiendo. Su entusiasmo le hace caer hacia atrás, dentro del pastel destrozado.

Mi enfoque dura sólo el tiempo suficiente para que tome el reloj de manos de Jeb, seque los engranes, mueva las manecillas hasta un minuto después de las seis y doy marcha atrás al reloj. Pierdo toda línea de pensamiento después de eso porque el ratón trepa hasta el borde de la cacerola de la empanada, comiendo bayas y goteando con sirope morado.

Exquisito sirope morado.

Saliva resbala por los bordes de mis labios. El hambre insaciable contra el que he estado luchando explota. Mi entorno desaparece. En mi mente, el Door Mouse es ese pato asado del banquete, lo que le convierte en un blanco legítimo.

Tiro el reloj, oyendo apenas siquiera el ruido metálico. Saltando, me pongo a perseguirlo. Mi presa se tira en picado detrás de los pasteles y por túneles a través de panes, logrando eludirme cada vez que estoy a punto de cogerlo. Patino sobre los platos, deslizándome sobre ellos, a través de los pasteles. No me doy cuenta de que Jeb está en la mesa hasta que me

atrapa y tira de mí, su sólido peso a través de mi espalda. Al, para ¿Ha

I opli

Como un animal, gruño y agarro el mantel hasta que clavar mis uñas.

—Al. —El aliento de Jeb es cálido sobre mi cuello—. Vuelve a mí. Sé mi chica patinadora otra vez.

*Mi chica patinadora*. La tierna súplica casi me trae de regreso. Sólo casi.

Quizás es la adrenalina o quien sabe que infiernos fue lo que me poseyó cuando caí dentro de ese pastel y probé esa basura morada... pero algo me da la fuerza y confianza suficiente para empujar a Jeb a un lado como si fuera una ramita. Rueda y cae de la mesa con un gruñido, yo agarro al ratón, pegajoso y chillón, con delicadeza. Sirope morado rezuma a través de mis dedos y de mis guantes. Estoy a punto de morderle la cabeza cuando soy tomada por la espalda. El ratón escapa.

—¡Déjame ir! —gruño, mi momentánea ráfaga de fuerza sobrehumana se ha ido.

Alguien me da la vuelta sobre mi espalda y me inmoviliza en el lugar. Mi visión se torna borrosa y apenas puedo distinguir las dos formas que se inclinan sobre mí.

- —Ha probado el jugo de la baya del Árbol Tumtum —dice la silueta con el sombrero-jaula con una voz entre tenor y contralto—. Tiene que comerse todas las bayas o se volverá loca. —El orador rompe a reír tan alto y de forma absurda que suena como una hiena en un palo de pogo<sup>21</sup>.
- —¡Oh, ahora... estar loco no es del todo malo! —entona la sombra con dos largas orejas, añadiendo risitas a la mezcla—. Podríamos dejar que nos coma. Mantener su boca abierta y saltar dentro. Siempre he querido ver el interior de un estómago.

Una pata se mete en mi boca y me hace atragantarme, casi cortándome la respiración. Muerdo. El intruso se libera de un tirón y escupo. El sabor de la carne quemada me asquea.

- —¡Muerde!
- —¡Aléjense de ella! —El grito de Jeb les petrifica. Acaricia mi cabello calmándome. Tiene el efecto opuesto. Estar cerca de él hace que el hambre perfore mis entrañas, como un arbusto espinoso arraigando profundamente en mi interior.

No hay nada divertido respecto a cómo me siento ahora. —¡Jeb, por favor! ¡Tengo hambre! ¡Dame de comer o moriré!

Especie de saltador, juguete que consiste en una barra de metal con un manillar en el extrem superior, un apoyo para los pies en la parte inferior antes de acabar en un muelle.

A.G. HOWARI

Está bien, está bien... —Su voz se quiebra y me doy cuenta de que puesto de rodillas, después de todo.

Mis intestinos arden como si hubiera hormigas royendo a través de ellos. Cierro los ojos para bloquear la luz, pero aún puedo oler la comida. En todas partes.

Después de una pausa que parece eterna, algo mullido y fresco empuja mis labios. Abro la boca, codiciosa, y tomo cada regordeta baya que puede caber dentro de mí. Irrumpen en mi lengua, jugosas y suculentas.

Tragando, suplico por más.

Cinco bocados después, puedo concentrarme sin más dolor. Me siento, parpadeando ante los invitados de la fiesta de té, sentados al otro lado de la mesa. El conejo está preocupado por el reloj de bolsillo, frotándolo con una servilleta y repartiendo disculpas para el Padre Tiempo. Sus ojos blancos brillan como el mármol cuando sonríe, su boca sin labios revelando tres dientes torcidos y amarillos. El Door Mouse está dándose un baño en una taza de té, su diminuto uniforme manchado colocado sobre el plato. Y Hattington—él realmente no tiene rostro.

Sigue parpadeando por la semejanza entre el ratón y la liebre, como si alguien hubiera traspuesto los canales entre ellos. Jeb se inclina sobre la mesa. —¿Estás bien? —Parece preocupado.

Culpabilidad me atraviesa por la forma en que quería castigarlo. — Yo era...

—Desinhibida e impulsiva. En gran medida.

Miro los platos rotos y la comida triturada a mí alrededor. —Hay otro lado en mí, Jeb. Y no estoy segura de que tenga que ver con la maldición. Creo que quizás siempre haya estado allí.

Une nuestras manos. —Está bien que tengas un poco de maldad dentro de ti. Seremos una buena pareja, nos complementamos. —Me ayuda a bajar de la mesa, colocando sus brazos alrededor de mi cintura. Mientras besa mi frente, su piercing presiona entre mis cejas, frío y reconfortante.

Me echo hacia a atrás. —Por lo tanto, no fingías que querías estar conmigo y no con Taelor. ¿Esto... nosotros... es real?

Su pulgar y su dedo índice pellizcan el lóbulo de mi oreja con suavidad. Está tan tranquilo y reflexivo que temo que no va a responder. Tomando un respiro, baja la mirada. —Salí con Tae... para intentar no pensar en ti. Con la esperanza de que podría sacarte de mi sistema. Al igual que con el lápiz y el cuaderno de dibujo, no funcionó. Entonces no estaba seguro de que tú sintieras lo mismo. Y si lo hacías, tenía miedo

A.G. HOV

- de... —Estudia el cigarrillo que arde en sus antebrazos a través de la rayas negras escarpadas de sus mangas.
  - —Continua... —insisto.
  - —De descargar mi mierda sobre alguien tan dulce como tú.

No puedo contener una sonrisa. —Oh, vaya.

- —¿Qué?
- —Supongo que ambos prestamos poca atención. Esa es la misma razón por la que seguí renegando de mis sentimientos hacia ti.
- —¿Porque soy dulce? —Esa sonrisa tan infantil con hoyuelos destella en su rostro.

Paso mis dedos a través de su desordenado cabello, riendo. —No quería meterte en la locura de mi familia.

Un ruido de platos sacude el otro lado de la mesa, donde el ratón y la liebre luchan por una cuchara, ambos tratando de ver su reflejo en la plata.

Jeb toma mi mandíbula, recuperando mi atención. —Escucha, nunca quise lastimar a Tae. Ya recibe mierda suficiente de su padre. Pero cuando vino a recogerme para el baile, tuvimos que salir. Le dije que se había terminado... que debíamos romper. Yo lo mantendría en secreto durante el baile porque fue ella quien me lo pidió. Ya había comprado un vestido y yo había alquilado un esmoquin, ¿sabes? Pero ella sabe la verdad. Lo que eres para mí, Al. Sólo tú.

Son las palabras más hermosas que he oído en mi vida. Mi estómago se siente flojo, como cuando era una niña y el tiovivo del patio del recreo finalmente dejaba de dar vueltas y simplemente me quedaba allí tumbada mirando el cielo girando —mareada, feliz y eufórica— hasta que el mundo volvía a una perfecta claridad.

—¡Oh, Jeb!

Levanta mi mano y besa mis nudillos. El piercing sobre su labio brilla a la luz, recordándome los ojos enjoyados de Morfeo. Odio haberle permitido hacerme dudar del chico más fiel que he conocido. No puedo dejar que Morfeo me manipule de esa forma, nuevamente. Nunca.

- —También lo eres para mí. —Enlazo mis dedos con los de Jeb—. Lo siento por las cosas que te dije en el Salón de Espejos. Y por mentirte acerca del bolso de Taelor... y el robo...
- —¡Shh! —Se inclina para besarme, tan tierno y dulce, que ahuyenta todo lo que nos rodea. Sólo soy consciente de su contacto.

—Vamos a olvidarlo todo. Excepto una cosa —susurra contra mis labios—. Cuando volvamos a casa, ¿puedes mantener el truco de la cadena? Ese baile sobre la mesa fue realmente caliente.

Gruñe. Me río, temblando ante la sensual vibración en su pecho. Él también se ríe, luego tira para acercar mis caderas y besa mis orejas, mis sienes, mis labios—sumergiéndome en mil sensaciones diferentes, cada una tan deliciosa, que casi olvido lo que me queda por hacer. Rompo nuestro abrazo. Jeb me mira con los ojos entrecerrados, interrogante.

—Vuelvo enseguida —le digo. Me quito los guantes sucios, los echo a un lado, y trepo sobre la mesa, deteniéndome frente a Hattington—. La Espada Vorpal. Alicia te la trajo, antes de que se congelaran. La necesitamos.

La pantalla plana de su rostro parpadea, destellando entre un reflejo mío y uno de Alicia. El efecto es escalofriante, como una pantalla de cine rompiéndose entre dos épocas diferentes. Jeb se acerca unos pasos, esperando, cuidando.

- —¿Espada? —Hattington mira a sus dos compañeros—. ¿Alguno de ustedes recuerda algo sobre una espada? —Todos estallan en risas, un sonido que me confunde.
- —Tal vez te la tragaste, Herman —dice la liebre entre bufidos—. Abre la boca y vamos a echar un vistazo.
- —Es mejor tener una pistola de bengalas —chilla el ratón—. ¡Está ancho y oscuro ahí dentro!

Más resoplidos y risitas.

Jeb agarra a la liebre por las orejas y la sostiene por encima de la mesa, poniendo fin al festival de risas. Señala a Herman y al ratón. —Una pequeña colaboración de su parte supondrá para ustedes el mantener sus pieles intactas.

La cara de Hattington parpadea con la explícita amenaza de Jeb. — Estás ladrándole al árbol equivocado, marmota. —Mira hacia lo alto de la colina—. Alguien los envió a perseguir patos salvajes. Pregúntense, ¿quién?

Un crujido de hojas aparece y Morfeo está en la parte superior del toldo. —Ese sería yo —responde, con una sonrisa en su rostro.

Traducido por Amy Ivashkov Corregido por Karew

ntrecierro los ojos mientras observo a Morfeo, un nudo de furia está formándose en mi pecho. Jeb tenía razón. Lo único que él hace es engañarnos. —Mentiste.

La sonrisa se desvaneció de su rostro, Gossamer se asoma debajo de su pelo. —Estaba mal informado —responde.

El cuerpo de Jeb se tensa visiblemente. —¿Mal informado? Enviaste aquí a Al, con el peligro por doquier, ¿por estar *mal informado*?

Me alejo de la mesa, apoyando mis manos en sus músculos tensos, tratando de calmarlo. Morfeo sonríe de nuevo desde arriba del árbol, real y presuntuoso, con sus alas extendidas; un fondo de satén sombreado elegante en su pálida tez. —Fue una tontería, lo sé. Tomando los chismes como si fueran hechos reales. Estaba en mi capullo cuando la pequeña Alicia escapó con la espada. No vi por mí mismo lo que pasó. Escuché a través de rumores que ella vino hasta aquí con la espada. Pero ahora sé la verdad. La espada se ha ocultado todo este tiempo en el Castillo Rojo... custodiado por el bandersnatch.

- —Así es. —La voz de Jeb se atraganta con su habitual y aburrido autocontrol—. Y esto, suponiendo que tomemos tu palabra para eso.
- —Mi espía se enteró hoy. Alyssa me crees, ¿verdad? —pregunta Morfeo a la vez que su mirada se posa en mí.

No respondo. La verdad es, que no confio en él.

- —Toma su silencio como un *no*, ¡bicho descerebrado! —replica Jeb. A la vez que se mantiene enfocado en el dosel.
- —¿Ninguno tiene curiosidad por la batalla que libré para mantenerlos a salvo? Una lástima, ¡qué ingratitud! —Endereza sus guantes tajantemente mientras Gossamer revolotea alrededor de su chaqueta, comprobando los ganchos. Su ropa está arrugada y destrozada, meluso tiene rastros de hollín. Ha perdido su sombrero y su pelo semeja a

un choque de olas salvajes—. Tuve que incendiar el comedor para echarlos a todos. Pero pronto el *País de las Maravillas* comenzará a buscarte. La Reina Grenadine tiene una cena planeada. Está decidida a encontrar una nueva mascota para entretener a sus invitados.

El hombro de Jeb se sacude con fuerza debajo de mi palma. — ¿Mascota?

—Grenadine ha buscado un remplazo de Alicia por décadas. Un pájaro enjaulado, por así decirlo. —Una bomba parece haber estallado con su declaración, no se percibe un solo movimiento, ni un solo sonido. Después de dejar caer semejante información, Morfeo da un salto grácil y se desliza en la mesa, aterrizando junto a Hattington y su equipo—. Nos alegramos de verlos otra vez compañeros. ¿Cómo estuvo la siesta?

Los tres Habitantes del Infierno saludan a Morfeo con abrazos y apretones de mano.

Tomo la mano de Jeb con fuerza, mi pulso está acelerado. — ¿Recuerdas el informe psiquiátrico? —pregunto—. Alicia le dijo a la terapeuta que estuvo en una jaula para pájaros durante setenta y cinco años en el País de las Maravillas. Ella debió volver. Se casó y tuvo una familia. O si no, yo no existiría, ¿cierto?

Él se acerca. —No sé qué está pasando, pero necesitamos salir de aquí. Rápido.

—Entonces, la maldición se ha roto —le explico, aunque no me siento diferente.

Morfeo parece ajeno a nuestra urgencia. Acaricia el conformateur de Hattington. El pequeño e inexpresivo hombre inexpresivo le llega al muslo. —Es espléndido tenerte de vuelta entre los vivos, Herman. Estoy en extrema necesidad de un Sombrero Cajolery.

—¡Puedo hacerlo! —La tapa se cierra en el artilugio del sombrerero. Su estructura ósea y cráneo contorsionado hacen crack en su lugar como el chirrido de metales sujetándose, tiene moho alrededor de su cabeza antes de que él y Morfeo vean un conjunto combinado de muñecas incrustadas.

Esto es por lo que es el mejor sombrerero del reino. Su cara y cabeza se concentran en el asunto hasta que termina un proyecto, haciéndolo perfecto. ¿Cómo será? ¿Nunca tener identidad propia? No me extraña que lo llamen loco.

—¿Tal vez le gustaría un sombrero de hongo? —dice Hattington, tocando sus pómulos—. Tengo un poco de fino color rojo en casa.

—Hmm... —exclama Morfeo, sacudiendo el hollín de su solapa—. Pensaba que uno de *bucarán* podría estar bien.

— Oye! — dice Jeb golpeando el puño en nuestro extremo de la mesa El grupo pone su atención en nosotros—. Al está en peligro de convertirse en el humano periquito de alguien. Terminó lo que vino a hacer. Cumplió los requisitos necesarios para romper la maldición. Ahora necesitamos regresar a nuestro mundo. Igual que ayer.

—¿Ayer, dices? —canta el sombrerero con un agudo timbre de voz—. Ayer es factible.

Riéndose, la liebre se golpea una rodilla y añade—: Aunque dos ayeres sería imposible.

El ratón ríe, volviendo la vista a su uniforme. -iNo, no! Puedes retroceder tantos ayeres como quieras. Simplemente caminar hacia atrás por el resto de tu vida.

Todos se doblan al mismo tiempo, sosteniendo sus costillas mientras ríen histéricamente. Su falta de sobriedad me aturde y Jeb parece que podría romperse en cualquier momento.

Con un movimiento de sus alas, Morfeo aterriza en la hierba a nuestro lado. Gossamer anida en su pelo. —Habrá más malas noticias si ustedes salen de aquí.

Jeb estrecha la mirada. —¿Cómo puede haber siquiera algo peor?

—Cuando el Ejército Rojo allanó mi casa, encontraron la caja jabberlock y la robaron otra vez. Ya no está bajo mi protección y sin la Reina Ivory, su portal permanecerá cerrado. Eso hace que sea aún más imperativo tener la espada, derrotar a Grenadine y a su rey.

Jeb se acerca a Morfeo. —¿Y cómo pretendes derrotarlos cuando la espada está en su castillo bajo protección de un perro guardián mutante?

Agarro su hombro desde atrás, recordándole que actúe con moderación. Morfeo es nuestro único aliado, sin embargo, sus tácticas son exasperantes.

—No está todo perdido —dice Morfeo—. Chessie puede someter al bandersnatch ya que tiene la otra mitad dentro. —Le hace cosquillas al *Espíritu de la Naturaleza* en sus diminutos pies, con el balanceo de su dedo—. Conseguirás la cabeza de Chessie para mí. Entonces él tendrá control total, puedo robar la espada y derrotar a Grenadine, luego los enviaré a los dos a casa a través de cualquier portal. El que quiera. Rojo o Blanco.

—¡No! —exclama Jeb, al tiempo que se impulsa con un movimiento tan rápido, que mi brazo casi se sale de su eje. Atrapa a Morfeo por su camisa de encaje y lo alza tomándolo de las puntas de sus pies, así que sus alas se arrastran por el suelo. Gossamer cuelga de una hebra de cabello azul—. Todo esto es una estratagema para conseguir que Al realice

otra "tarea", ¿cierto? Otra *prueba*. Lo que quiero saber es para qué esta siendo probada. ¿Qué pasa si supera todas las pruebas?

De una forma engreída, Morfeo toma los dedos de Jeb, uno por uno, como si estuviera tocando una flauta. —Ah, Gossamer ha estado usando su bonita y pequeña boca otra vez, ¿no? ¡Pequeña ninfa celosa! —Su Espíritu de la Naturaleza se aleja de su hombro, acercándose a un árbol—. Ya sabes. Nunca confies en una mujer con la piel verde. Pregúntale a cualquier hombre que haya tenido una resaca de absenta. —Morfeo me mira intensamente—. Todo lo que siempre he querido es liberar a Alyssa y devolverla a su lugar.

- —¿Y dónde es eso? —cuestiona Jeb. Mueve su cabeza y la coloca delante de mí, de este modo Morfeo tiene que mirarlo.
- —Su hogar, por supuesto. —Las joyas en los bordes de los tatuajes de Morfeo se aclaran y brillan como líquido, imitando lágrimas reales y con ello la sinceridad que ellas desprenden—. Nada me gustaría más que obtener la cabeza de Chessie yo mismo. Pero, por nuestro mal entendido sobre las polillas, y Espíritus de la Naturaleza, las Hermanas Twid y yo no estamos en las mejores condiciones. No me dejan pisar o volar por ningún lugar cercano a su puerta.
- —Espera —me acerco a él—, ¿qué tiene que ver esto con el cementerio?
- —Allí es donde reside la cabeza de Chessie —responde Morfeo—. Porque técnicamente tiene una parte muerta. Fue capaz de encontrar consuelo allí. Así que la solución es simple: guardar al gato para someter al bandersnatch, liberar a la Reina Ivory con la espada, y luego irte a casa.
- —¡Que montón de mierda! —dice Jeb, empujando a Morfeo. Sus alas de Habitante del Infierno se ensanchan, manteniendo el equilibro antes de estrellarse contra una silla. Gossamer se desliza debajo de las hojas, cerniéndose sobre él.

Jeb toma mi mano. —Iremos con alguien más. Al está en peligro aquí. Tendremos que escondernos hasta que podamos regresar a casa. Ha hecho todo lo que pediste. La maldición se rompió, ¿cierto?

Morfeo me observa, no a Jeb. —¿Qué tendría de bueno haber roto la maldición si nunca vas a casa? Si Alison nunca ve a su hija otra vez, estará peor de lo que está ahora. Su cordura no durara más.

Me estremezco. Tiene razón. Alison nunca se perdonará si me pierdo por su causa.

Morfeo mira por encima del hombro donde está el grupo de la fiesta del té discutiendo sobre quién beberá el agua del baño del ratón desde la bota de la liebre. El borde de su boca se curva. —El jardín interior es

sagrado para nuestra especie. Está prohibido que caminemos por esos terrenos. Eres la única a quién puedo enviar.

Aprieto la mano de Jeb, odiando lo que voy a decir. —No tenemos opción, entonces. Iremos.

Jeb toma mis manos con fuerza y presiona mis nudillos en su pecho. —No. No iré. Tú regresa con el bicho.

—Por supuesto —interrumpe Morfeo, su afilada voz destila sarcasmo y sugestión—. Estaré feliz de llevar a Alyssa conmigo. Podemos continuar lo que dejamos en mi habitación, ¿verdad, cariño?

Le frunzo el ceño.

Jeb me hace un lado y toma el Cuchillo del Ejército Suizo, la hoja presionada contra el esternón de Morfeo. —¡Tengo una mejor idea! Dale a Al su deseo. Ahora.

Mi estómago se revuelve. —Jeb, no me iré sin ti.

—No llegaré a eso. —Desliza la hoja. La desliza hacia la garganta de Morfeo—. Puedes desear que nunca vengamos. Todavía eres el objeto del deseo, y nos vas a sacar de esto. No habría venido si no te hubiera visto saltar en ese espejo.

Tiene razón. Técnicamente funcionaría. El único problema es que habría hecho esto por nada: Alison seguirá recibiendo terapia de electrochoque y mi familia continuaría con la maldición porque nunca vine a arreglar las cosas.

—Dáselo —dice Jeb—, o ella tendrá una polilla extra grande para utilizar en su próxima obra maestra. ¿Lo tienes?

Gossamer vuela en la cara de Jeb con frenesí. Esa distracción le da a Morfeo la oportunidad de tomar la muñeca de Jeb y someterlo. —No tengo el deseo —dice furioso—. Se cayó cuando intentaba salvar sus pequeñas y sangrientas vidas, ahora está en las manos del Conejo Blanco.

Jeb tuerce su brazo libre. —Mentiras.

—No importa —responde Morfeo, mirando a Jeb con recelo—. Alyssa no usaría su deseo tan a la ligera. De otra forma, su familia sufrirá por siempre la maldición. Arriesgando su vida y su cuerpo, por siempre.

El calor de su mirada es mil veces peor que los focos de los mineros en el Submundo, y no hay ninguna parte en la que pueda ocultar mi descubierta alma. —Tiene razón.

Jeb me mira. —Debes estar bromeando. ¡Tu madre no te querría ver en peligro!

Bajo la mirada a mis botas, parecen realmente interesantes en este momento. —¿Por que estamos hablando de esto? Acaba de decir que no tiene el deseo.

La risa de Jeb tiene un ligero toque de veneno. —¡Asombroso! Acabas de permitirle seguir jugando contigo en sus manos. —Su rostro se endurece—. ¿Sabes que haría si tuviera el deseo? Haría que confiaras en mí como solías hacerlo. De la forma en que ahora confias en él.

Esa insinuación me lastima profundo. No puede simplemente creer eso, ¿cierto?

Jeb vuelve la mirada a Morfeo, blandiendo la hoja del cuchillo otra vez. —Si algo sale mal, si incluso tiene un rasguño al final, te destriparé. De la cabeza a los pies. —Retrocede. Da vuelta para recuperar nuestra mochila.

- —Consigue direcciones para llegar al cementerio —me dice antes de moverse al borde de la colina, deteniéndose en el borde del desierto del tablero de ajedrez. Se ajusta la navaja y mira a la distancia con toda la paciencia y compostura de un animal salvaje enjaulado mientras Gossamer revolotea a su alrededor.
  - —Tu novio tiene algunos problemas de confianza —dice Morfeo.
  - -Cállate. Tuvo una infancia difícil.
  - —Debería estar agradecido de tener una.
- —Deja de intentar conseguir simpatía. Tuviste una infancia. Estuve allí, ¿recuerdas?

Las marcas negras alrededor de los ojos de Morfeo se arrugan en una sonrisa sarcástica. —No, Alyssa. Era a la pobre Alicia a quien me refería.

- -¿Qué quieres decir con eso?
- —Necesitas un arma —dice, dejando de lado la pregunta que le hice. Mete una mano enguantada en su chaqueta, busca en su bolsillo interior y extrae un pequeño cilindro de madera delgada. Se da vuelta, revelando los agujeros en el cuerpo y una boquilla en un extremo.
  - —¿Una flauta? ¿Cómo se supone que eso nos protegerá? —pregunto.

Morfeo se acerca y mete el cilindro en mi blusa. Lo desliza contra mi piel desnuda hasta que encaja perfectamente en mi escote. Gossamer debe estar distrayendo a Jeb o ya habría bajado de la colina. Personalmente, estoy considerando el empujar el instrumento hasta su nariz.

Me sostiene la mirada. En algún lugar detrás del insondable brillo negro, hay sinceridad. Incluso quizás, preocupación. Mi corazón late con fuerza contra la fría madera lisa de la flauta.

—Esperemos que recuerdes las lecciones de música que tu mama te hizo tomar —dice Morfeo mientras inclina la cadera contra la mesa. Sus alas se relajan detrás de él—. Un violoncello debería ser suficiente para conocer la escala musical. Si has tocado un instrumento, has tocado todos, ¿no?

Por primera vez, me doy cuenta. —Eres la razón porque ella quería que tocara.

—A pesar de que ella esperaba con todo su corazón que no vinieras aquí, te preparó de igual manera. Y hasta ahora, te has demostrado a ti misma que eres gloriosamente capaz. Hubiera estado muy orgullosa de tus travesuras en la mesa.

Un rubor se arrastra acaloradamente en mis mejillas. ¿Vio mi baile? O quizás se refiere a mi barbárica carrera de comer con el ratón. Cualquiera de las posibilidades, es igualmente perturbadora. —¿Me viste?

—Por cierto... —Mira a Jeb y se acerca más, murmurando bajo—. El jugo de Tumtum altera las inhibiciones de las personas, aumenta su hambre. Pero no es el hambre de alimentos. Es de experiencias que se les antoja. Si hubiera sido yo en vez de tu soldado de juguete, habría encontrado un medio para saciar tu hambre voraz sin recurrir a las bayas.

Su arrogancia hace hervir mi sangre. —No tienes el equipo para satisfacer alguna cosa, polilla. ¿Recuerdas?

Ríe por lo bajo, oscuro y suave. —Soy un hombre en todos los sentidos. Al igual que tú eres una mujer, incluso si algunas personas creen que no eres más que una niñita asustada, constantemente necesitada de un poco de salvación.

Ignoro el comentario. -iPor supuesto! Eres un experto en mujeres. -En mis pensamientos, Ivory enferma de amor se lo come con la mirada. Esa punzada extraña y posesiva sigue, pero la suprimo.

- —¿Tengo la sensación de que hay un poco de celos por aquí?
- —Eso quisieras.

Sonríe, arrastrando un ala por encima de su hombro para arreglarse. —He permanecido en esta forma durante algún tiempo. Tuve que practicar un poco. Pero sólo una mujer es igual a mí en todos los sentidos. Intelectualmente, físicamente, mágicamente.

- —Esto es acerca de ella, ¿no? —Mi envidia es casi palpable—. Pondrías en peligro a cualquiera sólo por tenerla en tus brazos.
  - —Absolutamente. Lo haría.
  - —Te odio.

—Sólo por la forma en la que te hago sentir.

A COMPANY AND A

Mis uñas se clavan en las palmas. —Sólo porque sacas lo peor de

—Oh no, amor. Saco la vida que hay en ti. —Su intensa mirada me envuelve. La canción de cuna suena a través de mi sangre, llevando el pulso a su ritmo: Pequeña flor de durazno y gris, creció fuerte y encontró su camino: dos cosas más todavía, hasta que por fin podrás...

El final del verso —la pieza final del rompecabezas— está todavía fuera de mi alcance. Aprieto mis sienes para sacarlo de mi cabeza. Mi dedo roza la horquilla, y me pincha.

-¡Basta! -espeto-. ¿Dónde está el cementerio?

Gossamer vuelve al hombro de Morfeo mientras éste señala hacia abajo. —Después del abismo... justo allí.

Indica una caída en las arenas del tablero de ajedrez por el borde de la duna, no muy lejos de donde Jeb está de pie. Es dificil distinguirlo desde aquí, pero parece que hay una fisura en la tierra.

- —¿Hay un abismo? —pregunto, con un matiz de duda.
- —Separa el desierto del valle, es un poco grande para un mortal saltar por allí. El cementerio está en el otro lado. Está envuelto en una maraña de vides y hiedras que protege a los Espíritus de la Naturaleza de la luz del sol.

Mi coraje da media vuelta ante la idea de caminar penosamente a través de algún matorral oscuro y lleno de fantasmas —*Habitantes del Infierno u otra cosa*— pero controlaré mis temores. Jeb estará allí, no estaré sola. —A menos que puedas encontrar un camino a través del abismo —continúa Morfeo—, tendrás que caminar. Tomar el borde superior que serpentea alrededor.

La rigurosidad de la arena parece extenderse para siempre. Si vamos por ahí, podría tomarnos un día. Quizás dos. No tenemos esa clase de tiempo si vamos a abandonar los tratamientos de Alison.

Estoy a punto de objetar cuando el ratón grita—: ¡Aves Jubjub!

Gossamer se mueve en el cabello de Morfeo mientras éste agita fuertemente sus alas, moviéndose hacia el cielo. La ráfaga corre a través de mí con olor a regaliz. Los de la Fiesta del Té se apresuran a la casa de la liebre y cierran la puerta. Soplos de polvo negro y blanco se elevan a la distancia.

El polvo se aclara para revelar un ejército de guardias de carta cabalgando pájaros. Enormes y construidos como avestruces con cola de pavo real, las cabezas y alas de saltamontes gigantes. Aunque parece que las aves no pueden volar, sus largas piernas cubren las distancias que nos separan con facilidad. Es como un enjambre de langostas mutantes que se proponen devorarnos. Nunca mataré otro bicho mientras viva...

Mi corazón gol<mark>p</mark>ea contra mis costillas como <mark>un *g*ong, le grito a</mark> Morfeo—: ¡Ayúdanos!

—Ten cuidado con las arenas movedizas —grita—, utiliza la flauta si necesitas ganar terreno. Asumiendo que llegues al valle, dirígete directamente a la puerta del cementerio. El ejército no los seguirá dentro. Se abalanza en la dirección opuesta de nuestros atacantes. Desaparece. Sólo así.

¿Asumiendo que llegaremos? Estoy indignada, mis ojos arden. — ¡Juraste que nunca me dejarías otra vez! Tus alas se marchitarán ¡Cobarde! —grito.

Pero no estás herida... todavía.

Es su voz, aunque no estoy segura si es mi memoria o si todavía está en mi cabeza. De cualquier manera, me había olvidado de la estipulación de su voto mágico. Él es el maestro de los tecnicismos.

Un martilleo rompe el aire. Me doy vuelta para ver a Jeb golpeando el carro de té de madera contra el tronco del árbol. Antes de que mi cerebro registrara qué estaba haciendo, separa dos de los estantes de la estructura. Empuja el flequillo fuera de su cara y pasa las tablas sobre los estantes. Son suaves y sin costuras con una ligera curva en los extremos.

Sostiene una tabla para mí. —¡Vamos!

Tomo la pieza de madera, confundida.

Jeb pone en su hombro la mochila, corre a toda velocidad hasta el borde de la duna a unos metros de distancia, y coloca su tabla en el suelo de la frontera en donde comienza la pendiente arenosa. Con un zapato en la madera lo inclina hacia abajo, se da vuelta hacía mí. —¡Ahora, chica patinadora!

Corro hacia él con brazos temblorosos mientras coloca mi tabla en su lugar. Él espera que bajemos en ellas, como surfear en la arena. Pero, ¿es que no ve el abismo que hay entre el desierto y el valle?

El extremo de la ladera se distorsiona, como una rampa de lanzamiento. No puede estar esperando que nosotros...

—Hoy dominarás el salto en la tabla —dice, poniendo fin a mi debate interno.

Mi pulso golpea en mi cuello. —De ninguna manera.

- —No hay opción —extiende su mano hacia mí—, si empezamos a bajar, utiliza tu truco de magia. Has que floten las tablas en el abismo.
- —¿Y si no puedo? Rompí la maldición, arreglé los errores de Alicia. Quizás soy yo otra vez.

—Todavía pareces uno de ellos. Apuesto a que no volverás a la normalidad hasta que pasemos a través de ese portal. Llegados a este punto, ¿qué podemos perder? —Su mano espera por mí.

La agarro y miro detrás de nosotros. Nubes de polvo consumen la pendiente mientras el ejército se apodera de la colina. Ellos llegarán aquí de un momento a otro. Entrecierro los ojos por el torbellino de arena.

De cerca, la inclinación es aproximadamente tres veces mayor que la caída en el Submundo. Nunca escalé hasta la cima de ese. *Nos encontramos tan alto*. Mi visión se vuelve borrosa y las rodillas se me convierten en mantequilla.

- —¡Vaya! —exclama Jeb, envolviendo un brazo alrededor de mi cintura para hacerme mantener el equilibrio.
  - —Jeb... —Sostengo su muñeca con fuerza—. Nos separaremos.
- —Eso no pasará. —Desajusta un extremo de la cadena de metal que cuelga de su cinturón. Lo desenrolla, dejando el otro extremo en el pantalón. Engancha la cadena con un anillo en mi cintura, formando una cuerda salvavidas. Cuando se estira, los enlaces permiten un lapso de tres metros entre nosotros mientras ofrece seguridad.
- —¿Lista? —pregunta, mirando por encima del hombro a nuestros captores inminentes.
  - —Sí. —Mi estómago grita no.

Cada parte de mi cuerpo suplica regresar, correr en la dirección opuesta. Las aves Jubjub están detrás —como ensordecedores pterodáctilos gigantes de alguna prehistórica banda sonora— se me erizan los vellos del cuello.

Deslizo mi pie en la madera.

—¡Ahora! —grita Jeb.

Mi estómago se contrae con fuerza mientras nos lanzamos y caemos en picada hacia las profundidades.

## Cuerda de Salvación

Traducido por Elle Corregido por Zafiro

a rápidamente. Nos

a primera mitad de la caída pasa rápidamente. Nos mantenemos delante de nuestros atacantes, la madera deslizándose suavemente sobre la arena. Variando la presión con piernas y pies, controlamos nuestra dirección y la velocidad. Mis músculos entran en un ritmo familiar, distrayéndome de lo alto que estamos.

La fuerza del viento levanta mi cabello trenzado y agitándolo detrás de mí. Bajo mi pulso errático, un sentimiento de esperanza me golpea, suave, despacio y fuerte. ¿A esto se refería Morfeo con eso de encontrar tranquilidad entre la locura?

Mi sonrisa vacilante se extiende hacia Jeb y me da un guiño alentador. Su cabello se retuerce en ondas negras alrededor de su cabeza. La luz del sol brilla a través de las hebras como un halo. Es como un ángel de la guarda rebelde.

—Nos lanzaremos al mismo tiempo —me dice—. Cuando lleguemos al otro lado, soltaremos la cadena para poder rodar en el aterrizaje sin enredarnos.

Asiento. Un tirón en mi cinturón me asegura que estoy a salvo... que estamos atados juntos.

Detrás de nosotros los galopes y gritos aumentan. El nerviosismo tira de mi pecho. Respiro el polvoso vapor y sofoco una tos, observando al abismo aparecer ante mi vista.

El valle al otro lado tiene un claro de hierba afelpada antes de que los matorrales lo inunden. Eso debería soportar nuestro aterrizaje y frenar el impulso lo suficiente para que podamos levantarnos y correr a la seguridad.



Podemos lograrlo sin nada de magia. Sólo tenemos que hacer que nuestra aceleración cuente en esta última mitad... reunir suficiente velocidad para lanzarnos en un ollie que nos llevará a través del espacio.

Lo que significa que tiene que ser un tiro directo de aquí en adelante.

Preparo los pies, posicionando mi talón trasero contra la cola de la tabla y los dedos para tirar de la nariz cuando sea el momento. Una protuberancia choca contra la parte inferior de mi tabla y reboto ligeramente, cambiando mi rumbo y perdiendo una preciosa velocidad. Jeb da vuelta hacia mí para dirigirme. Entonces le pasa lo mismo, su tabla corcovea con tanta fuerza que casi pierde el equilibrio.

Se orienta hacia su lugar. -iAlgo se está moviendo bajo la arena! -igrita.

Otro golpe sacude mis pies. Las advertencias de Morfeo sobre las arenas cambiantes susurran en el fondo de mi mente. Mientras Jeb y yo luchamos por mantenernos en nuestras tablas, los cuadrados negros y blancos sobre los que nos hemos estado deslizando chocan y convergen, rompiendo el terreno en un dentado rompecabezas, como si miles de diminutos terremotos hubieran torcido el paisaje. El déjà vú me golpea. Es como en mi sueño.

Nuestras tablas se detienen por completo donde los cuadrados se cruzan y doblan. Nos bajamos en el sitio, jadeando. El ejército de la Reina se dirige hacia nosotros, los pájaros gigantes escogiendo senderos alrededor de la superficie irregular.

El sol nos golpea. Estamos completamente expuestos sin un sitio al que escapar. Arriba está el ejército... debajo un abismo demasiado ancho para saltarlo desde un punto muerto. La primera línea de jinetes llega a la cima y mueve un torbellino de arena, que se convierte en una nube con forma de hongo y nos envuelve. Me cubro la boca y la nariz. Los pájaros están tan cerca, que sus poderosos galopes truenan a través de la madera bajo mis pies.

—¡Recoge la tabla y úsala como arma cuando el polvo se asiente! — El comando de Jeb apenas deja su boca antes de que yo recuerde la flauta. Morfeo dijo que la usáramos si necesitábamos ganar terreno.

Él sabía que esto pasaría...

Está tras bastidores y tirando de las cuerdas como siempre ha hecho.

Saco el instrumento y llevo la boquilla a mis labios, soplando mientras golpeteo los orificios en un patrón que reproduce la melodía de su nana. Aunque nunca he intentado usar una flauta, y los instrumentos de viento son completamente diferentes de los de cuerda, las notas vienen a mí sin esfuerzo.

Jeb está boquiabierto, tan sorprendido como yo. Si sólo suplera la mitad... cuánto tiempo esta canción ha estado dormida en mi interior.

La melodía resuena sobre el caos, alta y mágica. Tan pronto se desvanece la última nota, un estruendo estalla detrás de nuestros perseguidores. En un barrido de lúgubre gris, miles de almejas vienen corriendo como un alud sobre la cima, llevándose al ejército de la Reina en el oleaje.

La flauta resbala de mis manos y desaparece. Los pájaros Jubjub que han perdido su equilibrio, y los guardias caídos que intentan escalar las almejas como cabras de montaña trepando por los rebordes, también son atrapados en la estruendosa corriente. Las conchas se separan como el Mar Rojo a ambos lados de Jeb y de mí, sin tocarnos. Aún recuerdan lo que hicimos por ellos.

No vamos a ser capturados, pero ya hemos perdido la oportunidad de la aceleración. Ahora no lograremos cruzar el abismo, y volver a subir, con el terreno tan irregular, podría tomar horas. He perdido la noción del tiempo con toda la emoción. Podríamos haber estado aquí por horas.

—¡Sube a tu tabla! —Jeb se posiciona frente a mí, gritando sobre la cacofonía—. Saltaremos sobre las almejas; de algún modo están despejando el abismo... tomaremos un aventón al cementerio.

Observo a las almejas mientras vuelan sobre la grieta usando en su beneficio la física jodida del País de las Maravillas. Atrapan al ejército Rojo en su impulso, y forzosamente ladean sus caparazones para lanzar a los pájaros Jubjub y a los guardias hacia las profundidades como basura desde la ventana de un auto. Por un segundo me preocupa que puedan hacernos lo mismo, pero tengo que creer que no lo harán. Vinieron en respuesta a la flauta y están aquí para ayudar.

Jeb dobla las piernas como si estuviera haciendo sentadillas. Se está preparando para saltarles encima. —A la cuenta de tres —dice. Levanta la tabla unos centímetros por encima de las almejas y posiciona el pie izquierdo sobre ella, equilibrando el derecho sobre tierra firme.

—Uno... —Su voz me estimula a la acción. Sostengo mi tabla de madera arriba en una mano e imito su posición, equilibrada en un pie y lista para soltar la tabla cuando él lo haga—. Dos... —Mi mano libre se enrosca alrededor de la cadena que cuelga del cinturón de Jeb—. ¡Tres!

Simultáneamente, como si hubiéramos practicado este movimiento cientos de veces antes, golpeamos las tablas sobre los caparazones en movimiento con nuestro pie ya en su sitio y apoyándonos con el otro para mezclarnos con la corriente. Este paseo no es ni de cerca tan suave como surfear en la arena.

Mi tabla rebota de una almeja hacia otra, saltando sobre un guardia por aquí y por allá. Cada impacto sacude la cadena y hace malabares con

mis huesos. Antes de que pase mucho tiempo mi esqueleto estará ar escarpado como el paisaje.

Nuestra velocidad aumenta a medida que se acerca el abismo. Tengo el corazón en la garganta, golpeteando contra la laringe.

—¡Agarra la tabla y no mires hacia abajo! —grita Jeb sobre su hombro.

Agarro la madera con la mano libre y recojo las rodillas mientras nos lanzamos. Estoy sosteniendo los eslabones de la cadena con tanta fuerza que mis dedos se sienten como si estuvieran hechos de metal, también.

Con los ojos cerrados, trago el aire a pescado que nos rodea, intentando calmar mi miedo.

—¡¡¡¡Yu—juuu!!!! —La alegría de Jeb me obliga abrir los ojos.

Por un instante, creo en lo imposible. Estamos volando, agazapados en nuestras tablas, a sólo unos metros del borde del valle, y parece que vamos bien. Ni siquiera estoy usando magia. Debe tener algo que ver con la curva en los caparazones y la curva en nuestras tablas, porque el mismo extraño lapso gravitacional que le permite elevarse a las almejas también trabaja a nuestro favor. De hecho la madera está flotando por sí sola. El viento corre a través de mí y me alza la barbilla hacia el cielo, girando hacia el azul que nos rodea. Estoy flotando y es increíble.

—¡Yu—juu! —Imito el grito triunfal de Jeb. Me echa un vistazo por encima del hombro, sonriendo.

Le devuelvo la sonrisa, ya no estoy asustada, hasta que Jeb rompe nuestra mirada para ver hacia adelante y mi atención cae hacia abajo.

El abismo es interminable. Eso sería mucho mejor que ver los cadáveres debajo de nosotros. Estamos como a veinte pisos de altura, en primera fila para ver el derramamiento de sangre y la carnicería. Los restos de nuestros perseguidores cuelgan en pedazos y partes a lo largo de los picos rocosos que sobresalen a los lados del estrecho cañón hacia el fondo.

El mareo inunda mi periferia. Mi equilibrio carena fuera de control y caigo de mi tabla flotante.

Inhalo un grito insonoro. Jeb aún no lo ha notado. Un gemido se aloja en mi garganta mientras tanteo para soltarlo de mi cinturón, determinada a no matarnos a ambos. El cierre de la cadena no se mueve y él es tirado hacia abajo. Me pasa con un grito.

Intento gritar de nuevo, pero mis pulmones absorben todo el sonido en mi interior. El peso de Jeb tira mi cintura y los lados del cañón pasan en una corriente de rocas dentadas. Deja caer la mochila para intentar demorar nuestro descenso.

Se siente como si cayéramos en cámara lenta. Veo nuestras muertes con absoluto detalle. Jeb será el primero, sus extremidades y su torso, desgarrados mientras rebota de un saliente rocoso a otro. Entonces mi cabeza golpeará una piedra y estallará como un melón demasiado maduro.

El escándalo y el arrepentimiento casi me incapacitan, hasta que algo responde en mi interior... un conocimiento indescriptible.

Puedo. Volar.

El recuerdo del salto de mi abuela Alicia a través de la ventana del hospital parpadea en mi cabeza. Tal vez no saltó de una altura suficiente. Sus alas no tuvieron tiempo de brotar a través de su piel.

Como si se activara por el pensamiento, hay un picor en mis omóplatos y luego una sensación como de navajas de afeitar cortando mi piel. Los gritos anteriormente atorados en mi garganta se liberan, mientras algo estalla detrás de cada hombro, como paraguas abriéndose.

Jeb tira de la cadena y grita—: ¡Al! ¡Tienes alas! ¡Úsalas!

Recuerdo las palabras de Morfeo en el festín. "Deja de pensar con tu cabeza, Alyssa."

En su lugar, pienso con mis entrañas. Apretando los hombros y arqueando la espalda, controlo el impulso de mis nuevos apéndices. Dos segundos antes de que Jeb alcance el primer saliente que lo hubiera hecho trizas, perdemos velocidad en medio del aire.

Guau.

Jeb grita su gratitud desde abajo. —¡Eres Hermosa, nena! —Está tan aliviado que se ríe. Lo hago también, hasta que comienzo a perder altura. Sostengo la cadena con ambas manos y aleteo más fuerte para contrarrestar el arrastre de Jeb. Siento como si mi cintura fuera a partirse por la mitad.

—Bájame. —Su voz está seria y vuela con el viento—. Soy demasiado pesado para ti. —El polvo cubre sus pantalones y la cruz en su muslo ha perdido suficientes joyas, tantas, que parece una L invertida. La tela de su camisa se abre en los codos, donde hay cortes ensangrentados y verdugones de impulsarse a sí mismo sobre los muros del cañón para evitar las rocas.

El abismo se reduce y es obvio que mis alas no cabrán. Tendremos que separarnos antes de que sus pies siquiera toquen el fondo. La caída no es más alta que la de los árboles a los que solíamos trepar cuando niños, pero no puedo dejarlo. No lo haré.

—Puedo subirnos. —Me evado, intentando imaginar que las cadenas están vivas... que se enrollan a su alrededor y lo levantan por sí mismas. O estoy muy nerviosa para que la magia funcione o es demasiado pesado porque no puedo avanzar.

—Oh-oh —dice Jeb. Se balancea hacia la izquierda y apoya los pies en un peñasco para ayudar a soportar su peso—. Tiré la mochila y el dinero. Tenemos que buscarlo. Mi novia no pasará el verano en el reformatorio.

Su novia. Sólo escuchar eso me hace empujar más fuerte. Intento sujetar las tablas que flotan por encima con mi mente. Si pudiera conseguir una, podría guiarla hacia abajo para que Jeb la usara como medio para subir.

Se desplazan a través del valle, como si me ignoraran a propósito. Mis alas nuevas se tensan con el esfuerzo de atraparlas y mi columna se ladea y se estira. Grito.

- —¡Deja de hacerte daño! —Jeb pierde el equilibrio y se balancea debajo de mí, de lado a lado como un péndulo—. O me bajas, o me quito esta cadena y voy en caída libre. Tú eliges. —Sus dedos se ciernen en su cintura.
  - —¡Pero no puedo ir contigo!
- —Así que me vas a dejar aquí y luego encontrarás algo. Cuerdas, lianas... una extensión para la cadena que pueda sacarme. ¿De acuerdo?
  - -Está bien -digo, deseando que realmente todo estuviera bien.

Asiente y lo ayudo a bajar a lo largo de la pared del cañón, ofreciendo una línea de anclaje desde el cielo, como cuando hacíamos rápel<sup>22</sup>.

Bajarlo es la cosa más difícil que he hecho. No sólo por el helado temor enrollado en mi pecho, sino también porque mis alas tienen que alternarse entre la rigidez de un planeador y el relajado aleteo de un pájaro para poder llevarnos a través del laberinto de rocas.

- -¿Cómo vas? —Intento sonar despreocupada.
- —¿Aparte de un colosal calzón chino? —chilla en un deliberado tono agudo—. Mi bóxer se estiró cinco tallas.

Resoplo con poco entusiasmo. —Venganza kármica por esos chicos exploradores que machacaste en séptimo grado.

Se ríe, aunque resuena falsamente en el abismo.

Mis alas cancanean mientras aprieto la cadena con ambas manos para contrarrestar su arrastre.

—Ya casi estamos ahí. —Sus palabras tienen un borde serio ahora—. ¿Estoy demasiado pesado?

Estoy bien digo. El sudor gotea desde el nacimiento de micabello mientras lo bajo por la estrecha abertura al fondo. Ha recogido algunos rasguños más a lo largo del camino, pero no se queja.

Hemos llegado juntos tan lejos como podemos. Aunque sólo hay un metro de distancia entre nosotros, muy bien podría ser un campo de fútbol. No podemos tocarnos. No puedo revolotear más bajo sin raspar mis alas contra las paredes del acantilado y él está equilibrado entre dos rocas que lo sostienen en el centro sobre su caída. Desde aquí, la caída luce menos intimidante, pero no es eso lo que me preocupa. ¿Y si no puedo encontrar la manera de sacarlo?

- —Al... —Nuestras miradas se encuentran y veo algo nuevo en sus ojos. Asombro mezclado con reverencia. Sacude la cabeza—. Tus alas son increíbles. ¿Te duelen?
- —No. —Aleteando en el mismo sitio, me toco un hombro a través de la ranura de la blusa—. Ni siquiera estoy sangrando. Sólo se sienten pesadas, como si llevara una mochila enorme.
  - -Pero luces como si te doliera.

Agarro la cadena tensa, nuestra única conexión sólida, deseando que fueran sus dedos entrelazándose con los míos. Mis ojos arden. —Jeb, ¿y si echo a perder tu rescate?

—No va a pasar. —Pasa los dedos por los eslabones de su extremo—. Recuerdas cuando mi padre murió... esa noche?

Asiento.

—Fuimos a tu casa. Tu papá nos hizo chocolate caliente. Se fue a la cama después de un rato. Jen y mamá se quedaron dormidas en el sofá, pero tú y yo nos sentamos en la cocina y hablamos hasta las cinco de la mañana.

No estoy segura de a dónde quiere llegar con esto. No me está haciendo sentir mucho mejor acerca de dejarlo. Recordar lo mucho que sufría hace que mi interior se sienta tan pesado como ladrillos.

- —Me sacaste de la noche más oscura de mi vida —dice—. Incluso después, fuiste tú quien me hizo seguir adelante. Fuiste conmigo a andar en patineta cada día, me enviabas mensajes todo el tiempo.
  - —Fui a verte trabajar en tu bicicleta y pintar.

Nuestras miradas se tocan en un modo que nosotros no podemos, y el rudo y fuerte Jebediah Holt parece vulnerable. —Eres la mejor amiga que he tenido. Aún si las cosas se joden, encontrarás un modo de ayudarme.

Su fe me hace llorar. —No quiero hacer esto sin ti.

Echa un vistazo a mis alas y su boca se tensa en una línea dura. Es obvio que está luchando con el impulso de tirar de mí hacia él. —Una cosa sobre la que Morfeo no mintió... puedes cuidar de ti misma. Debería haberme dado cuenta de eso, ya que has estado cuidando de mí por años. Así que, sé fuerte, Alyssa Victoria Gardner.

Mi pecho se hincha con esperanza. Realmente me hace creer que puedo hacerlo. —Está bien.

—Y Al —dice, su mandíbula está tensa—, no importa lo que suceda, nos encontraremos el uno al otro otra vez. Tú eres mi cuerda de salvación. Siempre lo serás.

El sentimiento impulsa una extraña sensación en mi corazón: lo rompe y lo sana, todo al mismo tiempo. Antes de que pueda responder, libera la cadena. He estado aleteando con tanta fuerza para sostenernos a ambos, que con el peso disminuido, me catapulto hacia arriba como si estuviera en una cuerda elástica.

La propulsión me empuja contra el viento. Las trenzas azotan alrededor de mi rostro, trayéndome la imagen de Alison luchando con su cabello en el patio del manicomio. Pero no seré la víctima que era ella. Aceptaré el poder del cual huyó. Es lo único que puede mantenerme viva y traerme de nuevo a Jeb.

Me aparto mi cabello a un lado e inclino mis alas para lograr girarme hacia el valle. Mi miedo a las alturas regresa y me lanzo demasiado bajo, demasiado rápido. La superficie cubierta de hierba corre a encontrarme y grito.

Aprieto los ojos. Un traqueteo de rocas golpea mis huesos al impacto y ruedo en una bola para sobrellevar el impulso. Mis alas y la cadena giran y se enredan a mí alrededor, tan fuerte que apenas puedo mover las extremidades para cuando me detengo.

Sacudiéndome para asegurarme de que nada está roto, extiendo las palmas de las manos contra mis alas, luchando para liberar mi rostro. Las mismas cosas que nos salvaron la vida a Jeb y a mí ahora me están sofocando como una camisa de fuerza. Cada respiración tira de la membrana lechosa, apretándola contra mi nariz y mis labios.

El aire todavía se filtra, pero envuelta en un capullo, no puedo ver nada a mí alrededor. Un olor fétido se filtra, como si hubiera caído en una planta de tratamiento de aguas residuales. Bocanadas de aire caliente giran por mi cuerpo. Algo me está rodeando... oliéndome. El pánico contrae los pulmones.

Me hago la muerta mientras unas cuerdas envuelven mis tobillos y me arrastran. Un grito lucha por salir. Lo ahogo y me quema el pecho.

PRINDERED A.G. HOWARI

Estoy moviéndome colina abajo, lo que significa que me están alejando del abismo, hacia los matorrales del cementerio en la parte baja al final del valle.

Tres cosas están mal en este escenario: estoy atrapada sin oportunidad de luchar o ver lo que está arrastrándome; me están arrastrando lejos de Jeb; y último pero no menos importante, voy a estar sola, en las profundidades del jardín de almas del País de las Maravillas, con nada más que cosas muertas como compañía.



## Silencio

Traducido por CrisCras Corregido por Juli

Corregiao por juit

Estoy demasiado distraída por la claustrofobia.

Intento decirme a mí misma que estoy envuelta en una manta ceñida, pero mi cerebro no se lo quiere creer.

Cuando finalmente me detengo, me duelen las alas y la espalda y tengo un dolor latente en la rabadilla del terreno irregular por el que hemos venido hasta aquí.

Respiro tranquilamente mientras un extraño razonamiento me asalta.

- —¡Estupidasss! ¡Estúpida, estúpida! ¡Ella no huelenn a muertesss!
- —Pero parecen muertessss. ¡Lo parecennn!

Malas noticias, se han dado cuenta de que estoy viva. Peores noticias, no puedo estar segura acerca de ellos. Su olor a descomposición me quema la garganta. No suenan como que sean muy grandes. Tal vez son zombies enanos.

Me asusto a mí misma con ese pensamiento y tengo que reprimir un gemido. Las cuerdas se aflojan alrededor de mis tobillos. Me sacaran de mi capullo alado pronto. Luego tendré que hacerle frente a lo que quiera que sean. Nervios de anticipación hace que mi pulso se dispare.

- —Son útilesss sólo para traerrr a los muertosss. Twids no aprueba "las apuestas perdidas" —dice una de las criaturas con voz aguda.
  - —Perder apuestas no es el peor de nuestros problemas.
- —Síssss. El error no es nuestra culpa o de cualquierssss otro. Hermana Uno nossss pidió que la trajéramos aquí.

—Pedir o no, ¡Hermana Dos nos colgará por el cuello! Nada de traer dos. Nada que respire o hable. ¡Nada, nada, nada!

Su idioma es una mezcla entre el latín de un cerdo y un sinsentido absoluto. Lo máximo que puedo decir es que trabajan para Las Hermanas Twid como recolectores de cosas muertas o algo así. Están preocupados de que la Hermana Dos no estará contenta con que algo vivo haya sido traído a los terrenos sagrados. Suena como que ella podría colgarles por ese error. Si piensan en ello lo suficiente, es posible que decidan hacerme morir para salvarse.

Aprieto los dientes para evitar una punzada de miedo. Tal vez Hermana Uno no les permitirá herirme, ya que les asignó mi captura. Lo cual plantea una nueva cuestión: ¿Por qué me quiere ella aquí?

Un repiqueteo distante de un trueno atraviesa mis huesos. Me obligo a mí misma a respirar, inhalando el olor de la tierra húmeda sobre el hedor de mis captores. El cementerio debe de estar cubierto, porque los golpes de la lluvia suenan como hojas por encima de nuestras cabezas. Pero no me estoy mojando.

¿Qué pasa si Jeb se encuentra en medio de la tormenta? ¿Y si se queda atrapado en una avalancha de lodo?

Tengo que volver a por él. Puedo usar la cuerda de alrededor de mis tobillos como una extensión de la cadena.

Mis captores siguen discutiendo acerca de qué hacer conmigo y la realidad de que nadie va a venir a por mí para rescatarme aquí me golpea. Todo depende de mí para salvarme.

La inseguridad hunde sus dientes, viciosa y mordaz.

Pero espera. No soy ajena a este mundo—estoy familiarizada con sus secretos. Quizás eso era sólo en mis sueños, pero todavía he aprendido cosas que me han salvado más de una vez en este viaje. No soy la niña indefensa y vulnerable que era cuando jugaba aquí.

Ni siquiera soy la misma chica que era cuando llegué aquí a través de la madriguera del conejo con Jeb. Soy más fuerte.

Por un lado, ahora tengo alas y, como ya he visto con Morfeo, pueden usarse para más que sólo volar. Pueden ser armas y cuchillos.

Con la esperanza del beneficio del factor sorpresa, agito mucho mis piernas, donde las cuerdas están flojas. Las criaturas rebotan contra mis espinillas dando sacudidas. No pesan más que conejillos de indias.

Gritan mientras me giro de costado y la cadena tintinea contra el suelo. Me desengancho de mi cinturón y mis alas se extienden. Jadeando para que llegue aire a mis pulmones, sacudo las piernas y ruedo hasta estar sobre mis pies, manteniendo una fachada de valentía en caso de que las criaturas sean como los perros y puedan oler el miedo. Incluso me las arreglo para soltar un rugido decente mientras equilibro mi peso contra los nuevos apéndices.

Las criaturas corren alrededor de mis pies, siseando. Llevan pequeños gorros de mineros, y las luces se balancean alrededor como los reflejos de una bola de discoteca, desorientándome.

Inmediatamente los reconozco de la página web de Wonderland. Son como las imágenes de duendecillos atrapados en jaulas, llorado lágrimas de plata—horrible y fascinante.

Sus largas colas y caras de primates me recuerdan a los monos araña, excepto por sus piel sin pelo. Lodo de plata rezuma de su piel calva, el origen del olor nocivo que me ha estado provocando náuseas continuamente. Sus ojos saltones son plateados, sin pupilas ni iris, por lo que centellean como monedas mojadas—casi evidente, incluso en la penumbra.

Gotitas aceitosas detrás de sus pasos. Una mirada hacia mis pies revela la misma mancha de ese residuo plateado alrededor de mis botas. Deben de haber usado sus colas para arrastrarme hasta aquí, sin cuerdas, lo que significa que tendré que encontrar otra forma de hacer un cable para Jeb.

Unos pocos duendecillos se detienen a mis pies y miran desde la cadena hasta mí, debatiendo si vale la pena el esfuerzo de atarme de nuevo. Cojo los enlaces, luego mis alas descienden para lanzar a las criaturas por los aires, dando pisotones con mis pies por si acaso. Los duendecillos se retuercen en algunos setos en donde los demás ya se han escondido.

Susurros sacuden las hojas, junto con destellos de las luces de sus cascos. Las criaturas suenan más asustadas de lo que me siento yo.

Estoy en un invernadero, oscuro y húmedo. A mi izquierda veo un puñado de artículos brillantes —desde pulseras y colgantes hasta joyas sin ensamblar— y una pila de huesos junto con varios carretes del tamaño de los neumáticos de una bicicleta llenos de oro, hilos brillantes. Recuerdo la espeluznante escalera por la que Jeb y yo bajamos hasta el corazón del País de las Maravillas; podría haber sido construida a partir de estos materiales. Tal vez la joyería es el pago de los duendecillos por sus creaciones.

Cojo un carrete de oro y tiro del hilo. Aunque parece elegante y frágil, es engañosamente fuerte, como cable telefónico. Lo suficientemente fuerte como para sostener el peso de Jeb.

Mientras enrollo la cadena a través del agujero en el centro del carrete para formar un cabestrillo, unos pocos duendecillos corren a arrastrar las bobinas restantes, los huesos y la joyería a sus escondites, siseándome.

Los evalúo, buscando en mi memoria algo de lo que Morfeo me enseñó acerca de ellos, tratando de evaluar si son una amenaza. Me

acuerdo de un boceto que dibujé. Como sus largos y elegantes dedos señalaban a sus semejantes. Él dijo que eran dóciles y tímidos y que les gustaba todo lo que reluce.

Como las serpientes, mudan su piel cuando crecen, pero a diferencia de las serpientes, su piel se descompone en manchas de grasa ante de caer, dándoles una relación única con la muerte. De hecho, se sienten más en casa con los cadáveres que con los seres vivos.

No soy más que una novedad para ellos. No tienen ninguna razón para hacerme daño. El ritmo de staccato de mi corazón se desacelera.

Me giro sobre mis talones, buscando una salida. Las alas se enredan bajo mis botas, haciendo que las pise enteras. Punzadas de dolor se disparan a través de mi columna vertebral, prueba de que los apéndices están unidos a mi esqueleto.

Unas cuantas risitas descarriadas sacuden los arbustos y miro hacia mi audiencia invisible mientras me libero. Mis alas no se pueden estirar del todo debido a las viñas y a las zarzas con espinas que cuelgan del techo.

Me pongo un ala por encima de mi hombro derecho para asegurarme de que no se daña. El contacto con la vena que cruza las secciones envía pulsaciones a través de mi espalda. Es como tocar la luz del sol y redes. Cálido, etéreo, pero no pegajoso... delicadamente hilado.

Estoy impresionada por cómo algo tan delicado me puede dar tal sensación de poder. Mis alas no son negras como las de Morfeo. Están más cerca del blanco translucido del cristal brillante con manchas de joyas que parpadean con cada color del arco iris, como las joyas bajo sus ojos. El patrón me recuerda al de las mariposas.

*Mariposa*. Irónico que todos estos años papá me haya llamado así. Ahora realmente soy una. Una mariposa atrapada.

Miro alrededor otra vez. El aire aquí es inmóvil y pegajoso. A juzgar por los setos de bordes agudos, estoy en el medio de un laberinto de jardín digno de cualquier novela gótica de suspense. Hay tres aberturas que se ramifican a partir de aquí. Una de ellas es mi ruta de escape.

La lluvia golpea con más fuerza las sobrecargadas hojas. Tengo que apresurarme.

Colocando la cadena y el carrete por encima de mi hombro y debajo de mi ala, suelto una advertencia para los duendecillos como medida de prevención —No me voy a rendir sin luchar— luego elijo la abertura de mi derecha, donde irradia una suave luz. Voy tejiendo mi camino a través del laberinto, deteniéndome para liberar la cadena de los arbustos cada vez que se engancha.

Pronto el camino se divide otra vez, esta vez en cinco opciones todas igual de brillantes. Tomo la abertura del centro y continúo avanzando.

Diez pasos y me sumerjo a través de un arco para terminar donde empecé. Los duendecillos han salido de su escondite. Sus gorros de mineros iluminan todo mientras se ríen. Les miro y se escabullen gateando de nuevo a sus escondites, dejando huellas aceitosas detrás.

Quizás es momento de negociar por algunas respuestas.

Quitándome el cinturón, lo agito delante de los arbustos para que la tenue luz capture los rubís. —Le daré esto a cualquiera que me muestre el camino para salir del laberinto.

Los murmullos se disparan, pero no hay ningún voluntario. Me dejo caer sobre mis rodillas y aparto las hojas de la base del arbusto más cercano. Un par de reflexivos ojos se asoman de nuevo desde las profundidades. La luz del casco de la criatura se apaga.

—Hola. —Amplifico mi encanto, intentando ser diplomática como si estuviera con la criatura hurón del banquete de Morfeo. No es fácil cuando el sujeto huele como carne podrida. Paso el cinturón a través de las hojas, dejando que el duendecillo vea las joyas de cerca—. Bonito, ¿verdad?

Arranca el cinturón de mi mano y se pone el accesorio como una bufanda. Acariciando los rubís, ronronea.

- —¿Sabes por qué Hermana Uno me quiere aquí? —pregunto.
- El duendecillo pestañea con recato sus largas pestañas. Sus párpados son verticales, cerrándose de un lado a otro como cortinas en un escenario antes de abrirse de nuevo. Simplemente extraño.
  - —Nosotrosss no lo sabemos —murmura.
- —Está bien. —Puedo creerme eso—. Pero Hermana Dos *no* me quiere aquí, ¿verdad?

La criatura se encoge de hombros en respuesta.

—Entonces ayúdame a salir, y la gran hermana malvada nunca lo sabrá. No serás colgado de esa manera. ¿Tiene sentido?

El duendecillo asiente.

—¿La llave? —pregunto en voz alta. No puede referirse a la que Jeb dejó en la puerta de la madriguera del conejo. ¿Pero qué otra llave hay?

En mi sueño, Morfeo llama a mi marca de nacimiento llave cuando me muestra cómo abrir el árbol de diamante.

Llevo mis alas hacia afuera de forma que pueda sentarme, retiro mis otas y muevo los dedos de los pies, frotándome los arcos de los pies

A.G. HC

hinchados. He estado usando plataforma durante demasiado tiempo. Do días seguidos ahora. ¿Es eso cierto?

No puedo acordarme.

Frunciendo el ceño, me enrollo los leggings en mi pierna izquierda hasta que veo la marca de nacimiento. Me acuerdo de cómo reaccionó mi piel al toque de Jeb cuando acarició mi tobillo en la sala de estar. Y luego cómo se sintió en ese momento en el que Morfeo presionó su carne y la mía para sanarme.

Jeb es estable, fuerte y auténtico, mi caballero de brillante armadura. Morfeo es egoísta, poco fiable y trascendente—el caos encarnado. Imposible de comparar.

Sí, aquí estoy, todas esas cosas. Ambos, luz y oscuridad al mismo tiempo. Si tuviera que ceder a uno de mis lados, ¿eso significaría que tendría que renunciar al otro? Me duele el corazón ante esa posibilidad. De algún modo siento que necesito ambos para estar completa.

Estudio la marca de nacimiento y apago cualquier otro pensamiento. Es posible que esto sea un mapa del laberinto en el que estoy. La pigmentación sigue una curva continua a la derecha y se enrolla en sí misma. Asumiendo que estoy en el centro del laberinto, voy a tener que tomar los giros a la izquierda para salir de nuevo.

A menos que esté viendo esta cosa al revés.

La desorientación hace que me dé vueltas la cabeza. La sensación de estar atrapada me oprime el pecho de nuevo.

Me pongo de pie, sosteniendo mis botas por los cordones en una mano y la cadena y el carrete en la otra. Si simplemente sigo yendo a la izquierda, voy a terminar en algún lugar eventualmente. Espero...

—¿Vienen, chicos? —les pregunto a los duendecillos. Tan extraños como son, su compañía me reconforta.

Las hojas se sacuden desde detrás cuando empiezo a atravesar la abertura de la izquierda. Doy un paso más amplio para evitar los parches espinosos que cubren el suelo. Mis compañeros siguen mis pasos, pequeñas luces flotando, y me imagino lo cómica que debe verse nuestra comitiva. Si Jeb estuviera aquí se le habría ocurrido un apodo divertido para los duendecillos.

Mi sonrisa ante ese pensamiento es agridulce. Simplemente mantente bien, Jeb. Ya voy.

Está muy tranquilo, con sólo la lluvia repiqueteando sobre nosotros y considero hablar con mis compañeros los duendecillos, tal vez incluso con los setos. El silencio no es todo lo que alguna vez pensé que sería.

216

A lo largo de la mayor parte de mi vida adolescente, he intentado callar los insectos y las plantas, deseando encajar. Pero estoy empezando a pensar que podría necesitar esas otras voces con el fin de encajar en mi propia piel.

Con el fin de ser yo misma.

Me siento del mismo modo respecto a mis alas.

Volé.

Yo. Volé.

No estaba asustada. Tenía el control, libre, fuerte. Viva.

Como respuesta a mis pensamientos, mi ala izquierda se inclina hacia abajo y me da en la cabeza. La empujo detrás de mí, luego giro sobre mis talones para caminar hacia atrás, estudiando a mis compañeros. — ¿Por qué cuanto más tiempo estoy aquí, más siento que es a donde pertenezco? —les pregunto.

Ralentizan sus pasos, pero no responden. El que lleva el cinturón como una bufanda me dedica una sonrisa espantosa, y otros treinta y tantos pares de ojos se iluminan de nuevo con un brillo metálico de curiosidad por debajo de sus gorras.

La observación de Morfeo sobre la infancia de perdida de Alicia me inoportuna como un grifo abierto en mi cabeza.

Hay dos cosas que no cuadran: La afirmación de que Alicia había estado cautiva en una jaula durante todos esos años y la marca de nacimiento desaparecida cuando ella era una anciana. Morfeo está escondiendo algo. Si sólo tuviera tiempo para detenerme y razonar sobre ello.

Un repiqueteo distante de un trueno hace que me dé la vuelta otra vez. He perdido la cuenta de cuántos giros hacia la izquierda he tomado, pero este camino parece más largo que cualquier otro. Me detengo ante un arco—el más alto y más brillante que he visto. Tiene que ser la salida.

Las luces mineras de los duendecillos desaparecen entre los setos. No me importa si vienen o no. Nada me detendrá de dejar este lugar.

Mi determinación flaquea en el momento en el que doy un paso para atravesar el arco. Las botas, cadena y carrete caen de mis manos, golpeando contra el camino por debajo de mí.

Frente a mí, un túnel de curvas con enormes telarañas, pesado con puntos de luz ámbar.

Una vez en Pleasance, después de una tormenta de verano, me encontré con una tela de araña en un árbol, con hileras e hileras de gotas de rocio en cada radial. El sol atravesó una nube e iluminó las gotas como estuvieran en llamas. Fue increíble, el agua... el fuego.

Ese es el aspecto que tiene esto—magnificado por mil. Pero estas no son gotas de rocío aferrándose a la tela de araña gigante. Estas son rosas: cristalinas y del tamaño de un repollo. Su olor es diferente del de las rosas de casa. Este es picante con un toque de fermentación quemada, como hojas de otoño.

Doy un paso más hacia su interior. Las luces palpitan como un latido, hipnóticas. Otro trueno que causa un temblor general. Niebla va a la deriva por el suelo—una alfombra de niebla fantasmal suficiente para hacer una película de terror.

Un centímetro más cerca, cautivada por las fluctuaciones eléctricas en el centro de cada rosa de vidrio. Comprensión surge a través de mí, el mismo conocimiento que me golpeó cuando me brotaron alas. La luz dentro de esas flores es el residuo de la vida. Este es el jardín donde Hermana Uno planta y cuida los espíritus. Y estoy de pie justo en el centro del departamento de los difuntos del País de las maravillas.

El suelo es sagrado aquí. No es de extrañar que los duendecillos no me siguieran. Desconcertada, retrocedo.

- —No temas. Acércate, hermosa niña. Tengo lo que buscas. —El susurro me detiene.
- —¿Chessie? —murmuro. No hay manera de que la búsqueda pudiera ser tan fácil.
- —No encontrarás a esa criatura traicionera en esta telaraña. Pero puedo servirte mejor que él.

La voz proviene de una de las rosas. Un remolino rojo cubre de oro sus pétalos transparentes, recordándome las vidrieras. Me inclino y separo la parte central de la flor, esperando una superficie dura y resbaladiza. En cambio, mis dedos se encuentran con una suave pelusa aterciopelada, una piel incandescente que abriga los pétalos como una novedosa fibra óptica.

Como respondiendo a mi tacto, la luz se ilumina, entonces toma la forma de un rostro, extrañamente realista, al igual que los camafeos de humo blanco que Morfeo soplaba desde su pipa.

—Él te encontró por fin —susurra la cara—, portador de mi orquilla. —Un ceño extiende sus facciones—. Asumí que tu pelo sería rojo... bueno, no importa. Podemos modificar el color. Te hará hermosa.

Toco la horquilla de rubí, las palabras congeladas en mi lengua. Los ojos tatuados de la mujer se parecen a los míos, y la reconozco vagamente, pero no puedo ubicarla. Antes de que pueda apartarme de los pétalos, la luz se separa de la flor, luego se dispara hasta mis dedos en una onda de choque. Una gaseosa sensación de nerviosismo va a través de mis venas y las ilumina desde debajo de la piel de la parte posterior de mis manos, haciendo que parezcan verdes—como la clorofila. De mis venas brotan

hojas a cada curva, haciendo que parezcan más como enredaderas que canales de sangre.

Luego, igual de pronto que se iluminó, mis venas se mezclan una vez más con mi piel, como si nada hubiera sucedido.

Podría haberlo imaginado. Una cosa que no imaginaba, sin embargo, era la sensación de intrusión.

Durante un minuto, alguien más ha compartido mi cuerpo.

Con un chasquido, la rosa se agrieta y se marchita debajo de mi mano.

En el momento en el que la rosa muere, las miles de flores circundantes tiemblan en su telaraña enrejada, todas murmurando a la vez.

La cacofonía atraviesa mis tímpanos. Me tapo los oídos.

Sus murmullos se elevan hasta un chillido desgarrador, como si alguien hubiera tomado el arco de un violonchelo y lo hubiera arañado a través de una pizarra —ida y vuelta, una y otra vez— alimentando las vibraciones a través de altavoces a todo volumen dentro de mi cerebro. Caigo sobre mis rodillas, gritando.

—Has ganado una plaza —canturrea la voz de una mujer cortando a través del caos. Mientras se escabulle, un crujido de faldas toca mi manga.

Sus dedos largos y pálidos tiran de la tela que rodea la rosa rota, tocando las líneas de anclaje con la maestría de una arpista. Las otras flores —todavía temblando y murmurando— se van tranquilizando hasta que sus susurros son tolerables de nuevo.

Alzo la vista hasta su rostro, brillantes ojos celestes y los labios de la lavanda de noviembre al anochecer. Su piel es tan traslúcida, que es como un dibujo en un trozo de papel de calco—trémulo y diáfano, y el pelo del color de las virutas de lápiz. Un vestido de rayas rojas y blancas, montado en el cuerpo como un uniforme de striper, pero con la falda larga y amplia y redondeada en la base, dando la ilusión de que ella es de la Regencia.

Me pongo de pie, temblorosa, y me alejo. Ella me sigue. El dobladillo de su falda de encaje se levanta y barre la niebla de alrededor de sus pies. Si tuviera tobillos y espinillas se habrían mostrado. En su lugar, ocho extremidades articuladas, negras y brillantes como las de una araña, se deslizaron por debajo. Es como si alguien hubiera tomado su torso y lo hubiera pegado sobre el tórax de una viuda negra.

Me trago un gemido. El miriñaque debe de ocultar la parte del abdomen junto con las hileras usadas para hacer este túnel de telaraña. Reprimo el impulso de correr por mi vida. No serviría para nada bueno. El techo es demasiado bajo para que use mis alas y no hay manera de que pueda correr más rápido que muchas patas.

—¿Hermana Uno? —digo con un graznido, sorprendida de que pueda sacar nada de mi comprimida voz.

—¿Cómo estás? —Me ofrece una mano abierta para estrechársela. No me atrevo a corresponder por miedo a que tire de mí y me envuelva para un aperitivo nocturno.

Deja caer su mano. —Te ganaste una plaza, pero perdiste a la Reina. —Se hace más alta en un suave movimiento, como si se alzara sobre una plataforma mecánica—. Eso no estaba en mi trato con Morfeo. —Posa sus manos sobre sus caderas.

- —¿Morfeo? —La sospecha derrota al horror. ¿Él es la razón por la que me ha arrastrado hasta aquí? ¿Fue para asegurarse de que encontraría la cabeza de Chessie? Pero él dijo que ella le guardaba rencor, ¿así que por qué está ayudándole?
- —¿Has robado la Reina? ¿O anda suelta? —Los ojos azules de Hermana Uno brillan, sus ligeras pestañas negras se estrechan.
- —Umm. —Le disparo una mirada de reojo a la rosa en ruinas, ahora fragmentada como el espejo de mi habitación. Y ahora me doy cuenta de por qué la silueta blanca de humo me parecía familiar—. ¡Esa era la Reina Roja! —El subterráneo que maldijo a mi familia—. No sabía que estaba muerta...
- —Sí, lo está. —Hermana Uno se inclina para sacudir un dedo ante mi nariz—. Y esto no era parte del trato.

Las rosas de la telaraña empiezan a agitarse otra vez, más volátiles esta vez. El movimiento sacude mi equilibrio, como si estuviera girando dentro de algún carrusel de feria. Hermana Uno me tiende la mano.

- —¡Tú los despertaste! ¡Debes ayudarme a calmarlos para que se vuelvan a dormir! —Empieza a cantar una melodía familiar... no la canción de cuna de Morfeo, pero si algo más de mi infancia.
  - —Anillo alrededor de la rosa...

Sus ochos patas llevan el ritmo, esperando por una pareja de baile. Intentando no pensar en las hileras debajo de la falda, tomo una de sus manos. Su piel es suave y huele a rayos solares y a polvo.

Pronto estamos dando vueltas en círculos como niñas. Una escena de las versión del País de las Maravillas de Lewis Carrol me viene a la mente... cuando Tweedledee y Tweedledum bailaron con Alicia la melodía de "Here We Go around The Mullberry Bush<sup>23</sup>".

Pero Hermana Uno es aficionada a la canción de la rosa—por razones obvias. Aunque es una versión diferente de la que crecí escuchando:

El cuerpo se descompone.

¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!

Todos caerán. Abajo, abajo, en lo profundo.

Dale a las Twid nuestras almas para que las guarden,

Sueño de silencio en una telaraña.

Nunca para levantar una cabeza inquieta. Si despertamos el Primero vendrá.

Y cántanos para volver a dormir como uno solo. ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!

Estamos todos durmiendo abajo.

Giramos en círculos vertiginosos debajo de la telaraña. Elevo mi barbilla y río, realmente empezando a disfrutar de la algarabía de mí alrededor. Es tan liberador, mis alas girando como nubes, suaves y sedosas cuando se baten mi cabeza y hombros. Giramos y giramos hasta que finalmente las rosas detienen su alboroto para unirse a nuestro canto. Hermana Uno me libera para hacer frente a sus cargas espirituales.

Apoyo los codos sobre las rodillas para recuperar el aliento.

Las voces de las flores convergen para terminar el verso final. Hermana Uno las guía, los brazos en alto moviéndose al ritmo como un director de orquesta:

Si no somos capaces de encontrar nuestro reposo,

Hermana Dos atacará nuestro nido. Nos hará vivir como juguetes rotos.

Desechados por las niñas y los niños; Y ya no habrá más sueño,

Estaremos atrapados en la miseria ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!

Vamos a hundirnos todos.

Al final la quietud cae sobre el jardín. El único sonido es el silbido de la hierba golpeando las piernas como palos de Hermana Uno mientras se mueve alrededor de la telaraña para meter las flores en la pegajosa gasa.

La euforia se desvanece mientras regreso a una época en la que Alison metía mis mantas a mí alrededor y me daba un beso de buenas noches en la frente... Momentos antes de que yo me quedara dormida para reunirme con Morfeo.

Los remolinos de recuerdos son poco definidos, como si hubiera caído colorante para alimentos en el agua.

No puedo reco<mark>rd</mark>ar cuánto tiempo he estado aquí...?minutos dias semanas?

Tengo que encontrar a Jeb.

Corriendo por el arco, mis pies descalzos aplastan la hierba con cada paso.

—¡Espera! —grita Hermana Uno desde el fondo del túnel—. ¡Tienes que conseguir la sonrisa que robé para ti!

Agachando la cabeza, salto por encima de la cadena y del cable que dejé caer antes y sigo adelante. El miedo se ha instalado en el interior de mi corazón y no sé cómo hacerlo desaparecer.

Faldas crujen detrás de mí mientras la araña me persigue.

Patino sobre un camino y cojo velocidad. Me duelen los pulmones por los jadeos. El arrastre de mis alas me ralentiza. Extiendo las manos hacia atrás, las cojo y las envuelvo a mí alrededor como un chal.

Llegando al único arco que hay a la izquierda, me lanzo a través de él. Una mirada alrededor y caigo sobre mis rodillas.

Al igual que en la pesadilla de Alicia... Soy tan buena como muerta.

### Sonrisas Robadas Y Juguetes Rotos

Traducido por Moni & Danny\_McFly

Corregido por val\_mar

e arrodillo, demasiado horrorizada para moverme. Me he tropezado dentro de la guarida de las almas abatidas de las Dos Hermanas. Esa es la única explicación para los gemidos y lamentos golpeando mi columna vertebral. Un escalofrío cuelga en el aire y se aferra a mí como una segunda piel, seca y rancia, suavizada con un toque de nieve.

Apretando mis manos, me obligo a ponerme de pie. Los gritos y lamentos se silencian. Cada cabello en mi espalda se pone rígido. Ventiscas de polvo blanco, granulado con trozos de hielo, abrigan mis pies desnudos y se envuelven entre mis dedos. Es frío pero no corroe como la nieve en casa.

El pasaje se ensancha en una cuenca amplia llena de sauces muertos, ramas caídas sinuosas y delgadas, hasta el suelo, cada uno desnudo y manchado con hielo. El espeso techo se levanta alto y filtra la poca luz que hay. Le da a la escena un tinte marrón. A primera vista, podría ser el frente de una tarjeta navideña en sepia, completa con adornos que cuelgan de ramas de serpentina.

Sólo que estos no son adornos. Un sinfin de osos de felpa y animales de peluche, payasos de plástico y muñecas de porcelana, cuelgan de las ramas de cuerdas de telarañas. En el reino humano, lo llamaríamos amores usados y gastados—juguetes que fueron abrazados y besados por un niño hasta que el relleno se salió o los ojos de botones se desprendieron. Juguetes que fueron amados hasta la muerte.

Estiro la mano y golpeo la pierna de una oveja harapienta que le falta una oreja. Los juguetes se mecen en un lazo de seda de araña. El movimiento es tan silencioso y tranquilo, que me perturba hasta las entrañas.

### PINDERED

Tranquilo. Eso me molesta... el hecho de que al instante en que me levanté, todo se silenció. Silencio profundo hasta los huesos. Después de todos esos años de anhelar silencio, ¿por qué es que parece que ahora me siento más a gusto en medio del caos y ruido?

Encontrando una muñeca soñolienta que es inquietantemente similar a la que amaba cuando era una niña pequeña —completa con la piel de vinilo amarillenta y pestañas apolilladas sobre sus ojos que se abren y cierran— toco su pie. Las piernas se mecen, colgando de un hilo en el cuerpo de peluche.

Los ojos de la muñeca se abren, succionando mi coraje. Algo en su mirada vacía pide un escape... algo que está atrapado, infeliz e inquieto, deseando salir. El juguete está albergando un alma. Todos lo hacen.

Espero, con la boca vacía de toda la humedad —a que la muñeca grite o llore por todo el dolor que veo en sus ojos. Pero el movimiento se ralentiza, y sus ojos se cierran una vez más.

Un murmullo se mueve detrás de mí. Un hormigueo de consciencia trepa por mi espina dorsal, extendiéndose a través de mis hombros y todo el camino a las puntas de mis alas.

Tal vez la Hermana Uno siguió mis huellas en la nieve. *Por favor sé la amable... por favor, por favor, por favor sé la amable.* De mala gana, me vuelvo sobre mis talones. Una cara oscura se inclina hacia la mía.

- —¿Por qué están de pie en esta tierra sagrada? —La voz —como las ramas golpean-golpean un cristal esmerilado en la oscuridad de la noche— se precipita sobre mí. Su aliento huele a tumbas recién cavadas y soledad, enviando escalofríos de terror desde mis pies hasta la punta de mis dedos.
  - —Lo puedo explicar —susurra.
- —Eso sería genial. —Retrocede. Sus ropas, cuerpo, y piernas son duplicados de los de su hermana. Pero en su cara, las cicatrices y laceraciones frescas destilan sangre. En su mano izquierda, un par de tijeras de jardinería toman el lugar de sus dedos. Ella debió haber causado las cortadas. Comparada con ella, la Hermana Uno es el hada dulce. Mis probabilidades de salir con la cabeza intacta cayeron a casi cero.
  - —Yo-yo tomé el camino equivocado.
- —Yo diría que lo hiciste. —Su otra mano sale con facilidad por detrás de su miriñaque<sup>24</sup>, cubierta por un guante negro de goma. Ella carga un trío de juguetes irregulares en una red como peces en una línea.

<sup>&</sup>lt;sup>24</sup> El miriñaque, también llamado armador, es una forma de falda amplia utilizada por las mujeres a lo largo del siglo XIX que se usaba debajo de la ropa. En realidad, el miriñaque consistía en una estructura ligera con aros de metal que mantenía abiertas las faldas de las damas.

Su deformidad de tijera se acerca a mi cuello, snip, snip<sup>25</sup> Bocanadas de aire rozan mi piel mientras las cuchillas se abren y se cierran—. No pertenecéis aquí. —Snip, snip, snip.

- —No quiero pertenecer aquí. —Las atrocidades de peluche en su mano causan un miedo fresco que burbujea en mi pecho. Doy un paso hacia atrás y casi me deslizo en la nieve. Extendiendo mis alas bajo, cojo mi equilibrio.
  - —Bueno, no lo harás. Mientras todavía respires.
- —Cierto —respondo, jadeando para asegurarme de que lo estoy haciendo.
- —Es cuando dejes de respirar que serás mía. —Sus tijeras buscan a tientas la costura de la manga de mi hombro—. Una vez que corte tus pulmones, pertenecerás.

El instinto de conservación se activa, y retrocedo otros dos pasos más, rompiendo a través de una cortina de ramas para estar más cerca del tronco del árbol. Pesado con juguetes decrépitos, las ramas se inclinan sobre mí casi hasta la tierra, como una sombrilla mórbida oscureciendo la luz.

La silueta de la Hermana Dos se mueve en el otro lado, correteando alrededor de la circunferencia. Tomando tensas respiraciones, me giro con ella, manteniéndola a la vista a través de las aberturas entre las ramas.

Al instante en que parte la cortina para entrar, doblo mis alas a mí alrededor, observando a través de una concha translúcida.

Ella se ríe—un sonido hueco y rechinante. —La bonita mariposa es ahora el capullo. ¿No es eso al revés de la manera natural de las cosas? — *Como casi todo es* natural *aquí*. Me apoyo contra el tronco del árbol cuidadosamente para proteger mi espalda.

La punta de sus navajas empuja la coyuntura en la que mis alas esconden mi tráquea. Incluso a través de las capas de gasa puedo sentir el frío metal comprimiendo mi paso de aire.

—Ah, tus alas aún son nuevas. Delgadas como papel. Puedo cortarlas en pequeños trozos y bailar en tu confeti. Encárame o sufre ese destino. —Da un paso atrás. Considerando lo mucho que dolía sólo pisar mis alas antes, las dejo caer a mi lado y me quedo contra el tronco del árbol.

Sonriendo, recorta el aire enfrente de mi cara, soplando fuertes mechones alrededor de mí. —Ahora. Has robado algo de mí. Dámelo, o te voy a desangrar como a un cerdo hasta que chilles.

—¡No he robado nada!

Snip: Sonido que producen las tijeras al cerrarse, tijeretazos.

Las puntas de las tijeras se arrastraron hasta mi abdomen, dejardo un rastro frío a través de mis ropas. Con las alas dobladas a cada lado del tronco, mi columna vertebral acaba incrustada en la corteza helada y mi estómago se vuelca. Su cara se inclina más cerca—una vista sangrienta y horrible. —Dime lo qué hiciste con la sonrisa de Chessie. —Snip, y un hilo de encaje rojo cae de mi túnica en mis pies descalzos.

Mi corazón casi se detiene. —Yo-Yo no se de qué me estás hablando.

—Mentirosa. —*Snip*, *snip*, y una lluvia de tela destrozada se reúne alrededor de mí mientras mi túnica de baby-doll se abre y cae en mi cintura, dejando sólo mi blusa cubriéndome—. Tus pulmones deben estar por aquí en algún lado —dice, cavando alrededor de la tela.

Gruñendo, levanto una rodilla, golpeando el miriñaque inclinándola a un lado y desequilibrándola. Sus ocho patas se reagrupan antes de que pueda escapar, y ella embiste hacia delante hasta que nuestras narices se tocan.

La punta fría y afilada de su navaja tuerce la piel desnuda sobre mi garganta. —Sé por qué estás aquí. Buscas el siguiente cuadrado. El que te haga ganar la corona.

¿Cuadrado? ¿Corona? Mi mente rebota, atrapada entre la confusión y la voluntad de vivir. Trago, y la punta de las tijeras muerde más profundo en mi piel. —No —susurro, deslizando mis dedos alrededor de su mano afilada para aliviar la presión. Empujo contra ella—. No voy a hacer esto fácil para ti.

—Bien. Me gustan los retos. —Su lengua dispareja se remueve sobre sus labios mientras mueve las cuchillas hacia mi esternón, empujando con más fuerza contra mi resistencia—. A menos de que quieras verme sacarte el corazón como la carne de un hueso, me vas a decir dónde escondiste la sonrisa... ahora. —Cierro los ojos, deseando que mi pulso errático se calme, que se vuelva firme y confiado. Sólo hay una manera de salir de esto. Sólo una cosa en la que puedo confiar. Pandemónium.

Me imagino las ramas que nos rodean llenándose con savia rabiosa —un gruñido, energía salvaje barriendo a través de cada rama. El movimiento empuja los juguetes hasta despertarlos, y sueltan un aullido lastimero. Cada rama en cada árbol a través de la guarida se une y gira, los espíritus despiertos y furiosos.

—¡Hija del diablo! —grita la Hermana Dos y levanta su mano de tijera para apuñalarme. Atrapada entre ella y el árbol, grito y levanto mis brazos para protegerme del golpe.

La muñeca que desperté antes se abalanza entre nosotras y coge las tijeras, luchando con la Hermana Dos.

Viendo mi oportunidad, rompo las ramas que se movían. Juguetes gruñendo me levantaban las garras mientras salgo, jalándome el cabello y las alas. Me apuro y corro hacia la entrada, chocando con la Hermana Uno. Me empuja detrás de ella mientras su gemela choca con un árbol, un sangriento ceño fruncido en su rostro desfigurado. —¡Sal de mi camino! La pequeña ladrona es mía.

- —¡Espera! —dice la Hermana Uno, sin aliento—. ¡Yo tomé la sonrisa! —Me debilito del alivio, jadeando y me dejo caer contra su miriñaque.
- —¿Qué quieres decir con que tú lo tomaste? —pregunta la Hermana Dos—. ¡No puedes tocar a mis pupilos! —Mueve los juguetes con su mano buena, eficientemente calmando a los árboles alrededor de nosotras mientras los espíritus se encogen de miedo.
- —Morfeo dio un juramento —explica la gemela buena—. Si ayudo a la chica a entrar al jardín y cruzar los últimos dos cuadrados, él va a ceder a los espíritus de la polilla en mi guarida.
- —Nunca usas la sensatez, ¡de ninguna manera! —gritó la hermana asesina—. Te dije que te alejaras de eso. No es de nuestro interés.
- —¡Al contrario de eso! Debemos tener espíritus. Un espíritu a cambio de un millar. Es un precio justo para mantener a los muertos contenidos aquí, así no van a poseer a los vivos. ¡Es nuestro propósito jurado, después de todo! —La Hermana Uno me empuja a través del arco de vuelta al laberinto.
- —¿A dónde la estás llevando? —pregunta la Hermana Dos, sus ojos azules brillan con sospecha y furia.
- —Al espejo. —La Hermana Uno toma mi codo y me guía por el camino. Estoy a punto de caer una vez en la nieve, pero me estabiliza—. Ella todavía tiene un juego que ganar. Y tú tienes una Reina que atrapar.

La Hermana Dos nos sigue, sus ocho piernas examinando el polvo mientras su larga falda deja marcas de arrastre detrás de sí. —¿Qué quieres decir con eso?

—La Reina Roja ha escapado de su sueño. Está suelta e inquieta. Mejor apresurarse antes de que encuentre un camino al castillo. —Dicho esto, la Hermana Uno me guía de nuevo al laberinto, dejando a su gemela gritando por la indignación. Los espíritus se unen al berrinche, chillando una vez más. Lo saqué todo. La Reina Roja estaba muerta y encarcelada, pero ahora está en libertad. Eso significa que liberé a la bruja que puso la maldición en mi familia hace casi un siglo. ¿Qué nos hará ahora que está en libertad? ¿Serán capaces de encontrarla? —Le pregunto, tragando el nudo en mi laringe.

—Ella no tiene importancia para ti. —La Hermana Uno desliza su garre a mi muñeca, azotando en las vueltas del laberinto con tal

velocidad, que apenas puedo mantener el ritmo—. La Reina siempre ha dado problemas. Me alegro de acabar con ella. Mi hermana es responsable ahora. Capturará su alma inquieta y la contendrá por siempre.

Los gemidos y lamentos de la guarida de la Hermana Dos se desvanecen con la distancia. —¿Por qué hay tantas almas infelices en el País de las Maravillas? —pregunto.

- —Algunas tienen asuntos pendientes o amores perdidos. Pero las más infelices murieron encarceladas por la maldición de su nombre siendo dicho.
  - —Pero he dicho el nombre de Morfeo muchas veces.

Se ríe, y suena como el canto de un ave. —Morfeo no es su verdadero nombre. Él es gloria y desprecio —luz de sol y sombras— el aguijón de un escorpión y la melodía de un ruiseñor. El aliento del mar y el cañoneo de una tormenta. ¿Puedes transmitir un canto de pájaro, o el sonido del viento, o el correr de una criatura a través de la arena? Los nombres propios de los habitantes del inframundo son hechos de las fuerzas vitales que los definen. ¿Puedes decir estas cosas con tu lengua?

Una mancha de setos verdes corre. Bombeo mis piernas para mantener el ritmo. Mis pies, que han sido llevados por la nieve, reúnen más manchas de hierba por momentos. —¿Puede alguien? —pregunto.

- —Sólo un Habitante del Inframundo al final de su vida puede hablar el lenguaje necesario. Debe ser dicho en su último aliento.
- —Lenguaje... —La descripción en la parte posterior del informe de laboratorio de Alice—. El Habla de la Muerte —susurro, desequilibrada y confundida.
- —Sí, es algo volátil —responde la Hermana Uno—. La víctima pronuncia el Habla de la Muerte junto con un desafío para el que la agravió tenga que cumplir. Cualquier Habitante del Inframundo que muere bajo la maldición del Habla de la Muerte, incapaz de hacer frente al desafío, es dejado como un espíritu quebrantado, eternamente infeliz y buscando escapar. Hasta que Hermana Dos le pone un fin a ello.

Me estremezco, pensando en lo cerca que estuve de ser atrapada dentro de uno de sus juguetes. —¿Cómo puede un juguete vacío mantener un espíritu? Eso no tiene sentido.

—Al contrario. Tiene todo el sentido. Sólo los juguetes del reino humano son elegidos, y sólo los más amados de todos. Aquellos acostumbrados a estar llenos de esperanzas y sueños y todos los afectos que los niños ponen en ellos. Porque esa es la esencia de un alma. Esperanzas y sueños y amor. Cuando los juguetes más queridos son abandonados en depósitos de chatarra y montones de basura, se vuelven privados de esas cosas que una vez los llenaron y calentaron. Se vuelven

Así que enviamos a nuestros duendecillos esclavos a través de los portales para que traigan a los juguetes para nosotras, y mi hermana los llena con lo que ellos más quieren... almas. Al igual que esponjas sedientas, se aferran a ellas con cada porción de su fuerza y voluntad.

Camisas de fuerza para espíritus. Muy perturbada por la imagen, no pronuncio otra palabra hasta que llegamos a una pequeña casa rodeada de setos y de hiedra por todos lados. Parece estar hecha de hojas. —Entra, calienta tus dedos de los pies, y come —insiste la Hermana Uno—. Luego te daré lo que viniste a buscar y te enviaré en tu camino.

—Estoy en un apuro. —Tengo dolor de cabeza por toda la confusión. La comida podría ayudar pero no del tipo que sirven en el País de Las Maravillas.

—Tomarás té primero, por lo menos.

¿Cómo podía discutir? Ella tenía un espejo escondido en alguna parte, y una llave alrededor de su cuello. Hasta que esté lista para enviarme a través de un portal, soy su rehén.

Adentro, sólo hay una habitación—amueblada como una cocina excepto que todo está tapizado en tela acolchada, incluso los electrodomésticos. Un fregadero blanco y acolchado, mesa y sillas, y una estufa esponjosa del mismo tono, todo acomodado en un piso de felpa blanca que es elástico y caliente bajo mis pies mojados, como un malvavisco. Hay una alta alacena con puertas de peluche de terciopelo, también blancas. A lo largo de las cuatro paredes de almohada hay ventanas circulares con cortinas blandas. Raro tener ventanas cuando no hay nada que ver más que hojas.

La esterilidad de la habitación me recuerda mucho a una celda acolchada, quiero huir de nuevo. Pero no puedo perder la oportunidad de usar el portal de la Hermana Uno y encontrar a Jeb.

El chapoteo de color más vivo en la habitación es un plato con brillantes manzanas en una mesa al lado de un tablero de ajedrez de color plateado y rojo.

—¿Estás esperando por el té también? —pregunta la Hermana Uno, dirigiendo su consulta hacia una gran criatura con forma de huevo sentada en una silla. Salto cuando se mueve. Se mezcla muy bien con el fondo, me lo habría perdido si no fuera por sus ojos de color amarillo yema, la nariz roja y la gran boca. Una banda de tela se envuelve alrededor de su extremo más ancho, debajo de su boca, y justo por encima de los brazos delgados y piernas que están fijos y verdes como los apéndices de una mantis religiosa. Dos aletas triangulares de tela de algodón a cuadros de color azul sirven como un collar improvisado. Un trozo naranja de ropa ecupa el espacio donde una corbata podría haber estado.

—Es poco inteligente preguntar si uno está esperando por el téodice—, cuando él está sentado en una mesa con tazas de té y luciendo una servilleta metida en el cuello. —Su boca adquiere un sesgo amargo mientras pule una cuchara con la esquina de la servilleta. ¿Humpty Dumpty? Toda esta cosa sigue poniéndose más y más extraña.

Cubriendo mis alas sobre el respaldo de la silla, me dejo caer en el asiento enfrente del hombre-huevo, hipnotizada por las fracturas en la línea del cabello a través de su concha nacarada.

Él aparta sus ojos.

- —Algunas personas no tienen nada que asistir a un digno té. Embobados como si yo perteneciera a un zoológico, cuando ellos son los que tienen todas las costumbres y sentido de la moda de un mono.
- —Lo siento. —Suavizo mis harapos y agarro una manzana del tamaño de una ciruela. Me muero de hambre, pero sigo nerviosa por la comida.
- —¿Qué será esto? ¿Me hará invisible? ¿O tal vez me haga brotar un tallo y algunas hojas?
- —Desagradecida pequeña ingrata. —El hombre huevo me frunce el ceño.
- —Mira el regalo de la araña en los colmillos. A ver si estás invitada a tomar el té de nuevo. —La Hermana Uno sonríe—. Yo no juego con mí comida... a menos que esté envuelta en mi red —dice.

Me estremezco en lo que espero sea su intento de una broma, y luego muerdo la fruta crujiente y mastico mientras miro hacia abajo a mis pies manchados de hierba.

Es sólo cuestión de segundos antes de que mi mirada se deslice hacia arriba de nuevo. No lo pude resistir.

- —Así que tú eres Humpty, ¿cierto?
- —Humphrey —se burla— La juventud en estos días. No pueden incluso manejar una introducción apropiada.

Tomo otro mordisco de la fruta, alentada de que su sabor es como el de las manzanas en mi mundo.

- —Tu cascarón. ¿Se ha caído de la...?
- —¿Pared? —Humphrey ajusta el final a mi pregunta— No, en realidad. Esa fue la primera vez. Tropecé con el rodante Chessie encabezando la segunda. La Reina Grenadine me pegó junto de nuevo, cuando todos los caballos del rey y los hombres fallaron. Y si hay alguna otra pregunta sobre el tema, te pediría que no la hagas con la boca llena de manzana.

Me trago mi mordida.

- —¿El rey trató de ayudarte? Pensé que era un dictador codicioso.
- —¿Codicioso? —La Hermana Uno cacarea su lengua, apretando un delantal alrededor de su cintura, tirando de un molde de galletas fragantes fuera de la estufa—. Absolutamente ridículo. Es muy simpático. Me trajo éste para que yo pudiera tenerlo en cojines para evitar un mayor agrietamiento, en caso de que el pegamento no pegara. No podemos tener el espíritu de Humphrey escapando para causar estragos en los comunes del País de las Maravillas.

País de las Maravillas y comunes... dos palabras que nunca deberían estar en la misma frase.

- —Así que, Humphrey está aquí porque está en parte muerto —digo después de terminar el resto de la manzana—, en parte muerto como Chessie.
- —Sí. —La Hermana Uno raspa las galletas en un plato—. De hecho, Grenadine trajo la cabeza de Chessie aquí. Hace muchos años, cuando su hermanastra, Roja, estaba en su masacre sangrienta. Pero es sin duda olvidado por ahora que está aquí.

Espera. Morfeo lo hizo sonar como si Chessie hubiera llegado a este lugar por sí mismo... encontrando consuelo aquí. Nunca mencionó que Grenadine trató de ayudar a mantener al gato vivo. Toqué ligeramente mi boca con la servilleta.

—En parte muerto... —murmuro, mi mente dando vueltas en confusión—. ¿Qué tanto es tu asunto cuán muerta estoy? —En un ataque de temperamento, Humphrey golpea su cuchara al suelo acolchado.

El utensilio rebota como un boomerang y golpea su lado. Seguido por un crujido, las fisuras en su cascarón ramificándose para formar otras nuevas. Babosa, líquida clara saliendo de sus fisuras. Sus mejillas se volvieron color rosa, oscuras y brillantes para mí. La baba comenzó a chisporrotear y endureció las claras de huevo cocidas.

- —Eres duro de ebullición en tus entrañas otra vez —regaña La Hermana Uno.
- —¡Ahora te has ido y has terminado! —Humphrey apunta la acusación a mí.
- —¿Qué gloria hay para mejorar un huevo? ¿Eh? ¿Vas a hacer de mí un soufflé o tal vez me vas a mimar?
- —¿Mimar? —pregunto confundida—. ¿Quieres decir como un padre mima a un niño?

Se retuerce en la silla hasta que sus cortas piernas están colgando sobre el borde, haciendo que las nuevas grietas se extiendan más lejos todavía.

—Mimado en agua. Cocinado justo debajo de la ebullición hasta que mi cerebro se revuelva. ¿Qué tipo de cabeza hueca podrida eres? ¿No tienes un vocabulario adecuado? ¿Y por qué estás aquí? No veo ninguna grieta en tu cascarón.

La Hermana Uno cacarea su lengua de nuevo y llega al bolsillo en su delantal, ofreciendo un tubo de pegamento.

—Debes ser amable. Es ella. —Señala con la barbilla hacia mí mientras le ayuda a aplicar el pegamento—. Ella despertó de la muerte.

Él sigue mirando con su ancha boca abierta casi hasta el suelo.

No puedo evitar el rubor subiendo por mi cara.

- —Morfeo dijo que el rey es malo. Que quiere las coronas de ambos reinos para su esposa, Grenadine, y hará cualquier cosa para conseguirlas.
- —¡Ja! —dice Humphrey—. Así es visto a través de los ojos de un asesino.
  - —¿Un asesino?
- —No hay ninguna prueba de eso —dice la Hermana Uno, acariciando abajo el cascarón de Humphrey para que se adhiera al pegamento.
- —Morfeo me trajo el cadáver de Roja muchos años después de su destierro. Pero no compartió nada sobre las circunstancias que rodearon su muerte, o donde la encontró. No me sorprende que esté arremetiendo contra Grenadine y su rey. Siempre ha guardado rencor sobre lo que le pasó a Alicia después de que Grenadine la escondió. Las intenciones de la Reina eran buenas, para mantener a la niña a salvo hasta que la capturaran para Roja. Pero después de que Roja fue desterrada a la selva, Grenadine perdió la cinta en la que había susurrado el paradero de Alicia y olvidó donde la había puesto. Alicia se convirtió en un cuento con moraleja que se contaba a los niños del Inframundo mientras estaban metidos en cama. La niña real cayó en el olvido. Por todos excepto por Morfeo. Setenta y cinco años en un capullo, y todavía se acordaba de ella al despertar.
- —Espera. —Me agarro de la mesa frunciendo las uñas en la parte superior acolchada—. Nada de esto tiene sentido. Alicia volvió a entrar en su mundo. Mi mundo. Ella tenía que hacerlo...
- —Oh, no. Estuvo aquí. Desde su metamorfosis, Morfeo no dejo un banco de arena sin remover buscándola. La encontró oculta en las cuevas de los acantilados más altos del País de las Maravillas. Ella había sido capturada y mantenida en una jaula con un pájaro solitario viejo, el Si

Podo. Pero la preciosa amiga de Morfeo ya no era una niña. Era una triste mujer confusa, vieja para ese tiempo.

Oleadas de pánico devolvieron cualquier respuesta. Si Alicia realmente pasó su vida en una jaula de pájaros aquí, ¿cómo estoy viva? ¿Cómo cualquiera de los descendientes Liddell están vivos?

Arrojando a la estufa, la Hermana Uno produce agua de la nada de un fregadero y llena un hervidor de agua.

—¿Alguno de ustedes es tan amable como para mover a la Reina Roja a la plaza al lado del tablero de juego?

Humphrey piensa la respuesta, sus mejillas rosadas disparado en la concentración.

—Uno más a la izquierda para ir —susurra, golpeando el último restante cuadrado de plata con la mano como una garra.

El tablero de juego tiene sesenta y cuatro casillas, la mitad de ellos de color rojo y la otra mitad plata, con los peones, los obispos y torres en posiciones que no tienen sentido en el ajedrez real. Su disposición me recuerda al tablero en la habitación de Morfeo.

Fuera de los treinta y dos cuadrados de plata, una línea diagonal de siete resplandece como un bruñido metal. Aquel en el que Humphrey centro a la Reina Roja, junto con otras seis personas que conducen a ella. En cada brillante cuadrado, una nota aparece flotando, cartas curvándose de nuevo, al igual que en el Tablero de ajedrez de Morfeo.

Esta vez, nada me impide leerlos:

Explotar a través de una piedra con una pluma; cruzar un bosque en un solo paso; Sostener un océano en su mano; Alterar el futuro con la punta del dedo;

Derrotar a un Enemigo Invisible; Arrollar un ejército bajo sus pies; Despertar de la muerte.

Hay un cuadrado plateado a la izquierda en la fila de atrás, a la espera de ser iluminado. Sospecho que hasta que eso ocurra, las palabras finales permanecerán ocultas.

- —¿Sabes lo que es la última?
- —Aprovechar el poder de una sonrisa —responde Humphrey, sorprendentemente cooperativo.
  - —No entiendo —digo, sintiéndome más débil por el momento.

—¿No te das cuenta? —La Hermana Uno lleva más de una bandeja con la tetera y sirve tres tazas de té. Una calmante fragancia a limon se levanta sobre el vapor—. Es un registro de todo lo que has completado. Las pruebas que has pasado.

—¿Pruebas? —Los miro de nuevo, incapaz de encontrar un empate a nada de lo que he hecho, aparte de despertar de la muerte.

Entonces recuerdo lo que Morfeo dijo en su habitación antes de que animara las piezas de ajedrez:

—Todo está en la interpretación. —La iluminación viene a mí, fluyendo lentamente en mi mente:

Estoy sentada al lado de Morfeo en la seta gigante donde lo encontré después de que Jeb y yo hayamos drenado el océano, pero soy una niña pequeña de cuatro.

Mi guía de siete años de edad, coloca un libro de imágenes en frente de mí. Me está enseñando a descifrar enigmas.

—Esto —dice, señalando a una imagen de una mujer quedándose sin aliento—. Algo que puedes sostener, pero no puedes mantener. —Lee las palabras debajo de la imagen.

No debería ser capaz de entender. Soy una niña pequeña. Pero no importa. Debido a que cada vez que lo visito en sueños, me siento más grande de alguna manera.

Más sabía. Dotada.

—Sabes la respuesta —dice Morfeo, su voz joven bronca—. Eres lo mejor de ambos mundos.

Toma una respiración profunda y la sostiene en sus pulmones. Levantando mi palma a su boca, la deja escapar lentamente, cerrando mis dedos alrededor del aire caliente.

Cuando abro mi mano de nuevo, no hay nada allí.

—¡Respiras! —Sonrío y aplaudo.

Morfeo sonríe y asiente, orgullo brillando en sus ojos negros como la tinta. —Sí. Podemos mantenerla, pero siempre hay que liberarla.

De vuelta al presente, la comprensión me ciega, como un destello de la luz del sol a través de las pupilas acostumbradas sólo a la oscuridad, dilatando mis percepciones en perfecta claridad: Soy lo mejor de ambos mundos... La lógica del Inframundo despertando, veo mis logros impresos en el tablero al lado de sus resúmenes, como una lista de verificación:



1. Explosión a través de piedra con una pluma. —Utilizando la pluma para empujar la estatua de reloj de sol a un lado y abrir el agujero del conejo.

- 2. Atravesar un bosque en un solo paso. —Ir sobre los hombros de Jeb mientras entraba en el jardín de flores "bosque".
- 3. Sostener un océano en su palma. —Balancear la esponja en la mano después de haber absorbido las lágrimas de Alicia.
- 4. Alterar el futuro con la punta del dedo. —Saltar, comenzar la fiesta de té con el grupo por desecación y restablecer las manecillas del reloj de bolsillo.
- 5. Derrotar a un enemigo invisible. —Ante mi lado más oscuro y reprimido con la ayuda de las bayas del árbol Tumtum.
- 6. Arrollar un ejército bajo sus pies. —Pasar a través de los guardias de la baraja en una ola de almejas.
  - 7. Despertar de la muerte. —No es necesaria una explicación...

Mi lado oscuro está emocionado por lo que he logrado, y el orgullo hincha mi pecho.

Entonces mi otro lado toma la delantera.

—No —digo en voz alta para mí misma—. No mis logros. Los de Morfeo. —Pavor se enrolla alrededor de mi corazón, desinflándome.

Jeb estuvo en lo cierto todo el tiempo. Las cosas que he estado haciendo no eran para arreglar los líos de mi tatara-tatara-tatara-abuela. Eran pruebas elaboradas.

¿Por qué no lo escuché?

—¿Para qué estoy siendo estudiada? —Tomo mi taza de té y la mantengo en la palma de mi mano temblando, deseando que el calor se filtre dentro de mí y evite el frío en mi corazón.

Humphrey reúne miradas con la Hermana Uno mientras ella le da una galleta espolvoreada con canela y azúcar.

—Esa lista representa los criterios para una Reina —responde—. Los requisitos fueron escritos después de que Grenadine tomó el trono. El Rey Rojo oyó rumores de que su ex esposa se había escapado de las selvas del País de las Maravillas y se volvió a casar. Temiendo la posibilidad de una descendencia femenina, insistió en que si alguien iba a dar un paso adelante con el linaje de Roja y trataría de llevarse la corona de Grenadine, primero tendría que pasar ocho pruebas imposibles para demostrar su valentía. El Tribunal Rojo acordó realizar las pruebas de un decreto real.

Tu eres la primera que las pasa... bueno, casi todas ellas. Por supuesto eres la primera descendiente de la Reina Roja que se presenta y prueba.

Estoy a punto de objetar, por decir que es imposible porque no soy de linaje real. Estoy a punto de pararme de mi silla y pisar fuerte como una de dos años de edad, que se niega a creer que nada de esto es real...

Hasta que la melodía de Morfeo pasa a través de mi mente, completando el final:

"Pequeña flor en blanco y rojo, descansando ahora tu pequeña cabeza; crece y prospera, sé fuerte y con ganas, porque un día serás su Reina... Pequeña flor en melocotón y gris, creció fuerte y encontró su camino, dos cosas más todavía por ver, hasta que al final serás su Reina."

Escalofríos corren como llovizna helada a través de mis alas.

—No, no, no. Yo no... En realidad no pase nada —le digo a mi anfitriona—. Me encontré pasándolas... por accidente, en realidad.

Ella y Humphrey no tienen comentarios. Están demasiado ocupados contando los cuadros y bebiendo su cerveza.

Saben, como yo, que nada de lo que hice fue por accidente. Morfeo orquestó todo ello permitiendo configurar escenarios familiares mediante el uso del País de las Maravillas del libro de Lewis Carroll y solicitando la ayuda de los otros Habitantes del Inframundo, y luego dio un paso atrás y observó cómo terminé cada "prueba".

En la fiesta del té me dijo que me quería regresar a mi lugar, mi hogar. ¿Qué reino consideraba que es hogar para mí? Malestar arenoso llena mi garganta, como si me hubiera tragado todo el desierto. Me trago hasta la mitad de mi té.

Jeb...

Lo necesito para que ponga sus brazos alrededor de mí y prometa que todo irá bien, lo necesito para hacerme sentir humana de nuevo.

—Quiero utilizar la lupa para encontrar a mi novio. —Me paro tan rápido, que una de mis alas golpea la mesa e inclina la caldera de té.

Humphrey limpia el derrame con la servilleta antes de que el charco humeante pueda llegar a su regazo.

—¡Yo tenía razón! ¡Su intención es mimarme!

La Hermana Uno me lleva a la despensa y abre la puerta de la izquierda, revelando un espejo.

—Tu escolta mortal está en donde tú vayas. Mis pixies<sup>26</sup> estaban en el abismo recogiendo el ejército muerto de Grenadine cuando vieron tu

permiso mortal en cadenas con Morfeo y los caballeros élficos. Gracias a fu ayuda de derrotar a los guardias de la baraja, el ejército blanco con éxito asaltó y tomó el control esta noche en el castillo rojo en busca de su Reina Ivory.

El latido de mi pecho casi se detiene.

-¿Morfeo ha encarcelado a Jeb en el castillo rojo?

Ella acaricia mi mano sin contestar.

—Vas a necesitar esto. —De uno de los estantes de la despensa, baja un andrajoso oso de peluche.

No tiene que explicar. Ya sé que sostiene la parte de Chessie que de alguna manera va a ser mi última prueba, su sonrisa, aunque no tengo ni idea de cómo se supone que debo aprovecharlo.

—Recuérdale a Morfeo que mi parte del trato se cumple —dice la Hermana Uno mientras agita su mano a través del espejo.

Cruje como el hielo, revelando una cámara en un castillo con exuberantes alfombras rojas y cortinas de oro. Hay una cama con dosel y una chimenea, una silla alta salón victoriano, de espaldas a mí, frente a la chimenea. Un sombrero de ala de plata adornado con mariposas rojas cuelgan de un brazo de la silla. El humo se eleva en el aire y unos estiramientos de una mano enguantada a la vista, la manguera de una hookah<sup>27</sup> se alza elegantemente entre dos dedos.

Morfeo.

Si me niego a llevar el oso de peluche, ¿significa que llevaré su plan al viento? Y Jeb, ¿cómo vamos a llegar a casa? Me muerdo el labio y meto el juguete debajo de mi brazo izquierdo, apretándolo contra mi caja torácica.

La Hermana Uno saca una pequeña llave y la gira por lo que la superficie se abre en el portal. Sus dos metros andan con impaciencia.

Todo el mundo en este lugar tiene una agenda. A cambio de sus espíritus preciosos, me entrega directamente a la persona que me ha manipulado y utilizado en todo este recorrido. Mi vida entera.

Lágrimas ciegan mi visión mientras paso a través del cristal.

Si yo no hubiera pasado a través del primer portal; si sólo no hubiera encontrado la madriguera del conejo.

Si yo no hubiera nacido.

# Jaque Mate

Traducido por Majo\_Smile ♥ & Elle
Corregido por Marie.Ang

A terrizo en el castillo Rojo, a pocos metros detrás de la silla que vi en el portal. Mis talones se hunden silenciosamente en la alfombra esponjosa y Morfeo ni siquiera se mueve, aún resoplando frente al fuego. El olor de su tabaco de regaliz enciende una llama dentro de mí... un ardor de necesidad de triunfar sobre él en este juego retorcido.

Aprieto el oso de peluche bajo mi brazo.

- —No fue la pequeña Alicia que regresó al reino de los mortales, ¿verdad? —pregunto, mirando el respaldo de la silla.
- —No. —La respuesta de Morfeo me llega por detrás y giro, casi cayendo. Sus alas se curvan sobre él como un eclipse cuando se inclina para estabilizarme.

Lo alejo.

Arqueando una ceja, se alisa su traje a rayas plateado y negro. Entre el traje y el pelo punk, se parece a un gánster emo.

—¿Estabas esperando a que atravesara el portal? —acuso—. Entonces quién... —No hay necesidad de terminar. El Conejo Blanco cae sobre el brazo de la silla a la vista, con brillantes ojos rosa. Por supuesto. Está aliado con Morfeo, lo que significa que sólo ha fingido ser mi enemigo. Ambos han estado jugando conmigo todo el tiempo.

La cadavérica criatura deja la manguera de la pipa a un lado y se inclina ante mí. —A su servicio estoy yo, justa Reina. —Su voz aguda gotea sinceridad.

Exhalo para calmar mis entrañas temblorosas. —No soy la Reina. Y no quiero tu servicio. —Me vuelvo hacia Morfeo.



—Creo que estás siendo despedido, Sir Rabid. —Morfeo mantiene su mirada insondable en mí—. No hay duda de que te llamará muy pronto, como Grenadine lo hizo una vez. Cuando sea oficialmente Reina, codiciará tus talentos como asesor experimentado y dedicado.

—Alteza. Con lealtad y siempre, siempre suyo. —Rabid se inclina tanto en su salida que su cornamenta lo saca de balance y casi se cae. Se recoge a sí mismo, luego salta al otro lado del umbral, sacudiendo una bolsa de huesos en un chaleco.

Los seguros de la puerta se cierran y estoy sola con Morfeo en una habitación de sombras y luz de fuego intermitente.

- —Tú espía —digo.
- —Sí —responde Morfeo—, nunca se fijó bien en lo que Grenadine y la Corte Roja hizo con Roja y Alicia. Él quiere ver al heredero de Roja en el trono casi tanto como yo, para enmendar la injusticia cometida a su verdadera Reina.

El juego de la luz del fuego en el cabello salvaje y el hermoso rostro de otro mundo de Morfeo me hacen recordar. Él estaba entrenándome para ser una Reina. La Reina Roja. Y ahora estoy aquí, vulnerable y encarcelada por sentimientos que inspiró en mis sueños de juventud: la felicidad y comodidad, el afecto y admiración. Pero la nostalgia es engañosa, y la alejo. Porque todo ha sido una mentira.

—¿Qué le has hecho a Jeb? —pregunto, reprimiendo el impulso de lanzarme sobre él y atacarlo.

Los labios de Morfeo tiemblan en una media sonrisa. —Está aquí en el palacio, a salvo. Te permitiré verlo pronto. Él quería que te diera esto.

Metiendo sus enguantados dedos en el bolsillo de su chaqueta, saca una pequeña perla de cristal y la pone entre nosotros para que refleje la luz del fuego.

*Mi deseo.* Extiendo la mano para cogerla. No dudaré esta vez. Desearé no haber venido, como sugirió Jeb... entonces ambos estaremos bien.

Morfeo la aleja, sosteniéndolo en alto. —Estará en mi poder hasta que sea el momento adecuado. —Lanza la perla al aire y luego la atrapa con un giro hábil de muñeca, antes de guardarla de nuevo en su bolsillo.

Me atraviesa una ola de furia. Espero mi tiempo. Tengo que ser inteligente o lo perderé todo.

- —Toma asiento, Alyssa, princesa mía. —Morfeo señala la cama.
- —Si me siento en cualquier lugar, no será en la cama. —Abrazo el eso de peluche, mi única ficha de negociación.

—¿Seguramente no piensas que quiero seducirte? ¿No me habria aprovechado ya de tu inocencia en mi mansión, mientras te miraba dormir?

El recuerdo de ese momento de intimidad, cuando su marca de nacimiento tocó la mía, provoca un calor incómodo en mi abdomen. — Toda esta búsqueda ha sido una seducción, Morfeo. Es hora de confesar.

Levanta el extremo de su corbata roja y la escudriña, entonces friega una mancha invisible. —No hay nada claro sobre la traición, amor. Y ahí es donde comienza la historia, como bien sabes. La corte de la Reina Roja se amotinó contra ella, su marido se unió a los traidores con el fin de casarse con su hermanastra, e inclinó la balanza del reino. Pero tú restablecerás el equilibrio. —Mete la corbata en su lugar.

—Porque soy su heredera —murmuro, casi ahogándome con las palabras.

La sonrisa de orgullo en su rostro es luminosa. —Lo descubriste, ¿verdad?

Reprimo el dolor en mi garganta. —Nunca se trató de arreglar las cosas. Mi familia no fue maldecida por los líos de Alicia. No estamos malditos. Somos mestizos.

Expande sus alas y brazos. —¿No es glorioso?

- —Me trajiste aquí... ajustando los lugares para adaptarlos a la historia de Alicia. Todo ha sido un juego. Todos han formado parte de él. Es por eso que la mayoría eran diferentes de los personajes del libro. Todo el mundo te ayudó... eran tus cómplices.
- —Sí. Los personajes actúan las partes escritas para ellos en un libro del reino de los humanos. Algunos, de todos modos. Otros lo hacían sin darse cuenta.
  - -El octobenus.

Morfeo asiente. —Despreciable. Asesinó a su mejor amigo para aplacar una ola de glotonería. Se merecía lo que le pasó. ¿Y los guardias de la baraja? Siempre son prescindibles. Ahora, sacia mi curiosidad, pequeña ciruela. —Señala la silla detrás de mí—. Ponte cómoda, e ilumíname sobre cómo llegaste a ser una princesa del inframundo.

Me niego a sentarme. Un sabor amargo quema mi lengua. —Un baile de máscaras.

Frunce el ceño. —¿Perdón?

Tuerzo una de las orejas del oso de peluche. Con los pies asquerosos aferrándome a la alfombra, doy rienda suelta a la teoría que se me ocurrió cuando vi el tablero de ajedrez de la Hermana Uno. —El sitio de internet. Decía que algunos Habitantes del Inframundo tomaban la apariencia de

los mortales existentes. Después de que la Reina Roja fue exiliada, entró a hurtadillas por el portal del castillo Rojo al del reino humano.

- —Dime por favor, ¿cómo lo logró? —Su voz es bromista, intentando incitarme.
- —Ella comparte mi magia... encontró una manera de distraer a los guardias de la baraja. Coaccionó la cinta de la mano de Grenadine, animándola; la cinta que contenía un recordatorio del paradero de Alicia. Entonces Roja entró en el reino mortal como una niña. Creció como Alicia, se enamoró de un hombre mortal como Alicia, se casó y tuvo hijos como Alicia. Hijos mitad-mágicos, mitad-humanos y herederos a su trono perdido. Las características de los habitantes del inframundo sólo pasan a las hembras, porque el País de las Maravillas está gobernado por Reinas. —Estoy abrazando el oso ahora, con tanta fuerza que puedo sentir la esencia de Chessie tratando de escapar... pidiendo ser libre. O tal vez es la mía.

—Cuéntame más. Tienes un público cautivo. —La voz de Morfeo ha cambiado, el borde bromista reemplazado por algo voraz y expuesto.

No me atrevo a observar sus facciones cautivadas, así que miro las llamas del fuego. —Roja volvió al País de las Maravillas, pocos meses antes de que la verdadera Alicia muriera. De alguna manera cambiaron de lugar otra vez. Es por eso que la Alicia de más edad en la fotografía no tenía marca de nacimiento cuando la más joven sí. Es por eso que ella no recordaba nada de su vida mortal. Le fue robada. No tuvo infancia, tal como dijiste. —Mi pecho se contrae con una tristeza casi tan potente como cuando lloré mi deseo—. Pobre Alicia.

—Sí. Pobre y querida pequeña Alicia.

Busco su expresión. Su reverencia parece sincera.

Una dolorida y conmovedora ternura calienta sus ojos. —Intenté volver a su casa, en su vejez. Pensé que estaba haciendo lo correcto por ella, dejándola morir entre los suyos. Entré en la casa Liddell una noche, con la esperanza de convencer a Roja que era lo correcto... esperando que con su familia durmiendo en otra habitación, podríamos hacer el cambio sin ser detectados. Roja fue obediente, dijo que estaba cansada de ser vieja y débil. —Una suave sonrisa levanta un lado de su boca—. Metí a Alicia en la cama, donde se despertaría entre los que deberían haber sido su familia todo el tiempo. Eran extraños para ella, así que traté de prepararla, pero su mente estaba dañada como para entender todo. Sostuve su mano hasta que se durmió, luego me fui con Roja al País de las Maravillas. A nuestra llegada a la entrada del agujero del conejo, la miserable cambió de idea y se puso en mi contra, negándose a dejar a su familia. Ella tenía la intención de asesinar a Alicia, y arrastrar a todos los Liddell al País de las Maravillas. Utilizar su linaje para recuperar el trono que había perdido

241

Morfeo observa las llamas, las comisuras de su boca tirando hacia abajo. —No la dejaría ir. Luchamos sobre el terreno al lado del reloj de sol, y luego sobre los árboles. Roja me había clavado en las ramas superiores de uno, queriendo romper mi cuello. Me deshice de ella, y aterrizó duro, empalada por la verja de hierro justo debajo de nosotros. El metal atravesó su corazón y envenenó su sangre. La bajé por el hoyo del conejo. Intenté una disculpa. Pero no me perdonaría. Y se aseguró de que nunca podría perdonarme a mí mismo cuando dio su último aliento.

*—El Habla de la Muerte —*susurro.

Centra su mirada en mí, con evidente consternación en el rostro. Parpadeando, demuestra el remordimiento en sus ojos.

Me vuelvo hacia la chimenea de nuevo. —Es por eso que me arrastraste hasta aquí. Nunca se trató de salvar a tu amigo Chessie. Ni siquiera era sobre Ivory estando atrapada. Eres el único que está maldito. Me necesitas para salvar a tu espíritu de una eternidad como un juguete carcomido en la guarida de Hermana Dos.

—Juzgas con demasiada severidad. Quiero salvar a mis amigos. Simplemente pasa que puedo salvarme a mí mismo en el proceso. He sido esclavizado durante demasiados años, compitiendo contra el tictac del reloj. Ahora, por fin, puedo hacer que las manecillas se detengan. Puedo destronar a Grenadine y establecer al legítimo heredero en su lugar.

—Incluso si el heredero no está dispuesto.

Un pesado silencio se cierne entre nosotros.

Suavemente, Morfeo toma mi barbilla, cambiando mi mirada hacia él. —Qué pasa con el libro que utilicé como mi guión gráfico, el escrito por el escritor mortal Carroll. ¿Qué piensas sobre esto?

Él es implacable, llevándome más profundo en un lugar de oscuridad y luz. —A Carroll se le ocurrió la historia. Pero el País de las Maravillas, el lugar, los personajes y los nombres... Creo que Roja, como la pequeña Alicia, lo inspiró con verdades a medias que utilizó para explicar su corta ausencia. Toda su familia asumió que ella había divagado teniendo un sueño debajo de un árbol. —Frunzo el ceño—. Roja se convirtió en una niña en todos los sentidos, como tú lo hiciste una vez. Su mente era inocente. Fue bueno que su imaginación de niña asumiera el control. Si hubiera sido completamente honesta acerca de las criaturas oscuras y retorcidas de aquí, habría estado encerrada en un manicomio en su primer día como humano. —Mi intento de sarcasmo se desperdicia porque soy una de las retorcidas y oscuras criaturas. Siempre lo he sido. Sólo ahora lo veo.

—Magnificamente relatado —dice Morfeo—. Y cada pedacito de ella, tal y como era. —Golpea mi nariz—. ¿Te preguntas cómo los detalles vienen a ti con tanta facilidad?

Mis respuestas eran más que conjeturas afortunadas. Es como si las palabras estuvieran grabadas en mi mente. Mentalmente, repaso cada sueño en el que estuve con Morfeo para ver si alguna vez me lo relató, pero no lo hizo.

Morfeo me acerca a la chimenea, estudiando mi horquilla a la luz. Roza su pulgar a través de ella. —¿Alguna cosa de interés particular sucedió en el cementerio, a excepción de tu recuperación de la sonrisa de Chessie?

Toco la horquilla, recordando mi encuentro con la rosa. —El espíritu de la Reina Roja... pasó por mis venas antes de escapar en el jardín. ¡Ella debió haber grabado algunos de sus recuerdos en mí! Eso era parte de El Habla de la Muerte, ¿no? Tenías que dejarla libre, y me usaste para hacerlo.

Con un sonido entre un sollozo y una risa, Morfeo tira de mí hacia sus brazos y me acaricia el cabello. Su esencia me envuelve, su pecho es sólido y cálido. Cuando niña, su toque solía hacerme sentir segura cuando me sostenía por las axilas durante las lecciones de vuelo. Pero ahora no. Me tenso por un momento antes de percatarme que estoy cara a cara con su solapa. Sólo una capa de rayas negras y plateadas se interpone entre mi deseo y yo. En lugar de alejarme, me acurruco más cerca, poniendo las manos entre nosotros.

Un estremecimiento lo sacude en respuesta, sus dedos se mueven por las trenzas en mi nuca. —Adorable Alyssa. Qué gran pupila fuiste — murmura contra mi coronilla—. Aun así, me enseñaste más de lo que yo a ti. Vales mucho más que cualquier otra para llevar la corona. Coraje, compasión y sabiduría. La tríada de las majestades. Tienes algo que pude ver incluso a través de los ojos de un niño. Tienes el corazón de una Reina. —Su voz se quiebra al final de su declaración, como si estuviera triste por ello.

Dedos enguantados, sedosos y confidentes, se deslizan desde mis hombros a mis muñecas. Lo maldigo en silencio por mover mis manos mientras las levanta para estudiar las cicatrices. Las besa, sus labios son un fluido roce a lo largo de la sensible piel, entonces pone mis manos en sus mejillas.

Su boca está a centímetros de la mía, entonces susurra—: Perdóname por meterte en esto. No había otro modo. —Su piel es más suave que como deben sentirse las nubes, y las lágrimas que se reúnen en la punta de mis dedos son cálidas y tangibles. Pero, ¿son sinceras?

Nuestros alientos se entrelazan y sus ojos negros me tragan por completo. Mi corazón choca contra la parte baja de sus costillas. Sé lo que viene a continuación. Lo temo, pero es la vía más segura para distraerlo y obtener el deseo. Y si esto tiene que pasar, voy a ser la instigadora.

Me alzo en puntillas y presiono mi boca contra la suya. Gime, libera mis muñecas y me atrae en un abrazo, sellando al muñeco de peluche entre nosotros. Mis tobillos se balancean ante sus espinillas y mi mano trepa hacia su solapa. *Tengo el control*.

Pero es una mentira, porque ahora lo he probado. Sus labios son salados y dulces con la risa de ayer... cavando en las arenas negras bajo el sol del País de las Maravillas, jugando a saltar sobre la superficie de las setas y descansando a la sombra de unas negras alas satinadas.

Intento sacudirme el hechizo, pero inclina el rostro y profundiza el beso. — Acéptame... acepta tu destino. — Rompe la barrera de mis labios, tocando mi lengua con la suya, una sensación malvadamente deliciosa para negarla. Mientras se entrelazan, su canción de cuna ronronea en mi sangre y a través de mis huesos, llevándome a las estrellas.

Con los ojos cerrados, estoy flotando en un cielo aterciopelado, con los pulmones llenos del aire nocturno. En algún nivel, sé que todavía estoy en medio de una habitación calentada por el fuego, sin embargo mis alas imitan el vuelo en una brisa fresca. Estoy bailando con Morfeo en los cielos, sin estar encarcelada por la gravedad.

Agitando nuestras alas al unísono, giramos en un vals ingrávido entre las estrellas que se enrollan y desenrollan en ligeras chispas sobre los paisajes deformados y maravillosos del País de las Maravillas. Cada vez que giramos, volvemos a los brazos del otro, y me río porque al menos soy yo.

Soy una yo que he añorado en mis fantasías más profundas, espontánea, impetuosa y seductora.

Morfeo promete una vida entera de bailes, un mundo donde todos obedecen mis órdenes. Me muestra cada pedazo y parcela del País de las Maravillas que me pertenecen. Ahí abajo, pasando las estrellas y el cielo nocturno, puedo verme a mí misma sentada en un trono a la cabeza de una mesa, siendo la anfitriona de un festín con mazo en mano, lista para asestarle un golpe al plato principal. Una risa maníaca resuena en los salones de mármol, dulce para mis oídos.

La escena me emborracha de poder. Lo beso otra vez y me sostiene con fuerza.

Bajo mis pies, las estrellas estallan en miles de colores brillantes: fuegos artificiales silenciosos, iguales a los que Jeb y yo vimos en el bote nuestra primera noche aquí.

Jeb...

La imagen de su sonrisa con hoyuelos me golpea como un helado golpe de viento. Los recuerdos de mi vida mortal intensifican el frío: el orgullo y la satisfacción de terminar un mosaico, las tortitas con sabor a

PUNDERED

A.G. HOWAR

arce que papá hace los domingos por la mañana, la risa tintineante de Alison que se siente como un hogar, Jenara bromeando conmigo en Hilos de Mariposa, y Jeb... su lealtad y sus besos, tan mágicos y a la vez tan reales.

Mi cabeza se calma y deja de girar, como la cresta de una ola al final. Estoy de vuelta en el castillo, apretada contra Morfeo en un abrazo apasionado.

Tengo que terminar lo que empecé o arriesgarme a convertirme en lo que es él.

Pongo la mano en su solapa en busca de mi deseo, devolviéndole sus enfebrecidos besos. —Jaque mate, hijo de bicho —digo contra su boca dos segundos antes de que mis dedos encuentren un bolsillo vacío.

—Juego de manos, florecita —me responde—. De hecho está en el bolsillo de mi pantalón, si quisieras buscar ahí.

Lo empujo y caigo al suelo, restregándome la boca. —¡Es mío!

- —Y lo recibirás cuando sea el momento adecuado. —Sus labios, todo lo que puedo mirar, se curvan en esa sonrisa engreída que he llegado a detestar. Se dirige hacia la silla—. Siéntate. Acabas de ser besada a conciencia. Sin duda te falta el aliento.
- —No te halagues tanto —digo enojada, intentando ocultar el aliento y sosteniendo al peluche contra mi pecho—. Ese beso no significó nada. Tenía segundas intenciones.
  - —Oh, seguro. Ese beso no fue nada más que motivacional.

Tal vez me estaba haciendo ilusiones, pero su complexión pálida luce colorada al mismo tiempo que voltea su silla para enfrentar el fuego. Considerando que mi estómago es un péndulo en movimiento, espero que él esté, al menos, un poco conmocionado.

Con las mejillas ardiendo, me siento en los cálidos cojines, mis alas adornan los brazos como paños bordados de encaje y gemas. No puedo calmar mis emociones. No debería haberlo besado. ¿Cómo pude hacerle eso a Jeb? Pero lo hice por nosotros, así que lo entenderá, ¿cierto? Mientras no mencione cómo me afectó, cómo casi me ahogo en la seducción de Morfeo, en mis propios deseos oscuros...

—¿Te he comentado lo adorable que estás esta noche? —pregunta Morfeo, obligándome a mirarlo. Sus ojos siguen las líneas de mis vaporosos apéndices—. Hay algo sobre una dama con alas. Lucen bien en ti. De hecho, eres exquisita. Justo como debe ser una princesa del Inframundo.

El arrastre de su mirada alerta mis nervios, forzándome a recordar sus labios sobre los míos. Un toque de su mano me habría afectado menos. Estiro el brazo para tomar su sombrero, apoyado en el brazo de la

silla, y sacudo las polillas rojas para que bailen. —Corta la mierda, Moreo Ms ropas son un desastre y pareciera que un malvavisco explotó en m espalda.

Se ríe profundamente y con masculinidad. —Siempre has sido irresistible cuando estás malhumorada. —Se sienta en el piso frente a mí, cruzando sus piernas rayadas como un niño explorador. Que mal que Jeb no está aquí para batirlo hasta convertirlo en pulpa.

Golpeo el ala del sombrero, exasperada.

Morfeo se estremece como si lo hubiera golpeado. —Cuidado. Ese es mi Sombrero de la Insurrección. Nunca he tenido oportunidad de usarlo hasta hoy. El rojo representa las batallas y el derramamiento de sangre, en caso de que te preguntes.

—No me interesa en lo más mínimo —respondo, lanzándolo al suelo.

Con un siseo, recoge su premio. —Bah. Eres una descendiente de la Reina Roja. Ansías el caos. Eres más feliz cuando el mundo está alborotado. Te desarrollas muy bien en la locura. Incluso tu magia está en su apogeo cuando es el catalizador para la confusión. ¿Aún no puedes admitir esto?

Sacudo la cabeza, deseando que no sea cierto.

Se pone el sombrero en las rodillas y se encoge de hombros, como si estuviera demasiado ocupado para aceptar mi verdad. —Te lavarás y cambiarás. He escogido un deslumbrante conjunto para ti. Una Reina debe vestir apropiadamente para su coronación.

- —No voy a ser Reina —me quejo.
- —Tal vez no para siempre, pero sí temporalmente. Es la condición del Habla de la Muerte de Roja. Debes ser coronada con la tiara rubí. Oh, ¿mencioné que es el único modo de liberar a tu caballero mortal? —Mi pecho se oprime con la abrumante culpa. *Jeb*.
- —Llévame a él. Ahora. —Comienzo a levantarme, pero mis alas se rehúsan a cooperar. Mis músculos cansados no pueden competir con su peso, el cual se vuelve abrumador de repente. Me desplomo con resignación y gruño.

Morfeo junta sus manos sobre su regazo. —Necesitas un baño caliente y descanso. Como dije antes, tu seudo elfo está a salvo. De todos modos, el que se mantenga así depende enteramente de tu comportamiento esta noche.

—¡No puedes tocarlo! —Las únicas cosas que me evitan el arrancar esas joyas brillantes de sus parches son mis pesadas alas—. Prometiste que no le harías daño. Una *promesa*. Si la rompes, perderás tus alas, tu manipulación del sueño... todo lo que te hace ser quien eres.

### PINDERED

—Cíerto. No desearía perder mis poderes ante tan precaria coyuntura. —La luz del fuego parpadea a través de sus ropas en formas naranjas y púrpuras, intensificando la imagen de fenómeno de circo mafioso—. Pero había una condición, ¿no es cierto? Que no le haría daño entretanto se mantuviera leal a tu causa digna. Bueno, se probó que era un obstáculo. Él y yo discutimos tu destino hace poco, y no tiene ningún deseo de verte convertida en Reina. De hecho, se convirtió en alguien bastante incontrolable con la sugerencia. —Morfeo se levanta el cabello de la frente, mostrando un cardenal del tamaño de un huevo de ganso—. Imagina que... la mayoría de los hombres saltarían ante la oportunidad de estar en la cama de la realeza.

—Cállate. —Un sollozo me ahoga.

Sé fuerte, Alyssa Victoria Gardner. Casi puedo escuchar la voz de Jeb, casi puedo ver la fe sincera en sus ojos verdes. No lo voy a decepcionar nuevamente.

Dando palmaditas sobre la piel con olor a mostaza del oso de peluche, tomo un respiro tranquilizador. —Dijiste que podía ser Reina temporalmente. Explícate.

Morfeo se relaja, poniendo los codos en las rodillas. —Quiero la espada vorpal para liberar a mis amigos, pero necesitamos coronarte Reina para completar mi Habla de la Muerte. Como la suerte lo quiso, el Rey Rojo tiene al frumious<sup>28</sup> bandersnatch cuidando tanto la espada como la corona, porque su distraída Reina sigue perdiendo la maldita tiara. Así que, para que las obtengamos, debes someter a la criatura.

La pieza de jade con la gran boca abierta y cola con pinchos llega a mi mente. Me provocó terror cuando pequeña y eso era sólo un juego. *Frumious*. Cualquier cosa que inspire su propio adjetivo es una fuerza que debe ser temida. —Espera. No. Ya que posees el control de este castillo y la cooperación de los Guardias de la Baraja, ¿por qué simplemente no puedes amenazar al rey a punta de espada y obtener los objetos?

—Grenadine es la única que tiene la orden para la que fue entrenado el bandersnatch. Es una palabra que pasa de Reina a Reina, pero en la confusión de nuestra toma de poder, Grenadine perdió la cinta que contenía el secreto.

Me muerdo el interior de la mejilla, determinada a encontrar un modo de saltarnos este paso. —De acuerdo, pero si la sonrisa de Chessie puede domar a la bestia, entonces podemos sacarlo del juguete y liberar a Chessie en la guarida del bandersnatch. Podemos esperar a que pase el peligro y que el bandersnatch esté sometido.

<sup>28</sup> Frumious: Término inventado por Lewis Carroll uniendo las palabras "fumes" (vapores) furious" (furioso).

—Idealmente, sí. —Morfeo arrastra el oso de peluche fuera de mi regazo. Con dificultad, tira de las puntadas, separándolas. Antes de que pueda parpadear, los hilos se recuperan, cerrando la abertura—. ¿Lo ves? —explica—. Porque los muñecos de la Hermana Dos refugian los residuos del amor inocente de un niño, la magia más vinculante del mundo, la única herramienta que puede cortar estas puntadas definitivamente es...

—La espada vorpal —murmuro, frotando el nudo en mi estómago. Tomo al peluche otra vez y recorro los vacíos donde una vez hubo ojos—. ¿Qué pasas si... después de domar a la bestia?

—El Ejército Blanco acordó dejar este castillo bajo la condición de que la Corte Roja corone a una nueva Reina y libere a Ivory. Ambas cortes te aceptarán como su legítima heredera una vez que hayas superado la prueba final y dominado el poder de la sonrisa. —Una sonrisa arrogante cruza sus labios—. Sospecho que el Rey Rojo originalmente escribió eso con un poco de diplomacia en mente, pero esta interpretación alcanza todo los puntos altos. Nadie puede discutirlo.

La aprensión se mueve por mi cuerpo ante el pensamiento de pararme frente a las dos cortes. —Así que, seré coronada. ¿Luego Jeb y yo podemos marcharnos?

—Una vez Reina, puedes forzar al Rey Rojo y Grenadine a liberar a Ivory. El País de las Maravillas estará en equilibrio una vez más. Ambos portales se abrirán para ti. Entonces —Morfeo recorre con un dedo el puente de su sombrero—, puedes usar tu deseo para limpiar tu sangre de cualquier rastro de Habitante del Inframundo, lo que salvará a tu mamá y consecuentemente a tus hijos. La Corte Roja designará a una nueva Reina una vez que tú y tu soldado de juguete regresen al reino humano.

Algo de ese último paso no acaba de encajar. Ante todo, ¿a quién coronarán Reina? Segundo, ¿cómo exactamente mi mitad —la de habitante del inframundo— desaparecerá? ¿Me limpiaría como un gran borrador mágico?

Antes de que pueda expresar mis reservas, Morfeo me sacude con las únicas palabras que pueden lograr que me olvide de todo lo demás. — ¿Te gustaría ver a tu caballero mortal ahora?

Estoy en el borde mi asiento, a punto de levantarme, pero Morfeo se arrodilla frente a mí, siempre siendo el obstáculo en mí camino.

—No hace falta que te levantes, ciruela. Puedes verlo desde donde estás sentada. —Junto a mi pierna derecha, empuja su mano entre el cojín y el marco. La terminación nerviosa en mi muslo chisporrotea. Con sus ojos fijos en los míos, Morfeo saca un pequeño espejo de mano, labrado con brillante platería. Voltea el cristal hacia mí.

PRINDERED A.G.

En algún lugar oscuro y húmedo, Jeb se golpea la cabeza contra los barrotes de una celda. La sangre chorrea por su rostro y se tambalea hacia atrás, aturdido.

Mi corazón se parte en dos; es un dolor tan agudo, que puede lanzar cientos de deseos y llenar mares de lágrimas. —Jeb, detente...

—Para referencia —Morfeo estudia mi reacción—, eso es una jaula de pájaros. Nuestro seudo elfo es del tamaño de un gorrión. A una palabra mía, los guardias se lo darán como alimento a la notoriamente hambrienta gata de la Reina Grenadine, Dinah.

-iNo! —Recorro los dedos sobre el frío cristal y la imagen se desvanece. Ahora sólo me enfrento a mi reflejo. La chica cuyo deseo egoísta trajo a Jeb a este viaje. Todo porque lo quería para mí sola. Pero nunca quise *esto*.

El sollozo que he estado conteniendo se libera. Estaba loca si pensaba que podía balancear este juego a mi favor. El jaque mate ha sido jugado. Morfeo ha ganado.

—¿Qué será, Alyssa?

El fuego crepita detrás de mí, como un gato de nueve colas<sup>29</sup> que fustiga duras lenguas de luz a través de su despiadada expresión. Me limpio las lágrimas y mi vista llega al nivel de la suya. No hay necesidad de más palabras entre nosotros porque él ya lo sabe.

Ahora haré cualquier cosa que me pida.

<sup>29</sup> Cat o' nine tails: Gato de nueve colas. Es un instrumento de castigo semejante a un látigo usad fundamentalmente en la marina. Data del siglo XVII.

## ·/ Chessie

Traducido por Juli Corregido por Alaska Young

orfeo me acompaña por un pasillo largo y oscuro en el primer piso. Las velas en los candelabros de cobre alumbran las brillantes paredes rojas. Las faldas de encaje de mi vestido de coronación barren el mármol negro debajo de mis pies. Esto es exactamente el por qué no quise ir a la fiesta de graduación. Odio ser expuesta, sobre todo en algo que nunca decidiría llevar por mi cuenta.

Desde mis manos a mis pies, goteo terciopelo carmesí, encaje marfil y joyas de rubíes. Un vestido de mangas 3/4 y falda hasta el suelo como los de las princesas de los libros ilustrados que leía cuando era niña, y los guantes son de pana elástica.

Mi cabello está arreglado, también; los largos rizos se amontonan de mi cabeza, adornado con pasadores enjoyados mi tátara-tátara-tátara-abuela. Morfeo pertenecieron а instrucciones a mis Espíritus de la Naturaleza que el ornamento de la Reina Roja debería seguir siendo el foco de atención.

Soy el epítome de la realeza. Incluso huelo a realeza—perfumada con sándalo, rosas y un toque de ámbar. Pero prefiero ser una Hermana, inundada por el aroma de la luz solar polvorienta y escondida debajo de las hileras de mi falda, así yo podría envolver a Morfeo en una telaraña y dejarlo colgado.

Como si intuyera mis pensamientos, aprieta mi palma aterciopelada hacia la suya de raso, cerrando nuestros dedos con más fuerza. Su mandíbula se encuentra en la misma expresión severa que llevaba antes, justo después de que los espíritus de la naturaleza me pusieran en exhibición para su aprobación—cuando le dije lo mucho que incluso despreciaba mirarlo.

Parecía herido por eso. No creo que realmente le importara. Sólo soy u peón, después de todo.

A.G. HOWARI

Nuestras alas se rozaron accidentalmente y la volví a colocar escondida debajo de mi brazo para dominar mi enojo. Cinco Guardias de la Baraja de la Corte Roja encabezan el camino, y cinco caballeros élficos de la Corte Blanca siguen de cerca, sus botas militares imprimiendo ecos en mis tímpanos. No puedo evitar mirar las joyas rojas que brillan en las sienes y el mentón, del mismo color que el piercing de Jeb. Aparte de las orejas puntiagudas, realmente tenían un extraño parecido con él, tamaño y color. Casi humano, salvo por su falta de emoción.

Todos han venido a ofrecer protección e informar a sus respectivas partes después de dar testimonio de mi examen final. Como Morfeo dijo, la Corte Roja ha aceptado dejarme ser coronada, pero simplemente no pueden entregar el honor. Tengo que demostrar que soy digna.

Aprovecha el poder de una sonrisa: Somete al bandersnatch con la cabeza de Chessie.

Cuando mis piernas se vuelven gelatina ante el pensamiento, todo lo que toma es el recuerdo de Jeb sangrando en su jaula, tratando de llegar a mí, y recupero mi fuerza. Voy a hacer esto por él, Alison y papá. Voy a poner fin a esta loca pesadilla y ganar nuestro pasaje a casa.

Mi séquito y yo giramos a la derecha, llegando a una puerta arqueada de madera pintada de rojo y adornada con los distintos palos de cartas: diamantes, picas, corazones y tréboles.

Antes de abrir la puerta, Morfeo gira. Toma mis manos entre las suyas. Su sombrero de fieltro arroja una sombra de media luna a través de la mitad superior de la cara. —Tenemos que mantener la sala de audiencias oscura. La visión débil de bandersnatch es nuestra ventaja. Él será lento de entendimiento pero rápido en el instinto. A su vez, tenemos que ser cautelosos y convenientes. Vamos a tener sólo unos minutos antes que la bestia nos registre con sus otros sentidos. Ataca con sus lenguas... como una rana capturaría su presa. Tendrás que permanecer detrás de mí y eso será más fácil de hacer si estás conectada a tierra, así que resiste la tentación de tomar vuelo.

Tal vez debería halagarme que sea tan protector. Pero mi seguridad es una ocurrencia tardía. Él simplemente no quiere jugar su mejor carta.

—Una vez que tengamos la espada Vorpal, puedes liberar la cabeza de Chessie. Después de eso, estará listo el arco del violonchelo. Chessie te guiará sobre lo que debes hacer. ¿Quedó clara nuestra estrategia, Alyssa?

No contesto, negándome a mirarlo a los ojos. He recibido mi lado más oscuro en las últimas horas, lo abrazo, porque me ha enseñado a manipular a Morfeo. La indiferencia le afecta más que la ira. Lástima que no me diera cuenta de eso antes.



Y de nuevo, cae en mi trampa—demasiado pequeño y demasiado tarde.

—Quiero que esto termine tanto como tú lo quieres —dice con una dulce sinceridad que podría derretir toda Groenlandia. Levanto mi barbilla así tengo que mirarlo a los ojos, toma el arco del violonchelo ofrecido por un caballero élfico y me lo tiende a mí—. ¿Un intercambio por el juguete?

Les doy al caballero y a él una mirada mordaz, luego tomo el arco y entrego al oso. La primera vez que tuve un arco, Alison estaba de rodillas detrás de mí, apoyando un violonchelo que era tres veces mi tamaño. Ella sostuvo mi muñeca para guiar al arco sobre las cuerdas. El instrumento gimió hermosamente, el sonido más resonante y desgarrador que jamás había escuchado. Eso fue sólo unos pocos días antes del incidente que envió a Alison hacia el manicomio. Gracias a Morfeo.

—Nuestro plan va a funcionar —promete mientras traza los nudillos hacia abajo por mi sien, haciendo caso omiso de nuestros escoltas. Debe sentir la tristeza en mí, porque es muy suave—. El cuerpo de Chessie quiere reunirse. Tú simplemente tienes que permitir que eso suceda. Piensa en ti como el puente.

No respondo. Doy toda mi atención al arco. Es más ancho y más grande que el mío en casa. Giro el tornillo para aumentar la tensión, luego lo golpeo una vez en el suelo y encuentro la mirada expectante de Morfeo. —Lista.

Mis manos están sudando dentro de mis guantes, y soy apenas capaz de evitar los temblores en cada músculo. Agarro la muñeca de Morfeo antes de que él gire la llave en el pestillo. —¿Mi deseo?

Da palmaditas en el bolsillo del pantalón, una sonrisa hambrienta se cierne sobre sus labios. Está recordando nuestro beso, y mi mente huye en dirección opuesta, desesperada por no caer en el recuerdo junto a él.

—¿Me lo vas a dar? —pregunto.

—Lo juro por mi vida mágica. Cuando sea el momento adecuado. —Me muevo detrás de él. En respuesta a la seña de la mano de Morfeo, los soldados se extienden en una formación V sobre mis lados izquierdos y derechos.

La puerta cruje hasta abrirse, cortando la oscuridad con la luz. Un olor húmedo nos da una bofetada, como si alguien hubiera horneado una ostra y hubiera puesto la cazuela de chucrut dentro de un sauna. La definición de *humeante* es claramente evidente. Con la mano sobre mi nariz reprimo las náuseas.

A medida que la apertura se ensancha, nuestras sombras borran la delante de no<mark>sotros</mark>. Sin embargo, puedo ver que el techo se exciende

casi tan alto como el del Submundo, y la habitación es dos veces el tamaño del masivo estadio de patinaje. Una pizca de las ventanas rayan el cuarto superior del techo abovedado para engatusar en una bruma de plata transparente, sólo con la suficiente luz para distinguir entre contornos y sombras, pero no para ver algo claramente.

Tengo un sentido vago del plano de la descripción de Morfeo. Una cadena gruesa ata el bandersnatch a la pared trasera. Es bastante largo para permitirle el acceso a su guarida y el radio del escenario que sostiene la corona y la espada, pero esa es la medida de su alcance. Esto permite a los encargados del bandersnatch echar el alimento desde la entrada manteniéndose fuera del alcance de sus lenguas. Mis ojos se adaptan así puedo distinguir la forma del escenario. Hay un podio centrado en el medio y un agujero tallado en su interior. Una luz está escondida en el interior del eje, permitiendo a un rayo suave amarillo irradiar desde el centro hacia la urna de cristal en la parte superior, un faro apacible en la oscuridad. Dentro, una corona roja y una hoja de plata brillante están recostadas sobre una almohada de felpa. Desde nuestra postura, el arma se ve tan pequeña como el cuchillo para filete que papá utiliza cuando prepara el pescado fresco, la hoja y el mango no pueden ser más de veinte centímetros de largo. Es más como un cuchillo que una espada.

Una cadena pesada se arrastra en el suelo en algún sitio en el fondo de la oscuridad detrás del escenario. Resoplidos llenan el aire y luego escalan a un nivel más bajo, gruñidos.

Un oscuro temor se anuda en mi garganta. Morfeo pasa más lejos en la habitación, impulsándome detrás de él. Mi mente me grita que me dé la vuelta y corra. En su lugar, me obligo a seguir. Los guardias y caballeros se mueven furtivamente a lo largo de las paredes, las espaldas pegadas a la piedra, lanzas y espadas desenvainadas, por todo el bien que va a hacer. La piel de una bandersnatch es indestructible. Si la criatura ataca, su única esperanza será herir sus lenguas y conseguir tiempo para escapar.

Morfeo y yo nos arrastramos a pocos centímetros del escenario. Agarrando el arco, espero a mi señal... con mi corazón latiendo con fuerza. El bandersnatch debe oír mi pulso, porque arremete con una lengua para investigar. La baba se desliza, como el extremo de una serpiente, dejando una raya brillante de moco en su estela. Las alas de Morfeo se pliegan alrededor de mí y juntos eludimos la lengua, mientras retrocede. Mis nudillos se presionan contra la espalda de Morfeo, sintiendo sus músculos tensos.

—Tranquilo, pequeño Chess... tranquilo —susurra. Él está luchando más que contra el miedo. Está luchando contra el espíritu inquieto del gato. Chessie debe sentir su otra mitad y está luchando para llegar allí.

Llegamos al escenario, y Morfeo me levanta en mi incómodo vestido el mismo instante en el que bandersnatch sale de la oscuridad

moviéndose pesadamente hacia la mancha de luz lunar. Uno de los Guardias de la Baraja apoyado en la pared jadea y la criatura se tambalea en su dirección, tan torpe e irregular como un vagón descarrilado de su tren—excepto tres veces más grandes. Tenso, Morfeo nos acerca lentamente hacia la caja de cristal en el podio. La bestia tira su cabeza en nuestra dirección, tintineando la cadena. Nos congelamos, tomados de la mano.

Ojos blancos se posan sobre mí, incapaces de enfocarse. Nada podría haberme preparado para lo que estoy viendo: la piel gris de un rinoceronte, sin hueso y ojos saltones, cabeza triangular y colmillos de felino, como un reptil tigre de dientes de sable. Las piernas gigantes de la criatura lagarto se inclinan hacia el exterior, y su cola con púas azota de un lado a otro mientras ladea la cabeza. Uno de los caballeros élficos hace un sonido chasqueando para distraerlo. Gruñendo, el bandersnatch se gira en esa dirección, despidiendo cordones de baba de su boca.

Morfeo alivia su agarre en mi mano cuando llegamos a la caja de cristal y me entrega el oso de felpa. Desliza una llave en una cerradura de bronce en el frente, retorciéndola para activar el mecanismo. En una especie de reflejo instintivo, mis alas aletean. Me estremezco y encuentro la mirada preocupada de Morfeo, pero ya es demasiado tarde. El movimiento trae la atención del bandersnatch de nuevo a mí y ruge, su aliento pútrido se precipita sobre nosotros con todo el fuego, el trueno y la humedad de una mala tormenta de verano. Ya bajo la protección de las alas de Morfeo, grito en respuesta, casi volteando mis pulmones.

Morfeo me empuja detrás de él cuando tres lenguas vienen hacia nosotros. En el final de cada extremidad, una cara parecida a una serpiente abre la mandíbula desdentada y silba. Se parecen a anguilas gigantescas, aunque no tan pacíficas y encantadoras como mis mascotas en casa. Cada gota de saliva se evapora de mi boca cuando una lengua viene a centímetros de la cara de Morfeo. Él las esquiva, pero las lenguas se recuperan rápidamente, enrollándose alrededor de sus tobillos y cintura. Lo derriban a sus rodillas y lo arrastran al borde del escenario.

#### —¡Morfeo!

Quiero creer que sólo estoy preocupada por mi deseo. Pero verlo capturado despierta a esa niña que una vez lo amó. Atormentada por el terror, ella empuja la salida desde lo más recóndito de mi corazón, se despoja del arco y luego me lanza hacia adelante para alcanzarlo. Aterrizo sobre mi estómago en un charco de lodo fétido, el aro burbujeando encima de mí. —¡Toma mis manos! —Estiro mis brazos y entrelazo sus dedos con los míos, pero los aleja.

—¡No, Alyssa! ¡La prueba! Consigue la espada Vorpal... libera la onrisa...

Las lenguas lo arrastran fuera del escenario y hacia la boca babeante. Sus alas se marchitan en la espalda, atrapado en el extremo envuelto alrededor de su cintura. Su sombrero revolotea al suelo. Me esfuerzo para ponerme de pie con el artefacto debajo de mi falda, meciéndome hacia adelante y hacia atrás hasta que me impulso hacia arriba. Tan pronto como estoy en mis pies, giro y levanto la tapa de vidrio. El mango de la espada Vorpal se siente caliente, incluso a través de mis guantes. Donde quiera que toque, dejo huellas azul brillante en el metal de plata.

Un grito llama mi atención de nuevo a la lucha. Agraciados y letales, los caballeros élficos se impulsan a la espalda del bandersnatch, atacando penosamente en su piel con sus espadas en vano. Los Guardias de la Baraja entran en acción. Llevan a cabo hazañas de destreza acrobática elaborados para construir una torre de cartas por encima de la cabeza de la bestia. Luego derrocan y clavan profundamente con sus lanzas en sus lenguas.

Sus esfuerzos combinados ayudan a Morfeo a escapar de la lengua en su cintura. Se zambulle al piso, agitando las alas para hacer palanca contra los otros dos extremos todavía sobre sus tobillos. El bandersnatch golpea. Los Guardias de la Baraja aletean como hojas atrapadas en el viento y se golpean contra las paredes. La bestia se sacude otra vez, derribando a tres de los elfos. Golpean el piso, noqueados, las espadas caen junto a ellos haciendo sonidos chirriantes.

La urgencia surge a través de mí. Con los dedos sujetando el mango de la espada Vorpal, destripo la costura del estómago del osito de felpa. Relleno de protuberancias y partes mientras algo lucha por abrirse camino hacia fuera.

Morfeo se lamenta. Los caballeros y los Guardias de la Baraja están esparcidos por el suelo, todos yacen inconscientes, heridos o muertos. Viscosa, la lengua se retuerce contra Morfeo, sosteniéndolo al revés. La mandíbula inferior del bandersnatch se desquicia y se ensancha a un abismo, preparándose para tragar a su presa entera.

Chessie todavía no ha salido de su prisión de relleno. Metiendo el oso en mi corpiño, agarro el arco y la espada Vorpal, luego agito mis alas y tomo el aire. Ni siquiera me importa lo alto que voy. Pasando por encima de la masa rugiente de monstruo, grito hacia abajo a Morfeo—: ¡Atrápala! —Equilibro la espada un poco más hacia la mano levantada y la suelto.

Con reflejos de relámpago, él engancha el mango y corta la cabeza de una lengua. La criatura grita y libera a Morfeo, que se une a mí en el aire. A continuación, nuestro atacante se escabulle de nuevo a su escondite, aullando.

Con el pelo revuelto y la ropa arrugada, Morfeo mete la espada Vorpal en la solapa y asiente con gratitud. Juntos, descendemos. Mis pies

A.G. HOW

apenas han tocado el suelo cuando el oso de peluche tira en mi contra arrastrándome hacia el escondite de la bestia.

—¡Chessie está tratando de llegar a su otra mitad! —grita Morfeo. Es como si alguien me hubiera atrapado en un hilo de pescar y lo estuviera enrollando. Morfeo intenta agarrarme, pero ya es demasiado tarde. Estoy siendo arrastrada hacia el escondite para enfrentar al bandersnatch. Mis rodillas empiezan a ceder cuando me rodea, surgiendo y gruñendo, su lengua incapacitada se arrastra en el suelo y gotea sangre verde.

—¡Libera la sonrisa, Alyssa! —Morfeo baja en picado hacia el escondite para distraer a la bestia. Temblando por todas partes, deslizo el juguete de mi corpiño y lo dejo caer. Un resplandor naranja se desplaza hacia arriba desde la costura rasgada. El bandersnatch suaviza su gruñido, hipnotizado por la luz.

Con el arco apretado en mi mano, espero y me maravillo... El brillo naranja crece desde la forma y tamaño de una moneda a la de un balón de fútbol. Ojos verdes esmeralda con pupilas entrecerradas aparecen y una nariz protuberante sigue en el centro. Finalmente, una sonrisa irrumpe a la vista —una mirada penetrante como la enfermera Poppins en el manicomio— con bigotes estirados sobre cada lado.

Otra luz naranja responde desde dentro del estómago del bandersnatch. Iluminando las víctimas no digeridas de la criatura. Las siluetas de seres alados, grandes y pequeños, en el interior revolotean como un mórbido bebé móvil, proyectando sombras en la pared de su intestino.

La bestia sostiene su cabeza en silencio, de algún modo consciente del cambio que continúa dentro de él. La cabeza naranja de Chessie se voltea para mirarme y cambiando a una forma de reloj de arena, los bigotes extendiéndose verticalmente sobre sus dientes para formar cuerdas de arco.

Un violonchelo...

—Sé el puente —me instruye Morfeo—. Somete a la bestia.

Alcanzo el instrumento naranja flotante y lo tiro hacia abajo. Apoyándome contra una pared, arrastro el arco sobre los bigotes, escogiendo una simple canción que solíamos tocar en la banda para calentamiento. Pero no son mis notas lo que salen de la sonrisa. La voz de Chessie canta una melodía melancólica y contagiosa, y pronto me encuentro tarareando mientras continúo acompañándolo—aunque nunca he escuchado la melodía.

Los ojos del bandersnatch se ponen pesados. Sus piernas se doblan, incapaces de sostener su peso. Con un sonido fuerte, se tira hacia su lado.

concando. La luz <mark>en el i</mark>nterior de su estómago sube po<mark>r el es</mark>ófago, dejando a las siluetas revolotear en su prisión.

Morfeo aterriza sobre la tierra y cubre un brazo alrededor de mí. Aún dormido, el bandersnatch tiene hipo, liberando burbujas naranjas brillantes. Mi "violonchelo" se libera para unirse con su otra mitad y cuando la burbuja estalla, Chessie está en una pieza, flotando en el aire. Se transforma en una criatura diminuta con rayas naranjas y grises, más una mezcla entre un mapache y un colibrí que un gato. La sonrisa sobre su cara se ensancha cuando me guiña, asiente a Morfeo, luego se desvanece con un chasquido de una cola peluda rayada.

Mis piernas están débiles, y mi cuerpo está entumecido por todas partes. Morfeo me escolta de la guarida del bandersnatch durmiente, cerrando y echando el cerrojo sobre la puerta para mantener a la criatura encadenada dentro. —Después de tal batalla con la magia, debería dormir hasta la mañana, creería.

Los guardias y caballeros supervivientes aplauden.

Morfeo se vuelve hacia ellos, con un brazo sosteniendo mi cintura. — Revisen a los heridos. Dejen a los muertos por ahora. Yo me ocuparé de Alyssa y la corona. Reúnan a los tribunales y a los testigos en la sala del trono. Tendremos la coronación en breve.

Los sanos nos alejamos de los heridos y cerramos la puerta, dejándonos en el espacio abovedado con sus muertos. No puedo ver los cadáveres, me enferma saber que tuvieron que morir por mí. Sintiendo mis emociones exaltadas, Morfeo abre los brazos. Sin dudarlo, me giro en sus brazos y lo abrazo a la luz de la luna. El mango de la espada Vorpal se presiona contra mis costillas bajo su chaqueta, y lucho contra la tentación de deslizarla y cortar su garganta. Pero no puedo. No después de lo que hizo.

- —Saltaste delante de mí —le susurro—. Podrías haber muerto.
- —Tú me salvaste de nuevo. Así que estamos a mano. —Dice la última palabra en su tono más humilde, al igual que cuando solía golpearlo en los juegos cuando éramos pequeños.

Aprieto su chaqueta y lo tiro con fuerza contra mí, mi nariz enterrada en su pecho. No sé cómo expresar con palabras lo que estoy sintiendo. Furia por lo que le ha hecho a Jeb y a mí, todo retorcido sobre el afecto que mi yo-niña albergaba para él. Salvo que ya no estoy convencida de que es sólo la niña en mí la que está conectada.

—Te odio —le digo, el sentimiento amortiguado contra su corazón, con la esperanza de hacerlo verdadero.

—Y yo te amo —responde sin dudar, la voz resuelta y cruda mientras sostiene fuerte así que no puedo apartarme y reaccionar—, Una

encrucijada, mi <mark>herm</mark>osa princesa, eso era inevitable<sup>©</sup>dada nuestra situaciones.

Eso me corta y no sé ni por qué. Estoy a la deriva en la confusión y la incredulidad sobre todas las cosas: nuestro beso, su confesión, mi enfrentamiento con el bandersnatch, sobre todo, que Jeb y yo estamos a punto de irnos a casa.

Estirándose para sostenerme con el brazo extendido, Morfeo me mira a la cara, en silencio.

—Así que, ahora que me coronaste —me atrevo, necesitando romper el magnetismo intenso entre nosotros—. Ya he terminado.

Baja la mirada a sus zapatos. —Sí. Ya has terminado. —Sin una palabra, enciende varias antorchas a lo largo de la pared, iluminando la habitación. Luego recupera el sombrero y lo posiciona en su lugar en la cabeza.

Su ropa está hecha un desastre, al igual que la mía. Echo una mirada al bandersnatch durmiendo encerrado en la guarida. ¿Por qué Morfeo me hacía llevar mi vestido de coronación a algo que lo dejaría arrugado y arruinado? Una queja de sospecha renace cuando regresa con la corona de rubíes en la mano.

—Si tú quieres —dice—, podría coronarte aquí y ahora, en privado. Sin más espectáculos. Todo esto puede estar terminado en cuestión de minutos.

Sus palabras derriban mis sospechas. No suena muy convincente, pero me gusta la parte de hacer esto sin la total observación del País de las Maravillas. —Sí.

Su palma libre se abre para mostrar mi deseo. —Cuando estés lista, apriétalo fuerte en tu mano mientras piensas en el más querido deseo de tu corazón. Pero asegúrate de elegir tus palabras cuidadosamente. Di deseas estar libre de la influencia de la Reina Roja para siempre. Esa es la única manera de liberar a tu familia.

Asiento.

Por alguna razón, no se encuentra con mi mirada. —Lo único que te pido es que me esperes a que te corone antes de realizar ese deseo. —Sus pestañas ocultan sus ojos y las joyas en su rostro parpadean tres tonos diferentes de azul, como si estuviera indeciso acerca de algo. Me deslizo de mis guantes y tomo la judía mágica, aún caliente después de estar en el bolsillo.

Él me sorprende ofreciendo algo más, el jade tallado de la oruga de su habitación. —Así nunca te olvidaras de mí, o tu mejor lado.

Lo tomo, tragando contra la duda en mi garganta. Levanta la corona rubíes sobre mi cabeza.

Sujeto mis dedos en torno a la voluntad tomando forma, esperando m señal, ensayando para hacer las palabras perfectas en mi mente.

—Yo te corono Reina Alyssa, legítima gobernante de la Corte Roja.

Apenas coloca el anillo sobre mi cabeza, la puerta se abre. Guardias de la Baraja y caballeros élficos llenan la habitación, sus expresiones severas y solemnes. Dos duendes apuntan sus espadas a Morfeo y le obligan a arrodillarse. Gossamer se cierne sobre una de las cabezas de los caballeros y Morfeo la mira.

—¿Derramaste las judías mágicas, eh, mascota traidora? —pregunta él con veneno.

Una disculpa destella en sus ojos cobrizos. —La culpa te habría comido vivo. —Su voz sonando como una campana—. Sacas a una chica inocente de todo lo que conoce y la colocas en un mundo extraño, lejos de sus amigos y familiares. Tan cegado por el miedo, no podías ver que estabas repitiendo lo que le pasó a Alicia. Tú eres mi maestro más querido... No voy a verte marchitarte en arrepentimiento. Mejor enfréntate a tu destino con la nobleza.

Morfeo sisea ante ella. —¿Nobleza? ¿No fue noble salvarte la vida? ¡Ahora estás condenándome a muerte! Debería haberte dejado ser comida por ese sapo hace tantos años. —Los elfos endurecen su postura sobre él y Gossamer baja su cabeza de vergüenza. Los caballeros y guardias alrededor de mí se separan para hacer una apertura para que alguien entre por la puerta.

—¿Qué está pasando...? —Mi última palabra fue cortada por una mujer en un vestido recubierto de encaje y reluciente como los cristales de hielo. Sus plumosas alas blancas altas y elegantes, como las de un cisne, complementando a la vez su encantador cuello debajo del largo cabello plateado. Su rostro es familiar por su belleza y soledad, y lleva la sombrerera de peltre que una vez la encarceló.

La Reina Ivory.

¿Cómo consiguió salir? ¿La Reina Grenadine y el Rey Rojo la liberaron?

Un vistazo a las rosas sobre la caja y aquella hipótesis se cae a pedazos. Las rosas solían ser blancas. Ahora son el color de la...

Sangre.

Ivory se adelanta, a centímetros de distancia de donde Morfeo está arrodillado.

—Tú me sedujiste —le acusa, con la voz quebrada. A pesar de la frialdad que dispara de sus ojos blancos azulados, las lágrimas ruedan por sus mejillas.

Recuperaste tus recuerdos, veo —comenta Morfeo, petulante incluso con la espada a centímetros de su cara.

—Junto con mi corona. —Ella toca la brillante tiara de diamantes en su cabeza—. Has utilizado palabras tan bonitas —solloza—. Todas las noches que compartimos. Me hiciste pensar que te preocupabas por mí... Utilizaste mi afecto para engañarme en la caja. —Sus delicados dedos rozan la humedad de su rostro—. ¡Luego tendiste una trampa al Rey Rojo y pusiste a la corte en contra de él, todo para poder cerrar mi portal y mantener a la joven princesa aquí hasta que ella completara tu plan! ¿Le has dicho? ¿La verdad de todo esto? ¿Lo que pretendes tomar de ella?

Miro a Morfeo. La culpa en su rostro me pone enferma. —Me dijo que podía irme después de que fuera Reina. —Lanzo la oruga tallada a sus pies—. ¿Qué más hay?

Morfeo se queda mirando a la pieza de ajedrez al lado de su rodilla. —Nada. Para expiar todos los daños causados a ella, tenía que ver la sangre del heredero Rojo coronado como rey de la Corte Roja.

Una Reina en un traje rojos rubí, con lazos sobre sus dedos del pie y dedos que coincidían con su pelo llameante, se empuja hacia adelante, su rey y guardia a su lado. Es la Reina Grenadine. —Hay más... los espíritus de la naturaleza nos dijeron... —Mantiene una mano en su oído, escuchando los susurros—. Sí... había una estipulación a su maldición, ya ves. Una que te atará para siempre a este lugar.

-Él nunca tuvo la intención de que te fueras -me dice Ivory.

Curvo mis dedos alrededor de la judía mágica. Si eso es cierto, entonces ¿por qué la farsa con el deseo?

—En tu loca carrera por la libertad —dice Ivory, su atención una vez más en Morfeo—, le has costado a un noble hombre mortal su vida y traicionado ambos tribunales. La compensación se hará por su herejía.

Las palabras *hombre mortal* hielan mi corazón. Me dirijo a la caja de jabberlock y las rosas pintadas de sangre. Mi pecho se aprieta con una intuición terrible. —¿Dónde está Jeb?

Ivory abre la tapa de la caja, la simpatía suavizando su expresión. Mi estómago se retuerce incluso antes de ver el pelo negro enmarañado en el agua negra, incluso antes de que gire para revelar un rostro tan familiar que raspa mi alma desnuda.



# Sacrificios

Traducido por Nats & Aileen Corregido por Itxi

eb... no, no, no. —Lágrimas calientes queman mi cara. Parece confundido mientras me observa desde el interior de la caja del jabberlock; luego un destello de reconocimiento brilla en sus ojos.

- —Al. —Sus labios mimetizan mi nombre en una oleada de burbujas. La silenciada palabra me rompe por la mitad. Se suponía que debía ser su tabla de salvación... ¿Cómo pude dejar que esto ocurriera?
  - -¡Oh, idiota! —le grita Morfeo—. Tenías que hacerte el héroe, ¿no?
- —Tú eres el culpable de su estado. —El Rey Rojo se adelanta para hablar—: Tus acciones causaron que este mundano joven tomara una decisión... una irreversible.
- —Mira quién habla de culpa —responde Morfeo, tan arrogante como siempre. Un caballero le golpea en la cabeza con una mano enguantada.

La culpa me corroe profundamente, que casi me doblo por el dolor. Besé a otro chico, y Jeb desangró su seco cuerpo por mí. —Esto no puede estar pasando —le digo a Ivory, apartando las lágrimas.

Su expresión se vuelve compasiva. —Lo siento mucho. Mi corte nunca habría escuchado las alegaciones enmarcadas del Rey Rojo. A la única que creerían sería a su propia Reina. Morfeo planeó liberarme pero sólo después de que consiguiera atraparte aquí. Gossamer se lo contó a tu chico mortal, y decidió tomar mi lugar para que así pudiera detener a Morfeo de completar su plan. No podía soportar que te quedaras encerrada en este mundo para siempre.

—Pero ahora él lo está —murmuro. Jeb me observa a través del líquido. Dolor perfora mi corazón, como si el órgano fuera picoteado por aves rapaces.

Un océano rojo de lazos de amor, y pinta los corazones de rosas de la misma... Era el amor de Jeb por mí el que abrió la caja. El mismo amor que tanto brillaba en sus ojos, que atravesaba todas las barreras entre nosotros, rompiendo la oscura agua y el cristal para recordarme su fe: "Eres la mejor amiga que he tenido nunca. Incluso si las cosas se joden, seguirás encontrando formas de ayudarme".

Tiene razón. Esto no terminará así. No lo permitiré.

La clara gota destella en mi palma. Mi deseo no puede ser usado directamente para él, pero aun así puede salvarle.

Deslumbro a través de mis lágrimas a Morfeo. —Una vez me dijiste que si te ayudaba, estaría ayudándome a mí misma. Que arreglar las cosas en el País de las Maravillas nos liberaría a mí y a mi familia, para siempre.

Empuja la talla de oruga con un dedo. Esta gira sobre el suelo de mármol.

—¿Nunca has oído el dicho: "La verdad los hará libres"? Te di eso. Un vistazo de tu verdadera yo.

No le importa que no pueda escuchar la voz de Jeb. Que no pueda tocar su piel. No le importa que Jeb esté aterrorizado de perder el control de su vida pero que haya renunciado a él sólo para salvarme.

Y lo que es peor, muy pronto, Jeb no me recordará. Ni siquiera se acordará de sí mismo.

A Morfeo no le importa nada de eso. Lo único que le importa es llevar a cabo el desafío de la Voz de la Muerte del Rey Rojo.

Me agacho, nivelándome con su oreja. —Si pudiera, te haría tomar su lugar.

La mandíbula de Morfeo se aprieta. —La magia es definitiva. Tu mortal caballero se encargó de eso. *Un intercambio de almas cerrará la puerta, y la sangre la sellará, para siempre*.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa, reteniéndome de atacarlo. En su lugar, toco las acumuladas rosas rojas. —Podría unirme a él. El deseo puede ser utilizado para meterme ahí dentro.

-iNo lo permitiré! -Morfeo intenta levantarse, pero los caballeros colocan las puntas de su espada sobre su esternón.

—Sería un deseo malgastado. —Gossamer aparece sobre mi hombro—. Sólo un alma puede entrar en la caja. Además, el portal nunca se abrirá de nuevo; dentro o fuera.

Jeb mimetiza las palabras—: Vete a casa.

PINDERED.

A.G. HOWARI

El arrepentimiento se clava en mí, yuxtapuesto con una abrumadora ira. No tenía derecho de hacer este sacrificio. No tenía derecho de dar sa vida por mí. No tenía derecho de dejarme aquí sola.

Acaricio el vidrio sobre su cara, memorizando cada línea. Si deseo que nunca hubiéramos venido, ninguno estará aquí para que esto ocurra.

Morfeo se revuelve contra sus captores, aún de rodillas, recordándome por qué estoy aquí para empezar. Si pongo todo como estaba antes, él será libre, también. Libre de atormentar a mi familia hasta que alguien le detenga de una vez por todas.

Sólo hay una solución, y es tan clara como el cielo azul que atravesamos Jeb y yo cuando volamos por el abismo en los tableros flotantes.

Beso el frío, duro cristal que nos separa, recordando cómo eran sus labios en el Salón de los Espejos. Suaves, cálidos, dulces, y vivos. Esos primeros besos serán nuestros últimos.

—Lo que entregaste por mí —le digo—. Todo lo que has hecho mientras estábamos aquí es increíble. Si consigo regresar a casa, me pasaré la vida agradeciéndotelo.

La boca de Jeb se abre. Niega con la cabeza, obligando a que las burbujas se agiten a su alrededor. Su pelo se arremolina como musgo negro flotando en el agua.

-iNo, Alyssa! —Los gritos de Morfeo están extrañamente sincronizados con los silenciosos de Jeb. Pero es demasiado tarde. He apretado la lágrima, y el líquido llovizna por mi muñeca, cálido con la esencia salada y anhelante.

En mi mente, envío el deseo más profundo de mi corazón: que ojalá nunca hubiese abierto la puerta esa noche del baile de graduación cuando Jeb primero llamó, que ojalá hubiese entrado en ese espejo sola.

Tras mis ojos cerrados, un gigante reloj de bolsillo gira, sus manecillas yendo hacia la izquierda. Todo ocurre a la inversa: mis alas se hunden de nuevo en mi piel; nuestro paseo en las almejas arrastrándonos hacia el tablero de ajedrez arrugado, lo que nos nivela hacia una suave y arenosa ladera; subiéndola en vez de bajándola hasta la mesa de March Hairless, cara a cara con las estatuas de hielo; los besos en el Salón de los Espejos, todos ellos tomados —escabullidos en un bolsillo del tiempo para no ser recordados por nadie más que yo; veo el océano llenándose, a nosotros saltando en el bote, al Octobenus volviendo a caer en el agua mientras nos quedamos dormidos una vez más, sólo para despertar en las playas de arena blanca; cabalgando sobre el hombro de Jeb mientras camina hacia atrás, reduciéndome a mi tamaño mientras combatimos las flores, luego dando marcha atrás hacia la diminuta puerta. En la madriguera del conejo, luego hacia arriba, arriba, arriba para enfrentarros

al sol. Hasta que por fin, Jeb se ha ido, y estoy cayendo por la madriguera del conejo —yo y nadie más.

Mis pulmones jadean como si hubiera sido arrastrada bajo el agua. Abro los ojos.

Todos los recuerdos permanecen, y todo sigue igual: Morfeo atrapado en su sitio por las espadas de los caballeros; las Reinas, lado a lado; los guardias mirando con anticipación; y Gossamer en mi hombro.

Lo peor de todo... la caja de jabberlock. Las rosas siguen siendo rojas. Ivory tiene el cubo de estaño en sus manos. Estoy a punto de gritar, porque el deseo no funcionó, y fallé.

Las lágrimas en los ojos de la Reina Grenadine me detienen.

Me acerco a la caja. Al otro lado de la tapa abierta, el Rey Rojo me devuelve la mirada a través del agua negra. Sin Jeb aquí para hacer el sacrificio, el Rey usó su amor por Grenadine para intercambiar lugares con Ivory, salvando ambos reinos. Quizás de una pequeña forma, eso lo redime por romperle el corazón a mi tátara-tátara-tátara-abuela todos esos años atrás.

Me pregunto si alguien recuerda a Jeb. La confusión en sus ojos me dice que no. Pero apostaría mi vida a que Morfeo lo hace. Siempre ha sido capaz de entrar en mi mente.

—Temeraria elección —dice, confirmando mis sospechas—. Por hacerte la mártir, nunca verás a tu familia de nuevo. ¿Cómo crees que se sentirá la pequeña y frágil Mumsy sobre eso?

—Oh, los veré —respondo—. Los rasgos netherling nunca fueron la maldición de mi familia. Tú eras la maldición. Hoy, voy a romperte. Soy la Reina ahora. Los portales están abiertos para mí. Así que regresaré a casa, y mi familia será finalmente libre.

Mira hacia sus zapatos, sus joyas parpadeando en blanco y azul, como moretones. —Qué bonito engaño, pequeño amor. Casi lo suficientemente bonito como para un cuento de hadas —una ronquera raspa su voz, tiñéndola con remordimiento.

Cansada de sus juegos mentales, empiezo a levantar la corona de Grenadine.

Mis dedos se bloquean en la base de rubíes, incapaces de moverse. Bajo las horquillas de la Reina Roja, mi cuero cabelludo arde. Zarcillos al rojo vivo viajan desde mi cráneo y por mi columna, clavando mi cuerpo entero en el lugar.

La sensación migra a mis brazos, prendiendo fuego a mis venas. Brillan verdes de nuevo, como en el Jardín Espiritual, convirtiéndose en hiedra. La misma sensación se extiende por mis piernas bajo la amplia falda. Esta vez, las enredaderas no se detienen en mi piel. Crecen mas

grandes, expandiéndose con mi respiración —una planta viviente creciendo fuera de mí.

Grito mientras las enredaderas atacan como serpientes de hoja, apartando a Gossamer de mi hombro y arremetiendo contra todo el mundo a mí alrededor.

- —¿Qué está ocurriendo? —gime Grenadine, las cintas en sus dedos susurrando todas a la vez.
- —¡El sacrificio de tu marido fue en vano! —grita Ivory—. El espíritu de Roja estaba en las horquillas... está unida a la chica... ¡son un solo ser!

Los caballeros y los guardias, temiendo por sus Reinas, vuelven sus armas contra mí.

Morfeo usa la distracción para batir sus alas alrededor de su pecho, alejando a los restantes caballeros de él. Con un giro de sus talones, se mueve por detrás de Ivory y la captura por la cintura, la espada Vorpal en su garganta. —Aléjense de la Reina Alyssa, o cortaré a Ivory en dos y despertaré al bandersnatch para que se alimente.

Todo el mundo se congela. Incluso Gossamer oscila en el aire. Quiero correr hacia la puerta, pero no puedo moverme. La Reina Roja está luchando por el control de mi cuerpo, y toma cada última gota de concentración y fuerza para mantenerla contenida.

—Todos ustedes —gesticula Morfeo hacia la puerta—, salgan. Esto es entre nosotros tres ahora. O cuatro, si contamos a la Reina que apuñalaste en la espalda hace una vida.

Gossamer es la primera en irse, sus hombros verdes caídos. Grenadine toma la caja jabberlock de Ivory y camina hacia atrás en dirección a la entrada con sus guardias, casi tropezando con algunos de sus soldados muertos en su salida. Los caballeros enanos se mantienen en disposición, esperando una orden de Ivory.

- —No me pongan a prueba. —Morfeo extiende sus alas en alto y presiona la hoja en su yugular hasta que una arrugada hendidura aparece.
  - —Váyanse —gruñe ella.

Una oleada de frustración ondea a través de los caballeros mientras regresan a la puerta, sus espadas bajadas, pero la emoción sólo puede sentirse, no verse. Sus caras permanecen impasibles. La puerta se cierra detrás de ellos.

Arrastrando a Ivory con él, Morfeo bloquea y sella la puerta, luego se gira hacia mí, entrecerrando los ojos en la corona sobre mi cabeza. —Mi parte está hecha, miserable bruja. Ahora estoy liberado de ti.

—Bastante bien... —La respuesta de Roja rodea mi cabeza y fuerza su camino hacia mi boca en una ráfaga de aire—. Pero he ampliado mis expectativas. Por estar presa durante tanto tiempo, me merezco una retribución. Acerca a tu cautiva. Quiero su mágica corona también. Hazlo, y te ofreceré una posición a mi lado como rey, gobernando sobre todo el País de las Maravillas.

Ivory se remueve, pero Morfeo sujeta la espada firmemente contra su garganta. Bloqueando mi mirada con la suya, sonríe miserablemente. — ¿Por qué no me escuchaste? —pregunta, su voz cansada—. El deseo que te di... si lo hubieras usado como te dije... te habría salvado de este final. Mi objetivo era que te sentaras en el trono con Roja poseyendo tu cuerpo. Intenté ofrecerte una salida.

Si la Reina no me estuviera sosteniendo, me habría desmayado. ¿Mi destino es ser un recipiente —sólo la mitad de mí misma— atado al País de las Maravillas para toda la eternidad? Quiero decirle de nuevo que le odio, que realmente lo hago esta vez. Quiero escupirle y gritarle que es un cobarde de la peor manera, por sacrificarme por su propia alma sin valor.

Aparto los ojos en su lugar, utilizando esa táctica que funcionó tan bien más temprano para que pueda ponerle de rodillas. Porque es el único que tiene el poder para liberarme ahora.

—Por favor, tienes que entenderlo. —Su voz adquiere esa calidad suplicante, y mi corazón, la única parte de mi cuerpo que no dejaré que Roja tome, acelera su ritmo, esperanzado—. No soy un cobarde. —Intenta convencerme, como si ya le hubiera llamado por ese nombre—. No fue el miedo a la muerte el que me guió... era la cautividad. Como tú, no puedo ser un espíritu contenido. Tengo que ser libre. Lo entiendes, ¿verdad?

Reprimo cualquier respuesta, haciendo una mueca por el esfuerzo de luchar contra Roja. —¿Podrías darte prisa y venir aquí, idiota? Necesito el poder añadido de la corona de Ivory para combatir a la chica. Es muy poderosa. —Hay un deje de orgullo en su frase, lo que sólo hace que alimente mi resolución de acabar con ella. Olvida los lazos familiares. No soy algo de ella de lo que pueda estar orgullosa.

Morfeo se adelanta unos metros con su rehén. Roja lanza una enredadera como una serpiente verde. Derriba la corona de la cabeza de Ivory; ella grita y se desmaya.

Desacelerando su caída, Morfeo la tiende a un lado, su pie sobre la corona incrustada de diamantes. La enredadera de Roja intenta alcanzarla de nuevo pero no puede acercarse sin que yo de un paso adelante. Me niego a ceder.

Roja manipula la conexión entre sus filamentos de hiedra y mis venas como cuerdas de marioneta. Me muerdo contra el desgarrador dolor,

ia mandíbula casi quebrándose por sostenerla con los dientes tar fuertemente. Aun así, no me aplaco.

—¡Iba a ser todo perfecto! —Morfeo casi grita las palabras, concentrándose únicamente en mí—. Tu pretendiente mortal ya ha olvidado este viaje. Pero tú y yo, compartimos recuerdos de una infancia que nunca voy a olvidar. Eres la dueña de mi corazón. Mi pareja en todos los sentidos. He estado a tu lado una vez que nos desterró la Reina Roja, y nunca te dejé gobernar sola. Podríamos haber bailado bajo las estrellas todas las noches por encima de su reino. Por ti, he renunciado a mi vida solitaria... he sido tu lacayo leal y te he querido eternamente.

Roja fuerza mi cara en su dirección, pero mantengo mi mirada en el suelo.

—Debería hacerte mi reposapiés con esa confesión de herejía. Pero te voy a dar una última oportunidad. Trae la corona si deseas tener una parte de ella. Estoy compartiendo la mitad de su mente. Puedo ofrecerte su cuerpo, obligarla a rendirse a tus deseos. Utilízala. Cásate con ella, Acuéstate con ella. Sé su compañero. Sólo dame la Corona de Ivory.

La suela de su zapato roza la diadema enjoyada por el suelo hacia ella. Pensándolo mejor, se mueve hacia atrás más lejos de su alcance.

Un poco de esperanza despierta dentro de mí, hasta que levanto la vista. Morfeo está absorto en sus pensamientos, en realidad considerando su propuesta.

¿No puede hacer eso, verdad? ¿Obligar a mi cuerpo a su voluntad? A modo de respuesta, mi cabello se escapa de mis horquillas y se revuelve a mí alrededor, las hebras ya no son de color rubio platino sino que flamean rojas. Llegan a Morfeo, burlándose de él, como brazos señalándolo.

- −¿La quieres para ti?
- —Demasiado —su voz se quiebra.
- —Entonces hago mi oferta. Va a ser tuya físicamente, y después, el corazón y el alma seguirán en el tiempo. Puede que el romanticismo ayude a su manera. Tendrás toda una eternidad para ganarla.

La expresión de Morfeo se debate entre el deseo y la lucha por el honor. Las gemas enjoyadas de sus ojos brillaron de color rosado a púrpura.

- —Una eternidad para ganártela —dice casi en trance. Se agacha para levantar la corona, pero se detiene.
- —¡Oh, por el amor de Fennine! Si eres demasiado débil para entregarlo, simplemente déjalo. La chica sólo se mantiene fuerte porque estás dándole esperanza. Vete, y la voy a vencer. Voy a conseguir la corona por mí misma.

Morfeo espera, me una última mirada persistente, y luego empieza a avanzar hacia la puerta.

Un grito brota de mi garganta mientras reclamo mi voz. —¿Eso es todo? Ya tienes lo que quieres, y ¿ahora me vas a dar la espalda como lo hizo Alice? ¿Vas a dejarme en mi jaula de hiedra? ¿Por qué no? No puede ser peor que vivir en una camisa de fuerza, ya has forzado a suficientes chicas.

Hace una pausa, a medio camino.

-iNo le hagas caso! Será tuya para mantener y servirte a todas horas. Puedes besar sus lágrimas, hacer que todo su dolor sea nada más que un recuerdo lejano.

Como en cámara lenta, continúa andando, tensando los amplios hombros y las alas bajas.

—¡Se hizo un voto! —grito, luchando por el control de mi mente—. ¡No me dejes con el corazón roto y herido de nuevo! ¡Vas a perderlo todo!

Morfeo está recostado en el umbral de espaldas y la cabeza colgando hacia abajo. —Daría todos mis poderes para tenerte en mis brazos. Tu amor es la única magia que necesito.

Roja me obliga a avanzar un paso... Luego dos.

—¡Voy a ser un cadáver en la cama! —Trato de llegar a él, por última vez—. Está matándome todo lo que me hace ser lo que soy. La chica a la que enseñaste, jugaste... la que dices amar se ha ido, soy un títere en su lugar.

Las venas de hoja verde en mis piernas dan un paso no deseado en demostración.

Justo cuando Morfeo extiende su mano para girar el pomo de la puerta, Roja desencaja sus vides y recoge la corona.

- —Adiós, Alyssa —dice mi última esperanza, con las alas caídas de resignación—, me temo que ninguno de nosotros es lo suficientemente fuerte como para derrotarla.
- —Ya veremos, Morfeo —siseo de espaldas, entonces vuelvo mi atención a las enredaderas poseyéndome.

Ya he terminado de dejar que todos los demás dicten lo que suceda en mi vida. Prefiero estar muerta, que ser un peón eterno.

Ejerciendo la última energía de voluntad, obligo a mis manos a agarrar las enredaderas que se arrastran sobre mí para llegar a la corona. Golpeando mis rodillas, me tiro en contra de la hiedra, manteniendo los músculos tensos donde se unen a la piel. El grito de la Reina Roja sacude mis cerebro. Deja caer la corona para enfocar su atención en mí. Sus vientos atraen la hiedra y se envuelven alrededor de mis palmas y fos

dedos, hasta que están cubiertas con millones de hojas verdes. Fuerza mis brazos juntos, los une y sigue con las piernas y el torso, me incapacita al igual que las flores en el comienzo de mi viaje, excepto que el dolor no se puede comparar. Cualquier lucha contra sus grilletes hace que cada hueso de mi cuerpo se sienta como que va a agrietarse.

La única manera de dejar de sufrir es ir aflojando... darse por vencida. Ha ganado. Estoy acabada... Cierro los ojos y gimo.

Creo que Jeb, Jenara, mi mamá y mi papá, todos tienen que seguir sus vidas sin mí. Un dolor atraviesa mi corazón, un dolor más agudo que cualquier cosa que haya sentido alguna vez. Y me alegro por ello. La intensidad de esa emoción demuestra que todavía estoy viva... que soy una persona. Esa soy yo.

Roja tiene mi cuerpo, pero no controla el corazón o la mente todavía. Ahí es donde radica mi magia.

Tres de los cadáveres de los caballeros enanos se encuentran a sólo unos metros de distancia. Uno tiene un brazo cortado, el segundo el cuello roto y el otro tiene una pierna torcida, todos víctimas de las bandersnatch. Pueden estar rotos, pero puedo usarlos.

Concentrándome en sus cuerpos, me los imagino con vida: sus cerebros convertidos en computadoras, cableados a mis pensamientos, sus corazones hechos de masilla, bombeando al mismo tiempo que el mío; sus piernas y brazos son flexibles como desatascadores, moviéndose a mi orden.

Tambaleantes y torpes, se levantan. Cojeando y balanceándose, se arrastran hacia mí. Sus dedos se colocan alrededor de las enredaderas y se levantan en contra a la Reina Roja.

Mi capullo de hiedra se desenreda, haciéndome girar en el suelo. Las enredaderas se tensan en mis tobillos, muñecas y manos, las que están aún, unidas a mi cuerpo. Los caballeros siguen tirando con todo su peso y las enredaderas me arrancan la piel al desprenderse, al igual que los cables eléctricos que se tiran de una pared de yeso. Un agudo y filoso dolor ataca mis entrañas, como una cuchilla giratoria cortando a través de mis órganos.

Gorgoteo un grito estrangulado con el sabor de la sangre, perdiendo el control de mis marionetas macabras. Se inclinan, casi liberando su control de las enredaderas.

Impulsada por el deseo de ser libre, mando a los caballeros a dar un último fuerte empujón. Corrientes de rojo carmesí de mis heridas forman un charco en el suelo. Aprieto los dientes, con la angustia de mi cuerpo llevándome a dar a mis creaciones la fuerza para luchar hasta que me hayan arrancado de Roja, hasta que estemos conectadas sólo con una maraña de malas hierbas.

AGHQ

Colapso, y mi t<mark>ri</mark>o de caballeros deformes caen <mark>al sue</mark>lo en una pila inanimados y muertos.

Soy tan débil, que apenas puedo darme cuenta que Morfeo está a mi lado. La Espada Vorpal descansa en su mano, corta los tallos frondosos de mis dedos, luego las enredaderas más lejanas. Otro penetrante chillido sacude mi cráneo mientras Morfeo libera la corona y la horquilla para desconectarme completamente de mi titiritero.

Sin un cuerpo para habitar, el espíritu de Roja se retuerce en la hiedra del suelo, muriendo como una masa de anguila fuera del agua.

Morfeo mete la Espada Vorpal en su chaqueta. Me desplomo en una posición fetal, sin sangre ni energía. Mis muñecas y tobillos están abiertos, mil veces peor que las heridas que están cortadas a través de mis manos como las de un niño. Me pregunto si me estoy muriendo...

Una neblina negro oscurece mi entorno.

- —Valiente, tenaz —susurra Morfeo en mi oído mientras tiernamente me acuna en sus brazos, levantando mi cuerpo—. Eras la única que podía liberarse de su poder y ganar la corona. Sabía que saldrías victoriosa. Todo lo que necesitabas era un empujón a la ira ¿Y quién mejor que te lleve al borde de la furia que yo?
- —Mentiroso —murmuro, entre náuseas y tos con sangre. Mis brazos y piernas se sienten entumecidos, y los flujos pegajosos se escurren por los agujeros en mi piel—. Me dejaste.
- —Todavía estoy aquí ¿no? —Morfeo me guía al lado de Ivory y expone su marca de nacimiento, tocándola con la mía. Calor destella a lo largo de mi cuerpo—. Siempre he creído en el poder. Por la Reina que vi en ti cuando era un niño... por la mujer que nunca pudiste ver en ti misma. Mi fe es inmutable como mi edad.
- —No lo creo —murmuro, medio inconsciente. Mis venas rellenándose, sanando mi piel. Las laceraciones agonizantes, tanto dentro como fuera de mi cuerpo se entumecen con facilidad.

Acaricia mi cabeza. —Por supuesto que no. No te he dado ninguna razón para hacerlo.

Cierro mis ojos cuando se escucha un rugido de la bandersnacth. La puerta cuelga de sus bisagras, el candado triturado e inútil cuando el monstruo se eleva por encima del hombro de Morfeo con la hiedra de la Reina Roja iluminando sus venas. Encontró otro cuerpo que habitar...

-Morfeo.

Salta hacia el monstruo para defenderme. Dos lenguas y un lazo de la vid se aseguran alrededor de su cuello, tirando de él en el aire. Pierde su sombrero.

Todavía débil, me esfuerzo para ponerme de pie. 🕂¡Lucha!

Pero se acaba antes de que lo diga.

Morfeo tiene las garras clavadas en su garganta. —Es mejor tomar el medicamento, cariño —dice ahogándose—, si tratas de ser más astuto que la magia. —Una tos forzada rompe sus palabras—. Siempre hay un precio que pagar.

La criatura se lo traga todo. Sus alas se deslizaron por último, un destello de un brillante negro lleno de gracia.

La criatura estaba a punto de venir hacia mí, pero cae al suelo y da vueltas, luchando consigo misma. Morfeo sigue defendiéndome desde el interior.

Cuando el bandersnatch eleva sus pies otra vez, choca con la pared más cercana. Golpeando su enorme cuerpo contra una roca hasta que se desmorona y se rompe, el monstruo rompe su cadena y salta por el agujero, escapando hacia la selva de las Maravillas.

Me siento y miro la brecha gigante en la pared del castillo, mi vestido miriñaque rodea mi cintura como un globo de terciopelo, por lo que parece una eternidad. Al respirar el aire de la noche, sé que realmente no puedo tener más de unos segundos.

Los Pixies llegan a recoger a los muertos. Aparecen primero en la distancia, como luces mineras, flotando en la oscuridad para trepar en las ruinas rocosas y ponerse a trabajar.

Me deslizo hacia delante para recoger la pequeña talla de oruga del suelo y la meto dentro de la parte superior de mi vestido. Me detengo a mirar la fedora de Morfeo, y una punzada de arrepentimiento pincha en mi corazón.

Rastreo a Ivory, le toco la cara para despertarla para que no la confundan por muerta. La brigada de Pixies nos pasa, olfateando como van. —No huelo muertos. Muévanse más largo y ancho.

Mientras que recogen los cadáveres, ayudo a Ivory a levantarse. Le digo lo que ocurrió mientras estaba inconsciente.

Estoy entumecida... mis emociones se transformaron más crudas, he vuelto a estar insensible. —No tiene sentido —le susurro, sosteniendo en mi pecho donde la talla, fría y sin vida, ejerce presión en mi corazón—. Morfeo ha derrotado a la Voz de la Muerte de Rojo, y luego se entregó a las bandersnatch, el mismo destino del que ha estado huyendo...

—Para salvarte. —Ivory termina mi pensamiento—. Parece que él tenía capacidad por el amor desinteresado, después de todo. Pero no para mí.

A.G. HOWARI

Me froto las lágrimas y la sangre seca de mi cara, abrumada por la destrucción que nos rodea. —Vine aquí para arreglar las cosas. En sa lugar, hice todo un lío.

Ivory endereza mi vestido y mis alas. Sus ojos son un poco como ella, coge un mechón de mi pelo suelto, estudiando el color rojo encendido. —A veces una llama debe nivelar un bosque de cenizas antes de que un nuevo crecimiento pueda comenzar. Creo que el País de las Maravillas necesita una limpieza.

Miro mis ropas andrajosas y cubiertas de sangre. —¿Qué pasara ahora?

Coloca la corona roja en mi cabeza y vuelve a ponerse la suya. — Eres la heredera legítima de la Corte Roja. Has superado todas las pruebas y recibiste la corona. Grenadine es requerida por su propio decreto judicial a renunciar. Lo que harás, será hacer una oferta a los sujetos, ellos lo cumplirán como ley.

—¿Cualquiera que sea? —pregunto.

Cuando asiente en respuesta, la puerta se abre de golpe con la ayuda de un ariete. Ambos tribunales se vierten desde el pasillo exterior. Incluso las almejas y las flores zombis han encontrado su camino a través del agujero en la pared.

Pronto, estoy rodeada por una celebración de criaturas aladas y astutas a la vez, segura de decidir mi propio destino por lo que se siente como la primera vez en mi vida.

—¿Que va a hacer Reina Alyssa? —pregunta Ivory.

Me agacho para recoger el sombrero de Morfeo y lo coloco en mi cabeza sobre mi corona, inclinándola de lado digo—: Hagamos una fiesta.

#### Cabos sueltos

Traducido por Cris\_Eire, Juli & Danny\_McFly
Corregido por Melii & Violet~

In el reino de los seres humanos, un té habría sido más adecuado y habría servido mejor entre las negociaciones de restablecer la paz entre dos reinos tratando, pero al ver a mi amigo el hurón albino como sometía al ganso asado, y a todos mis invitados riendo mientras toman el suculento plato principal de carne especiada, sé que tomé la decisión correcta.

La risa maníaca, los labios temblorosos, y las conversaciones no civilizadas proporcionaban un entorno reconfortante mientras cuadraba las cosas con mis nuevos amigos de la realeza. Estoy sentada en la cabecera de la mesa con Ivory a mi derecha y Grenadine a mi izquierda y cojo una botella de vino al aire dirigida hacia mí por las cabezas locas de los habitantes del Inframundo del otro extremo. Llenando un vaso para mí, brindé por ellos, y luego tomo un largo trago. El sabor de las bayas y ciruelas rueda por mi garganta, espeso y dulce como la miel.

Mi padre no lo aprobaría, aunque esto no se parece en nada al vino de casa. Todo lo que sé es que necesito algo para calentar el frío que golpea mi pecho cada vez que veo el sombrero de Morfeo en el brazo de mi silla—las rojas polillas que ondean siguiendo el movimiento a mí alrededor.

Los seres de la naturaleza de Morfeo comparten mi dolor. Se mueven y balancean alrededor de la mesa como las abejas sin colmena, inestables. Gossamer cuelga inerte de la lámpara de araña de encima, llorando desconsoladamente.

El Conejo Blanco entretiene a Grenadine con una broma mientras le pasa un plato de galletas de luna. Las cintas en sus dedos que le recordaban el paradero de su rey y la traición de la criatura del inframundo esquelética, misteriosamente salieron volando cuando nos sentamos a comer. Puse los lazos rojos debajo de mi pierna para destruirlos después.

A.G. HOWAR

Rabid ha hecho un juramento de lealtad hacia mí y a quien yo elija para gobernar en mi lugar mientras yo no esté. Grenadine necesitará un experimentado consejero real, y no tengo ninguna razón para dudar de su devoción después de todo lo que hizo para verme coronada.

- -¿Estás segura de tu decisión? me pregunta la Reina Ivory.
- —Es mejor así —le respondo, tocando el collar alrededor de mi cuello. Esta llave es mía para ser guardada. Un rubí embellece la parte superior, en honor de mi reino.
- —Debes saber... —Ivory levanta un caramelo cristalizado, chupando en un extremo—. Ya que eres una mestiza, el lugar en el que vives moldea tu forma. Tus alas y manchas oculares aparecieron aquí, pero desaparecerán en cuestión de horas allí. Tus poderes son eternos, pero se adormecerán si se descuidan. Cuanto más evites los recuerdos de tu estancia en el reino del Inframundo, más humana te convertirás.

Asintiendo, tomo otro sorbo de vino para aliviar el dolor de estómago. Aliso el vestido que Grenadine me dio después de asearme—uno rojo con tiras de una sola pieza, con corazones negros, picas, diamantes y tréboles puestos justo encima del dobladillo hasta la rodilla. Las negras enaguas suenan debajo de mis manos. Ofreció botas, pero mis tobillos me están matando, así que estoy descalza.

Asistir a una cena política importante a medio vestir. Yo no podría hacer eso en el mundo humano.

Nunca pensé que me sentiría tan desgarrada por volver a casa. Por otra parte, nunca pensé que *este* lugar se sintiera como en casa. —Quiero experimentar todo lo que Alicia se perdió —respondo finalmente a Ivory.

—Entiendo. Tu corazón pertenece al reino de los mortales, por ahora, con el caballero que me contó. Suena muy valiente y noble. —Una mirada soñadora pasa por encima de su cara.

Una punzada de simpatía me golpea. Siempre ha estado tan aislada—Morfeo debe de haber parecido como un sueño hecho realidad. Incluso si no puede encontrar la persona correcta, hay otras maneras de acabar con su vacío, las amistades se pueden forjar. Tal vez sólo necesita un empujón en la dirección correcta.

Miro a Grenadine, cuya boca se ilumina con galletas de luna cuando se ríe, ajena a nosotros. —Aunque yo me haya ido, ¿podrían tú y Grenadine reunirse una vez a la semana o algo así? Coman juntas, jueguen croquet, lo que quieran. Ya sabes, para mantener las relaciones internacionales equilibradas. Podrían tomar turnos de alojamiento...

Las hermosas y heladas características de Ivory, se calentaron ante el pensamiento. —Por supuesto.

Y deberías ll<mark>ev</mark>arte a los Espíritus de la Naturaleza de vuelta a trastillo. Van a estar perdidos sin Morfeo.

La Reina sonríe tristemente. —Sí. Lo estarán. Yo estaría encantado de aceptarlos.

Las dos hacemos una pausa mientras la conversación que nos rodea se convierte en historias de travesuras de Morfeo a lo largo de su vida. Los invitados de la cena bufen y se sonríen uno al otro contándolas—una táctica transparente para cubrir su dolor.

Miro a mi plato.

Ivory acaricia mi mano. —Hablaba de ti a menudo. Su infancia contigo fue algo sagrado para él. Muy pocos de nosotros alguna vez experimentamos ese tipo de inocencia.

Mis alas se vuelven pesadas en mi espalda al pensar en nuestro corto tiempo juntos. Los recuerdos que traté tan fuerte por recordar ahora me perseguirán para siempre.

Anticipando el inevitable adiós a estos seres maravillosamente excéntricos, a una parte maravillosa de mí misma, me deja aún más desolada. Roí una baqueta. El ganso mutilado se ríe y rueda por su plato, como si pudiera sentir mis mordiscos al otro lado de la mesa.

—Deberíamos hablar de tu viaje a casa. —Ivory pone su caramelo a un lado—. El tiempo es complicado, y tienes que dar un paso atrás a través del portal entre los mundos. A menos que se le haya ocurrido una hora específica, el reloj va en reverso.

Así que eso es lo que querían decir las flores con el tiempo retrocediendo en el País de las Maravillas. —¿Cuánto tiempo atrás?

—Te dejará en el momento exacto en que cruzaste en primer lugar. Esto podría trabajar a tu favor. Si tu objetivo es tu dormitorio, puedes dar la ilusión de que nunca te fuiste.

Secando mis labios con una servilleta, encuentro su mirada. —No. Tengo otro lugar en mente. Hay algo que tengo que hacer antes de que mis alas desaparezcan, antes de que pueda empezar mi vida de nuevo.

\*\*\*

La forma en la que los portales funcionaban, se suponen que debo imaginar dónde quiero aterrizar, pero tiene que ser una habitación con un espejo lo suficientemente grande como para que entrase. La magia es más estricta en el reino humano. Dado que los tres únicos lugares en los que estoy muy familiarizada en el manicomio son la mesa de registro, el salón

275

sel cuarto de baño, aprieto el botón pequeño de la cadena en el cuello el lo la más obvia.

A.Co I

Agachándome, me arrastro a través del portal y termino con las rodillas en un fregadero brillante, con las manos en los bordes para mantener el equilibrio. Casi choco contra la enfermera Jenkins, quien se agachaba para excavar a través de su bolsa de maquillaje. Un lápiz de cejas traquetea por el suelo. Ella se tambalea hacia atrás y cae sobre su trasero al lado del inodoro, sorprendida frente a mí. Un pequeño sonido, en algún lugar entre un gemido y un jadeo, sale de su garganta.

Tal vez podría explicarle lo de los parches en los ojos y las alas diciendo que son un disfraz, ¿pero el arrastrarme a través de un espejo? Lo mejor que puedo hacer es salir y dejarla convencerse de que está sobrecargada de trabajo. Es poco probable que me reconociese, de todos modos.

Meto la llave en mi ropa y respiro profundamente, el olor a desinfectante escociendo mi nariz. Mis enaguas arrugándose cuando salto desde el fregadero. Frías recién fregadas baldosas encuentran mis pies descalzos.

En mi camino a la puerta, oigo a la enfermera Jenkins chillar. Hago una pausa. Todavía está tumbada, en estado de shock, está prácticamente babeando. Una jeringuilla en pleno se ha caído de su bolsillo junto con las llaves. Casi siento pena por ella, hasta que veo el nombre de Alison en la etiqueta de la jeringuilla.

Me arrodillo junto a ella y sujeto las llaves entre los dedos. — Necesito que me prestes estos.

La enfermera me mira, boquiabierta.

Un sentimiento de venganza me imbuye, y saco mi lado malvado. — Sabes, pareces un poco bastante nerviosa hoy. —Ruedo la jeringa hacia ella con mis pies mientras me levanto—. Tal vez deberías tomar algo... dormir la mona.

Toca la punta del sombrero de Morfeo, giro hacia la puerta y agito mis alas por si acaso. Comprobando para asegurarme de que la sala está vacía, salgo, reprimiendo una sonrisa.

Los pasillos estériles que se me intimidaban ya no retienen terror. Me arrimo en las esquinas y me pego en las sombras, a punto de ser capturada una o dos veces, pero ya que sólo los empleados de noche están aquí, estoy rápidamente en el tercer piso, donde las celdas acolchadas se encuentran, sola. No tengo que adivinar en cuál está ella. Llámalo intuición de las criaturas del inframundo, pero lo sé. Desbloqueo su puerta, me arrastro dentro y la cierro detrás de mí.

Acurrucada en un rincón, vuelve su cabeza rapada y entrecierra los ojos hacia mí. —¿Allie? —Su voz suena muy pequeña y apagada.

Me quito el sombrero y lo dejo caer. La iluminación tenue la hace parecer frágil y débil. Mi corazón se hunde. Tal vez ella todavía está demasiado sedada para hacer esto. Demuestra que estoy equivocada cuando se empuja hacia arriba hasta apoyarse contra la pared acolchada, luchando con su camisa de fuerza.

- —¿A—alas? —Entendimiento se arrastra sobre sus características—. Encontraste la madriguera del conejo.
- —Se acabó, mamá —le susurro, moviéndome cautelosamente hacia ella por el suelo acolchado. Apenas he arrancado las correas de Velcro que mantenían sus brazos cuando da empuja en un abrazo. Nos arrodillamos, agarrándonos con fuerza.
  - -Pero tú eres uno de ellos -solloza en mi cuello-. La maldición...
- —No existe más la maldición —susurro, frotando mi mejilla a lo largo de la pelusa de su cabeza—. Nunca hubo una. Tengo tantas cosas que decirte.

\*\*\*

Me despierto con el estómago gruñendo. Ruido zumba por todos lados y la luz del sol se filtra por las cortinas. Todavía aturdida, miro el calendario sobre mi cama. Sábado, 01 de junio. La mañana después del baile.

Perfecta sincronización. Cuando usé el espejo en el cuarto de baño del asilo para volver a casa, hice retroceder el tiempo para cambiarlo y meterme en la cama durante unas horas. Aunque no recuerdo nada una vez que salí de mi espejo de cuerpo entero.

Quizás porque no lo atravesé. Quizás nunca fui al País de las Maravillas, para empezar. *Quizás soñé todo. . .* 

Presa del pánico, tiro de mis sábanas y balanceo mis pies sobre el borde de la cama. Algo cae al suelo: el jade oruga. Aterriza junto al sombrero de Morfeo.

Me siento en mi cuello y encuentro el collar con la pequeña llave.

Alivio desenreda los nudos en mi estómago.

Recogiendo la talla de oruga, hago una línea recta hasta mi espejo, no roto y tan liso como el cristal, para hacer frente a mi reflejo.

Ahí está: una prueba positiva de que monté una ola de almejas y capturé un océano con una esponja. Piel reluciente y rayas rojas

llameantes en mi pelo platino todavía estaban allí. Los tatuajes alrededor de mis ojos se han ido, al igual que mis alas, aunque moviendo mi brazo alrededor, puedo sentir nervios en mis omóplatos. Brotes listos para germinar si los necesito.

Me doy la vuelta y miro a mis anguilas en su acuario. El recuerdo de las lenguas de bandersnatch agita mi corazón. Entonces miro a mi violonchelo y recuento otra memoria... la canción de Chessie, deformada y extraña. Incluso al mirar hacia mi escritorio y el mosaico de arañas secas me llevan de vuelta a las increíbles constelaciones de espirales que vi mientras estaba en el bote de remos.

Recuerdos, reales e insustituibles, todos ellos. Los felices y los más amargos, los aterrorizantes y conmovedores. Dos chicos dispuestos a sacrificar sus vidas por mí.

Morfeo, que está encarcelado por siempre en el vientre de una bandersnatch. Y Jeb, quien probablemente pasó la noche en un hotel con Taelor después del baile. Es posible que no rompieran en ésta realidad. Ya que nunca abrí la puerta cuando Jeb llegó por primera vez, no estaba en mi casa cuando Taelor vino a buscarlo.

Corro fuera de mi dormitorio, olvidando ponerme un albornoz por encima de mi camiseta de franela y bóxer, mitad saltando y corriendo a velocidad media en el pasillo. Necesitaba ir a la casa de al lado, para ver por mí misma que salió fuera de la caja Jabberlock. Para ver cómo estaban las cosas entre nosotros.

—Quieta ahí, Mariposa —me llama papá cuando mis suaves calcetines pierden tracción y resbalo por el suelo de madera.

Es tan bueno ver su cara otra vez, que río por no llorar. —Trato de patinar sin una tabla. —Señalo el suelo resbaladizo.

Me da una palmada con su sonrisa de Elvis. —Ten cuidado, o te dolerá el otro tobillo, también.

Me tiro sobre su pecho en un abrazo.

Uno de sus brazos se envuelve alrededor de mí, y tiene el otro entre nosotros. —Oye... ¿estás bien?

Asiento, incapaz de hablar sobre el torrente de emociones. Dejo que mi abrazo diga todo por mí. *Te extrañé. Te quiero. Y siento tanto pelear contigo.* 

El brazo que papá mantiene entre nosotros tiembla. Tiene el teléfono inalámbrico contra su esternón. Me echo para atrás.

Mi primer pensamiento es Taelor. Descubrió que le robé. Tal vez Perséfone encontró el bolso en la basura. No puedo creer que no se me ocurrió utilizar los espejos en la tienda para poner el dinero de vuelta antes de volver a casa.

Me equivoqué al robar en primer lugar. Así que supongo que, al igua que Morfeo dijo antes de que se lo tragase entero bandersnatch, voy a tener que tomar mi medicina. Voy a tener que decirle que soy la ladrona y espero que no presente cargos.

Aprieto el collar de oruga entre mis dedos para darme valor. —¿Con quién estás hablando?

Papá me da un guiño, luego levanta el teléfono a su oreja. —Hola, cariño. ¿Te gustaría dar los buenos días a nuestra hija? —Sostiene el teléfono.

Me alivia saber que no es Taelor, pero tuerzo mi rostro en una expresión confusa. Tengo un papel que desempeñar.

—Los pacientes nunca logran utilizar el teléfono en la sala de Alison —le digo, haciendo temblar mi voz para el efecto.

Papá se encoge de hombros y sonríe.

El teléfono es frío contra mi oído cuando por fin lo tomo.

- -Alison?
- -Está funcionando, Allie. -Su voz suena fuerte y clara.
- —¿Sí? —le pregunto, aún fingiendo sorpresa.
- -Papá te dirá los detalles. Ven a visitarme hoy, ¿de acuerdo?
- —¿Te han dado algo esta mañana?
- —No —responde—. Hice lo que acordamos. Voy a dejar que vean que estoy cuerda. Por alguna razón, piensan que fueron los sedantes los que causaron mis delirios. ¿Cómo de irónico es eso?

Sonrío. —Es muy bueno escuchar tu voz.

—La tuya también. Quiero volver a verte, para abrazarte... para decirte que estoy muy orgullosa. Te amo... —Su voz se rompe.

Me rompo a llorar y esta vez no estoy fingiendo.

-Yo también te amo... mamá.

Me quedo ahí, clavada en el suelo. Papá suavemente curiosea el teléfono suelto y se despide antes de llevarme al sofá de la sala de estar.

—El manicomio ha llamado esta mañana, antes del amanecer. —Sus ojos se humedecen, las líneas de expresión enmarcándolos—. Fui y la visité justo después, cuando dormías. Está lúcida... realmente lúcida. No está hablando con nada más que con la gente. Y se comió una tortilla en un plato lleno. ¡Un plato lleno, Allie! Todo esto sin medicamentos. Los médicos están deliberando... Creen que tal vez todo este tiempo ella estaba teniendo una reacción a los medicamentos que de alguna manera

Asiento, cautelosa. La última vez que la vi, se encontraba desmayada en el piso del baño con una sonrisa de cien voltios en su cara y una jeringa vacía en la mano. Parecía que tomó mi consejo.

- —Bueno, un conserje la encontró en el baño muy tarde anoche. Se había puesto a sí misma el mismo sedante que han estado dando a tu mamá. Cuando volvió en sí, hablaba de hadas caminando a través de los espejos y robaban sus llaves. La cosa es que las llaves estaban allí a su lado. El médico piensa que hay algo mal con la marca de sedante que han estado utilizando... Así que las están enviando para realizar más pruebas. —Suspira y ríe al mismo tiempo—. Piénsalo, todo este tiempo podría haber sido la mala medicina lo que la ponía peor. Estoy tan contento de que lo hayamos descubierto lo suficientemente pronto para detener a los tratamientos que habíamos planeado para el lunes.
- —Yo también. —Tomo su mano y mantengo sus nudillos contra mi mejilla.
- —Dime. —Tira una de las líneas rojas en mi pelo—. ¿Esta es una nueva peluca?
- —Claro —le contesto mecánicamente, sin siquiera darme cuenta de que es una mentira hasta que ya lo he dicho.
- —Me gusta. Bueno, hay rosquillas en la mesa. Voy a pasar el día en el manicomio. ¿Quieres venir después del trabajo?
  - —Nada en este mundo puede detenerme —le prometo.

Me doy cuenta que papá no preguntó sobre su sillón reclinable. Miro hacia la silla, esperando ver los apliques doblados y rotos. En cambio, están como siempre. Lo que no tiene sentido en absoluto, porque eso es otra cosa que me olvidé de arreglar...

Papá se dirige a la puerta, dándose vuelta una vez.

—Oh, es posible que desees revisar tus trampas hoy. Encontré una polilla en una de ellas. Debe haber venido para escapar de la tormenta de anoche. Hará una gran adición a tus mosaicos. Nunca había visto una tan grande.

Polilla... Un ladrillo contra mi estómago haría menos daño que esas palabras.

Pongo la oruga de jade sobre la mesa de centro y tengo que forzarme a esperar hasta que el camión de papá salga del camino de entrada.

En el garaje, abro tres cubos antes de que lo encuentre, acostado obre una pila de bichos variados. El hedor de la arena para gatos y la

cascara de plátano pica mi nariz. Lo levanto, un cuerpo azul brillando intensamente y las alas negras de raso inmóviles y sin vida.

Se escapó de alguna manera... escapó del vientre del bandersnatch y regresó aquí, sólo para ser sofocado por mí.

Acunándolo, camino torpemente hacia la sala de estar, vacilando con un sentido enfermo de culpa y pérdida. Lo pongo en la mesa junto a su homólogo tallado y empujo sus alas con un dedo tembloroso.

—¿En qué pensabas? —murmuro—. ¿Por qué volaste en el tubo? Tenías que saberlo mejor. —Me duele verlo, antes tan pomposo y lleno de vida, ahora tan hueco como la talla de oruga. Acaricio su cuerpo azul frío—. Te creo ahora, ¿de acuerdo? Creo que te importaba. Y no voy a olvidar lo que hiciste por mí... al final.

No dejaré que te olvides. La voz de Morfeo se desliza dentro de mi cabeza. Salto atrás cuando el cuerpo de la polilla comienza a vibrar.

Las alas se pliegan y crecen, abriéndose para revelar a Morfeo cerniéndose encima de la mesa, con toda su gloria monstruosa. Lleva puesto un traje de seda moderno de zafiro que coincide con sus lágrimas enjoyadas. Y, por supuesto, un sombrero espectacularmente excéntrico.

Estoy de pie, tratando de ocultar mi felicidad. Una sonrisa estalla en contra de mi voluntad.

- —Sabía que ibas a echarme de menos. —Brilla en el suelo y se mueve cerca, sujetándome a la pared con su cuerpo.
  - —¿Cómo escapaste?
- —Parecería —borra mis lágrimas con su manga—, que la guarida del bandersnatch es indestructible desde el exterior. No al revés.

La comprensión me golpea.

- —Oh, Dios mío... tenías la espada Vorpal en tu chaqueta.
- —Sí. —Pule las uñas en la solapa—. Por supuesto, todas las demás víctimas escaparon conmigo. Ahora están siguiéndome como cachorros holgazanes. Han demostrado ser bastante útiles. Arreglando cosas. Uno de ellos devolvió el dinero robado a la cartera mientras dormías.

—Tú... ¿qué?

Hace un gesto hacia el sillón detrás de él. —Entonces puse a varios en las costuras sobre la silla.

Una ola de incredulidad y agradecimiento me atraviesa.

- -Gracias
- —Ah, merezco algo mejor que un agradecimiento. —Sus ojos oscuros rlen con la seducción.

Cruzo los brazos en el pecho.

—Huh. Me debes por lo menos eso. Te aprovechaste de mi mente cuando era una niña. Forzaste a mi mamá a dejar a su familia y embarcarse en un manicomio así podría protegerme. Entonces me llevaste al País de las Maravillas para que yo pudiera arreglar todo para ti, pero quedándome sin nada a cambio.

Levantando una mano, inclina su sombrero en aquella inclinación sexy.

—Tú me quieres. Admítelo.

Incluso si tiene en parte razón, nunca voy a decirle.

—¿Por qué te querría a ti?

Levanta tres dedos para la cuenta atrás.

- —Misterioso. Rebelde. Afligido. Todas esas cualidades las mujeres las encuentran irresistibles.
  - —Tal optimista.
  - -Mi copa nunca está vacía.
- —Es una lástima que tu cerebro lo esté. —Las palabras escocen, pero mi sonrisa se ablanda con afecto.

Su sonrisa satisfecha se afila con respeto.

- —Así que... —Traza la cadena del collar que se desliza por encima de mi clavícula, encendiendo pequeñas fogatas en mi piel desnuda—. ¿Dejaste a Grenadine ocuparse de la tienda?
- —Con Rabid como su asesor. Les dije a todos que tenía asuntos pendientes aquí.
  - —¿Por ejemplo?
  - —La familia y los amigos. El último año y la graduación. Mi arte.

Morfeo levanta una ceja.

—¿Y tu caballero?

Miro hacia mis calcetines.

—En este momento, él pertenece a otra persona.

Morfeo roza un dedo por mi sien.

- —Por mucho que me caliente hasta lo más profundo oír eso, no lo creo. La sangre ya ha ganado.
  - —¿De qué estás hablando?

—El chico sangró por ti, todo un cuerpo de sangre. No hay amor más grande que eso. Te pertenece sólo a ti.

Sus palabras son sorprendentemente hermosas y amables, y en algún lugar de mi corazón, sé que tiene razón. Pero, ¿cuánto tiempo tengo que esperar para que Jeb tenga el coraje de admitirlo a sí mismo?

Morfeo toca las cicatrices en mi palma.

- —Pero no olvidemos que sangraste por mí. Entonces, ¿a quién perteneces  $t\acute{u}$ , Alyssa? —El recuerdo evoca una maraña de emociones. Es un profesional en desequilibrarme.
  - -Elegí el reino de los mortales.
  - -Estás evadiendo la pregunta.
  - —Aprendí del maestro.

Se ríe, y luego su mirada impenetrable me mira de arriba abajo.

—Está bien, entonces. Juega con tu soldado de juguete. Pero ahora eres una mujer, con el fuego del reino inferior corriendo por tus venas. Eres una salvaje en el corazón y has probado la ambrosía del poder. Un día querrás volver a volar. Y puedes estar segura, voy a estar esperando en las alas. *Nunca mejor dicho*. —Sus alas aparecen, envolviéndome en un capullo negro y tirándome hacia él.

No estoy segura si es la mujer que ha despertado o el desenfreno del País de las Maravillas floreciendo en mi alma, pero me rindo al abrazo. Su cálida boca roza mi nariz, dejando un toque de regaliz atrás. Me preparo para empujarlo antes de que pueda probar mi boca, no estoy a punto de traicionar a Jeb de nuevo, incluso si no estamos juntos, pero en cambio, Morfeo besa mi frente, cálido, casto y suave. Entonces me deja ir.

Un incómodo silencio se instala entre nosotros. Pescando unos guantes del bolsillo, se resbala en ellos. Tengo la sensación de despedida. Mis entrañas se retuercen en una maraña agridulce.

—Antes de irme —dice Morfeo, como si leyera mi mente—, hay algo que necesitas saber. Cuando maté al bandersnatch, no había señales de la Reina Roja.

Mi pulso se detiene cuando la comprensión me alcanza.

- -No crees que todavía anda por ahí buscándome...
- —Es posible que se haya marchado y se marchitó en alguna parte, al no tener cuerpo para habitar. Pero, si realmente encontró a alguien, los portales están muy fuertemente custodiados ahora. Yo nunca habría llegado hasta aquí si no fuera por la mala conciencia de Gossamer. Ella y los espíritus de la naturaleza distrajeron a los caballeros élficos para mí. He alertado a las Hermanas Twid, y voy a mantener un ojo ahí yo mismo. He luchado contra la bruja una vez por ti. Lo haré de nuevo si tengo que hacerlo.

PUNDERED

A.G. HOWA

No tengo ning<mark>u</mark>na duda de que lo haría. Pong<mark>o una palma en su</mark> pecho. Su latido del corazón golpea rápidamente contra mi piel.

- -Nunca me lo hubiera imaginado.
- —¿Qué? —pregunta en un susurro ronco.
- —Que fueras uno de esos Habitantes del Inframundo que tiene una afición poco común por la bondad y el coraje.
- —Vaya. —Aprieta su guante sobre mi mano—. Sólo cuando hay beneficios adicionales.

Sonriendo, me pongo de punta de pie, agarro sus solapas y beso cada una de sus joyas, hasta que cambian a un cautivador color púrpura oscuro, el color de la fruta de la pasión. Retrocedo.

—Tan hermoso —le susurro, aprovechando una de las joyas brillantes.

Morfeo atrapa la palma de la mano y besa las cicatrices allí.

-No podría estar más de acuerdo.

Nos miramos el uno al otro, un cordón invisible dibujado estrechamente entre nosotros, un vínculo reforzado.

El timbre suena, sorprendiéndome. Parpadeo un vistazo al reloj de la cocina en mi camino a la puerta. Haciendo un gesto a Morfeo para que se callara, echo un vistazo por la mirilla.

—¡Jeb! —Mi corazón se acelera mientras inserto la llave del collar en mi hendidura y lucho para liberar el pestillo—. Podrías —hago un gesto hacia las alas de Morfeo—, ¿sabes?

Se mueve detrás de mí, el aliento cálido en mi nuca.

- —Voy a estar vigilando. Inclinamos las reglas. Superamos la magia.
- —¿Y ahora hay un precio a pagar? —le susurro contra el nudo enfermo en mi estómago.
- —Tal vez. Por otra parte, podría ser que ya estamos pagando el precio. —Hay un dejo de tristeza en esas palabras. Da un paso atrás y se arquea, las alas formando un hermoso arco—. Siempre tu lacayo, hermosa Reina. —Me da una última mirada, luego se transforma en la polilla y revolotea en el umbral, esperando.

En el momento en que abro la puerta, se abalanza hacia fuera, tratando de molestar a Jeb.

Jeb la esquiva.

—¡Oye! —Se queda mirando la polilla revoloteando detrás de él—. No es el bicho del ambientador de tu coche?

Increíble. Él realmente no recuerda... nada.

ti2 prograto (bb. grapho (2)

—¿Quieres que lo atrape para ti? —pregunta Jeb cuando m respondo.

—Nah. Estoy esperando a que golpee en un parabrisas.

*Mentirosa*, susurra Morfeo en mi mente, luego se aleja en una brisa cálida. Me muerdo una sonrisa.

—Un insecto como ese hubiera sido un gran foco para un mosaico — dice Jeb, su voz exigiendo mi atención. Ese timbre aterciopelado y profundo es como música para mí ahora, a sabiendas de que podría haberlo perdido para siempre. Tengo que luchar contra las ganas de saltar a sus brazos.

La brisa envuelve su olor a mí alrededor. Lleva una harapienta camiseta y pantalones cortos de carpintero manchados de aceite. Su pelo está empujado hacia atrás con un pañuelo desgarrado y su cara está desaliñada. Él está aquí para trabajar en Gizmo. Cuidando de mí, como siempre. Mi caballero élfico.

Estudio sus brazos bronceados, tomando esas cicatrices. La noche en el bote, cómo se sintió dormir encerrada en su abrazo fuerte. Todos estos recuerdos son sólo míos ahora. Algo que tengo que guardar de él y ya no estoy a gusto con secretos entre nosotros.

Bésalo, bésalo. Sabes que quieres besarlo... Un saltamontes aterriza sobre mi hombro. Sintonizo el ruido claro que viene del patio, recogiendo susurros donde puedo. Todos están diciendo lo mismo.

Bésalo... Pero no puedo, porque quiero hacer esto bien. Quiero estar segura de que ha roto con Taelor primero. Que sea mío en todos los sentidos.

- —¿Al? —Jeb recoge el saltamontes de mí y lo libera.
- El movimiento me sacude de mi estupor.
- —Oh, lo siento.
- —Sí, estabas realmente metida en tus pensamientos. ¿Estás bien?

Me encojo de hombros.

- —Estaba pensando en mis mosaicos. Ya he terminado matando cosas. Es hora de un cambio en los medios. Las rocas y los cristales rotos tal vez. Judías y alambres, cintas. —¿Por qué no? Tengo una reserva llena de paisajes del País de las Maravillas despiertos en mi memoria, esperando a ser inmortalizados.
  - —Suena genial —dice Jeb—. También estoy listo para un cambio.

Veo algo de detrás de su espalda: un ramo de rosas blancas envueltas en papel de seda rosa. Debió haberlo escondido en su cintura. Una sonrisa dulce enmarca sus incisivos mientras me las da.

Gracias. CInhalo el delicado aroma—. ¿Dónde encontraste una le delicado aroma—.

Mete sus manos en los bolsillos.

—Uh. Realmente los tomé amablemente de los arbustos del Sr. Adams allá. —Su codo apunta al dúplex cruzando la calle, donde un rosal sufre varios puntos calvos obvios.

Resoplo. —Eres tan malo.

- —Eh, voy a cortar su césped de forma gratuita o algo así. Oye... Levanta un pulgar a mi muñeca, frotándola. Mi cuerpo entero encendiéndose con la sensación—. Traté de venir a verte antes del baile de anoche. Nadie respondió.
  - -Oh... ¿esto es acerca de Hitch?
- —Anoche lo era. Desde que no te pude encontrar, hice jurar a Hitch que me hiciera saber si te presentabas. Cuando no lo hiciste, Jen me dijo lo que pasó con tu mamá en el Manicomio. Para eso son las rosas.
  - —Son blancas —le susurro, con los ojos llenos de lágrimas.

Sus cejas se marcan con preocupación.

- —Por favor, no llores. Si no te gustan las rosas blancas, voy a pintarlas de rojo para ti.
- —No, nunca hagas eso. —Mi sangre corre demasiado rápido a través de mis venas; me siento mareada.
- —Quiero decir como en el cuento Alicia. —Hace una mueca—. Lo siento. Eso fue estúpido. Sé que odias ese libro.

Agarro su brazo. Los dos miramos el punto en donde hacemos contacto cuando sus músculos se contraen.

- —De hecho, estoy empezando a ver el encanto en el libro. Y las rosas son perfectas.
- —Bien. —Mueve sus zapatos en el porche—. Así que... ¿estoy perdonado acerca de lo de Londres, por ocultarte la parte de Tae?

Genial. Había olvidado que no hemos hablado de esto todavía.

Cuando no respondo, continúa—: Porque hay algo que tengo que decirte, algo que ha cambiado. —Cambia de posición el nudo del pañuelo que está en su nuca, viéndose nervioso.

Antes de que pueda decir una palabra más, el Mustang convertible de Taelor se para en la entrada de mi casa y grita a su fin, como materializando la mención de ella.

Jeb maldice y presiona su frente contra el marco de la puerta.

Golpeando la puerta del coche, ella pisa hasta el porche. Desliza sus galas de sol Fendi a la parte superior de su cabeza. Se rumorea que sus lentes tienen un valor superior a 200 dólares. Más que a mi vestuario completo de ropa de segunda mano.

—Me imaginaba que estarías aquí. —Ve a Jeb de arriba hacia abajo notando las rosas en mi mano—. ¿Qué, has pasado la noche con tu pequeña virgen después de nuestra pelea?

Mi mandíbula se cae. El baile obviamente no salió bien.

—Acabo de llegar aquí, así que no vayas propagando rumores, Tae.
—Él frota su perforación de metal en la barbilla.

No me había dado cuenta hasta ahora de que no está usando el granate. Mi pulso inicia un ritmo más rápido, golpeando contra la llave en mi esternón.

Taelor da golpecitos con su pedicura y sandalias del pie.

—Entonces, ¿no le has dicho todavía? —Sus ojos se deslizan a los míos—. Terminó conmigo anoche. En la fiesta de graduación. Luego me dejó allí sola. Con clase, ¿verdad?

El borde de dolor en su voz activa una extraña mezcla de compasión y empatía.

Jeb muele un nudillo en un lugar donde el mortero está desmoronando entre algunos ladrillos en el porche.

- —Tenías a tu chofer.
- —Oh, ¿y se suponía que yo bailara con él? El tipo tiene como noventa años. —Aprieta su bolso de diseñador verde lima contra su vestido de abrigo a juego—. No estabas en casa después del baile, ya que yo pasé. Si no estabas aquí, ¿dónde estabas?
  - —Fui con el señor Mason.
- —¿Nuestro maestro de arte? —preguntamos Taelor y yo al mismo tiempo.

Nos damos una mirada mordaz a la otra mientras esperamos su respuesta.

- —Me dijiste que fui despedido de Submundo —responde Jeb, estudiando por donde sus nudillos pasaron por los ladrillos—. El señor Mason mencionó una vez que me podía conseguir un trabajo en esa galería de arte en Kenyon Street. Es un buen amigo del propietario.
- —Espera, ¿por qué necesitas un trabajo aquí? —le pregunto confundida—. Pensé que te ibas a Londres este verano.
- —No puede, ahora que rechazó la oferta de mi padre de alquilarle un piso. Él tiene que ahorrar dinero antes de que pueda tener un lugar donde

A.G. HOWAR

vivir —se burla Taelor en mi dirección—. Por tu culpa, està renunciando a su carrera.

¿Jebediah debería-tener-estructura Holt está alterando su plan de vida por mí?

—No puedes hacer eso —le digo, obligándolo a mirarme.

Aprehensión endurece sus rasgos, pero también lo hace la resolución.

—Sólo estoy desviándome de mi ruta un poco. No voy a renunciar a nada. Una vez que tenga el trabajo en la galería —roba un vistazo a Taelor—, que es tan bueno como en la bolsa, voy a ser capaz de vender algunas de mis pinturas allí. Puedo hacer conexiones en el mundo del arte, ayudar a mamá con los gastos del último año de Jen y ahorrar dinero al mismo tiempo que asista a la universidad de la comunidad. —Entonces su enfoque se refuerza en mí—. Tú sabes, hasta después de que te gradúes. Luego iremos a Londres juntos.

Ir a Londres, juntos...

Arrugo el papel de seda entre mis dedos, sin poder precisar las emociones maravillosas corriendo a través de mí.

—Bueno, qué dulce. —Se agita la voz de Taelor—. Tal vez puedas vender la mierda que encontré en tu coche el otro día y comprarle un anillo de compromiso de la tienda de segunda mano. —Excavando en su bolso, Taelor lanza tres rollos de papel en el interior de la puerta a mis pies delgados, cilindros unidos con bandas de caucho—. Mantén tus ojos de conejo en él, Alyssa. Es un hijo de puta, igual que su padre psicópata. No se puede confiar en él.

Ella se empieza a ir.

Jeb deja caer sus hombros, un rubor tiñendo las puntas de sus orejas. Mi sangre se prende en fuego. De ninguna manera voy a dejar que hable de él de esa manera.

Dejando las rosas en el suelo, salgo al porche y la agarro por el codo.

Se libera y gira alrededor.

Conmigo en el escalón y ella en el suelo, estamos a la altura de los ojos. Empieza a abrir la boca. La hago callar.

—Mi turno para hablar. Y tú vas a escuchar. Después no quiero oír ni una palabra tuya acerca de Jeb o cualquier otra cosa de nuevo.

Aprieta su mandíbula, pero espera.

—Confió en Jeb con mi *vida*. Él es todo lo que su padre nunca fue. Y tú lo sabes, o no estarías tan rota por perderlo. Te trató con respeto... y

nunca quiso hacerte daño. ¿Por qué crees que soportó tu actitud durante tanto tiempo?

Su mirada se intensifica tras un brillo de lágrimas.

Jeb se queda allí con asombro estupefacto.

—¿Y sabes qué? —continúo sin poder dejar de hacer lo que he desatado—. Ninguno de nosotros tiene una familia perfecta. Pudimos haber sido amigas o por lo menos tratar de llevarnos bien. Pero tú lo mataste. Las cosas apestan para ti a veces, lo entiendo. Pero no puedes usar eso como una excusa para tratar a las personas de la manera en que quieras. —Mis mejillas arden calientes en la purga de las emociones que he suprimido durante demasiados años—. Derribar el resto del mundo no te hará feliz. Mira dentro de ti misma. ¿Por qué encuentras lo que estás destinada a ser? ¿Para qué estás en este mundo? Eso es lo que llena el vacío. Es la única cosa que puede.

Está todo silencioso hasta la muerte, excepto por unos cuantos pájaros piando. Incluso el ruido blanco se ha quedado en silencio, como si los insectos y las flores se detuvieran a escucharme por una vez.

Mirando hacia sus pies, Taelor inhala y pasa su mano por sus mejillas. Lleva su mirada a la mía, y en ese momento, lo veo. Una conexión. Pasé a través de ella. Pensativa y callada por una vez, tropieza hacia su carro y sale de mi camino sin siquiera decir adiós.

—Guau —murmura Jeb.

Giro sobre mis talones y estamos cara a cara. Solos... finalmente.

Mirándome con esa expresión reverente igual que cuando vio por primera vez mis alas, mueve los labios para decir algo. Una puerta se abre al otro lado de la calle y lo interrumpe. El señor Adams recoge su manguera para regar su jardín. El anciano frunce el ceño cuando se da cuenta de los lugares vacíos en su rosal.

—Jeb, estás a punto de conseguir ser golpeado.

Me da una sexy y ladeada sonrisa.

Agarrando su muñeca, lo tiro a través de la puerta antes de que el señor Adams mire en nuestra dirección. Cierro la puerta y presiono la espalda contra la madera para ocultar las cicatrices de mis alas.

- —Espera un minuto. —Jeb coge uno de mis mechones de pelo rojo, girándolo entre su pulgar y su índice—. Esto no es un postizo. En realidad lo teñiste. ¿Qué te hizo hacer eso?
  - —Creo que finalmente encontré a mi lado feroz.
- —Me gusta. —Inclina su cabeza, como si estuviera evaluando una pintura—. Así que, estas cosas brillantes que parecen como que has estado nadando en polvo de duendecillo... —Sus nudillos pasan por mi

mejilla—. ¿Está en cada centímetro de tu piel? —Su intento de evaluar m pijama me calienta desde el cuello hasta los pies.

- —Uhhh... —Su toque es suficiente para hacerme tartamudear, pero el comentario del duendecillo me envía sobre el borde. Casi suelto un gemido cuando se retira.
  - —Gracias por decir esas cosas ahí fuera, a Tae.
- —Quise decir cada palabra. —Porque te amo. No me atrevo a decirlo en voz alta, sin embargo, pero es la verdad. No es algo que me golpeara así de la nada, sino que fue un despertar gradual. Algo así como una metamorfosis...
- —Bueno, parece que puedes hacerlo bien por tu cuenta. Después de ver la forma en que te preocupas por mí. —Inclina un hombro contra la pared, cerrando el espacio entre nosotros una vez más—. Es raro. Tuve un sueño de lo mismo anoche... tú preocupándote por mí. —La confesión llama mi atención
  - —¿Estábamos en el País de las Maravillas?

Sonríe.

—Uh, no. Estábamos en una casa en el campo, y estabas sentada en una mesa jugando al ajedrez mientras yo pintaba con una pluma y un poco de miel colorida. Un enjambre de abejas golpeó la ventana, gritándome por el robo de su colmena. Me refiero a realmente gritándome, al igual que con las voces de gente. Entonces te salieron alas y volaste fuera a perseguirlas por la borda. Extraño, ¿verdad?

Sofoco mi tos. —Sí, extraño.

—Sin embargo, de alguna manera, se ajusta. —Coge uno de los cilindros que Taelor me arrojó antes, elimina la banda de goma, y la pone sobre sus manos.

Lo desenrollo y jadeo al verme en líneas de lápiz y sombreado, una interpretación sorprendente de un hada gótica completa con alas de gasa y ojos tatuados, exactamente como me veía cuando estaba en el País de las Maravillas. Dado que técnicamente él nunca estuvo allí, no puede ser un recuerdo. Así que sólo hay una explicación: Este hombre ve el alma dentro de mí y siempre lo ha hecho.

Me encuentro con su mirada, sin palabras.

—Hay un centenar más como este. Tú eres mi musa, Al. Mi inspiración. Tenía la esperanza... tal vez... si tú quisieras estar...

Antes de que pueda terminar, aprieto su camiseta y lo arrastro hacia abajo para un beso. Sus ojos se abren al principio, luego se cierran, envolviendo sus brazos alrededor de mis caderas y levantándome a su altura. Me presiona en la pared con su cuerpo.

PRINDERED A.G. H

Sonrío contra sus labios, intoxicada.

¿Cuántas chicas llegan a tener su primer beso dos veces? Pero esta vez, no estoy en estado de shock. Esta vez, no me he olvidado de envolver mis brazos alrededor de su cuello y tirar de él más de cerca. Esta vez, soy yo quien empuja sus labios para que se abran y encuentren su lengua.

El boceto se cae al suelo, junto a las rosas dispersas. Jeb gime, envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, y me sostiene con fuerza. Rompe el contacto el tiempo suficiente para susurrar—: ¿Dónde aprendiste a besar así?

- —Tú me enseñaste. —Recupero mis sentidos y me doy cuenta de lo que dije—. En mis sueños.
- —¿Ah, sí? —Empuja su barbilla con mi nariz—. También has estado soñando conmigo, ¿eh?
  - —Desde el día en que nos conocimos. —Finalmente, la verdad.

Me muestra sus hoyuelos.

—Supongo que es hora para nosotros de que hagamos algunos sueños realidad, chica patinadora.

Lo que no sabe es que ya lo hicimos; nos fuimos al País de las Maravillas y volvimos, después de todo. Sonrío, y luego le doy un beso que nunca olvide, en sustitución de todos los que nunca va a recordar.

Fin



## Unhinged



Alyssa Gardner ha estado en el agujero del conejo y enfrentó al bandersnatch. Salvó la vida de Jeb, el chico que ama, y escapó de las manipulaciones del inquietantemente seductor Morfeo y la vengativa Reina Roja. Ahora, todo lo que tiene que hacer es graduarse de la secundaria y sobrevivir al baile de fin de curso, así podrá asistir a la prestigiosa escuela de arte en Londres que siempre ha soñado.

Eso sería mucho más fácil sin su madre, recién liberada de un manicomio, actuando sobre protectora y sospechosa. Y sería mucho más simple si el misterioso Morfeo no se hubiera presentado en la escuela para tentarla con otra peligrosa misión en la oscuridad, desafiando al País de las Maravillas—lugar al que ella (en parte)

pertenece.

Mientras el baile y la graduación se acercan, Alyssa se las arregla para tratar con la presencia inquietante de Morfeo en su mundo real e intentar decirle a Jeb la verdad acerca de un pasado que él ha olvidado. Vislumbres del Mundo de las Maravillas comienzan a escurrirse de su arte hacia su mundo de maneras muy perturbadoras, y Morfeo le advierte que la Reina Roja no estará muy lejos.

Si Alyssa se queda en el reino de los humanos, podría poner en peligro a Jeb, sus padres, y a todo el que ama. Pero si entra en el agujero del conejo otra vez, se enfrentará a una batalla mortal que podría costarle más que su cabeza.



Primero que todo, a mi familia. Mi esposo, hijos, hermano, cuñados, cuñadas, sobrinas, sobrinos y primos. A todos mis padres, los que me trajeron a este mundo y los que heredé a través del matrimonio. Mis tías y tíos en ambos lados de la familia y a mis abuelos, que ya no están con nosotros. Y último pero no menos importante, al equipo de Red Solo Cup en Kansas. Creyeron en mí a través de todos los altibajos y nunca dudaron de que encontrara mi camino. Su fe me mantuvo a través de los tiempos difíciles.

Gratitud y abrazos a mi súper agente, Jenny Bent, y a su inquebrantable dedicación a esta historia, mis habilidades e ideas.

Gracias a ti, la prestigiosa familia Abrams/Amulet (incluyendo, pero no limitado a): Maggie Lerhman, mi brillante editora, quien vio directamente al corazón de este libro y no solo le dio impulso sino también dirección; Maria Middleton, extraordinaria diseñadora de la cubierta, quien, con la ayuda de la mística habilidad de Nathalia Suellen, atrapó la esencia de la historia en una imagen hermosa y digna de cuentos de hadas; Laura Mihalick, mi publicista personal y apagafuegos; editores de copia; consultantes de marketing; especialistas de impresión, que supervisaron las páginas y los efectos especiales para la chaqueta; y muchos, muchos más.

No hay espacio suficiente para agradecer a todos por su contribución para que el producto final viera la luz, o porque el cumplimiento de mi sueño fuera una adorable realidad.

Una deuda de gratitud a mi grupo de críticos, las Divas: Linda Castillo, Jennifer Archer, Marcy McKay y April Redmon. Puedo ser una humilde naranja china, pero gracias a su sabiduría de los miércoles por la noche, soy una publicada.

Palmas a mis criaturas en línea y beta readers: mi POM (conocida como Jessica Nelson), por ver siempre el bien en mis chicos malos; Rookie (conocida como Bethany Crandell), por calmarme, retenerme y ayudarme a encontrar a mi Melvin interior; Kattie Lovett, por leer las primeras historias y aun creer que tenía algo parecido al talento; Marlene Ruggles, por encontrar las erratas que yo no podía ver; Chris Johnson, mi fan número uno; y finalmente, Kim Dickerson, por darle todo un nuevo significado a la dulzura de Godiva. Sí, las palabras de hecho pueden ser chocolate.

Si se requiere una villa para criar a un niño, se requiere un pelotón para escribir un libro. Eterna gratitud a mi #goatposse por tu apoyo

PLINDERED A.G. HOWARI

consejo y agudas e ingeniosas réplicas a través de mis viajes a los estantes. También, un saludo a las chicas de WrAHM y a la gente de la escuela media de Crockett, con mención especial para Cara Clopton, Christen Reighter, y al equipo de pértiga (¡ustedes saben quiénes son!).

Abrazos cibernéticos a mi grupo en línea: amigos de twitter, de QueryTracker.net y a los muchos blogueros que me iluminaron en este, a veces oscuro y solitario, camino de siete años hacia la publicación.

Especiales agradecimientos a Lewis Carroll y Tim Burton. Sin sus genios artísticos, vívidos caracteres y retorcidos sueños, nunca me habría inspirado para escribir *Splintered*.

Último y no menos importante, agradecimientos a Quien me da mis historias, la habilidad para escribirlas y continúa bendiciendo mi vida cada día.





A.G. Howard escribió *Splintered* mientras trabajaba en la biblioteca de una escuela. Siempre se preguntó qué habría pasado si Alice hubiera crecido y el escalofrío sutil de *Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* hubiera sido el centro de su historia, y espera que su oscuro y vibrante tributo a Carroll inspirará a los lectores a buscar esas historias que a ella le ganaron su corazón cuando era niña.

Vive en Amarillo, Texas.





### Traducido, Corregido y Diseñado por:

Libros del CLE (P)

www.librosdelcielo.net

